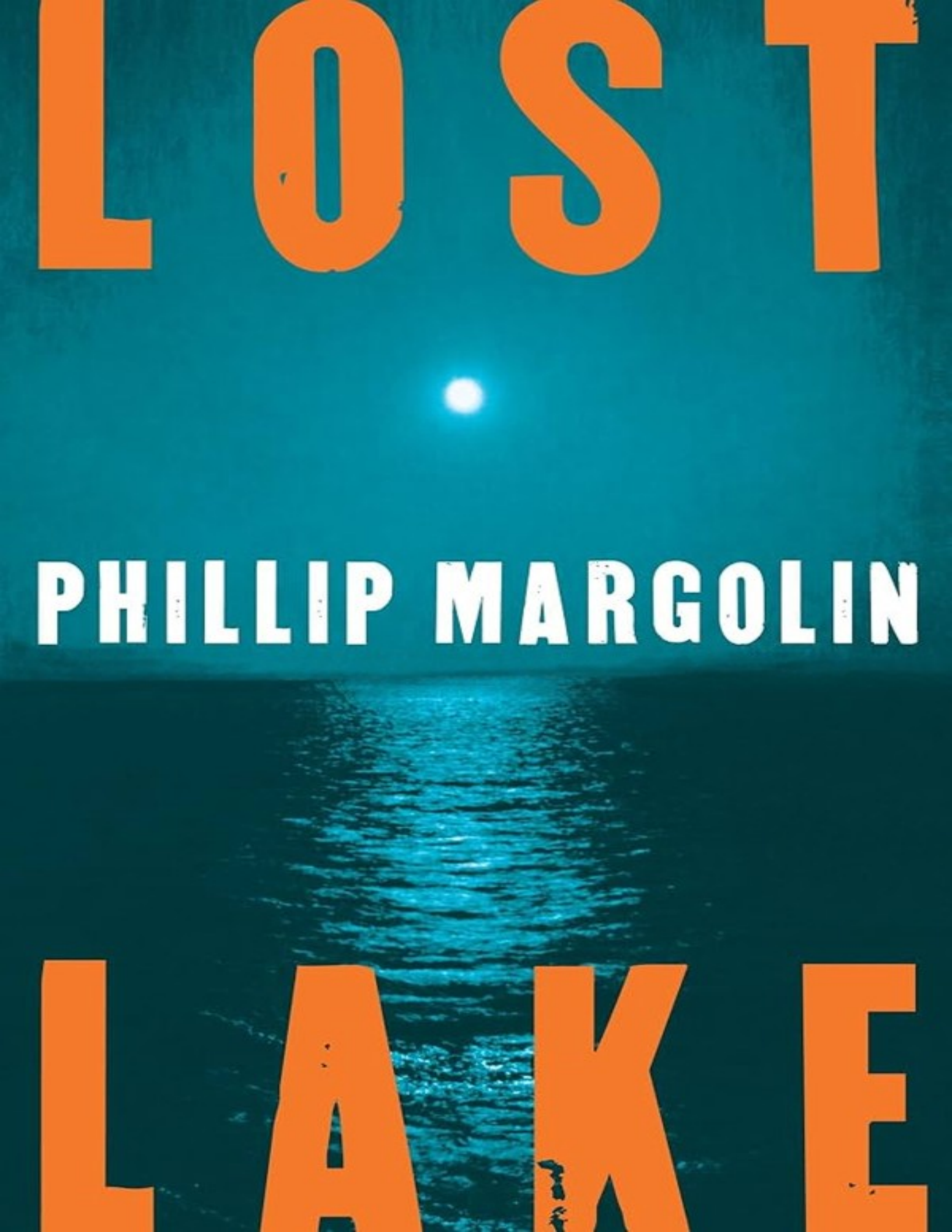

LOST
PHILLIP MARGOLIN
LAKE

Un joven diputado es torturado y asesinado en Lost Lake, a orillas de un lago californiano. Vanessa, hija del general Wingate, cree reconocer al agresor: se trata de Carl Rice, un veterano de Vietnam que trabaja para su padre en una unidad militar secreta con licencia para matar. Pero la chica es recluida en un psiquiátrico y sus acusaciones desoídas.

Años después, la joven abogada Ami Vergano acude al partido de su hijo Ryan. Debido a la violencia con que concluye un incidente en el partido, el episodio salta a los informativos nacionales. Ami Vergano, involuntariamente involucrada en el paranoico mundo de Vanessa y Rice, no sabe si las acusaciones de éstos son el producto de dos mentes enfermas: será ella quien deberá decidir a quién y qué creer.

Phillip Margolin

Lost Lake

Título original: *Lost Lake*
Phillip Margolin, 2005
Traducción: Juanjo Estrella
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco

A mi hermano Jerry Margolin, sherlockiano extraordinario, y a su esposa, Judy, brillante maestra. Gracias por vuestra amistad y apoyo.

LOST LAKE

Phillip Margolin

PRÓLOGO

LOST LAKEJ California, 1985

Aaron Harney, agente del *sheriff*, aparcó el coche patrulla en la franja de hierba que se extendía a lo largo de la carretera y bajó la ventanilla. Después del calor asfixiante del día, recibió con deleite el aire puro de la montaña. Encendió un cigarrillo y durante unos instantes contempló el ascenso del humo hacia las estrellas, de brillo intenso, diamantino, que titilaban sobre Lost Lake. Pocas cosas podía haber mejores en la vida.

El poco mundo que pudiera haber visto Harney, un muchacho del pueblo, lo vio durante su paso por el ejército, tras el que llegó a la conclusión de que Lost Lake era el único lugar del planeta en el que deseaba vivir. Allí había pesca y caza en abundancia, y allí vivía Sally Ann Ryder, su novia del instituto. ¿Qué más podías pedirle a la vida, además de un día al aire libre y una noche con una cerveza bien fría y la mujer de tus sueños?

No le costó demasiado elegir profesión: en el ejército había pertenecido a la policía militar. El *sheriff* se alegró de contar con él, pues carecía de aspiraciones políticas, y hacía lo que se le ordenaba sin protestar. Esa noche, sin ir más lejos, se habían producido actos vandálicos en algunas de las lujosas casas de veraneo que se extendían por la orilla del lago, y el *sheriff* Basehart le pidió a Harney que fuera a patrullar por la zona. Existía la convicción generalizada de que aquellos episodios de vandalismo eran obra de

personas del pueblo que albergaban cierto resentimiento contra los peces gordos que disfrutaban de sus vacaciones en el lago y que, ante el menor atisbo de mal tiempo, huían a San Francisco. Harney creía saber incluso quiénes eran los chiquillos que habían roto los ventanales de las casas de los Fremont y los McHenry. No creía que aquellos gamberros fueran a volver esa noche, pero el *sheriff* no quería correr riesgos innecesarios, y Harney se mostró encantado de poder patrullar por el lago en aquel hermoso atardecer de verano.

Desde donde se encontraba, el agente distinguía, en la otra orilla, el perfil bajo de una cabaña moderna, propiedad del congresista Eric Glass. El año anterior, Harney había formado parte del dispositivo encargado de la seguridad durante la comida al aire libre que el político organizó a fin de recaudar fondos para su campaña. Menuda casa. Por su parte trasera, el jardín descendía en ligera pendiente hasta el embarcadero en el que el congresista amarraba su lancha motora. Ahora la oscuridad le impedía verla, pero Harney la recordaba bien, lo mismo que el sendero que, desde allí, y atravesando el bosque, conducía a la pista de tenis. ¿Cuánto habría costado aquella casa? Mucho más de lo que él, con su sueldo de policía, podía permitirse, de ello no había duda.

Un grito cortó el silencio. Harney se sobresaltó y apagó el cigarrillo. El aire de la montaña alteraba los sonidos, pero le pareció que el grito procedía de la casa de Glass, así que dio media vuelta y aceleró.

Los cinco minutos que tardó en rodear el lago los pasó imaginando toda clase de cosas. En Lost Lake, la labor de la policía se limitaba a calmar a los borrachos que salían del Timber Topper, en mediar en ocasionales disputas domésticas y en poner multas por exceso de velocidad a los adolescentes. Harney nunca había tenido que vérselas con ningún grito escalofriante en plena noche.

Un largo camino de tierra conducía a la casa desde la carretera. Harney apagó las luces y se internó en él. No tenía prisa por averiguar de dónde provenía aquel chillido. Cuando comprendió que

ya no podía seguir demorando el momento, desenfundó el arma, se bajó del coche y permaneció inmóvil en la oscuridad, escuchando atentamente. Un búho ululo, y una ráfaga de viento recorrió el lago y agitó las ramas de los árboles. A lo lejos, oyó el motor de un fueraborda.

Harney avanzó despacio entre los árboles que flanqueaban el camino hasta llegar al jardín delantero. Nervioso, miraba a su alrededor, como si temiera que alguien, agazapado en el bosque, fuera a saltarle encima. Había pedido refuerzos por radio, pero la unidad de Lost Lake era pequeña, y tendría que seguir solo durante un rato, de modo que aspiró hondo y atravesó el jardín a la carrera. Llegó a la casa, se arrimó mucho a la pared y, lentamente, alargó el cuello para mirar por un ventanal. Habrá, luz en el interior, pero no se oía nada.

A paso rápido, Harney dejó atrás la ventana y se dirigió a la puerta. Estaba cerrada. Recordó entonces que en la terraza había otra, y dobló la esquina. Nada. No dejaba de agitar el arma de un lado a otro mientras, de puntillas, se dirigía a la fachada trasera. Notaba cierta opresión en el pecho. El patio embaldosado seguía tal como lo recordaba, con la barbacoa al fondo. Distinguió el perfil de un fueraborda cabeceando junto al embarcadero.

Un ruido atrajo su atención hacia el sendero que llevaba a la pista de tenis. Al acercarse, un fantasma tambaleante surgió del bosque. Harney apuntó el arma hacia el espectro.

—¡Alto! —ordenó, tratando de que no se notara el miedo que sentía.

Una mujer se detuvo en seco, los ojos muy abiertos, llenos de espanto. Llevaba una camiseta blanca muy larga, y sus piernas temblorosas apenas parecían sostenerla en pie.

—Está muerto —balbució. Parecía aturdida.

—¿Quién está muerto? —preguntó Harney, mientras con la mirada recorría el césped y el bosque en busca de algún movimiento.

—Cari lo ha matado.

La puerta trasera estaba abierta. Harney no se percató al principio, pero sus ojos se iban adaptando a la oscuridad.

—¿Hay alguien dentro?

—Está muerto —repitió la mujer, que miraba sin ver en dirección a la oscuridad.

Harney se preguntaba si habría entendido la pregunta, si sabría siquiera que él se encontraba ahí.

—Entremos —propuso él con voz amable, dirigiéndose ya hacia la casa, escrutando el patio, sin dejar de controlar a la mujer por el rabillo del ojo. Se acercó a ella y le rozó el hombro. Aquel contacto pareció sacarla de su sopor; se echó hacia atrás y miró fijamente a Harney por primera vez—. No se preocupe. Soy agente del *sheriff*. Ya llegan refuerzos.

Encontró entonces un interruptor. Estaban en la cocina. Con la luz encendida vio que la mujer era hermosa. De unos veinticinco años, pelo rubio, corto, y ojos de un azul pálido.

—Dice que hay un muerto. ¿Está dentro? —Ella asintió—. ¿Puede indicarme dónde?

La mujer señaló en dirección a un espacio que se comunicaba con la cocina. Harney recordó el despacho contiguo, y el inmenso salón al fondo de la casa. La luz que había visto desde la ventana provenía de allí. Cerró la puerta trasera e hizo girar la llave en la cerradura. Pidió a la joven que se sentara junto a una mesa pequeña dispuesta en un rincón con vistas al lago.

—Cari…

—Dice que alguien que se llama Cari ha matado a alguien. ¿Ese Cari sigue aquí? —Ella negó con la cabeza—. ¿Se ha ido? —le preguntó, para asegurarse. La mujer asintió—. Está bien. Quédese aquí. Vuelvo enseguida. ¿Le parece bien?

Ella volvió a asentir, pero Harney notó que se le agarrotaba todo el cuerpo, y que la idea de quedarse sola la aterrorizaba.

—Yo…

—No pasará nada. Mis compañeros llegarán pronto.

Aguardó su respuesta durante unos instantes, pero como no la obtuvo, se internó en el vestíbulo con el arma levantada. Apenas había dado unos pasos cuando le llegó un olor que le trajo a la memoria aquel día del año anterior en que, en respuesta a una llamada por una disputa doméstica, entró en un dormitorio bañado en sangre en el que acababan de cometerse un asesinato y un suicidio. Tragó saliva y se obligó a seguir avanzando. Al llegar al despacho se asomó a la puerta. Sintió náuseas, y tuvo que reprimir el vómito. A lo lejos se oían unas sirenas; frente a él se encontraba Eric Glass.

El congresista estaba sentado en una silla de madera. Los tobillos y los brazos muy separados y fijados, respectivamente, a patas y respaldo con cinta aislante le daban un aspecto muy vulnerable. Glass sólo llevaba puestos unos pantalones de pijama de algodón, empapados en la sangre que le brotaba de las heridas, visibles en el torso. Tenía la cabeza echada hacia delante, y la barbilla apoyada en el pecho. Harney se agachó y observó su rostro amoratado, ensangrentado.

El salón se iluminó con las luces intermitentes de los coches de policía, y se oyó el chasquido sincronizado de las portezuelas al cerrarse. Harney se comunicó por radio con los agentes y les ordenó que se dirigieran a la puerta trasera. Regresó a la cocina. La mujer seguía en el mismo sitio, echada hacia delante, los brazos sobre la mesa y la cara hundida en ellos. Harney abrió la puerta y se sentó a su lado.

—¿Quién ha sido? —le preguntó con voz pausada.

La mujer alzó la vista. Estaba exhausta. Tenía los ojos enrojecidos, y las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Cari Rice —respondió—. Cari Rice lo ha matado.

Aaron Harney oyó el helicóptero antes de verlo. Se protegió los ojos del sol y escrutó el cielo en busca del origen de aquel zumbido que se descolgaba de las nubes camino del helipuerto, en el terrado del hospital. El *sheriff* Basehart se encontraba a su lado. Se trataba de un hombre corpulento que había regresado a Lost Lake tras una breve carrera policial en San Francisco. Había pasado unos años como asistente de *sheriff* hasta que, tras la jubilación de su predecesor, fue elegido para el cargo por unanimidad. Llevaba once años en el puesto.

El helicóptero se posó en el tejado. Un tornado a pequeña escala, causado por las aspas del rotor, amenazó con arrancarle el sombrero de ala ancha que daba sombra a su cara rubicunda. Tan pronto como se abrió la portezuela, un hombre blanco, fornido, musculoso, vestido con pantalones vaqueros y chaqueta oscura saltó al suelo, seguido de inmediato por un joven negro, delgado, de cráneo rasurado, que llevaba unos pantalones color caqui y una cazadora vaquera. Ambos inspeccionaron el terrado antes de que el más corpulento asintiera con la mirada puesta en el interior del helicóptero. Poco después, un hombre alto, ancho de hombros, ataviado con uniforme de general, descendió del aparato, seguido por otro, de pelo entrecano, bien cortado, y traje gris marengo.

El general Morris Wingate vio al *sheriff* y se acercó a él. Al verlo, y sin saber bien por qué, Harney se puso firme. Aquel hombre irradiaba autoridad, y él sabía que, si le hubiera dado alguna orden, habría obedecido al instante. Pero el general no le hizo el menor caso, y se concentró en el *sheriff*. Los asistentes del militar se mantenían unos pasos por detrás de él y del otro hombre, y no dejaban de mirar de un lado a otro, como si se hallaran en plena zona de combate. Harney se fijó en que, de la chaqueta del joven negro, sobresalía la culata de un arma.

—¿General Wingate? —preguntó Basehart.

El militar asintió y dijo:

—Le presento al doctor Ernest Post. Es psiquiatra. Quiero que examine a mi hija.

—Soy Earl Basehart, señor, *sheriff* de Lost Lake. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle.

—Gracias, *sheriff*. ¿En qué estado se encuentra mi hija?

—El doctor Stewart le proporcionará una información más precisa, pero me ha adelantado que se encuentra en estado de *shock*. Si le soy sincero, no me sorprende. —Meneó la cabeza en señal de desaprobación—. Después de ver algo así… —volvió a negar con la cabeza— incluso algunos de nuestros agentes, personal muy experimentado, se sintieron mal.

—¿Les ha contado qué sucedió?

Basehart asintió, mirando a Harney.

—Mi ayudante es quien la encontró. Como le informé por teléfono, la joven reveló que un hombre llamado Cari Rice había matado al congresista. No hemos conseguido sacarle mucho más. Estaba histérica. La hemos trasladado al hospital de inmediato, donde la mantienen sedada.

—¿Han detenido a Rice?

—Todavía no. Hemos emitido la orden de busca y captura, y hemos alertado a la policía de las áreas circundantes. Por desgracia, el tiempo transcurrido juega a su favor; nos lleva mucha ventaja.

—¿Cuenta con alguna información que le lleve a creer que Rice sigue en las inmediaciones? —preguntó el general—. Sufro por la integridad de mi hija.

—No sabemos dónde está, pero ya he ordenado a un agente montar guardia en el exterior de su habitación. No pensamos correr riesgos.

—Gracias, *sheriff* —dijo Wingate—. Mi hija lo es todo para mí. Le agradezco el empeño que demuestra en esta investigación y el trato que le han brindado.

—Señor, ¿sabe algo de ese tal Rice que pudiera contribuir a su detención?

—Iba al instituto con mi hija. Ha estado en nuestra casa. —El general titubeó. Parecía afectado—. Cari es un joven con una alteración mental grave que ha sido separado recientemente del ejército a causa de sus problemas psicológicos. Puede ser una persona violenta. Supo que mi hija se había instalado en Washington y él retomó el contacto con ella. Considerando su estado mental, ignoro qué pensaría Cari sobre su relación. Tal vez imaginara que mi hija y el congresista eran amantes y sintiera celos enfermizos. Por lo que me ha contado sobre el estado en que hallaron el cadáver, parece tratarse de un crimen pasional.

—Trato de ser delicado, señor, pero nos enfrentamos a una investigación por asesinato y…

—Conmigo no tiene por qué ir con pies de plomo, *sheriff*. Vaya al grano, se lo ruego.

—Gracias. ¿Cuál era la relación de su hija con el congresista?

—Trabajaba para Eric. Eso es todo lo que sé.

—Gracias, señor —dijo Basehart.

—Me gustaría ver a Vanessa, si es posible.

—Ahora mismo —concedió el *sheriff* al instante.

Lo condujo hasta la puerta de acero por la que se accedía al hospital desde el terrado. Harney se apresuró a abrirla y siguió a Wingate, al psiquiatra, a los guardaespaldas y al *sheriff*.

El hospital de Lost Lake contaba con tres plantas, y la hija del general estaba ingresada en una habitación privada de la segunda. El *sheriff* iba delante. Junto a la puerta, en efecto, seguía el agente de guardia, que se puso en pie al ver llegar a los hombres.

—¿Algún problema, Dave? —preguntó Basehart.

—Todo en orden.

—De acuerdo. Vamos a entrar. Aaron y tú os quedáis aquí fuera.

El general, sus asistentes, el doctor Post y el *sheriff* accedieron a la habitación. Harney estaba a punto de comentar algo con su

colega cuando oyó un grito idéntico al que le había amargado el cigarrillo a la orilla del lago. Desenvainó el arma, abrió la puerta, y vio que la hija del general miraba a su padre con los ojos muy abiertos, como si acabara de ver al demonio.

Uno

PORTLAND, OREGÓN, momento presente

Los organizadores de la Primavera de las Artes, la feria anual que se celebraba en Portland, estaban de suerte. Marzo había sido muy lluvioso en Oregón, y los meteorólogos pronosticaban que seguirían las precipitaciones durante todo el mes de abril. Pero la madre naturaleza recapacitó justo a tiempo y se llevó a otra parte los incesantes aguaceros, dejó para otro momento los negros nubarrones y trajo cielos azules, despejados y sol radiante el fin de semana de la feria.

Ami Vergano se había puesto una falda larga de colores y una blusa blanca, de manga corta abombada, para celebrar el clima agradable. Medía poco más de metro sesenta, y mantenía el cuerpo de la gimnasta que había sido hasta que, ya en el instituto, dio el estirón. Llevaba el pelo corto, porque le resultaba más cómodo. Sus ojos marrones, grandes, destacaban en un rostro que las circunstancias habían vuelto serio. Con todo, su sonrisa franca, radiante, bastaba para iluminar cualquier estancia.

A Ami le encantó constatar que tanta gente quisiera aprovechar los primeros días soleados de la primavera para pasear por Park Blocks y admirar las obras de arte. Su cubículo había atraído la atención de la gente desde la inauguración de la muestra, y ya llevaba tres óleos vendidos. Estaba metiendo en la billetera el dinero de la última venta cuando alguien se dirigió a ella.

—Me gusta. ¿Es inventado, o se trata de una escena real?

Ami se volvió y vio a un hombre ancho de hombros que observaba uno de sus paisajes. Tenía el rostro curtido y bronceado de quien pasa mucho tiempo al aire libre. De un metro ochenta, aproximadamente, parecía tener unos cuarenta y cinco años, o algo más. Llevaba vaqueros con mocasines, y una camisa a cuadros, de manga larga, el pelo largo peinado en una coleta, bigote largo y perilla. Parecía un *hippie* de la generación de la paz y el amor, la de la década de 1960.

—Es el claro de un bosque que queda cerca de mi casa —respondió Ami.

—Me encanta el tratamiento de la luz.

—Gracias. —Ami sonrió—. No sabe usted lo que me ha costado reproducirla.

—Me llamo Dan Morelli —se presentó el hombre, extendiendo la mano—. Mi *stand* está justo al lado. Al ver que tanta gente entraba en el suyo, he decidido acercarme a ver el porqué de tanta expectación.

—Ami Vergano —dijo ella, estrechando la mano de Morelli, ancha, tranquilizadora, como su sonrisa—. ¿Y qué expone usted? He estado tan ocupada que no he tenido ni ocasión de echar un vistazo.

—Hago muebles a medida. Entre a verlos si tiene ocasión —dijo Morelli.

—Lo haré. ¿Es de por aquí? No lo he visto en muestras anteriores.

—Es mi primera vez en Oregón.

—¿De dónde es? —preguntó Ami.

—De ninguna parte, en realidad. Siempre he ido de un lado a otro. Vivía en Arizona, pero es demasiado seco. Me gustan los bosques, el mar.

—Pues en Arizona no hay mucho de eso.

—No, casi nada —admitió Morelli—. Y, bueno, oí hablar de la feria y pensé que tal vez podría venir a ver si cerraba algún encargo.

—¿Y cómo le va?

—Bien. Ha pasado un contable que acaba de abrir una oficina y me ha pedido una mesa, estanterías y cosas así. Con eso me mantendré ocupado un tiempo. Ahora ya sólo me falta conseguir alojamiento y un taller donde trabajar.

Ami vaciló. No sabía nada de Morelli, pero parecía buena persona. Tomó la decisión sin pensarlo.

—Pues tal vez esté de suerte —dijo Ami—. Tengo un apartamento encima del garaje de casa, y lo alquilo. Y mi estudio está en un pajar, detrás de la casa. Hay sitio de sobra para instalar una carpintería. Incluso hay un taller con herramientas. Lo alquilaba a un estudiante, pero tuvo que interrumpir los estudios porque un familiar suyo enfermó, de modo que el apartamento está vacío.

—Yo traigo mis propias herramientas, pero suena muy bien. ¿Puedo acercarme a verlo cuando cierre la feria?

—Claro.

—¿Cuánto cobra por el alquiler?

Se lo comunicó, y Morelli sonrió, tímido.

—Creo que puedo permitírmelo. —Salió del cubículo de Ami y miró el suyo—. Tengo que irme, parece que llegan más clientes. Será mejor que cierre más tratos, si quiero pagar el alquiler.

Ami se rió y dijo:

—Nos vemos hacia las cinco.

Morelli desapareció de su vista, y Ami se rodeó el cuerpo con los brazos. Desde que se había quedado sin inquilino, no le sobraba precisamente el dinero. Aquellos ingresos extra no le vendrían nada mal. Y sería divertido compartir casa con otro artista. Esperaba que todo saliera bien.

Ami Vergano cerró la mosquitera tan despacio como pudo, para no hacer ruido, y se plantó junto a la puerta para observar a Daniel Morelli, que enseñaba a su hijo de diez años a lanzar una bola en parábola. Se encontraban en el jardín delantero, bajo un roble viejo que Ami llamaba «Matusalén». Dan, agachado junto a Ryan, y con

gran paciencia, le colocaba los dedos entre las costuras de una bola mal cosida que, junto con su guante, era la posesión más preciada del niño. Ryan fruncía el ceño, concentrado en la posición de la mano, sin fijarse en que, tras un día perfecto de primavera, la noche se les echaba encima.

Morelli llevaba pantalones vaqueros y una camiseta negra con la marca de una cerveza local. Cuando estiraba los brazos, los bíceps, tríceps y antebrazos parecían sogas enrolladas. Para alguien que se acercaba a los cincuenta, Morelli estaba en buena forma. Ami sabía que corría varios kilómetros todos los días, porque lo había visto regresar a su apartamento, empapado en sudor, cuando ella se iba al trabajo. En una ocasión lo pilló sin camiseta, y quedó impresionada por el trazo definido y perfecto de su cuerpo. También le sorprendió comprobar que tenía más de una cicatriz en la espalda y el abdomen.

—Así, muy bien —dijo Morelli, y Ryan sonrió, orgulloso.

El hijo de Ami era un muchacho rubio, larguirucho y dinámico, apasionado del béisbol y de todo lo que tuviera que ver con él. Desde que se había instalado en el apartamento, sobre el garaje, hacía tres semanas, Morelli no había socializado mucho con ellos, pero las cosas cambiaron cuando el niño supo que el inquilino había jugado como *shortstop* en secundaria. En la vida de Ami no había ningún hombre, y Ryan se acercaba a cualquier adulto que mostrara el menor interés por él, de modo que había empezado a seguir al inquilino como un cachorro. A Morelli no parecía importarle, e incluso se diría que le gustaba hablarle de técnicas de carpintería y de lanzamientos de béisbol.

Ryan lo observaba con tal seriedad que Ami no pudo reprimir una sonrisa. Ojalá pudiera detener el tiempo en ese instante, pero sus deberes de madre la devolvieron a su papel de ogro.

—Es hora de acostarse —declaró, una vez que el sol se había puesto ya tras el horizonte.

—¿No puedo quedarme un poco más? —le suplicó Ryan.

Morelli se puso en pie y despeinó al pequeño con la mano.

—Mañana seguimos practicando la parábola, chaval. Te lo prometo.

—Pero si ya casi me sale —porfió el niño.

—Sí, pero ya casi es de noche y no se ve bien, y además este viejo ya empieza a cansarse. De modo que haz caso a tu madre.

—Está bien —claudicó Ryan a regañadientes, mientras subía los peldaños del porche.

—Gracias por jugar con Ryan —comentó Ami—. Si le molesta o se pone pesado, dígamelo.

—No me molesta en absoluto. Es un niño que escucha, y que se esfuerza todo lo que puede —dijo Dan.

—Pero a veces puede resultar agotador. Sé de lo que hablo. Le agradezco el tiempo que pasa con él, pero no se sienta culpable si de vez en cuando le dice que no a algo.

—No se preocupe. Es un buen muchacho. Me gusta trabajar con él.

—¿Le apetece un café? —le preguntó Ami—. Voy a prepararme uno en cuanto acueste a Ryan.

—Suena bien —dijo Dan.

—Y tengo tarta, no sé si le gusta.

—Con el café me conformo.

—Siéntese, que yo vuelvo enseguida —indicó Ami.

Había varias sillas de mimbre en el porche. Morelli se desplomó sobre una de ellas y estiró las piernas. La noche de primavera era deliciosa, y cerró los ojos. Estaba a punto de quedarse dormido cuando la mosquitera se abrió de golpe y Ami le alargó una taza.

—¿Lo he despertado? —preguntó burlona.

—Estaba a punto de quedarme dormido. Es una noche tan plácida…

—¿Cómo va el trabajo?

—Hace un par de días termine la mesa de despacho y el señor DeWitt se mostró muy contento —comentó Dan.

—Me alegro. Tal vez él le consiga más pedidos.

—Ya lo ha hecho. El agente inmobiliario que trabaja al lado quiere otra mesa de despacho para su casa.

—¡Qué bien!

Permanecieron un tiempo en silencio, tomándose el café a sorbos.

—Hace un tiempo perfecto —comentó Ami transcurrido un buen rato.

—La primavera y el verano en Oregón no tienen rival —dijo Morelli.

—Los inviernos me deprimen, pero si superas diciembre, enero y febrero, la cosa se arregla —admitió Ami, que se volvió para mirar a su interlocutor y vio que empezaban a cerrársele los ojos de nuevo. Se echó a reír—. Parece que Ryan lo ha agotado.

Morelli sonrió.

—Estoy para el arrastre. He tenido un día completo.

—Nada de cumplidos conmigo —invitó Ami—. Si quiere acostarse…

—No, creo que me quedaré un poco más. Normalmente estoy solo, así que me viene bien un poco de compañía.

—¿Se ha planteado alguna vez instalarse en un lugar y abrir una tienda? Sus muebles son de buena calidad. Estoy segura de que no tardaría en tener una clientela fija.

—Yo soy un vagabundo, Ami. Si me quedo en el mismo sitio me entra la impaciencia.

A Ami le pareció detectar cierta tristeza en aquella confesión de vida errante. Supuso que Morelli debía de sentirse solo, moviéndose siempre de un lado a otro. Pero entonces le vinieron a la mente aquellos hombres solitarios, amantes de las grandes extensiones deshabitadas, que habían construido el Oeste estadounidense. Morelli era una versión moderna de aquellos montañeros, de Jim Bridger y Joe Meek. Incluso su aspecto coincidía con el que ella les atribuía, con su pelo largo y su rostro curtido y anguloso.

Charlaron un rato más, y finalmente Ami se disculpó, pues debía terminar algunas tareas antes de acostarse. Morelli le dio las gracias por el café y se retiró a su apartamento. Mientras ella lo veía alejarse, recordó algo que él había comentado cuando hablaban del tiempo: había dicho que la primavera y el verano en Oregón no tenían rival, y sin embargo ella estaba casi segura de que el día en que se conocieron, durante la feria de arte, Morelli le había dicho que era la primera vez que visitaba el estado.

Dos

WASHINGTON D.C. Dos meses después

Si Vanessa Kohler había decidido mantener la entrevista con Terri Warmouth en el bar Cruise On no había sido porque aquella empleada de envíos de treinta y seis años le hubiera asegurado que había sido abducida en el aparcamiento del local, sino porque allí el *whisky* era barato y podía fumar sin que sus colegas, tan políticamente correctos, le dedicaran miradas asesinas.

Vanessa era fumadora y bebedora empedernida, delgadísima, de pelo rubio, ondulado y ojos azul celeste. La periodista, de cuarenta y nueve años, no cuidaba su aspecto a menos que estuviera de servicio, y prefería vestir con vaqueros y suéteres anchos. Esa noche había hecho un esfuerzo y llevaba una chaqueta de cuero, camiseta y vaqueros ajustados.

Consultó la hora. Eran casi las nueve, y Warmouth se había comprometido a llegar a las ocho y media. Decidió pedir otro *whisky* y esperar un rato más antes de regresar a casa. Sam Cutler, su novio, tenía trabajo esa noche, en algún concierto de *rock*, y en la tele no había nada que mereciera la pena. Se le ocurrían cosas peores que pasar un rato bebiendo, inmersa en el ambiente creado por el humo, la música *country* a todo volumen y unos estridentes jugadores de billar.

Una ráfaga de aire indicó a Vanessa que alguien había abierto la puerta. Levantó la vista de la mesa rayada y la dirigió hacia la entrada. Una mujer corpulenta, peinada y maquillada en exceso, se había detenido junto a la «rockola» y aparecía bañada por su luz verde y anaranjada, mirando a un lado y a otro, nerviosa, hasta que Vanessa levantó la mano. La mujer se acercó deprisa.

—Soy Vanessa Kohler, de la revista *Exposed* —se presentó, entregándole una tarjeta de visita a Warmouth. La mano de la mujer tembló al recogerla.

—Siento llegar tarde —se disculpó ésta, sentándose, y dejó la tarjeta sobre la mesa, muy cerca de unas gotas de cerveza derramada—. Ésta es la noche en que Larry sale a jugar a los bolos, y quien venía a buscarlo se ha retrasado.

—Lo comprendo perfectamente —la tranquilizó Vanessa.

—No podía decirle que iba a salir. Habría querido conocer más detalles, adónde iba, con quién pensaba encontrarme. Espero que no me haya seguido. Me pasaría la noche respondiendo a su interrogatorio.

Esbozó una sonrisa fugaz con la que pretendía reclamar su solidaridad. Vanessa tardó unos instantes en comprenderlo, y cuando lo hizo le sonrió también, tratando de componer un gesto de camaradería femenina.

—¿Te apetece una cerveza? Invito yo —ofreció la periodista.

—Sí, perfecto.

Vanessa le hizo un gesto a la camarera y pidió una jarra.

—Muy bien, Terri, ¿estás lista para contar tu historia? —le preguntó cuándo la camarera se hubo alejado.

—Sí, claro —respondió ella, aunque sin demasiada convicción.

Vanessa colocó la grabadora sobre la mesa, entre ambas.

—¿Te importa que grabe la conversación, para que pueda transcribir tus palabras con mayor exactitud? —preguntó, omitiendo

informar de que la grabación era una prueba concluyente en los casos de demanda judicial.

Warmouth vaciló, pero acabó aceptando.

—No, adelante, ningún problema.

Vanessa pulsó el «rec».

—Muy bien.

—Esto va a aparecer por escrito, ¿verdad? Con mi nombre verdadero y todo eso… —se interesó Warmouth.

—Sí, claro.

—Que aparezca en *Exposed* va a ser la única manera de que Larry me crea. La lee como quien lee la Biblia, todas las semanas. Dice que es la única publicación en la que confía.

—Me alegra saber que contamos con unos lectores tan fieles —dijo Vanessa.

—Por eso la he llamado, porque Larry es su lector fiel.

—Está bien. De modo que, si lo he entendido bien, estás embarazada. —Warmouth bajó la vista y asintió—. Tienes que hablar para que quede grabado, Terri —le recordó Vanessa.

—Ah, sí. Sí, estoy, me he quedado…

—Embarazada.

—Así es.

—¿Y ha sido una sorpresa?

Warmouth se ruborizó.

—Digamos que sí. —Alzó la mirada, en busca de comprensión—. Larry sabrá que no es suyo. Lo intentamos todo poco después de casarnos. —Vaciló—. Esto no lo va a poner en la revista, ¿verdad?

—No si tú no quieres —dijo la periodista.

—No lo haga. Sería una vergüenza horrible para él.

—¿Por qué?

—El médico nos dijo que yo no tenía ningún problema, pero que el esperma de Larry no nada lo bastante deprisa. Yo no entiendo mucho del tema, pero a él le afectó mucho, fue como un ataque a su hombría, ya me entiende. Así que sabrá que el hijo no es suyo.

—¿Y de quién es? —preguntó Vanessa.

—Del alienígena.

—¿De los que te abdujeron en el apareamiento del bar Cruise On?

—Sí —respondió en voz tan baja que, con el ruido del bar, Vanessa apenas la oyó.

—Cuéntame cómo sucedió.

—Yo estaba aquí…

—¿Cuándo fue eso?

—El mismo día que hoy —dijo la mujer—. La noche en que Larry sale a jugar a los bolos.

—De modo que Larry no sabía que habías salido.

—No, no.

—¿Estabas sola? —preguntó Vanessa, y observó atentamente la respuesta de su entrevistada, que bajó la cabeza y se ruborizó más aún.

—Sí, estaba yo sola —dijo al fin.

—¿Y cómo es que viniste hasta aquí? Este bar queda bastante lejos de tu casa.

—Está cerca de mi trabajo.

—Has venido otras veces con compañeros de trabajo, ¿verdad?

—Con algunas amigas —respondió ella con una rapidez excesiva.

—Pero esa noche viniste sola.

—Sí. Y se hizo tarde. Sabía que tenía que irme para que cuando Larry llegara a casa me encontrara allí. No le gusta que salga sola.

—¿Larry es un hombre celoso? —preguntó Vanessa.

—Sí. Siempre me dice que otros hombres me miran, y me acusa de mantenerles la mirada, aunque no es cierto. No deja de resultar halagador, pero a veces acaba siendo enervante, no sé si me entiende.

—Perfectamente —respondió Vanessa, asintiendo con la cabeza —. Bien, háblame de los alienígenas.

—Sí, de acuerdo. Salgo del bar para montarme en el coche, que estaba al final del aparcamiento, y estaba a punto de abrir la puerta cuando oí una especie de zumbido, y miré arriba y ahí estaba.

—¿Estaba qué?

—La nave. Era grande, daba vueltas y parecía un platillo, pero con luces.

—¿De algún color especial? —preguntó Vanessa.

—Verdes, creo. No lo recuerdo bien. Me asusté mucho. Pero se parecía bastante a esas naves de extraterrestres de las que escribe en su revista. Así que supongo que debía de ser del mismo planeta.

—¿Y qué planeta es ése?

—No me lo dijeron, pero algunos de los otros abducidos conocían el nombre del planeta, y estoy segura de que era el mismo, porque la nave era muy similar —explicó Warmouth.

—¿Y qué sucedió después de que vieras la nave?

—Bueno, a partir de ese momento todo está borroso. Recuerdo un haz de luz que descendió. Pero después es como cuando te operan y te ponen anestesia.

—Algunos de nuestros abducidos lo han descrito como «un subidón» —explicó Vanessa.

—Sí, también es algo así. Como si flotaras. O al menos eso es lo que me pasó a mí —admitió Warmouth—. Pero también recuerdo haber estado atada a una mesa, desnuda. Y uno alto estaba encima de mí.

—¿Manteniendo relaciones sexuales?

—No sé qué es lo que hacía. Yo no sentí nada. Y después estaba otra vez en el aparcamiento.

—¿Desnuda? —inquirió la periodista.

—No, no. Los alienígenas debieron de ponerme otra vez la ropa.

—¿Y ya no había rastro de la nave?

—No, supongo que se fueron después de hacerme descender por el haz de luz —dijo Terri Warmouth.

—¿Se fueron sin que nadie tuviera tiempo de verlos?

—Sí, se fueron —Terri repitió en voz baja, antes de echarse a llorar.

Vanessa apagó la grabadora. Alargó el brazo sobre la mesa y estrechó la mano de la chica.

—Larry no se lo va a creer. Sé qué esperas que se lo crea, porque es seguidor de nuestra revista, pero va a saber la verdad. —Terri agitaba los hombros y no dejaba de sollozar—. ¿De quién es? ¿De algún compañero de trabajo?

La entrevistada subió y bajó la cabeza un segundo. Cuando alzó la vista, Vanessa trató de recordar si alguna vez en su vida había visto a alguien tan triste.

—Pero él dice que el hijo no es suyo —balbució Warmouth entre suspiros—. Él… dice que me habré acostado con otros, o que el hijo será de Larry.

—Parece un tipo estupendo —observó Vanessa.

—A mí me lo parecía —se lamentó Terri, secándose las lágrimas.

—De modo que no puedes recurrir a ese hombre, y tampoco puedes contárselo a tu esposo.

Warmouth asintió.

—S… sí…

—¿Has pensado en abortar?

—No puedo pagármelo. Larry tiene todo el dinero. Si se lo pidiera, tendría que explicarle para qué lo quiero. Si me inventara que es para comprar algo, me pediría las facturas. Controla el dinero como un halcón.

Vanessa tomó una decisión. Volvió a alargar la mano y cogió la tarjeta que le había entregado a su entrevistada. En el reverso anotó un nombre y un número de teléfono.

—Llama a esta doctora, Terri. Dile que vas de mi parte. Yo hablaré con ella a primera hora de la mañana, así que telefonéale a partir de las diez, y seguro que se ocupará de ti.

—Pero… ¿y el dinero?

Vanessa le apretó la mano.

—No te preocupes por el dinero. Lo importante es que soluciones tu problema.

—La verdad es que yo siempre he querido tener hijos. No sé si podré hacerlo.

—Eso depende de ti. No tienes por qué abortar. Piénsalo bien. Sé que es una decisión muy difícil. —Hizo una pausa—. Podrías separarte de Larry, ¿sabes? Dejarlo y tener a tu hijo.

Terri Warmouth la miró, incrédula.

—No puedo dejar a Larry. Lo quiero.

—¿Aceptaría él a un hijo que no fuera suyo?

—¡No! ¡Nunca! ¡Me mataría! Es un hombre, y esas cosas son muy importantes para él. Si supiera que le he sido infiel…, y además, yo lo quiero. No quiero abandonarlo.

Parecía sufrir inmensamente.

Vanessa se puso en pie.

—Yo llamaré a mi amiga por la mañana de todos modos. Pero la decisión es tuya. —Dejó dinero sobre la mesa y guardó la grabadora en el bolso—. Venga, salgamos de aquí. —Esbozó una sonrisa—. Te acompañaré hasta el coche. Así nos aseguramos de que los alienígenas no se te lleven.

Terri Warmouth no le devolvió la sonrisa.

—Ojalá lo hicieran.

Vanessa se dirigió a las oficinas de *Exposed* para terminar el reportaje sobre la rata gigante que se dedicaba a robar niños de los barrios pobres. Se suponía que el animal era del tamaño de un pastor alemán. Patrick Gorman, el jefe de la periodista, se había inventado la historia durante la reunión semanal, y se la asignó a ella, que la encontró repugnante y se opuso a redactarla. Al final logró que Gorman aceptase sustituirla por la de la abducción alienígena de Terri Warmouth si acababa por confirmarse. Pero no había sido así.

La revista ocupaba dos plantas de un almacén remodelado con vistas a la cúpula del Capitolio, en una zona de Washington D. C. que no acababa de decidirse ni por la revitalización ni por la decadencia. Edificios abandonados, locales vacíos, refugio de yonquis y sin techo, se hallaban a pocas travesías de calles con casas rehabilitadas, pintadas de colores vivos, adquiridas por jóvenes profesionales. Vanessa abrió la puerta principal, la cerró con llave desde dentro y pasó frente a la oficina de anuncios por palabras. Cuando empezó a trabajar en la publicación, aquellos anuncios la divertían, pero en los últimos años se habían vuelto tan raros que llegaban a escandalizarla un poco. Esperaba que en verdad se tratara de cosas raras, de lo contrario querría decir que estaba envejeciendo.

Subió el tramo de escaleras que conducía a la segunda planta y pasó el control del guardia de seguridad, que le informó de que no había nadie más. Eso a Vanessa no le importaba. Al contrario. Después del encuentro con Terri Warmouth necesitaba estar sola. Aquella entrevista la había agotado. Las personas que necesitan algo siempre la incomodaban, cosa curiosa, teniendo en cuenta su trabajo. Las publicaciones sensacionalistas vivían de los cuentos extravagantes y dementes de personas con problemas de encaje en el mundo real. Las personas a las que entrevistaba decían creer en otro Mundo en el que lo extraño y lo maravilloso sucedían con tal frecuencia que les permitía escapar de las exigencias de una vida gris.

Tecleó el código de seguridad e introdujo la llave para acceder a la segunda planta, que era donde se realizaba la revista. La oficina parecía más grande de lo que en realidad era, porque el techo, que era abovedado, estaba pintado de gris, lo mismo que las gruesas vigas que lo atravesaban. Se preparó un café instantáneo en la cocina del personal y encendió los fluorescentes que iluminaban los cubículos reservados a los periodistas. El suyo quedaba del otro lado de una estantería que iba del suelo hasta el techo y que contenía números atrasados de *Exposed* y de otras publicaciones

sensacionalistas. En el interior del despacho, archivadores negros y una mesa sobre la que estaba apoyada su carpeta, así como la pantalla del ordenador.

Vanessa era una de las pocas afortunadas con ventana en su lugar de trabajo, aunque en ese momento la oscuridad le impidiera ver nada. Entre sorbos de café, fue avanzando en su reportaje, acompañada por los sonidos nocturnos que provenían de la planta en que los empleados de *Exposed* trabajaban a cambio de unos sueldos bajos y un prestigio más bajo aún. El salario de Vanessa era ridículo, pero a ella no le hacía falta el dinero. Lo que necesitaba eran las credenciales, los pases de prensa y el acceso a las bases de datos que habían de permitirle seguir llevando a cabo su investigación.

Vanessa vivía en una casa con fachada de ladrillo situada en el barrio de Adams Morgan, en Washington. La zona más cercana a la calle 18 Noroeste era animada y estaba atestada de restaurantes etíopes, clubes de *jazz*, bares y *pizzerias*. Casi todas las noches las calles se llenaban de universitarios escandalosos. A Vanessa le encantaba aquel caos, y su apartamento quedaba lo bastante lejos de la calle Dieciocho como para librarse del ruido. Podía permitirse cosas mejores, pero llevaba años viviendo en la zona de Adams Morgan. Los vecinos no se metían en la vida de los demás, y disponía de mucho espacio para todos sus materiales de investigación, que guardaba en su mayoría en la habitación libre, aunque en los últimos tiempos hubieran empezado a invadir el salón. Se componían del Informe de la Comisión Warren y de los libros relacionados con el caso, de volúmenes sobre la ocultación de datos en el caso del accidente de la nave espacial de Roswell, así como de revistas y reportajes sobre operaciones secretas de la CIA, entre otros. Si existía un libro, o un artículo, que tratara de alguna

supuesta conspiración gubernamental, se hallaba en poder de Vanessa, o al menos lo había leído.

Encendió las luces. La visión de un paquete con remitente de Nueva York le aceleró el corazón. El envío se encontraba sobre un velador del vestíbulo, donde Sam dejaba siempre el correo. Lo llevó al salón, encendió la lámpara que había junto al sofá y, al sentarse en él, los viejos muelles se quejaron. Dejó el paquete sobre las revistas y los periódicos retrasados que cubrían la mesa de centro, y pasó un minuto mirándolo antes de rasgar el envoltorio marrón. Sobre su manuscrito había una carta que ocultaba el título y el nombre que daba razón de su autoría. Vanessa vaciló antes de abrirla. Iba firmada por un editor de la Parthenon Press, supuestamente abierto a nuevas ideas y que no temía desafiar a los poderes establecidos. Había publicado varios textos en los que se ponían al descubierto controvertidas tramas del gobierno para ocultar informaciones. Un libro suyo sobre el caso de un marine que, tras hacer sonar un silbato durante unas maniobras, había dejado muertos a dos reclutas, acababa de entrar en las listas de los más vendidos.

Querida señora Kohler:

He leído *Fantasmas* con gran interés. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que su libro no se adecúa a la línea editorial de Parthenon Press. Le deseo la mejor de las suertes con la publicación de su texto. Atentamente,

WALTER RANDOLPH

Vanessa cerró los ojos con fuerza. Su primer impulso fue arrojar el manuscrito al otro extremo de la habitación, romper algo. Luchaba por controlar la rabia, y trató de disipar su hostilidad caminando de un lado a otro, sobre la alfombra gastada que cubría el suelo de *parquet*. Todo aquello era muy raro. Tal vez fuera, simplemente, que

sus credenciales eran de *Exposed*, y no del *New York Times*. Era obvio que carecía de ese nivel de credibilidad. Ningún periódico serio iba a contratar a alguien con su historial. Pero Vanessa estaba convencida de que había algo más, algo más oscuro.

Como sus dotes de investigadora eran notables, había obtenido el teléfono particular de Walter Randolph, que no figuraba en los listines, en los días en que evaluaba a quién enviar su libro. Ahora marcó el número de Connecticut y esperó.

—¿Sí? —respondió una voz soñolienta tras varios tonos.

—¿Walter Randolph?

—¿Quién llama?

—Vanessa Kohler.

—¿Quién?

—*Fantasmas*. Acaba de rechazarlo.

—Es la una y media, señora Kohler —dijo Randolph, tratando de no perder la buena educación—. ¿Le importaría llamarme al trabajo?

—¿Quién se ha puesto en contacto con usted, señor Randolph?

—No tengo la menor intención de hablar de ello a estas horas.

—¿Ha sido mi padre? —insistió Vanessa—. ¿Alguien del gobierno ha pasado a visitarlo? ¿Alguien lo ha amenazado, o lo ha comprado?

—He rechazado su libro por no estar suficientemente documentado, señora Kohler. En mi decisión no ha intervenido nada siniestro.

—No esperará que me lo crea…

Vanessa oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—No sé cómo ha obtenido este teléfono, pero una llamada a esta hora constituye una violación de mi intimidad. Voy a ponerle fin en un instante, pero, ya que insiste en saber la verdad, no sólo no ha verificado sus afirmaciones, bastante espectaculares, por otra parte, sino que su pasado hace bastante improbable que ninguna otra editorial les conceda el menor crédito.

—¿Mi pasado? —se sorprendió Vanessa.

—Su historial de salud mental, señora Kohler. Y ahora tengo que colgar. Mañana me espera un día de trabajo muy duro, y necesito dormir.

—¿Quién le ha dicho que estuve hospitalizada? ¿Quién se lo ha dicho?

Pero Vanessa descubrió que estaba hablando al aire. Colgó el teléfono de golpe, volvió a llamar y oyó el sonido intermitente que indicaba que su interlocutor había dejado descolgado. Estaba a punto de estampar el aparato contra la pared cuando la puerta de su casa se abrió y apareció Sam Cutler con sus cámaras y su equipo fotográfico. Llevaba vaqueros, una camiseta negra, ajustada, y una parka.

Vanessa medía casi un metro ochenta, y Sam era algo más alto que ella, y estaba muy fornido, a diferencia de ella, que rayaba en la anorexia. El fotógrafo era unos años mayor que Vanessa, y su pelo entrecano se retiraba cada vez más de la frente.

Sam se detuvo al entrar y verla inmóvil, con el brazo levantado y el teléfono a una fracción de segundo de su destrucción. Se fijó en el manuscrito que seguía sobre la mesa de centro.

—Lo han rechazado, ¿no? Pensé en esconderlo hasta llegar a casa. Pero luego me llamaron, y se me olvidó.

El brazo que sostenía el teléfono regresó al costado de Vanessa.

—Alguien se ha puesto en contacto con el editor. Estoy segura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, tratando de mantener el tono más neutro posible, pues sabía que el menor atisbo de duda en ese tema bastaría para despertar las iras más incontrolables de Vanessa.

—Sabe que estuve hospitalizada. ¿Cómo ha podido saber lo del sanatorio si nadie se lo ha dicho?

Sam se acercó un poco, aunque no demasiado. Sabía que no era sensato intentar establecer un contacto físico aún. Confiaba en que su proximidad sirviera para calmarla un poco.

—Tal vez se haya publicado algo en los periódicos —apuntó él—. Tu padre está en el candelero ahora mismo. A lo mejor ha aparecido

algún recuadro, algún destacado sobre la familia.

Vanessa meneó la cabeza con vehemencia.

—Pretenden desacreditarme. Pero no se van a salir con la suya.

—¿Quiénes? —preguntó Sam, consciente de que avanzaba por un terreno muy resbaladizo.

—Mi padre, el ejército, la CIA. ¿Tú no crees que están todos implicados? Una vez que se sepa la verdad, el Watergate parecerá una fiesta infantil. No pueden consentir que el más mínimo detalle de lo que sé salga a la luz.

Sam ya había transitado por ese camino.

—Si es como dices, ¿por qué nadie ha tratado de asesinarte? —le preguntó con voz pausada—. ¿Por qué nadie te ha robado el manuscrito? Tú no has mantenido en secreto lo que estás haciendo. Lo de tu libro lo sabe todo el mundo. Incluso trataste de entrevistar a ese tipo de la CIA, y no te pasó nada.

Vanessa miró a Sam fijamente.

—No entiendes cómo operan. Podrían robarme el original, sí, pero saben que volvería a escribirlo. Además, mi abogado tiene una copia. Y si me mataran todo el mundo sabría que lo que digo es verdad.

—¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo? Vamos, Vanessa. Sabes que respeto lo que pretendes hacer. Sé que crees que tienes razón, pero la mayoría de las personas que conocen del tema…, bueno, no lo cree. Y la CIA, si quisiera, podría hacer que tu muerte pareciera un accidente. Eso lo sabes. Nadie pensaría que te mataron para que tu libro no saliera a la luz. La gente creería que te habían atropellado y se habían dado a la fuga, o que habías muerto de infarto, o algo así.

Vanessa se hundió en el sofá.

—Tienes razón —dijo. Parecía muy cansada—. Randolph tiene razón. —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. He sido una enferma mental y no dispongo de la menor prueba que demuestre

que la Unidad haya existido jamás. Pruebas no hubo nunca muchas, más allá de unas pocas hojas de papel, que ya no existen.

—Pareces agotada, cariño. Vamos a la cama. Mañana verás las cosas con mayor claridad, y se te ocurrirá algo.

—Va a ganar él, Sam. Siempre gana, y esta vez no va a ser diferente. No puedo impedírselo. Nunca he podido. Nadie puede. —Vanessa apretó los puños y abrió los ojos. En ellos brillaba una profunda indignación.

»¿Sabes cómo se ganó mi padre su reputación en el mundo del espionaje?

—No, no lo sé.

—Piénsalo un poco. El ascenso de mi padre fue fulgurante a partir de la primavera de 1964, inmediatamente después del asesinato de Kennedy.

Sam abrió mucho la boca, incrédulo.

—¿No creerás que…?

—Creo que mi madre lo sabía. Creo que por eso la mató, para que no contara la verdad sobre quién estaba en realidad en el lugar del crimen.

—¿Te contó tu madre que sospechaba que…? —Sam no logró ni siquiera terminar la frase.

—Siempre le afectaban mucho los aniversarios de la muerte de Kennedy. Cuando le preguntaba por qué, ella no me respondía. Y si le hacía la pregunta cuando mi padre estaba delante, su reacción era de terror.

—Ah, Vanessa —dijo Sam, dejándose caer en el sofá, junto a ella, y pasándole el brazo por encima del hombro—. Estás hecha un lío y no piensas con claridad.

La rabia de Vanessa desapareció tan pronto como había llegado. Apoyó la cabeza en el hombro de Sam y se echó a llorar.

—Siento odio por él, Sam, lo odio. Ojalá estuviera muerto.

Tres

Ami Vergano cogió el bolso, salió y cerró la puerta con llave. Ryan encajó la bola de béisbol en el guante y la lanzó en dirección a la camioneta. Ami se detuvo un instante, con la mano en el tirador, tratando de recordar si había apagado las luces del salón. La electricidad costaba dinero, y no podía permitirse malgastar nada. Entonces le vino a la mente la bolsa con la comida de Ryan, abrió la puerta y se metió a toda prisa en la cocina.

—Mamá, vamos a llegar tarde —exclamó Ryan, nervioso, informando a su madre de algo que ella ya sabía.

Ami todavía llevaba el traje de chaqueta y pantalón azul marino y la blusa celeste con que había acudido al trabajo, porque no había tenido tiempo de cambiarse. Un cliente la había tenido colgada al teléfono durante horas, y había vuelto a casa conduciendo como una loca para llegar a tiempo de llevar a Ryan a su partido de la liga infantil. Ser mujer trabajadora y madre de familia monoparental era un asco, pero no era rica, y debía ganarse la vida. Además, por Ryan merecía la pena todo el esfuerzo y el estrés. Siempre que empezaba a sentir lástima de sí misma, miraba a su hijo y se daba cuenta de la suerte que tenía, a pesar de todo lo que había sucedido.

Después de licenciarse en Derecho, Ami jamás imaginó que su existencia sería una carrera desesperada contra la ruina económica. Cuando se casó con Chad Vergano, su gran amor, acababan de contratarla en un bufete pequeño de Portland. Al nacer Ryan, el futuro parecía prometedor. Pero la vida nos juega malas pasadas. El

niño había cumplido cinco años cuando Chad murió en un absurdo accidente de bicicleta. Disponían apenas de un seguro de vida por un pequeño importe, y la economía de sus padres no era boyante, de modo que ella dependía del sueldo del bufete. Pero el bufete quebró. Incapaz de encontrar otro trabajo de abogada por culpa de la recesión económica, Ami se vio obligada a establecerse por su cuenta. Tenía amigos que le pasaban trabajo, y empezaba a labrarse una clientela, pero la maternidad le impedía ocuparse de casos que exigieran dedicación completa, y ello implicaba vivir con un presupuesto muy limitado, sin poder permitirse el lujo de enfermar.

Volvió a cerrar la puerta y se metió en el coche.

—Vámonos ya —gritó Ryan impaciente mientras ella se abrochaba el cinturón. Daniel Morelli se montó en el asiento trasero (a pesar de ser el adulto, y de corresponderle, por tanto, el lugar del copiloto). Daniel había demostrado tener un alma amable y considerada, y sabía que a Ryan le gustaba ir delante y ejercer de hombre de la casa.

El partido del muchacho se jugaba en el campo del instituto de secundaria, y cuando Ami metió el coche en el aparcamiento sólo faltaban tres minutos para que empezara. Ryan se bajó del coche y corrió al encuentro de sus compañeros, que formaban corro alrededor de Ben Branton, cuyo hijo jugaba de tercer base. Además, su empresa familiar, Branton Cleaners, patrocinaba el equipo.

Morelli se fijó en que Ami observaba a Ryan, y sonrió.

—Está imposible.

Ami le devolvió la sonrisa.

—No tanto, lo que sucede es que se pone muy nervioso. Ben Branton vio a Morelli y lo saludó. Se habían conocido en el último partido.

—Dan, necesito que me hagas un favor. Normalmente es Rick Stein el que me ayuda, pero Andy está enfermo, y hoy no ha venido. ¿Podrías ser mi entrenador de apoyo hoy?

—Ningún problema. ¿Qué tengo que hacer?

Branton le entregó la lista de convocados en una carpeta, y un portaminas. Estaba explicándole cuáles eran sus funciones cuando el árbitro convocó a los entrenadores en el campo. Ami se sentó en las gradas, entre otras dos madres.

El equipo de Ryan anotó una carrera en la segunda entrada. Dos entradas después, el otro equipo empató. Ami animó a su hijo sin ensañarse con el rival cuando éste bateó y logró el tanto; era lo que hacía la mayoría de los padres. La excepción la constituía Barney Lutz, un hombretón inmenso con barriga cervecera y unas espaldas anchas, que había desarrollado gracias a su trabajo en la construcción. Su barba negra y poblada y su ceño permanentemente fruncido asustaban a Ryan. Tony, el hijo de Lutz, también era insoportable, y ni el uno ni el otro caían bien a nadie. Eran bravucones y resentidos. Ben Branton se pasaba el día tratando de poner paz entre Tony y sus compañeros o sus contrincantes. Durante los partidos, Barney se colocaba tras la defensa y se dedicaba a insultar a los rivales, o a dar órdenes a Tony y a sus compañeros de equipo. El entrenador intentaba en vano que Barney no encrespara los ánimos.

Los problemas empezaron en la quinta entrada, cuando Tony bateó y llegó a la primera base, y trató de alcanzar la segunda. Ben le dijo a Tony que se quedara en la primera, pero su padre le gritó que siguiera corriendo. Tony era gordo, y corría muy despacio. El defensa de la derecha aseguró la bola pasándosela al segundo base, con tiempo de sobras para lograr el tag. Tony vio que quedaría fuera en la segunda, y que ya no podía regresar a la primera. Enojado, se detuvo antes de llegar a la segunda base. Cuando el segundo base trató de tocarlo con la bola, Tony alargó los dos brazos. El muchacho era mucho menor que él, y el golpe lo envió derecho al suelo. El árbitro y los dos entrenadores se acercaron para ver si el segundo base se encontraba bien. El pequeño estaba llorando, aunque más de indignación que de dolor. Su entrenador se dispuso a ayudarlo,

mientras Ben se llevaba a Tony Lutz a un aparte y empezaba a regañarlo.

Había dos policías presenciando el encuentro. Ami había visto a uno de ellos animando al *pitcher* del equipo contrario, así que supuso que se trataba de su padre. Los agentes se acercaron al campo al ver que Barney se aproximaba a su hijo. Morelli permaneció en la banda, observándolo todo sin inmutarse.

—Eso ha sido muy feo —le estaba diciendo el entrenador a Tony cuando su padre se unió a ellos. Ben miró a Barney—. Hoy ya no puedo dejar jugar a Tony. Y tampoco jugará la semana que viene.

—Tonterías. Mi hijo juega un béisbol agresivo, eso es todo. El segundo base le estaba bloqueando el paso.

Ben Branton era delgado, de aspecto intelectual, y diez centímetros más bajo que Barney Lutz, pero no se dejó intimidar.

—Tony está expulsado.

—No vas a expulsarlo —impuso Lutz.

—No tengo otro remedio. Se pasa el día peleando. El ejemplo que da a los otros niños es pésimo.

—Escúchame bien, blandengue. Mi hijo es un hombre de verdad. Si esos mocosos malcriados jugaran como él, ganaríamos algunos partidos.

—Eh —intervino Morelli—. Baja el tono, por favor. Hay niños delante.

Barney lo miró.

—No estoy hablando contigo, así que vete a la mierda —gritó Lutz.

—Barney —dijo Branton—. Si no paras ahora mismo, tendré que expulsar a Tony el resto de la temporada.

—Tú no expulsas a nadie, maricón. A partir de ahora el entrenador soy yo, así que sal del campo de una vez, joder.

Barney se volvió hacia Morelli.

—Dame eso —le ordenó, quitándole la libreta. Ben agarró a Lutz del antebrazo, éste se soltó y levantó la mano para propinar un

puñetazo al entrenador. Branton retrocedió para que no le diera y, al hacerlo, tropezó y cayó al suelo. En ese momento, Morelli se adelantó y con el borde de la tabla que sostenía la libreta golpeó la muñeca de Lutz, que se puso blanco de dolor y se inclinó hacia delante, dejando expuesto el cuello. Entonces Morelli le clavó en él el portaminas. Aquel hombretón abrió mucho los ojos, se llevó las manos al cuello y se desplomó. Ben Branton observó, horrorizado, que Lutz se retorcía y gritaba.

Los policías, que se habían acercado, apenas vieron que Lutz caía. El primer agente trató de sujetar a Morelli por detrás, pero Ami vio que salía despedido por los aires, y que al dar con el hombro en el suelo levantaba una nube de polvo. Morelli transformó su mano en una lanza y dirigió las puntas de los dedos hacia el cuello indefenso del policía. El otro agente sacó el arma y disparó. Morelli, medio incorporado, se dio la vuelta. El segundo policía volvió a disparar, y Daniel se desplomó sobre la tierra. Todo el mundo gritaba y parecía horrorizado, pero la única voz audible para Ami fue la de Ryan, que exclamaba: «¡Dan, Dan!», mientras se acercaba a su héroe caído.

Ben Branton no había movido un pelo desde que Morelli clavó el portaminas a Lutz hasta que el agente le disparó. Pero los gritos del muchacho lo sacaron de su trance. El policía oyó los pasos de Ryan y se volvió al instante.

—¡No! —imploró Ben al ver que el arma apuntaba hacia el hijo de Ami. Ryan y el policía quedaron como petrificados. El entrenador corrió hacia Ryan y lo levantó al vuelo.

El policía, con el arma, parecía tan perplejo como todos los demás. En las gradas, padres aterrorizados llamaban al teléfono de emergencias desde sus móviles. Una madre de un equipo y un padre del otro informaron al policía de su condición de médicos. El agente que había tratado de reducir a Morelli se retorcía de dolor, con la clavícula magullada, pero pidió a los médicos que se ocuparan de Lutz y de Morelli.

Ami fue al encuentro de su hijo, que mantenía la vista clavada en Morelli. La sangre que brotaba de sus heridas teñía de rojo óxido el suelo marrón. Volvió al niño de espaldas para que no siguiera contemplando a su amigo herido, y se disponía a abandonar el campo con él cuando el policía del arma se dirigió a ella.

—Señora, ¿conoce usted a este hombre?

—Sí, es mi inquilino. Estaba ayudando al entrenador.

—Sé que desea llevarse de aquí a su hijo, pero necesito que se quede un rato más. Seguramente los comisarios querrán hacerle alguna pregunta.

Ami asintió y, aturdida, se llevó a Ryan del campo. Daniel Morelli llevaba dos meses viviendo en su casa. Creía que se trataba de un hombre tranquilo y amable, y le costaba creer que se hubiera equivocado por completo.

Cuatro

—Es la mejor historia de ratas que he leído desde que apareció ese reportaje del *Enquirer* sobre el roedor prehistórico que tuvo aterrorizada una isla cercana a Borneo.

Eran casi las cinco, y a Patrick Gorman, en el despacho de Vanessa, no se le borraba la sonrisa del rostro. Se trataba de un hombre gordo, con papada y rasgos de alcohólico. Trabajar con él solía ser divertido, porque no se tomaba en serio a sí mismo ni a su periódico, aunque en ocasiones pudiera resultar muy exigente. Para él, los ovnis y el monstruo del lago Ness eran artículos de venta, lo mismo que el calzado deportivo lo era para Nike. Si generabas beneficios, Gorman te adoraba. Pero si interferías negativamente en lo que era su fin último, ya podías prepararte para lo peor.

—Acéptamela, Pat —dijo Vanessa, mirándolo fijamente—. Estás en deuda conmigo.

Gorman se echó a reír.

—Podrías haber seguido con la historia de la abducción.

Vanessa apartó la mirada.

—Al final no era nada.

El jefe se dio cuenta de su cambio de humor, pero no quiso comentarlo. Respetaba a su reportera, y si ella no quería explicárselo, él no iba a preguntarle qué había sucedido. Era muy consciente de la suerte qué tenía por contar en su equipo con alguien del talento de Vanessa. Casi todos los periodistas con su cerebro y su capacidad se iban a periódicos serios en cuanto se les

presentaba la ocasión. Conocía el motivo por el que ella no lo hacía, pero nunca se lo había mencionado. Y Vanessa le agradecía la discreción.

—Quiero que te ocupes de un tema —le dijo Gorman—. Las noticias no paran de comentarlo. En una liguilla escolar de Oregón ha habido una pelea. Un entrenador ha agredido a un policía, y otro policía le ha pegado un tiro.

—Estás de broma.

—No, no, y eso no es lo mejor. El entrenador que ha resultado muerto ha estado a punto de matar al padre de uno de los niños clavándole un lápiz en el cuello.

Vanessa estaba boquiabierta.

—¿Seguro que ha sido en una liguilla infantil? Parece más bien lucha libre profesional.

—Me he enterado a medias en la radio, cuando venía para aquí. Infórmate mejor y dime si crees que podemos sacar algo. En este asunto hay opiniones para todos. Está lo de los padres y las competiciones infantiles, la gran presión que ponen en los pequeños para que triunfen…, los padres que tratan de superar sus frustraciones a través de sus hijos…

Gorman se fue, pero la frase permaneció en su mente: «Superar las frustraciones a través de sus hijos…». Con los suyos, seguro que ese problema no había existido, pensó con rencor. Charlotte Kohler nunca había visto crecer a su hija. La mataron cuando Vanessa tenía trece años. Ella fue la única que se atrevió a acusar públicamente a su padre del asesinato, y así le había ido.

Su padre, claro está, no mostraba ninguna necesidad de superar sus frustraciones a través de ella. Tenía sus propios planes, y nunca había demostrado gran interés por su hija, excepto para destrozarle la vida. En eso sí se había esmerado bastante.

Vanessa apartó de su mente aquellas ideas, perfectamente consciente de lo que le sucedería si se recreaba en ellas. Regresó a su ordenador y buscó en Internet la historia de la agresión en la liga

infantil. Tras leer algunas noticias breves, se convenció de que Gorman no le tomaba el pelo. Un padre exigente había sido «apuñalado» en el cuello con un portaminas, pero la intervención inmediata de un equipo de urgencias lo había salvado. Uno de los policías se había roto la clavícula, y el segundo entrenador estaba ingresado en el hospital por heridas de bala. Vanessa se dijo que, si algún día tenía un hijo que mostraba la intención de apuntarse a una liga infantil de béisbol, trataría de convencerlo para que se alistara a los marines: parecía menos peligroso.

Vanessa apagó el ordenador a las ocho y llamó a Sam, marcando el número de su extensión.

—¿Al Buda sonriente? —le preguntó, en referencia a un restaurante chino que quedaba a dos calles del periódico.

»Está bien. Nos vemos en el vestíbulo en diez minutos.

Vanessa se dirigió a la planta baja. Con su paranoia habitual, escrutó la calle mientras esperaba junto a la entrada. Frente a ella, delante de una puerta, dos hombres hablaban. Su aspecto no parecía amenazador, pero Vanessa no se fiaba de nadie. En el interior de su enorme bolso, en el que guardaba los cosméticos, su agenda y los pañuelos de papel, llevaba una Magnum 357 no registrada, cargada con balas de punta hueca. Una de las ventajas de ser hija de militar era su gran puntería, el hecho de ser capaz de disparar en cualquier parte y dar en el blanco. Su padre le había enseñado a usar armas desde que era muy niña. Había llegado a cazar ciervos, e incluso, de adolescente, en un safari por África, abatió ejemplares de caza mayor. El vínculo con su padre cesó tras la muerte de su madre, pero no había olvidado sus enseñanzas.

—¿Qué le ha parecido a Gorman el cuento de la rata? —le preguntó Sam—. A ver si le sacas un desplazamiento hasta el lugar de los hechos. Tal vez podrías proponerle llevar a un fotógrafo.

—Suena bien —respondió Vanessa al pasar junto a una tienda de ropa. Se detuvo un momento frente al escaparate, teóricamente para ver unos vestidos, aunque en realidad era para observar el reflejo del otro lado de la calle. Los hombres que conversaban junto a la puerta se hallaban a media calle. Uno era alto, y el otro bajo y achaparrado. Los dos llevaban parkas y vaqueros. Sintió que el corazón le latía con más fuerza, pero no le comentó nada a Sam, que soportaba sus obsesiones, pero no las alentaba.

Una hora después, Vanessa y él leían sus respectivas fortunas en los envoltorios de las galletas de la suerte. Al parecer, Sam iba a ganar mucho dinero, pero Vanessa debía desconfiar de los desconocidos. Eran más de las nueve, y cuando salieron del restaurante lloviznaba. Los dos habían ido a trabajar en coche, y llegaron primero al de Sam, que la besó en la mejilla y le dijo que se verían en casa.

Vanessa buscó con la mirada a los dos hombres que había visto apostados frente a la oficina al salir, pero las calles que rodeaban el edificio de *Exposed* se veían vacías. La página de un periódico avanzaba volando por la calle, hasta que el viento la estampó contra una reja tras la que se alzaban los restos de un almacén abandonado, destinado a convertirse en un conjunto residencial para parejas de éxito. Le pareció ver que alguien se movía entre las ruinas, y se dirigió al coche a toda prisa.

Agazapado en la sombra de un portal, al otro lado de la calle, se ocultaba un hombre vestido con sudadera de capucha y aspecto de vagabundo. Pero no había que fiarse, pues las personas que se dedicaban a espiar se disfrazaban con frecuencia. Vanessa cerró las puertas con seguro apenas se montó en el coche. Una cara se aplastó contra el cristal del asiento del copiloto. Vanessa, instintivamente, acercó la mano al bolso. Vio una cabeza de pelo rojo despeinado y unas mejillas mal afeitadas. Unos ojos inyectados en sangre la miraron. El hombre golpeó la ventanilla con los nudillos.

Vanessa sacó la pistola, y el mendigo se echó hacia atrás, abriendo mucho los ojos, asustado. Puso en marcha el motor y se deslizó calle abajo hasta que, con un giro al volante, se internó en una calle lateral a toda velocidad, poniendo un edificio entre ella y el sin techo. Con todo, antes de girar miró por el retrovisor y lo vio en medio de la calle, observándola.

Avanzó zigzagueando por la ciudad hasta asegurarse de que nadie la seguía. La descarga de adrenalina empezaba a remitir cuando llegó a un extremo del aparcamiento, pero aún le temblaban las manos. ¿Quién había enviado a ese hombre? ¿La seguía a ella? Los mendigos la habían abordado en numerosas ocasiones. Ésa era una de las desventajas de trabajar en *Exposed*. ¿Su reacción había sido exagerada? ¿Y quiénes eran esos dos individuos que la habían seguido al restaurante? Tal vez también eso hubiera sido una casualidad. Pero ¿y si no lo era? ¿Y si eran informantes que mantenían al tipo de la capucha al corriente de sus movimientos? Si los tres trabajaban juntos, tal vez hubiera más.

¡Sam! Debía advertirle antes de que llegara a casa. Tal vez estuvieran esperándola. Sacó el móvil. A Sam no. Si le pasaba algo… Marcó el número, pero tenía el teléfono apagado. Tardaría pocos minutos en llegar a casa. Vanessa llamó al 911, el servicio de emergencias.

—¡Hay unos hombres en mi apartamento! —gritó con voz histérica, con la esperanza de que la desesperación de su voz indujera a su interlocutor a actuar—. ¡Están matando a mi novio!

Desde el otro lado de la línea trataron de calmarla, pero ella se limitó a dar la dirección y colgó. Si los policías llegaban deprisa, tal vez Sam se salvara. Empezaba a perder la entereza, y aspiró hondo. No podía permitirse la histeria. Tenía que pensar.

Vanessa no podía regresar a casa, pero no se atrevía a usar su tarjeta de crédito para registrarse en ningún motel u otro alojamiento. La gente que la seguía la encontraría si pagaba cargando la habitación a su número de cuenta. Vanessa acababa de

pasar por un cajero automático y llevaba doscientos dólares, menos lo que le había costado la cena. Puso en marcha el coche y condujo hasta un motel de Maryland perteneciente a una cadena. Pagó en efectivo y mostró al recepcionista el documento de identidad falso que siempre llevaba consigo. Asimismo, nunca salía de casa sin su pasaporte real y uno falsificado. Tan pronto como entró en la habitación llamó a Sam.

—Gracias a Dios —dijo Vanessa cuando oyó su voz—. ¿Estás bien?

—¿Y por qué no habría de estarlo? ¿Ha sucedido algo?

—Ahora no puedo hablar. ¿Ha registrado alguien el apartamento?

—¿Registrar el apart…? Vanessa, ¿qué está pasando? Cuando he llegado a casa me he encontrado con la policía. Me han dicho que ha llamado una mujer diciendo que estaba siendo víctima de una agresión. ¿Has sido tú? ¿Has llamado tú a la policía?

Vanessa estaba a punto de responder cuando oyó una voz de fondo.

—¿Con quién estás? —le preguntó a Sam.

—Con un policía. Quiere hablar contigo.

—Ahora no puedo.

¿Y si tenía el móvil pinchado y los hombres del apartamento no eran policías en realidad? Estuvo a punto de pedirle a Sam que saliera de allí corriendo, que se fuera de la ciudad, pero otro hombre cogió el teléfono y empezó a formular preguntas. Vanessa colgó.

Parecía que hubieran transcurrido horas desde la comida con Sam y su huida al motel, pero en verdad apenas eran las once. Se desplomó sobre el borde de la cama, exhausta. Se había comprado un cepillo de dientes y un dentífrico en recepción, al registrarse. Se los lavó, se humedeció el rostro, se quitó los vaqueros y se metió en la cama. Al cerrar los ojos, pensó en Sam.

Vanessa había tenido pocos amantes desde que había salido del centro. La mayoría de los hombres salía corriendo al saber que había estado ingresada en un sanatorio para enfermos mentales. Los que

opinaban que follar con una ex demente era emocionante desaparecían cuando se daban cuenta del alcance de su obsesión. Hasta que conoció a Sam Cutler en un bar, cerca de su apartamento, haría unos tres meses, Vanessa llevaba más de un año sin compañía masculina. Sam era fotógrafo *freelance* y había trabajado en todo el mundo. Al principio se mostró reacia a dejar que se acercara, pero él había insistido, y al fin bajó la guardia.

Sam sabía contar historias, y en la cama era creativo y resistente. Pero lo mejor de él era que no la juzgaba. No se echó atrás al saber que Vanessa había estado ingresada en un manicomio. Y cuando le habló de la Unidad, aceptó como posible su existencia, sin inmutarse demasiado. Vanessa le había pedido a Patrick Gorman que le ofreciera trabajo, y empezaba a creer que tal vez al fin encontrara la felicidad. ¿Y si algo le sucediera precisamente ahora? ¿Y si lo mataban por su culpa?

Vanessa se sentía vacía por dentro, cansada de su vida. La gente que la seguía contaba con infinidad de recursos, y ella disponía de tan pocos… No podía seguir escapando eternamente. Si iban tras ella, acabarían por atraparla tarde o temprano. Allí, a oscuras, empezó a llorar, y al cabo de un rato se quedó dormida.

Abrió los ojos y se incorporó, sobresaltada por unos ruidos raros. Entonces recordó dónde se encontraba, y por qué se ocultaba en un motel en lugar de estar en su casa, preparándose para acudir al trabajo. Se sentía mal. ¿Habría perdido los nervios por nada? ¿Habría hecho el ridículo? Recordó los acontecimientos de la noche anterior. Mientras esperaba a Sam, había visto a dos hombres conversando junto a un portal, delante de su oficina. Pero ¿hablaban de ella? ¿Sabían siquiera de su existencia? Aquellos dos hombres se habían puesto a caminar tras ellos, en dirección al restaurante, pero ¿la seguían en realidad? ¿Y el vagabundo que había llamado a la ventanilla del coche?

¿Tenía alguna prueba de que no se trataba simplemente de un sin techo que necesitaba ayuda? A la luz del día, sus actos empezaban a parecerle absurdos.

Se sentía estúpida. ¿Qué iba a hacer? No podía acudir al trabajo. Si lo hacía, tendría que enfrentarse a Sam. ¿Habría quemado su último cartucho? ¿La abandonaría? Él siempre había intentado mostrarse comprensivo, pero ¿cuánto más iba a soportar? ¿Y la policía? ¿La detendrían por su denuncia falsa? No, la policía no se interesaría por ella. Sam se habría preocupado de que así fuera. Avergonzada, se ruborizó al imaginarlo explicándoles que su novia había sufrido trastornos mentales en el pasado, que imaginaba que la gente conspiraba en su contra. Los policías se habrían mostrado indignados en un principio, pero su cólera se habría convertido en piedad por aquel pobre hombre que debía convivir con una chiflada, y meneando la cabeza se habrían alejado de allí. El incidente habría suscitado algunas carcajadas en comisaría.

Vanessa no podía ir a casa, y tampoco al trabajo. Le daba vergüenza enfrentarse a Sam. Las doce del mediodía era la hora límite para abandonar la habitación, y decidió apurarla al máximo. Tal vez se le ocurriría algo mientras esperaba.

Pidió que le trajeran algo de comer, y mientras llegaba el servicio de habitaciones, puso la tele y pilló medio empezadas las noticias de la Fox. Hablaban de un general retirado, Morris Wingate, que había dejado el ejército a mediados de la década de 1980 y llevaba desde entonces alejado de la vida pública. A principios de los noventa había invertido mucho dinero en Computex, una incipiente empresa de *software* dirigida por un genio llamado Simeon Brown. Los contactos de Wingate en el ejército sirvieron para que la empresa obtuviera lucrativos contactos. Hacía unos años, Brown había muerto cuando su *jet* privado se estrelló durante unas vacaciones en Grecia, y Wingate había asumido la dirección de la empresa. Hacía un año

se había convertido en héroe nacional al rescatar a seis de sus empleados, secuestrados mientras trabajaban en un proyecto de reconstrucción en Afganistán. El general había recuperado con vida a sus hombres tras internarse con un escuadrón privado en las desoladas montañas que se alzaban en la frontera entre ese país y Paquistán. Y ahora se disputaba codo con codo la candidatura a la presidencia de su partido con Charles Jennings, el actual presidente.

«Los terroristas deben aprender a sentir terror ante el poder de este gran país», afirmaba el general Wingate ante el numeroso público congregado en el salón de baile de un hotel de Los Ángeles. Los asistentes vestían con elegancia. El periodista comentaba que el cubierto costaba mil dólares. «Los terroristas deben saber que sus familias, sus amigos y todos los países que les den cobijo pagarán muy caro sus actos de cobardía. Responderemos con violencia a su violencia, y no mostraremos piedad».

Ver a Wingate sonreír a su público (que aplaudía entusiasmado) con aires de grandeza, enfureció a Vanessa. Cambió de canal y llegó a la CNN, donde el «síndrome del padre de la liga infantil de béisbol» era el tema de discusión. Una rubia de ojos vivaces escuchaba arrobada a un psicólogo eminente que disertaba sobre los peligros que suponía que los padres se implicaran emocionalmente, de modo excesivo, en las actividades de sus hijos.

—Me ha parecido realmente interesante, doctor Clarke —dijo la rubia—. Y creo que a nuestros hijos también se lo habrá parecido. La CNN acaba de obtener la grabación exclusiva de la terrible riña que se organizó en el partido de la liga infantil de Oregón. La grabación fue realizada por los padres de un niño perteneciente a uno de los dos equipos, Ralph y Ginnie Shertz.

El vídeo doméstico había sido grabado con una cámara muy sofisticada, y la calidad de las imágenes era excelente. Pero Ralph Shertz no era Spielberg, y los encuadres saltaban sin cesar de un lado a otro. La acción se iniciaba con un hombre corpulento, de barba, que le gritaba a otro, delgado y con gafas. Un tercero, que

llevaba el pelo recogido en una coleta, daba la espalda a la cámara. El hombre corpulento propinaba un puñetazo, y momentos después se llevaba la mano al cuello y aparecía retorciéndose en el suelo.

Cuando la cámara volvía a enfocar al hombre de la coleta, éste levantaba a un policía por encima del hombro, y un segundo policía le disparaba. Entonces el hombre de la coleta se volvía hacia el policía, y al verle la cara, a Vanessa se le salió el corazón por la boca. Se acercó a la pantalla y entrecerró los ojos para distinguirlo mejor. El hombre de la coleta caía al suelo, y la espalda del policía impedía ver su rostro. La cámara se acercaba más a la acción y enfocaba hacia abajo. El hombre de la coleta estaba inconsciente. Ralph Shertz había logrado un primer plano de su cara antes de que el policía que había disparado colocara la mano abierta sobre el objetivo.

Allí terminaba la grabación, y el doctor Clark volvía a disertar, pero Vanessa ya no oyó ni una palabra de lo que decía. Lo que acababa de ver le había devuelto la energía. Al fin tenía la ocasión de demostrar que no estaba loca. Pero antes debía asegurarse de que Sam se encontrara a salvo.

Sacó el billetero del bolso. En uno de los compartimentos guardaba una tarjeta amarillenta, con un número de teléfono del FBI. Hacía muchos años, el hombre que se la había entregado trabajaba allí. Pidió que le pasaran con la oficina de Victor Hobson, el subdirector ejecutivo de los servicios de aplicación de leyes.

—¿De parte de quién?

—Vanessa Kohler.

—¿Sabe el señor Hobson de qué se trata? —preguntó la voz.

—Dele mi nombre y dígale que sé dónde encontrar a Cari Rice. Seguro que se pone al teléfono.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Y entonces Hobson respondió.

—¡Vanessa, cuántos años sin oírla!

—No dispongo de tiempo para charlas intrascendentes, señor Hobson. Carl Rice está vivo y sé dónde encontrarlo.

—¿Dónde está? —preguntó Hobson.

Vanessa se percató de que trataba de disimular su emoción.

—Se lo diré tan pronto como me haga un favor —dijo Vanessa.

—¿Qué favor?

—Hay un hombre, Sam Cutler, que trabaja conmigo en *Exposed*. Es fotógrafo. Solicito protección para él. —Vanessa facilitó a Hobson la dirección de su apartamento—. Si no está ahí, estará en el periódico.

—¿Qué le hace pensar que el señor Cutler se encuentra en peligro? —inquirió Hobson.

—Ayer noche unos hombres intentaron asesinarme. Los envió mi padre. —Hobson no dijo nada. Vanessa, desesperada, se aferró con fuerza al teléfono. Si aquel hombre llegaba a la conclusión de que estaba loca, no la ayudaría—. Tiene que proteger a Sam mientras yo me aseguro de que el hombre a quien he visto es realmente Cari.

—Eso quiere decir que no está segura.

—Lo estoy en un noventa y ocho por ciento, pero no lo sabré hasta que lo vea en persona —aclaró Vanessa—. Han pasado veinte años, y todos cambiamos. Custodie a Sam. Yo lo llamaré tan pronto como me haya cerciorado de que se trata de Cari. ¿Trato hecho?

—Lo haré venir y le ofreceré protección. ¿Dónde puedo localizarla para informarle de que nos hemos puesto en contacto con Sam Cutler?

Vanessa se echó a reír.

—Buen intento.

—Espere. Anote el número de mi móvil. Lo mantendré conectado. Puede llamarme siempre que quiera.

Vanessa lo apuntó, y apenas colgó empezó a recoger sus cosas. Tenía que abandonar el motel de inmediato. Hobson podía haber localizado la llamada mientras hablaban. No pensaba correr ningún riesgo y, además, debía tomar el primer vuelo a Portland.

Cinco

Se había cortado la comunicación. Victor Hobson colgó y se apoyó en el respaldo de la silla. Cuando era más joven, sus ojos grises, fríos, y sus rasgos angulosos le daban un aspecto fiero y amenazante. Ahora, recién cumplidos los sesenta, seguía viéndose como un hombre duro, pero su pelo plateado escaseaba, había echado barriga y tomaba píldoras para controlar la presión arterial. Lo cierto era que con los atracos a bancos, las drogas y demás delitos dependientes de la oficina federal, la reaparición de Cari Rice no le hacía ninguna falta, pero Lost Lake era uno de los sucesos más curiosos a los que se había enfrentado en su agitada vida, y Vanessa era una mujer gravemente perturbada, que bien podía ser una asesina, o la clave para la resolución de un misterio.

Hobson ordenó que un agente pasara a recoger a Sam Cutler y lo llevara al centro. No creía que estuviera en peligro, pero era posible que el amigo de Vanessa supiera adónde se dirigía. Tan pronto como su enviado se puso en marcha, Hobson giró la silla hasta quedar de espaldas a la mesa. En Washington, la mañana era soleada. Desde su ventana en el edificio del FBI observaba el ir y venir de la gente en la calle, mientras recordaba la última vez que había hablado con Vanessa. Fue a finales de la década de 1980, más de un año después de que la encontraran vagando, desorientada, en el exterior de la casa de veraneo de Eric Glass, y cuando ya habían transcurrido tres meses desde que le hubieran dado el alta de Serenity Manor, el sanatorio privado en el que fue ingresada cuando su padre, el

general Morris Wingate, se la llevó apresuradamente del hospital de Lost Lake. Entonces no fue consciente de ello, pero ahora creía que el encargo de investigar el asesinato del congresista Glass había constituido el punto de inflexión de su carrera.

Los apartamentos Shenadoah, en Chevy Chase, Maryland, eran caros y seguros. Los tres edificios se alzaban algo apartados de la calle. Una alfombra de césped los separaba de la reja de puntas afiladas que rodeaba la propiedad. La entrada se efectuaba a través de una garita con un guardia de seguridad, al que había que informar del motivo de la visita a algún senador, juez federal, actor de cine o algún otro miembro de la elite, que eran los residentes en el complejo vallado.

En Serenity Manor se habían negado a facilitar a Victor Hobson la dirección de Vanessa sin una citación judicial. El general Morris Wingate le había hecho saber que no quería que molestara a su hija, y le había informado, además, de que ésta sufría problemas mentales graves y que no constituía un testigo fiable. Había tenido que recurrir al favor de un amigo que trabajaba en la compañía de teléfonos para dar con su paradero, y hacer valer su condición de agente del FBI (sin contar con la amenaza nada sutil que había proferido) para lograr que el portero y el guardia de seguridad de la recepción lo dejaran entrar. Mientras subía en el ascensor hasta la planta veinte, Hobson se preguntaba qué ocultaban los Wingate. Sus acciones, por más que explicables, siempre habían resultado sospechosas. Cuando llegó a Lost Lake para iniciar la investigación, el padre de Vanessa ya se la había llevado del hospital, alegando que en Serenity Manor le proporcionarían los cuidados que su salud mental requería. Le habían denegado todas las solicitudes para entrevistarse con ella en el centro psiquiátrico, teóricamente para proteger a la paciente. Para una persona tan frágil resultaría traumático en exceso revivir los horrores de Lost Lake, le dijeron.

—¿Quién es? —preguntó Vanessa, con voz asustada momentos después de que Hobson llamara al timbre. Se había presentado sin avisar. El portero y el guardia de seguridad sabían que, si informaban de su llegada, habría consecuencias.

—El agente federal Victor Hobson —respondió, mostrándole su identificación a través de la mirilla—. ¿Puedo entrar, señorita Wingate?

—¿De qué se trata?

—Prefiero no decírselo aquí, en el rellano. Los vecinos podrían oírnos.

—No quiero hablar con usted.

Hobson jugó sus cartas.

—Cari Rice ha vuelto a matar, señorita Wingate. Y no quiero que elimine a nadie más, incluida usted.

Se hizo el silencio al otro lado de la puerta. Hobson no sabía si Vanessa seguía ahí, de pie. Entonces se oyó el ruido de cerrojos y cadenas, la puerta se abrió, y Vanessa Wingate lo miró desconfiada mientras se apartaba para permitirle la entrada.

A Hobson le pareció que la hija del general se mostraba alerta en exceso, y asustada. Estaba tan delgada que la ropa le venía grande, y las ojeras revelaban que no dormía bien.

—Gracias por dejarme entrar, señorita Wingate.

—Llámeme Kohler. Ya no uso el apellido de mi padre.

Hobson recordó que la madre de Vanessa se llamaba Charlotte Kohler. Había muerto en un accidente de coche cuando su hija iba al instituto.

Vanessa cerró la puerta y condujo a Hobson a un salón espacioso. Sobre una mesa de caoba brillante, apoyado en un cenicero, humeaba un cigarrillo. La joven caminaba con los hombros echados hacia delante, como si sintiera frío, aunque en la chimenea de mármol ardía un fuego, y la temperatura en el apartamento debía de superar los veinte grados.

—Me ha costado dar con usted —dijo Hobson—. Creía que estaría instalada en su casa de California, pero su padre me informó de que se había trasladado.

—No quiero saber nada de él —respondió ella, claramente indignada—. No tengo ningún trato con él. Mi padre hizo que me encerraran.

—Me contaron que tuvo que someterse a un tratamiento psiquiátrico por el trauma que le causó su experiencia en Lost Lake.

Vanessa esbozó una sonrisa fría.

—Ésa es la versión oficial, y a los matasanos de Serenity Manor se les ha pagado mucho dinero por repetirla.

—Traté de ponerme en contacto con usted cuando estaba ingresada, pero los médicos no me permitieron verla.

—No le habría sido de gran ayuda, porque me tenían drogada casi siempre. Todo es borroso en este último año.

—¿Recuerda qué sucedió en el lago? —le preguntó Hobson serenamente, pues se daba cuenta de lo nerviosa que estaba, y no quería alterarla. Vanessa tardó un poco en responder. Dio una calada al cigarrillo y clavó la mirada en un punto indeterminado—. Señorita Kohler —insistió él, cuidándose esa vez de usar su nuevo nombre.

—Sí, lo he oído, pero no sé si quiero hablar de ello.

—Es importante. Y ahora más, porque hay otro muerto —lanzó Hobson.

La noticia llamó la atención de Vanessa.

—¿A quién…? ¿Cari…?

—Al general Peter Rivera.

Vanessa frunció el ceño.

—No sé quién es.

—Se trata de un hombre de escasa estatura, achaparrado, de piel oscura y una cicatriz en la frente.

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo Vanessa—. ¿Y qué le hace pensar que Cari lo ha matado?

—La forma en que lo torturaron y lo asesinaron es muy similar a la que se empleó con el congresista Glass —dijo Hobson, y Vanessa palideció—. Y existen otras pruebas que lo vinculan a la escena del crimen.

La joven seguía fumando. Hobson le dio tiempo para que pensara.

—Yo dormía en la habitación de invitados —dijo Vanessa al fin, sin más preámbulos. Contemplaba la chimenea encendida, sin atreverse a mirar a Hobson—. En la segunda planta. Desperté y oí voces, lo que me sorprendió, pues creía que estábamos solos en casa.

—¿El congresista y usted? —preguntó Hobson.

Ella se volvió hacia él y dijo:

—No es lo que piensa. Había acudido a la mansión de California para reunirse con mi padre. Eric pertenecía al comité de espionaje, y mi padre era el director de la Agencia para la Coordinación de Datos Reservados. Comí con ellos en una ocasión, y cenamos juntos en otra. Al empezar el posgrado me entrevistó para ofrecerme trabajo.

—¿Era su jefe?

Vanessa asintió.

—Y éramos amigos, nada más.

—¿Entonces por qué estaba allí, en su casa, sola con él?

Vanessa bajó la mirada.

—Eso es algo personal. No quiero hablar de ello.

Parecía asustada, y Hobson decidió no insistir.

—De modo que oyó voces y… —comenzó a decir.

—Eric dijo algo. Yo no oí lo que decía, pero me sonó raro —recordó Vanessa.

—¿Raro?

—Como un susurro ahogado. Era como si estuviera herido. Bajé a investigar. Había luz en su despacho. Asomé la cabeza para ver.

Vanessa cerró los ojos con fuerza.

—¿Está bien, señorita Kohler?

Ella no respondió, y siguió hablando como si no hubiera oído la pregunta.

—Cari estaba de pie, dándome la espalda. Vestido de negro de pies a cabeza. Al principio no supe ni quién era. Pero entonces se volvió, y yo ahogué un grito. Me llevé la mano a la boca, eso lo recuerdo bien. «Cari» —dije, y entonces vi al congresista y…, y vi el cuchillo. Cari lo sostenía, y estaba cubierto de sangre. Salí corriendo. Creo que grité.

—¿Trató él de seguirla?

—No —admitió Vanessa—. He pensado muchas veces al respecto. Cari era una persona muy atlética. De haber querido atraparme, lo habría logrado fácilmente.

—Pero no fue tras usted.

—Yo no me giré para verlo. Salí corriendo, eso es todo, pero estoy casi segura de que no me siguió. Me metí en el bosque. Y después oí que un fueraborda cruzaba el lago a toda prisa. Y luego aquel *sheriff* me encontró.

—Conoce a Rice desde hace tiempo, creo —apuntó Hobson.

—En el instituto salíamos juntos. Luego a él lo llamaron a filas, y perdimos el contacto. Volvimos a encontrarnos en Washington D. C. pocos meses antes de…, lo de Lost Lake.

—¿Sabe por qué Cari mató al congresista?

Vanessa apartó la mirada.

—No —dijo, y Hobson supo con certeza que mentía.

—Su padre cree que Rice estaba celoso del congresista Glass.

—Ya se lo he dicho, entre nosotros no había nada. Éramos amigos, nada más. Trabajaba para él.

—Cuando retomaron el contacto aquí, ¿Rice le comentó algo que le indicara que tenía algo contra el ejército? —inquirió Hobson.

—No —respondió ella con demasiada rapidez.

Hobson estuvo tentado de cuestionarla, pero decidió mantener el tono amistoso. Ya volvería a hablar con ella cuando tuviera más material sobre el que investigar.

—¿Cuáles son sus planes?

—No lo sé. Cuando todo eso sucedió, yo estudiaba mi posgrado. Tal vez lo termine —respondió Vanessa, aunque por el tono de su voz no parecía que fuera a hacerlo pronto.

—¿Y piensa quedarse en Washington?

Ella esbozó una sonrisa sardónica.

—¿Es su pregunta una forma educada de pedirme que no me ausente de la ciudad?

Hobson también sonrió.

—No, es libre del todo para ir a donde desee. —Se puso en pie y le alargó una tarjeta de visita—. Gracias por hablar conmigo, señorita Kohler. Si se le ocurre algo más, llámeme.

Vanessa cogió la tarjeta y la dejó en la mesa de centro sin siquiera mirarla. Lo siguió hasta la puerta. Desde el rellano, Hobson oyó el chasquido de los cerrojos y las cadenas al cerrarse.

Camino del coche, pensó en la conversación que acababan de mantener. Estaba seguro de que Vanessa le ocultaba información. ¿Sabía el general Wingate de qué se trataba? ¿Habría enviado a su hija a Serenity Manor para que las autoridades no pudieran interrogarla? Cuando se encontraba cerca de su vehículo, le sucedió algo.

—¿Agente Hobson?

Se volvió y constató que una limusina negra conducida por un chófer se hallaba aparcada junto a la acera. Un hombre elegantemente vestido, de ojos azules y pelo tan rubio que parecía casi blanco, mantenía abierta la puerta trasera.

—¿Le importaría subir? —le preguntó.

—Sí, me importaría. ¿Quién es usted?

El hombre le alargó una tarjeta que lo identificaba como Charles Jennings, agente de la CIA.

—Acompáñeme un trecho —insistió Jennings cuando Hobson terminó de examinar sus credenciales—. Volveré a dejarlo aquí mismo una vez que hayamos hablado.

—¿Hablar sobre qué? —preguntó Hobson.

—Suba, por favor. Este lugar está demasiado expuesto.

Hobson vaciló, pero la curiosidad pudo más que él y se montó en el asiento trasero del vehículo, que era espacioso y contaba con mueble bar, televisor y teléfono.

—Está bien, ¿de qué se trata? —preguntó Hobson cuando la limusina se puso en marcha.

—De su investigación sobre las muertes del congresista Eric Glass y el general Peter Rivera —dijo Jennings.

—¿Y por qué está la CIA interesada en esos casos?

—Eso es algo que no puedo explicarle en este momento.

—En ese caso creo que no podré comentarle nada sobre mis investigaciones.

Jennings sonrió.

—Ya imaginaba que respondería algo parecido.

—Soy una persona seria, Jennings. Ni siquiera de niño me gustaban los jueguecitos —expuso Hobson.

—Esto no es ningún juego, agente Hobson. Se trata de un asunto de seguridad nacional.

—Y se supone que yo tengo que creerlo sin más, sólo porque me lo dice usted, Jennings.

Jennings seguía sonriendo.

—Todos dicen que es usted un tipo duro.

—Yo no soy duro, pero me atengo a las reglas —aclaró Hobson —. No comento mis casos con nadie. Para serle sincero, señor Jennings, las identificaciones como la que acaba de enseñarme pueden falsificarlas periodistas entusiastas ávidos de noticias.

—¿Ve este teléfono? Llame al director y pregúntele si puede hablar conmigo.

—¿Al director del FBI?

Jennings le pasó el número de la línea interna del director, que Hobson sabía que era el correcto. Y él lo marcó sin apartar los ojos del hombre de la CIA.

—Sé por qué llama, agente Hobson —dijo el director apenas él se hubo identificado—. Debe cooperar sin reservas con el señor Jennings en este asunto.

—¿Quiere eso decir que…?

—Quiere decir eso mismo, sí. Una cooperación sin reservas, al cien por cien —dijo el director, y cortó la comunicación.

Hobson mantuvo el aparato pegado a la oreja unos instantes, antes de colgar. Jennings estaba apoyado en el asiento, confiado, al mando de la situación.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó Hobson.

—Quiero saber todo lo que ha averiguado sobre Cari Rice.

Hobson le contó lo que sabía.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —le preguntó el agente de la CIA cuando hubo concluido el relato.

—Creo que Rice es un soldado insatisfecho, enamorado de Vanessa Wingate. Seguramente es responsable de los asesinatos del congresista Glass y del general Rivera.

—¿Seguramente? —preguntó Jennings y Hobson vaciló—. El director le ha ordenado cooperación plena conmigo, ¿no es cierto?

—Eso es lo que me ha dicho, sí.

—Entonces, por favor, responda a mi pregunta. ¿Guarda alguna reserva sobre su conclusión de que Rice es responsable de esos asesinatos?

Hobson se sentía incómodo.

—No existen pruebas físicas que relacionen a Cari Rice con el asesinato de Lost Lake. Todos buscan a Rice porque Vanessa Wingate dijo que él había matado al congresista.

—Siga, Hobson.

—Nadie, excepto ella, vio a Rice en el lago. No se han hallado huellas ni otros rastros físicos que lo relacionen con el lugar del crimen. Si Vanessa Wingate no nos hubiera facilitado su nombre, no sería sospechoso.

—No le sigo —dijo Jennings, aunque resultaba evidente que lo había comprendido todo, y lo que quería era que se definiera más.

—La policía de Lost Lake llegó a la conclusión de que Vanessa no había matado al congresista porque no se encontró el arma del crimen y porque no había manchas de sangre en su cuerpo. Pero ¿y si se hubiera deshecho del cuchillo y de la ropa que llevara? Tal vez estuviera desnuda cuando lo mató. Podría haber arrojado el arma al lago y haberse duchado.

Era evidente que la teoría de Hobson intrigaba a Jennings.

—¿Qué lo ha llevado por ese camino, Hobson?

Hobson meneó la cabeza. Parecía preocupado.

—¿Por qué el general Wingate metió a su hija con tantas prisas en un centro de salud mental, sin darme tiempo a interrogarla? ¿Por qué los médicos de Serenity Manor no me dejaron hablar con ella? Tal vez, simplemente, trataban de protegerla. Tal vez revivir lo sucedido en Lost Lake le habría causado daños psicológicos. Pero tengo la impresión de que el general y su hija ocultan algo. Aunque carezco de pruebas al respecto, y no tengo ni idea de qué puede ser, a menos que sea ella quien mató a Glass.

—¿Y qué hay del general Rivera? —preguntó Jennings.

—Nada relaciona a Vanessa con ese asesinato.

—¿Y a Rice?

—El *modus operandi* es el mismo que en el asesinato de Lost Lake. El cadáver presentaba cortes en el pecho y daños en el rostro, así como el cuello seccionado. En la escena del crimen se encontraron pelos y sangre de Rice…

—¿Había señales de forcejeo?

—No —dijo Hobson.

—Interesante. Si no hubo forcejeo, ¿de dónde salió la sangre?

Hobson se encogió de hombros.

Jennings le pidió que le enviara copias de los dosieres de ambos casos. Y ordenó al chófer que regresara al aparcamiento en el que

había recogido a su interlocutor. Avanzaron en silencio hasta que la limusina se detuvo.

—Ya tiene mi tarjeta. Quiero conocer cualquier novedad tan pronto como se produzca —dijo Jennings—. Y, más importante aún, quiero que si Cari Rice es localizado, capturado o asesinado, me lo notifique al momento, sea de día o de noche. Se trata de una prioridad absoluta. —Justo antes de que Hobson descendiera del vehículo, Jennings añadió algo—: Le hará un gran favor a su carrera profesional si coopera conmigo sin reservas. No soy la única persona interesada en estos dos casos. Hay personas muy importantes que desean saber la verdad sobre lo sucedido en Lost Lake.

Hobson había enviado una copia de los dosieres del caso a la sede de la CIA, pero no se habían producido novedades. Cari Rice había desaparecido, como si jamás hubiera existido. Que Hobson supiera, Vanessa y él no se habían puesto en contacto después de lo de Lost Lake.

Hobson había seguido la pista a Vanessa. Supo que vivía de la generosa asignación que su madre le había dejado, y que había roto todo contacto con su padre. Durante el año y medio posterior a su salida de Serenity Manor, había vivido como una ermitaña. Al traslado a su residencia actual, menos costosa, había seguido su contrato con *Exposed*, tras varios intentos fallidos de encontrar trabajo en periódicos y revistas más serios.

Después de la conversación mantenida en la limusina negra, Hobson no volvió a hablar con Charles Jennings, aunque sí supo de él por otras fuentes. Pocos años después de su breve encuentro, al agente de la CIA lo nombraron director de la agencia. Con el cambio de gobierno, Jennings regresó a Pensilvania, donde ocupó el cargo de senador durante dos legislaturas. Hacía cuatro años había sido proclamado candidato a la presidencia de Estados Unidos.

Con el tiempo, Hobson también ascendió en el escalafón, hasta su reciente nombramiento como subdirector ejecutivo de los servicios de aplicación de leyes. Había otros tan merecedores del ascenso como él, y los había incluso con más méritos. Hobson siempre se había preguntado qué importancia había tenido para su carrera aquel breve trayecto en limusina a la salida del apartamento de Vanessa.

El intercomunicador sonó, y la secretaria de Hobson le informó de que Sam Cutler se encontraba en la recepción. Él le pidió que lo hiciera pasar, y cuando lo hubo hecho le pidió que se retirara. Cutler miraba a su alrededor, desconfiado. Hobson le sonrió para tranquilizarlo.

—Siéntese, señor Cutler. No se preocupe, que no está metido en ningún lío.

—¿Y entonces por qué estoy aquí?

—Vanessa Kohler cree que está usted en peligro.

Cutler echó los hombros hacia delante.

—¿Está de broma? ¿Todo esto es por Vanessa?

—Ella me pidió que lo recogiéramos y le ofreciéramos protección.

Cutler parecía furioso.

—No puedo creerlo. ¿Es que no sabe qué Vanessa está perturbada? Acabo de vivir lo mismo con la policía estatal. Llamó al teléfono de emergencias ayer noche y dijo que me estaban asesinando. —Se llevó el índice a la sien en un gesto expresivo—. Está desquiciada.

—No es tan sencillo —dijo Hobson.

—Sencillo no lo sé, lo que sí sé es que me resulta de lo más embarazoso. Primero los policías de ayer noche. ¿Qué pensarán los vecinos? Y luego un agente del FBI me saca del despacho.

—Lo siento, pero Vanessa ha ido a un sitio, y necesito saber dónde. Esperaba que usted me ayudara. Créame, es importante.

—Nada de todo esto tiene que ver con su padre, ¿verdad? No lo estará amenazando… Se puso furiosa cuando supo que se

presentaba a la presidencia del partido. Fue a partir de entonces cuando se inició esta ronda de demencia. Antes de eso estaba bien.

—No ha amenazado al general Wingate.

Cutler parecía desconcertado.

—A mí Vanessa me cae bien, en serio, y he intentado con todas mis fuerzas aceptar sus problemas. Pero me está costando mucho. Es una mujer brillante, y una periodista excepcional. Si no fuera por sus problemas mentales, estoy seguro de que podría ganar el premio Pulitzer. Pero no siempre distingue realidad de fantasía, y las cosas, en vez de mejorar, están cada vez peor. Lo que no entiendo es por qué el FBI habla con ella, y menos aún por qué da crédito a todo lo que dice —dijo Sam.

—Eso no puedo explicárselo, pero tiene que ver con un caso.

—¿Está metida en líos?

—No fon nosotros. Dígame, señor Cutler, ¿le ha mencionado alguna vez a un hombre llamado Cari Rice?

—Me suena. —Cutler chasqueó los dedos—. Claro, del libro. Oh, no. No me diga que tiene que ver con el libro. Ese libro es pura fantasía. Lo he leído. Y no presenta ni una sola prueba que avale lo que afirma.

—¿De qué libro habla? —preguntó Hobson, aunque había leído una copia realizada a escondidas por un empleado de la editorial, pagado por el FBI.

—Ha escrito una denuncia contra su padre. Asegura que durante la guerra de Vietnam dirigía una unidad militar secreta que cometió toda clase de crímenes. Pero no tiene ninguna prueba, claro.

—¿Y qué dice de Rice?

—Que era uno de los asesinos a las órdenes de Wingate. —Sam Cutler aspiró hondo—. No puede darse crédito a esas acusaciones, señor Hobson. Cuando era muy joven, Vanessa presenció un terrible asesinato con torturas. Ella se encontraba en casa de un congresista, en California. Creo que ahí empezaron sus problemas, porque estuvo un año hospitalizada en un sanatorio privado a causa del impacto

que le causó la visión de aquel hombre muerto. Ella dice que ese antiguo novio suyo, Carl Rice, mató al congresista porque éste tenía pruebas de esa unidad secreta del ejército que, según ella, su padre encabezaba. Pero no hay que hacer caso de lo que dice sobre el general Wingate, porque lo odia. Lo odia a muerte. Vanessa lo culpa de todo lo que le ha ido mal en la vida, de la muerte de su madre, de su ingreso en el centro psiquiátrico. Incluso cree que tuvo que ver en el asesinato de Kennedy.

—¿Qué? —se sorprendió Hobson.

—Asegura que su padre fue el segundo francotirador. Asegura que no ha estado nunca loca, y que su padre la encerró en el sanatorio para que no contara lo que sabe. —Cutler meneó la cabeza.

—¿No cree lo que ha escrito en ese libro? —le preguntó Hobson.

—Claro que no. Y también sé de dónde ha sacado todas esas cosas. Tiene una colección inmensa de libros y artículos sobre operaciones clandestinas reales del gobierno, como la de Phoenix, y montones más sobre Roswell, las teorías de la conspiración sobre el asesinato de Kennedy y todas esas patrañas. Su libro es una mezcla de cosas reales con otras que creen los chiflados por las conspiraciones.

—¿Tiene alguna idea de adónde ha ido?

—No. Hablé con ella ayer noche, inmediatamente después de que llamara a la policía, pero no me dijo dónde se encontraba. Y no tenía ni idea de que tuviera intención de ir a ningún sitio.

—Si lo llama, ¿me informará de su paradero?

Sam parecía incómodo —dijo:

—¿Me jura que no piensa detenerla? ¿Que no es sospechosa de nada?

—Tiene mi palabra. Lo que me preocupa es que se encuentre con Cari Rice y que él le haga algún daño.

—Entonces ¿ése Rice existe en realidad?

—Sí. Salió con él en el instituto, y volvió a encontrarse con él en la época en que el congresista Glass fue asesinado. Le dijo a la policía que Rice era el autor de la muerte —apuntó Sam.

—De modo que estaría en peligro si se encontrara con ese tipo…

—Podría estarlo.

Sam aspiró hondo.

—Si me llama, trataré de averiguar dónde se encuentra.

—Sepa que le prometí a Vanessa que le ofrecería protección.

Sam meneó la cabeza.

—Pida a alguien que me lleve de vuelta al periódico, y prométame que le dará explicaciones a mi jefe si me las pide.

Seis

Apenas Ami Vergano, abogada y madre soltera, fue identificada como progenitora del pequeño que se había abalanzado sobre Daniel Morelli, los helicópteros de las cadenas de televisión rodearon su casa, los periodistas empezaron a llamar a su puerta a todas horas y el teléfono empezó a sonar sin descanso. Ami trató de explicar que ella sólo era la casera de Morelli, pero los periodistas querían saber si eran amantes, y si él era el padre de Ryan. Cuando al fin se cansaron y desaparecieron, ya era tarde, y el pequeño estaba hecho un lío. Ella había tratado de protegerlo, pero había presenciado los disparos contra su amigo, lo había visto sangrar, y había oído algunas insinuaciones. También se daba cuenta de lo mucho que todo aquello afectaba a su madre.

Dos días después de la pelea en el campo de béisbol, Ami llevaba a un Ryan extrañamente dócil a su aula de cuarto. Había logrado que el director y la tutora del pequeño le prometieran que no permitirían que ningún periodista ni compañero de clase le hablara del incidente. Ami abrazó a su hijo y, a regañadientes, se dirigió en coche al centro. Su oficina estaba en un edificio de ladrillo de Front Avenue, frente a un parque que corría paralelo al río Willamette. Tal vez Ami estuviera algo deprimida, pero el día había amanecido tibio y el sol prometía una jornada feliz. En cuestión de horas, las lanchas fueraborda adelantarían a embarcaciones de velas multicolores, y el parque se llenaría de perros con sus amos, mujeres con cochecitos de bebé y niños haciendo novillos.

Un bar irlandés ocupaba la planta baja del edificio de Ami. La entrada a los pisos superiores se realizaba por una puerta que quedaba entre el bar y una agencia de viajes. En el tercer nivel, junto al ascensor, se había instalado una empresa dedicada a la creación de páginas web. Al otro lado del rellano, a la derecha, había un taller de arquitectura, y en el otro extremo, el piso en el que Ami compartía espacio con un bufete compuesto por tres personas, así como con otros dos abogados independientes. Una hispana que cargaba con su bebé; un negro bien vestido y una rubia que llevaba gafas de sol de aviador tipo Rayban, una blusa beis y unos vaqueros, estaban sentados en la recepción. Ami no tenía citas concertadas, de modo que supuso que ninguno de los tres la esperaba a ella. Al detenerse junto al escritorio de la recepcionista para recoger sus mensajes, ésta se echó hacia delante para hablarle.

—La mujer de la blusa beis ha venido a verte —le susurró—. No había concertado cita contigo.

Iras revisar sus mensajes para asegurarse de que no tenía nada urgente, se acercó a la rubia.

—Soy Ami Vergano, y me dicen que desea verme.

La mujer se puso en pie. No sonrió ni le extendió la mano.

—Espero que disponga de unos minutos libres. Si está ocupada, puedo esperar.

—¿Le importaría decirme de qué se trata? —preguntó, desconfiada. Si era otra periodista, Ami iba a montar un escándalo. La mujer miró a los otros clientes.

—Preferiría hablarle en privado.

Ami la condujo hasta su diminuta oficina, que quedaba al fondo del piso. La ventana daba al estacionamiento del bar. Había cubierto una de las paredes con sus diplomas, mientras que de la otra colgaba una marina que un artista le había entregado como pago por ayudarlo a redactar un contrato con una galería de arte. Tenía dos sillas para las visitas, un archivador junto a la ventana y su mesa, cubierta de instancias, memorias, cartas y libros de derecho.

Sobre el archivador, una foto de A mí, Chad y Ryan, y otra del niño junto al teléfono.

—¿En qué puedo ayudarla, señora…?

—Kohler. Vanessa Kohler. Vivo en Washington. Llegué a Portland ayer noche.

Ami frunció el ceño.

—No ha viajado hasta Oregón sólo para realizar una consulta legal conmigo, ¿verdad?

—Pues en realidad sí. Oí su nombre en la CNN. Decían que era abogada. Y también decían que Daniel Morelli vivía con usted —dijo Vanessa.

Ami dedicó una mirada asesina a la visitante.

—¿Es usted periodista?

—Señora Vergano, trabajo para un periódico, pero no he venido en busca de ninguna historia.

—¿Para qué periódico? —exigió saber Ami, indignada.

Vanessa suspiró.

—Trabajo para *Exposed*. Se trata de una publicación sensacionalista de periodicidad no diaria. Le aseguro que mi viaje a Portland y mi reunión con usted no tienen nada que ver con mi trabajo. He venido por cuenta propia, no en busca de ninguna historia. Conocí a Dan en el instituto, en Washington, a mediados de la década de 1980. Compartimos cierta intimidad en otro tiempo. Deseo contratarla para que lo represente.

—Señora Kohler, la prensa ya nos ha hecho la vida imposible estos días pasados a mí y a mi hijo. No sé si debo confiar en una periodista. Pero incluso en el caso de creerle, no podría ayudarla. No soy especialista en derecho penal, y mi único contacto con éste fue en un curso que realicé durante mi primer año de Derecho. No soy competente para representar a nadie que se enfrente a cargos penales, y mucho menos de la gravedad de los que nos ocupan en este caso. E incluso en el caso de estar cualificada para ello, no representaría a Dan. No se representa a personas conocidas. Y en

este caso existe un conflicto potencial de intereses. Soy testigo, presencié lo sucedido. El fiscal del distrito podría citarme a declarar, y tendría que decir que vi a Dan apuñalar a Barney Lutz en el cuello y abalanzarse sobre ese policía. De modo que, ya lo ve, de ningún modo puedo acceder a lo que me pide.

Vanessa se echó hacia delante, con expresión intensa.

—Nada de todo eso me importa. Necesito que alguien me lleve a ver a Dan. He llamado al hospital. Me dicen que lo mantienen bajo vigilancia. No permiten que nadie, salvo su abogado, lo visite. Usted podría llevarle un mensaje a Dan. O tal vez consiga colarme como abogada auxiliar, o perita, o algo así.

La indignación de Ami iba en aumento.

—Tengo la impresión de que todo esto es un truco para conseguir una entrevista.

Vanessa cerró los puños con fuerza sobre el regazo para controlar la frustración.

—Ya le he dicho que no he venido en calidad de reportera. Dan me preocupa, y quiero ayudarlo. Seguramente soy la única persona que está en disposición de hacerlo. Hay cosas que sé, cosas que él sabe. Podría usar ese conocimiento para llegar a un trato.

—¿Qué cosas? —preguntó Ami.

—Lo siento, no puedo decírselo.

Ami decidió poner fin a ese encuentro.

—Mire, señora Kohler, esto no va a funcionar. Me inhabilitarían si mintiera a la policía para que usted viera a Dan. Tal vez incluso me detuvieran. Va a tener que buscarse otro abogado.

—Cuando hablaba de Dan en televisión, me pareció que se preocupaba por él —comentó Vanessa.

—Dan me cae bien, pero lo conozco desde hace poco tiempo.

—Es muy buena persona, señora Vergano, pero ha recibido heridas emocionales. Necesita nuestra ayuda. Yo sé cómo ayudarlo, pero antes tengo que verlo.

—Lo siento, no puedo hacer nada por usted, señora Kohler.

Vanessa extrajo un cheque de 25 000 dólares del bolsillo y lo depositó sobre la mesa. Ami lo observó con avidez… Qué bien le vendría ese dinero.

—Debo ver a Dan antes de que sea demasiado tarde —insistió Vanessa, que parecía desesperada—. No tiene idea de lo importante que es. Si aprecia a Dan, aunque sea mínimamente, tiene que ayudarlo. Su vida está en peligro.

—¿Quién lo amenaza? —preguntó Ami.

Vanessa negó con la cabeza.

—Debe confiar en mí. Tal vez ya sepan que Dan está aquí. Y si no lo saben, no tardarán en averiguarlo. Y entonces ya será demasiado tarde.

Vanessa Kohler incomodaba a Ami, pero el dinero… Aquella suma podía representar que Ryan pudiera ir a la universidad. O podría usarlo para cancelar algunas deudas. ¿Y si Morelli estaba realmente en un peligro que iba más allá de sus problemas con la justicia? Resultaba difícil de creer, pero también era increíble lo sucedido en el campo de béisbol. Por un momento, Ami pensó en aceptar los 25 000 dólares, pero su conciencia no se lo permitió.

—Me pide que ponga en peligro mi vida por un hombre al que apenas conozco. Va a tener que darme más si quiere que asuma semejante riesgo.

—No sé qué decir. Creía que ofrecería su ayuda precisamente porque lo conoce.

—El hombre al que creía conocer era un ser amable —aclaró Ami —. Me cuesta identificarlo con lo que vi el otro día.

—Si no estoy mal informada, lo que hizo fue impedir que dieran una paliza al entrenador de su hijo.

—Sí, pero existen ciertos límites. Apuñaló a Barney Lutz y casi lo mata. ¿Y lo que le hizo al policía?

—El policía se acercó por detrás —aclaró Vanessa—. Dan no sabía quién era.

—Es un hombre violento y peligroso, señora Kohler, y mi hijo lo ha frecuentado mucho. Dios sabe que podría haberle hecho.

Vanessa le dedicó una mirada implacable.

—En el fondo sabe muy bien que nunca le haría el menor daño al niño. Sabe muy bien que él no es así.

—Usted misma ha dicho que lo conoció a mediados de los ochenta. La gente cambia —dijo Ami—. La persona que vi hace dos días es un asesino.

Vanessa se había colocado en el borde de la silla, como un atleta a punto de iniciar una carrera. Se aferraba con tal fuerza a la mesa que tenía los nudillos blancos, y clavaba sus ojos en los de Ami con tal intensidad que ésta empezó a preguntarse si su visita sería peligrosa.

—Si Dan es un asesino, yo sé quién lo hizo ser así. Se trata de un hombre implacable. Una vez que sepa que Dan se encuentra en Portland, no parará hasta verlo muerto. La única manera de mantenerlo con vida es llegar a un trato con las autoridades. Yo puedo convencer a Dan de que lo haga, pero debo encontrarme con él cara a cara, señora Vergano.

Ami trató de aclarar sus sentimientos. ¿Y si Vanessa Kohler le decía la verdad? Morelli era un enigma. Lo que había hecho la había desconcertado y disgustado porque el Daniel Morelli que vivía en su casa era un hombre tan amable con su hijo que no tenía nada que ver con el ser que había actuado con esa brutalidad durante el partido. Ella apreciaba y respetaba al artista que había vivido en su casa, pero el hombre violento que había estado a punto de matar a Barney Lutz la aterraba. ¿Cuál de los dos era el verdadero Morelli? Decidió arriesgarse y ayudar al hombre al que, a pesar de todo, seguía viendo como a un amigo.

—Mire, señora Kohler, trataré de visitar a Dan. Le llevaré un mensaje de su parte. Pero no pienso cobrarle 25 000 dólares por ello, porque no puedo aceptar el caso. Extienda otro cheque de 1500 dólares en concepto de paga y señal, y yo le cobraré por horas. Si

quiere que la ayude a encontrar a un abogado penalista, también puedo hacerlo.

Vanessa, aliviada, echó los hombros hacia delante, y sonrió por primera vez.

—Gracias. Mejor que la paga y señal sea de 5000. Puedo permitírmelo. Pero hay algo que debe saber. No quiero que nadie, excepto Dan, sepa que me he puesto en contacto con usted. ¿Lo entiende? Nadie debe saber que me encuentro en Portland, ni que he contratado sus servicios. ¿Puede prometerme confidencialidad?

—La mantendré al margen —dijo Ami.

Mientras Vanessa rompía el primer cheque y empezaba a extender el segundo, Ami pensó en lo que acababa de aceptar, y se preguntó en qué lío se había metido.

Siete

Tan pronto como su nueva clienta cerró la puerta y se ausentó, Ami empezó a lamentar su decisión de visitar a Morelli. Su temor y sus dudas aumentaron mientras se acercaba en coche al hospital del condado, y alcanzaron su punto álgido cuando entró en el consultorio del doctor Leroy Ganett, el médico encargado del caso de Morelli.

Se trataba de un hombre alto, de rasgos angulosos y pelo castaño, ingobernable, que se sentaba dando la espalda a la única ventana del despacho, amueblado con una mesa anodina, de metal gris, y con una estantería de madera. Ami se presentó, y Ganett le indicó que tomara asiento junto a una pared cubierta de diplomas y títulos, de la que también colgaba una fotografía de sí mismo en pantalones cortos y camiseta, sobre un embarcadero, junto a un gigantesco pez espada.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Vergano?

—Daniel Morelli es mi representado. Quiero reunirme con él.

—Nadie me había dicho que el tribunal le había asignado un abogado —dijo Ganett.

—No me ha designado el tribunal. He sido contratada para representar al señor Morelli.

Ganett frunció el ceño.

—No sé si puedo permitirle la entrada sin la aprobación del fiscal del distrito.

Ami ya se temía una respuesta similar. En realidad desconocía si el fiscal del distrito podía impedirle ver a Dan. No bromeaba cuando admitió ante Vanessa que no sabía apenas nada de derecho penal. Pero recordaba algunas cosas que había visto en un programa de televisión sobre abogados.

—Doctor Ganett, en Estados Unidos todo el mundo tiene derecho a una defensa. La Constitución del país lo garantiza. El fiscal del distrito no puede impedir que Daniel Morelli vea a su abogada. Y el hospital tampoco. —El médico parecía inseguro. Ami sonrió y se dirigió a él con voz serena y razonable—. Mire, doctor Ganett, no tengo el menor interés de convertir esta visita en un caso del tribunal de apelación federal, y estoy segura de que usted no quiere que el hospital vaya a juicio por un caso que no puede ganar.

Ami albergaba cierta esperanza inconfesada de que Ganett le negara el acceso a la habitación de Dan, pues de ese modo se libraría del problema del modo más fácil. Pero el médico se encogió de hombros.

—Hay un policía de guardia. Si él no se opone, yo tampoco lo haré.

—Gracias. ¿Cómo evoluciona Morelli? —preguntó Ami.

—Está deprimido y se muestra muy reservado. No ha intercambiado una sola palabra con nadie desde que está aquí. Pero lo raro sería que no estuviera deprimido —comentó Ganett—. Le han disparado, y se enfrenta a un juicio por un delito grave. La depresión es normal en sus circunstancias.

—¿Y cómo se encuentra físicamente?

—Cuando llegó aquí su situación era muy precaria. Una de las balas penetró en el bazo y rozó el riñón izquierdo. Hemos tenido que extirparle el bazo. Ha perdido bastante sangre, y está tomando antibióticos y analgésicos para el dolor. Además, le estamos realizando pruebas, porque tiene algo de fiebre, pero considerando las circunstancias, puede decirse que evoluciona bien. —Ganett le

entregó a Ami un informe médico—. Aquí tiene. Es una copia. Puede quedársela.

Ami hojeó el informe, y el médico fue traduciéndole la terminología especializada que ella no entendía. La analítica de Morelli revelaba una ligera leucocitosis con desviación a la izquierda. Había viejas cicatrices, y evidencias de intervenciones de cirugía plástica. Además, una radiografía del abdomen indicaba fragmentos metálicos tras la cresta ilíaca derecha compatibles con metralla. El hematocrito estaba estable, a 31.

—Ha escrito que la herida está sanando —se interesó Ami—. ¿Cómo se traduce eso en el tiempo que el señor Morelli va a pasar en el hospital?

—No voy a enviarlo a la cárcel mañana mismo, si es a eso a lo que se refiere. Todavía debe seguir hospitalizado. Pero evoluciona favorablemente, y tal vez no se quede aquí mucho tiempo.

—Gracias. ¿Puedo verlo ahora?

—Claro.

El ala de seguridad del hospital se encontraba en la tercera planta, en el otro extremo del hospital. Un auxiliar de enfermería musculoso, vestido con pantalones blancos y camiseta de manga corta, del mismo color, leía un libro del Oeste sentado a una mesa, a la derecha de una puerta metálica en la que se abría una ventanilla de cristal grueso. Junto a aquella puerta, en la pared, había un timbre. El auxiliar dejó el libro al ver que el doctor Ganett y Ami se acercaban.

—La señora Vergano viene conmigo, Bill. Queremos ver al señor Morelli.

Bill comunicó por radio su intención. Segundos después la puerta se abrió automáticamente. En el interior les esperaba otro auxiliar. Ami siguió al médico por un pasillo ancho que olía a desinfectante. A las paredes, de un color marrón oscuro, no les habría venido mal

otra capa de pintura. El pasillo proseguía en ángulo hacia la derecha. El doctor Ganett siguió avanzando por él, y Ami vio a un policía sentado frente a una puerta similar a la de la entrada. Al acercarse al agente, la abogada notó que empezaba a sudar y que se le encogía el estómago. Aunque no estaba haciendo nada ilegal, se sentía como si no fuera así. Estaba convencida de que el agente le leería el pensamiento apenas la viera.

—Agente, soy Leroy Ganett, el médico de Morelli. Ésta es Ami Vergano, abogada contratada para representar a mi paciente. Desea hablar con él.

El policía le pidió que le mostrara la acreditación, y un documento de identidad con fotografía. Ami obedeció, y le alargó la tarjeta del colegio de abogados y el permiso de conducir. Y aunque esperaba que el agente la acribillara a preguntas y acabara delatándola, éste se limitó a comprobar las fotografías de los dos documentos.

—Tendrá que dejar aquí el bolso —se limitó a decir mientras se los devolvía—. No le entregue nada al detenido, ¿de acuerdo?

Ami asintió, sin terminar de creerse lo fácil que le había resultado visitar a Morelli.

—¿Quiere que entre con usted? —le preguntó el doctor Ganett.

—Debo verlo a solas. Ya sabe, confidencialidad abogado-cliente —respondió ella con falso aplomo, logrando ocultar el nerviosismo que la invadía.

—En ese caso, regresaré a mi trabajo —dijo el doctor mientras el agente abría la puerta de su paciente.

—Gracias por su ayuda.

—No hay de qué.

—Llame a la puerta cuando haya terminado —le indicó el policía a Ami antes de dejarla encerrada en la habitación de Morelli.

Se trataba de una instalación hospitalaria espartana, con dos sillas metálicas sencillas y una cómoda del mismo material pegadas a la pared. La ventana estaba protegida con barrotes. La cama del paciente estaba algo levantada, y Morelli aparecía medio sentado.

Observaba a Ami sin expresión. Se lo veía pálido, con las mejillas hundidas, pero su mirada era intensa. Llevaba un tubo nasogástrico pegado con cinta adhesiva a la nariz, y sobre él colgaba una botella de suero que liberaba su contenido en otro tubo insertado en el antebrazo de Morelli. Ami se acercó a la cama y contempló al hombre herido.

—Hola, Dan, ¿cómo te encuentras?

—No muy bien, aunque mejor que hace unos días.

—El doctor Ganett dice que tu recuperación es buena —dijo Ami.

—¿Y te ha dicho qué me va a pasar?

—Seguirás en la zona de seguridad del hospital, y cuando estés lo bastante bien te trasladarán.

—Malas noticias —dijo Morelli, que parecía hablar consigo mismo.

—¿Has estado antes en la cárcel?

—En Vietnam —respondió él sin alterarse, con el pensamiento muy lejos de la realidad del hospital.

—¿Fuiste soldado? ¿Fue en el ejército donde aprendiste a pelear así?

La pregunta devolvió a Morelli al presente.

—¿Cómo has conseguido que te dejaran entrar? —preguntó, súbitamente desconfiado.

—¿Qué quieres decir?

—Eres la única visita que he tenido, exceptuando al comisario y a un tipo de la oficina del fiscal. ¿Por qué te han dejado entrar?

Ami se ruborizó.

—Les he dicho que era tu abogada.

Morelli abrió mucho los ojos y se mostró alterado.

—Eso no está bien. No deberías haberlo hecho. Sal y diles que no lo eres.

—¿Por qué? —dijo Ami.

—Hazme caso. Mantente alejada de mí. Si nuestra amistad llega a ser del dominio público, será muy malo para ti y para Ryan.

—Ya es demasiado tarde para eso —respondió Ami con frialdad —. Los periódicos y la televisión no paran de hablar de ello. Los medios de comunicación están como locos con la historia de la liga infantil que terminó en baño de sangre. Nos están haciendo la vida imposible a Ryan y a mí.

—Lo siento. No lo sabía. No he visto la tele ni he leído un periódico desde que…

Morelli vaciló. Parecía muy preocupado.

—Ryan te echa de menos —dijo Ami.

—¿Vio lo que pasó?

—Claro. Estabas ahí tendido, en medio de un charco de sangre. Creía que habías muerto.

Morelli suavizó el gesto y ladeó la cabeza.

—Habría preferido que los niños no vieran lo que hice.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? —inquirió ella.

El preso negó despacio con la cabeza.

—No lo sé. Sucedió todo tan rápido. Si pudiera volver atrás, no actuaría del mismo modo. —Morelli miró a Ami. Parecía muy afectado—. Debes irte. Te agradezco que hayas venido, pero no vuelvas, por favor. Y dile a Ryan que estoy bien. No quiero que se preocupe por mí.

—Se lo diré, pero antes de irme necesito hablar contigo de un asunto.

—¿De qué se trata?

—En cierto modo, sí soy tu abogada de verdad. Una mujer me ha contratado para que te represente, esta misma mañana. Dice que puedo ayudarte. Yo le he advertido de que no podía ocuparme de tu caso. No sé nada de derecho penal. Pero al final he aceptado venir y transmitirte un mensaje de su parte.

—¿Quién es?

—Se llama Vanessa Kohler. —Morelli pareció muy sorprendido—. Dice que os conocisteis en el instituto, y que volvisteis a encontraros

a mediados de los ochenta. Está alojada en el Hilton, en la habitación 709. Tengo su número de teléfono.

—¡No! Dile a Vanessa que no pienso verla. Dile que se mantenga alejada de mí. Dile que regrese a casa.

—Pero ella cree que puede ayudarte.

Morelli tensó el gesto.

—Haz lo que te pido, Ami. Dile que vuelva a casa. Y tampoco quiero que vengas a verme más. Para ti no es seguro que te vean conmigo.

—Pero Dan…

—¡Vete! —gritó él—. Sal de aquí ahora mismo. No quiero volver a hablar contigo.

Ami salió disgustada del hospital. No había imaginado que Morelli rechazaría su ayuda con semejante vehemencia. Mientras regresaba en coche, trató de ver las cosas desde su punto de vista, y su enfado remitió. Dan estaba herido de gravedad, y se enfrentaba a la cárcel. Se trataba de un hombre al que le encantaba la vida al aire libre, y lo más probable era que acabara en prisión. Su futuro era muy negro. Como había dicho el doctor Ganett, era normal sentirse deprimido en su situación, y resultaba egoísta esperar que se mostrara encantador y agradecido ante su visita.

La reacción de Morelli al saber que Vanessa Kohler se hallaba en la ciudad también era comprensible. No la había visto desde la década de 1980. Ami ignoraba qué clase de relación habían mantenido veinte años atrás. Aquella mujer era sin duda una persona rara. Tal vez a Morelli nunca le hubiera caído bien, y él no quería que metiera las narices en sus asuntos.

En cualquier caso, mientras abría la puerta de la recepción, la abogada pensó que su trabajo en el caso Morelli había concluido. Llamaría a Vanessa Kohler y le informaría de la negativa de Morelli a

dejarse defender por ella, y de su decisión de no hablar con ninguna de las dos.

—Señora Vergano —la llamó la recepcionista apenas puso los pies en la sala de espera—. Estos caballeros desean verla.

En efecto, dos hombres trajeados, puestos en pie, la observaban de un modo que la incomodaba. Parecían personas expeditivas y resueltas. El más alto de los dos era apuesto, con aspecto de modelo. Sus rasgos definidos resultarían fotogénicos en cualquier posición, pero su exceso de perfección resultaba algo falsa, como si se tratara de un intento muy logrado de animación por ordenador. El otro era más bajo y corpulento. No llevaba el pelo moldeado con secador, como el de su compañero, y sus ropas parecían menos caras. A Ami le pareció que le habían partido la nariz. Su aspecto era el de quien jamás cree en nadie.

—¿Ami Vergano? —La abordó groseramente el más alto.

—Sí.

—Soy Brendan Kirkpatrick, de la oficina del fiscal del distrito del condado de Multnomah. Y éste es Howard Walsh, comisario de la policía de Portland. Nos gustaría conversar un momento con usted.

—Claro —dijo Ami, obligándose a sonreír. Aquello tenía que estar relacionado con el caso Morelli, y se sentía como una niña a la que hubieran pillado con la mano metida en una caja de galletas—. Entren en mi despacho. —Tan pronto como los tres estuvieron en la oficina de la abogada, los dos hombres tomaron asiento sin esperar a que los invitaran a hacerlo—. ¿De qué se trata? —preguntó, tratando de aparentar una inocencia absoluta.

Con una sola mirada, Kirkpatrick le dio a entender que no se tragaría ni una palabra de lo que pretendiera hacerle creer.

—Acabo de recibir una llamada muy preocupante. Conoce usted al doctor Ganett, ¿verdad? —Ami no respondió, y Kirkpatrick esbozó una sonrisa fría—. Él la conoce a usted. Y me ha dicho que se ha presentado en el hospital diciéndole que era usted la abogada de Daniel Morelli. El médico asegura que lo ha amenazado con

demandar al hospital si no la dejaba entrevistarse con mi detenido. Así pues, señora Vergano, ¿es usted su abogada?

—Sí —respondió ella, y el estómago se le encogió más que si hubiera ido montada en una montaña rusa.

—Qué interesante. No ha sido designada por el tribunal, y Morelli no había hecho ninguna llamada ni recibido ninguna visita hasta que usted se coló a la fuerza en su habitación.

—Morelli vivía con usted, ¿no es cierto, señora Vergano? —intervino Walsh, empleando un tono que insinuaba que Dan era algo más que su inquilino. Ami decidió no caer en la provocación.

—Era mi inquilino.

—¿Le dijo al doctor Ganett que era la abogada de Morelli para poder hacerle una visita privada? —preguntó el comisario.

—No, no lo hice.

—Entonces ¿quién la ha contratado? —Quiso saber Kirkpatrick.

Ami llegó a la conclusión de que aquellos dos hombres creían que podían intimidarla porque era mujer y no tenía mucha idea. Su temor dio paso a la indignación, pero decidió responder con una sonrisa.

—Me temo que eso es confidencial.

Kirkpatrick enrojeció.

—Esto no es un juego, señora Vergano. Su novio atacó a un agente de policía y estuvo a punto de matar a un hombre…

—Un momento —interrumpió Ami—. Daniel Morelli no ha sido nunca mi novio, y sus insinuaciones me ofenden. Vayan al grano, por favor. ¿Por qué han venido?

—No tiene por qué enfadarse —intervino Walsh, tratando de calmar los ánimos—. Nos ha surgido un problema, y estamos un poco nerviosos.

—¿Qué problema? —preguntó Ami.

—El documento de identidad de Morelli es falso. Le hemos tomado las huellas dactilares, y no aparecen. Que sepamos, Morelli apareció en Portland hace dos meses. Antes de ese momento, no

existía. —Ami no logró ocultar su sorpresa—. Creo que usted informó al agente que la interrogó en el campo de béisbol que lo había conocido en una feria de obras de arte —prosiguió Walsh.

—Así es.

—¿No lo había visto nunca antes?

—No —dijo Ami.

—Lo mismo aseguran todas las personas con las que hemos hablado, lo que sumado a la identificación falsa y a su comportamiento durante el partido de la liga infantil, nos hace temer que pueda tratarse de un terrorista.

Ami palideció. En ningún momento había considerado esa posibilidad. Morelli era sin duda un luchador experimentado. ¿Habría aprendido a matar a gente con lápices en algún campo de entrenamiento de al-Qaeda?

—Hemos venido con la esperanza de que usted nos diga quién es en realidad, señora Vergano.

Ami negó con la cabeza.

—De veras, no lo sé. Lo conozco sólo desde hace dos meses, y a mí siempre me dijo que se llamaba Daniel Morelli.

—Tal vez la persona que la ha contratado conoce su verdadero nombre —apuntó Kirkpatrick.

—Lo siento —se disculpó Ami—. Esa información no puedo dársela. Es confidencial.

Kirkpatrick se volvió hacia Walsh.

—Ya sabes lo que opino, Howard. Opino que nadie ha contratado a la señora Vergano. Opino que se ha inventado ese cuento de qué es la abogada de Morelli para poder ir a verlo.

—Eso sería un delito muy grave, Brendan.

—Como mínimo, obstrucción a la justicia, Howard. —Kirkpatrick volvió a concentrarse en Ami—. Pero los cargos podrían agravarse si Morelli resulta ser, en efecto, un terrorista.

—Puede amenazarme todo lo que quiera, señor Kirkpatrick, pero sabe muy bien que no estoy autorizada a revelar el nombre de la

persona que me ha contratado.

—Si es que alguien lo ha hecho —Kirkpatrick echó un vistazo al despacho—. Por lo que se ve, las cosas no le van muy bien. El caso de Morelli está atrayendo mucha atención pública, y el abogado que lo represente obtendrá una gran publicidad. Tal vez incluso consiga salir en Court TV. ¿A qué se dedica usted? ¿A ir por los hospitales para ofrecerse como abogada en accidentes de tráfico?

Ami se levantó.

—Ya basta. Salgan de mi despacho.

—Creo que ha ido usted al hospital y ha mentido para ver a Morelli y pedirle que la contrate como abogada —prosiguió Kirkpatrick, ignorando las palabras de Ami—. Podrían inhabilitarla por ello.

—Si permanecen aquí un minuto más lo consideraré allanamiento. Antes de que sigan amenazándome con la inhabilitación, piensen qué diría el tribunal si supiera cómo han actuado en mi despacho.

Kirkpatrick sonrió con arrogancia, en absoluto impresionado por la amenaza de Ami.

—Sabemos que no es la abogada de Morelli, señora Vergano. El doctor Ganett ya lo sospechó, pero quería asegurarse antes de llamarme. De modo que se lo ha preguntado al propio acusado, y éste le ha dicho que usted no la representa.

—Esta diferencia de opinión puede resolverse con gran facilidad —intervino Walsh—. ¿Por qué no nos acompaña al hospital? Si el preso afirma que usted lo representa, nos disculparemos.

Ami se sentía atrapada. Había mentido al doctor Ganett, en realidad nunca había representado a Morelli. Era imposible representar a alguien que se negara a ser representado. Si regresaba al hospital, Morelli le diría a Kirkpatrick y a Walsh que ella no era su abogada. Pero si se negaba a acompañarlos, tal vez la detuvieran.

—Excelente sugerencia —soltó al fin—. Y espero que los dos me pidan disculpas cuando Morelli les diga que voy a ocuparme de su defensa.

—Será usted la que tendrá que contratar los servicios de un abogado si no lo hace —espetó Kirkpatrick.

El doctor Ganett pareció ponerse nervioso cuando vio a Ami y a los dos hombres frente a la zona de seguridad del hospital. Saludó con un movimiento de cabeza a Kirkpatrick y a Walsh, pero no se atrevió a mirar a Ami a los ojos.

—Me alegro de verle, doctor Ganett —dijo el miembro de la fiscalía—. Creo que ya conoce a la señora Vergano.

Ganett se ruborizó al oír el nombre de la abogada.

—Espero no haber causado ningún problema —dijo Ganett.

—En absoluto —lo tranquilizó Walsh—. ¿Por qué no nos conduce a la habitación de Morelli?

Esperaron en el exterior de la puerta de seguridad sin dirigirse la palabra mientras el auxiliar de enfermería hablaba por radio con el compañero que custodiaba el otro lado. A Kirkpatrick y Walsh se les veía relajados y seguros de sí mismos. Ganett se apoyaba primero en un pie, y después en otro. A Ami el cerebro le funcionaba a toda velocidad.

La puerta se abrió con un chasquido metálico, y el médico los condujo hasta la habitación de Morelli. La abogada no daba crédito al lío en que se había metido. En cuestión de segundos, podía estar detenida y sin trabajo. ¿Cómo iba a mantenerse y a mantener a su hijo si la inhabilitaban para ejercer su profesión? Se imaginó la impresión que causaría en su hijo que la consideraran culpable de cometer un delito.

Morelli estaba sentado en la cama cuando entraron. Su vista se posó primero en los dos hombres, y después en Ami. Al ver que la

miraba, ella trató de comunicarle su angustia. Pero la expresión del herido no cambió.

—¿Se acuerda de mí, señor Morelli? —le preguntó el representante del fiscal del distrito.

—No responda a esa pregunta —exclamó Ami.

Kirkpatrick pareció sorprenderse al constatar que aquella abogada había osado interrumpirlo y se volvía hacia él.

—Mi cliente tiene derecho a consultar con su representante antes de responder a ninguna pregunta de la acusación o la policía.

—¿Qué pretende? —preguntó Kirkpatrick, airado.

—No pretendo nada, señor. Me limito a proporcionar a mi cliente el mismo consejo que le daría cualquier abogado responsable. Sería del todo incompetente si le permitiera hablar con un representante de la ley sin conversar antes con él. Eso es precisamente lo que hacen los abogados, Brendan. Asesorar a sus clientes.

Kirkpatrick enrojeció de indignación. Morelli apartó la vista de Ami y la clavó en el representante de la fiscalía.

—¿Es esta mujer su abogada? —exigió saber Kirkpatrick, su cólera apenas disimulada.

—No responda a esa pregunta —volvió a ordenar Ami.

—Debo seguir los consejos de mi abogada, señor Kirkpatrick —dijo Morelli.

—Se cree muy lista —dijo el representante del fiscal, volviéndose hacia Ami.

—Lo que creo es que soy la abogada de este caballero, y también creo que me debe una disculpa.

Kirkpatrick dedicó a Ami una mirada asesina, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Walsh se tomó la derrota con más elegancia. Meneó la cabeza y dedicó a la abogada una sonrisa respetuosa.

—Deseo charlar a solas con mi cliente, doctor Ganett —dijo Ami con firmeza.

—Ah, sí, claro. Lo siento. Temía que… —balbució.

—No pasa nada —zanjó ella, magnánima—. Me alegra saber que se ha tomado la molestia de verificar mis credenciales. La mayoría de la gente no habría sido tan escrupulosa.

—¿Qué ha sido todo esto? —preguntó Morelli tan pronto como se quedaron solos. Ami se sentó en una silla y empezó a temblar—. ¿Estás bien?

—No mucho. Ese idiota de Kirkpatrick me ha acusado de meneó la cabeza—…, de toda clase de cosas. Me ha dicho que recorro los hospitales en busca de clientes. —Miró a Morelli. Me habrían detenido si no hubieras dicho que era tu abogada. Gracias, Dan.

—No hay de qué. Kirkpatrick es un gilipollas. —Sonrió—. Me ha gustado tu manera de tratarlo. —Se echó a reír—. Por un momento me ha parecido que le iba a explotar la cabeza cuando le has exigido que se disculpara.

Ami intentó mostrarse un poco más digna, pero de pronto toda la tensión acumulada se fundió y no pudo controlar una risita.

—Se ha enfadado bastante, ¿verdad?

—Creo que no le gusta la gente que le planta cara —comentó Dan.

Ami se ruborizó. Se sentía orgullosa de sí misma por no haberse acobardado. Pero al poco se serenó y recobró la calma.

—Hay dos cosas que debemos tratar —dijo al fin.

—Adelante.

—Vas a necesitar un abogado. —Morelli hizo ademán de decir algo, pero ella le cortó—. Yo sólo voy a representarte hasta que encuentre a un buen abogado criminalista que pueda ocuparse del caso. Pero tú necesitas ayuda.

—No sé si la quiero —susurró Morelli, que de pronto parecía triste y derrotado. Aquella súbita transformación impresionó a Ami—. Estuve a punto de matar a Barney, y habría matado al policía si su compañero no me hubiera disparado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Cuando Barney se abalanzó sobre mí, mi formación pudo más que yo. Actué sin pensar —respondió Morelli en voz tan baja que Ami apenas le oía—. Juré que jamás volvería a hacer daño a nadie, Ami. Lo he intentado con todas mis fuerzas… —Meneó la cabeza—. Tal vez tengo que aceptar lo que venga y acabar con esto de una vez. Estoy cansado de huir.

—¿Quién eres, Dan? —espetó Ami.

Morelli parpadeó.

—¿Qué?

—¿Quién eres en realidad?

—No entiendo la pregunta —respondió Morelli, desconfiado.

—Han verificado tu documento de identidad. Es falso. Al comprobar las huellas, no han encontrado a nadie. ¿Quién eres?

Morelli apartó los ojos de la abogada.

—Soy alguien a quien preferirías no conocer —dijo al fin en tono triste.

—Dan, quiero ayudarte.

—Te lo agradezco, pero será mejor que te vayas.

Ocho

Vanessa Kohler iba de un lado a otro de su habitación, más como un animal enjaulado que como un huésped de hotel. Desde la ventana veía las majestuosas laderas nevadas de Mount Hood, y los barcos de vela que surcaban el río Willamette. Las calles, abajo, estaban llenas de gente que disfrutaba del sol. Habría dado cualquier cosa por poder salir, alejarse del aire reciclado del hotel, pero temía que Ami Vergano llamara justamente cuando ella se hubiera ausentado.

Durante un rato, trató de distraerse con la tele, pero los programas eran tan frívolos y aburridos que no lograba concentrarse en ninguno. Y los canales de noticias resultaban aún peores. Estaban obsesionados con la campaña presidencial y con la subida de Morris Wingate en las encuestas. Por todas partes aparecía su padre sonriendo con arrogante superioridad. Aquella visión la enfurecía.

Sonó el teléfono.

—¿Señora Kohler? —preguntó Ami.

—¿Por qué ha tardado tanto en llamarme? ¿Ha sucedido algo malo?

—Han surgido problemas, pero creo que he logrado superarlos.

—¿Qué clase de problemas?

Ami le contó a Vanessa sus aventuras con el doctor Ganett, con Kirkpatrick, el representante del fiscal del distrito, con Walsh y con Daniel Morelli.

—Dan no quiere verla —concluyó la abogada—. Se alteró mucho cuando le sugerí que hablara con usted. Y también se muestra

implacable sobre mi implicación. No desea que siga ocupándome de su caso.

—Mierda.

—Créame, lo he intentado. Volveré a verlo una última vez. Le daré algo de tiempo para que reflexione, pero no sé si lograremos algo —comentó Ami.

Vanessa tenía algunas ideas, pero no eran de las que pueden compartirse con un representante de la justicia.

—Está bien —le dijo a Ami—. Ha hecho usted lo que ha podido.

—¿Quiere que le busque a un buen abogado criminalista?

—Sí —dijo Vanessa.

—Le saldrá caro.

—El dinero es el menor de nuestros problemas —declaró Vanessa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo siento. No puedo decírselo.

—Vanessa, ¿quién es Dan? El fiscal me ha informado de que su identificación es falsa, y que las huellas dactilares de su documentación no están registradas. Cuando le pregunté a Dan cuál era su verdadero nombre, se alteró mucho.

—Créame, es mejor que siga ignorando esa información.

—Ningún abogado podrá ayudar a Dan si no sabe quién es —explicó Vanessa—. Ningún juez le concederá la libertad bajo fianza a un hombre con identidad falsa.

—Tiene razón, pero no pienso decírselo.

—¿Estuvo Dan en Vietnam?

Vanessa vaciló.

—No lo sé.

—Creo que fue prisionero de guerra —lanzó Ami—. ¿Lo sabía?

—No.

—¿Pero sí sabía que fue soldado?

—No quiero seguir manteniendo esta conversación, Ami.

—Kirkpatrick y Walsh creen que tal vez se trate de un terrorista.

—Sé que sólo pretende ayudar, Ami, pero voy a colgar el teléfono. Gracias por todo lo que está haciendo.

Vanessa colgó y extrajo un cigarrillo del paquete apoyado en la mesa. Lo encendió y volvió a ponerse en marcha, arriba y abajo, mientras fumaba. ¿Qué opciones le quedaban? Disponía de poco tiempo antes de que su padre se imaginara cuál era la verdadera identidad de Daniel Morelli.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no había hablado con Sam desde su llegada a Oregón. ¿Habría cumplido Victor Hobson con su promesa de proteger a su amante? ¿Estaría a salvo? Vanessa consultó la hora. En la Costa Oeste les sacaban tres horas de ventaja. Marcó el número de su apartamento y Sam descolgó de inmediato.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo ella al oír su voz.

—Sí, estoy bien, aunque muy preocupado por ti.

—¿Y el FBI...?

—Tu amigo Victor Hobson me vino a buscar al trabajo, Vanessa. Fue de lo más embarazoso, y más después de que la policía viniera a casa la noche anterior.

—¿Por qué no estás en una casa segura? —preguntó Vanessa.

—Porque todo esto es absurdo. Yo no estoy en peligro.

—Maldita sea, Sam, sí lo estás. Tienes que creerme. Cuando mi padre averigüe lo que yo sé, no se detendrá ante nada.

—¿Todo esto es por Cari Rice, el tipo de tu libro?

—¿Qué sabes tú de Cari?

—Hobson me preguntó por él. ¿En qué lío te has metido? —preguntó Sam.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Dónde estás, Vanessa? Iré a buscarte. Estaremos juntos. Pasaremos juntos por lo que sea.

—No quiero que vengas a verme.

—Por favor, necesitas ayuda —rogó Sam.

—Quiero que salgas del apartamento. Sam, quiero que te escondas.

—Vanessa…

—No, no pienso decirte dónde estoy. Si vienes, todo será mucho más peligroso de lo que ya es. Te convertirás en una distracción para mí.

—Vanessa —insistió Sam, pero ella ya había colgado.

Ami se sintió más perpleja que indignada cuando Vanessa puso fin a su conversación. Sabía que aquella mujer quería ayudar a Dan, pero no comprendía por qué ninguno de los dos quería proporcionarle la información que necesitaba para poder seguir adelante con su trabajo. Se fijó en la hora. Tenía que ir a recoger a Ryan a la escuela.

El pequeño ya la esperaba cuando ella aparcó junto a la acera. Parecía agotado, y se sentó en el asiento del copiloto sin decir nada.

—¿Qué tal el colegio, tigre? —le preguntó su madre mientras se reincorporaba al tráfico.

—Bien —musitó él.

—Hoy he visto a Dan. He ido a visitarlo al hospital. —Ryan la miró, expectante y ella agregó—: Me ha dado saludos para ti y me ha pedido que te diga que, aunque está algo magullado, se encuentra mucho mejor.

—¿De veras?

—Sí. Cuando yo lo he visto, estaba sentado en la cama, y hablaba con normalidad.

—¿Volverá a casa? —preguntó Ryan, con los ojos iluminados por la esperanza.

—No, Ryan, físicamente está bien, pero atacó al señor Lutz y a ese policía, y por eso tendrá que ir a la cárcel hasta que todo se aclare.

—Pero ¿y después? ¿Podrá volver a casa entonces?

—Para eso falta mucho. Hay que esperar y ver qué sucede.

Ryan no dijo nada más, hundió los hombros y bajó la mirada. Ami se sentía mal. No sabía con certeza qué iba a sucederle a Dan, porque había atacado a Barney Lutz para defender a Ben, y por la posición en que estaba no podía saber que la persona que lo interceptó (y a la que también hirió) era policía. Tal vez un buen abogado defensor obtuviera la libertad condicional, o una sentencia leve. Pero incluso en el caso de que no ingresara en prisión, Ami estaba segura de que Dan se iría a otra parte. Carecía de raíces en Portland. Aunque, pensándolo bien, parecía no tenerlas en ninguna parte. Cuando se conocieron, ella le preguntó de dónde era, y él le respondió que había ido de un lado a otro de niño, y que no sentía como su casa ningún lugar concreto. En aquel momento ella aceptó su respuesta sin cuestionársela, pero a la vista de lo que iba descubriendo de él, ahora le parecía una evasiva.

Entonces se dio cuenta de que la respuesta al misterio de Daniel Morelli era problema de un abogado desconocido, no suyo. Mañana pediría a sus amigos de la profesión que le recomendaran alguno. Cuando encontrara a un buen criminalista, le facilitaría el nombre a Vanessa.

Aquella idea le sirvió para no pensar en Morelli durante apenas tres minutos. Tal vez lograra apartarlo de su vida laboral, pero no podía alejarlo de sus pensamientos. Había algo trágico en su inquilino, una tristeza que había aflorado a la superficie durante sus breves encuentros en el hospital. Ami estaba convencida de que las heridas y los problemas legales de Morelli no eran los únicos causantes de sus miedos y su depresión. Vanessa Kohler le había dicho que estaba «herido emocionalmente». ¿Quién le había infligido aquel daño psicológico? Tal vez fuera algo que le sucedió en Vietnam, mientras era prisionero de guerra. Suponía que los captores vietnamitas habían tratado de manera espantosa a los prisioneros estadounidenses. ¿Podría alegar Morelli su condición mental en su defensa?

Ami recordó un caso en el que había trabajado cuando estaba en el bufete. El cliente era un veterano de guerra gravemente perturbado, y recurrieron a un psiquiatra, que actuó como perito experto en el trastorno de estrés postraumático. Los enfermos de esa clase de trastorno volvían a experimentar con frecuencia un hecho traumático, como una violación, un terremoto o un accidente de coche, hechos que se apartaban de una experiencia humana habitual. Otros síntomas incluían sentimientos de culpabilidad e implicación limitada con el mundo exterior. Muchos veteranos de la guerra de Vietnam sufrían de síndrome de estrés postraumático. Ami había realizado la primera entrevista con el experto para saber si éste aceptaba cooperar en el caso. Lo recordaba cómo una persona muy inteligente y agradable. Ami no pensaba seguir adelante con el caso de Morelli, pero todavía no le había encontrado abogado. Así que sería claramente de ayuda, para quien acabara por aceptar el caso, que ella trazara las líneas de la defensa. Al pensar en ello se animó. Lo primero que haría al día siguiente sería buscarle un abogado a Morelli. Pero también trataría de obtener el nombre de aquel psiquiatra.

Nueve

El doctor George French tendría casi sesenta años y padecía de un ligero sobrepeso, pero se hacía la ropa a medida, por lo que no se le notaba tanto. Sus ojos, de un gris verdoso, brillaban tras unas lentes bifocales con montura de acero. Era muy blanco, y lucía un bigote entrecano, del mismo tono que los escasos cabellos que cubrían a medias su avanzada calvicie. Al asomarse a la sala de espera, Ami dejó sobre la mesa la revista que estaba leyendo.

—Tiene buen aspecto —dijo el psiquiatra, dedicándole una sonrisa seductora.

—Gracias por recibirme sin cita previa —agradeció Ami, sonriendo también.

—Vayamos a hablar a mi despacho. ¿Le apetece un café?

—Sí, qué buena idea. Tengo que poner en marcha mi cerebro.

Había una cocina pequeña de camino al despacho del psiquiatra, que se detuvo en ella y llenó dos tazas antes de seguir avanzando por el pasillo.

—Lamento que su bufete cerrara.

—Yo también.

—Debe de haber sido un golpe duro —comentó el psiquiatra.

Ami se encogió de hombros.

—Los abogados somos siempre los últimos en enterarnos. Una mañana los socios nos convocaron a una reunión, y todo acabó.

—¿Y ahora se ha establecido por su cuenta?

—Sí —respondió Ami, algo avergonzada por haber caído desde los altos peldaños de la ley a los escalones más bajos de los picapleitos solitarios—. Hago lo que puedo. Divorcios, casi siempre. Testamentos, contratos… Hay una empresa pequeña que me encarga todo lo que necesita. Si Microsoft o Nike le piden el nombre de un buen abogado, le agradecería que les facilitara mis datos.

El doctor French se rió y se echó a un lado para que Ami entrara en su despacho. Junto a la pared pintada de azul celeste había un sofá tapizado de granate, y sobre él, colgadas, una serie de fotografías en tonos vivos. Al otro lado de la sala se extendía un amplio ventanal por el que entraba mucha luz, y buenas vistas del perfil de la ciudad. El psiquiatra cerró la puerta del despacho e indicó a Ami que se sentara en una silla cromada y tapizada en cuero de las dos que flanqueaban la mesa de centro. Él lo hizo en la otra.

—Quiero que visite a una persona —le dijo Ami al doctor.

—¿A un cliente en un caso de divorcio?

—No, en realidad es un caso que ha empezado a adquirir bastante notoriedad. ¿Ha oído hablar de una pelea durante un partido de béisbol de la liga infantil?

—¿Y quién no?

—Mi hijo pertenece a uno de los dos equipos que jugaban ese día, y el hombre al que detuvieron tenía alquilado un estudio en mi casa, un apartamento pequeño que hay sobre el garaje. Es a él a quien quiero que examine.

—¿Y por qué yo? —preguntó French.

—Porque es usted un experto en el trastorno por estrés postraumático.

—Ah, Mazyck —dijo French, en alusión al caso para el que lo habían contratado cuando Ami trabajaba en el bufete.

Gregory Mazyck era el veterano que se había atrincherado en su casa con un rehén. Él declaró que el hombre sufría estrés postraumático y creía que los policías eran iraquíes, y el rehén su

mejor amigo, que había muerto en sus brazos durante la guerra del Golfo.

—¿Qué sabe usted sobre lo que sucedió en ese partido de la liga infantil? —preguntó Ami.

—No gran cosa.

—Está bien, yo le cuento un poco… Dan, Daniel Morelli, mi cliente, es carpintero. No sé cuántos años tiene, pero supongo que ronda los cincuenta. Viaja por todo el país con una furgoneta. No tiene raíces. A veces vive durante semanas enteras en los bosques. Se gana la vida con trabajitos diversos, y fábrica unos muebles preciosos. Así nos conocimos, en una feria de arte que se organiza en Park Blocks. Él tenía un *stand* junto al mío, y trataba de obtener encargos para sus muebles. Bueno, da igual, el caso es que le hacía falta un sitio en el que vivir. A mí me cayó bien. Jamás vi en él ningún indicio de que fuera violento. —Ami le contó la pelea al psiquiatra—. Le pregunté por qué agredió a Barney y al policía. Y me dijo que lo hizo sin pensar, que su formación, lo que había aprendido durante su instrucción, pudieron más que él. Parecía muy arrepentido de haber obrado así, muy deprimido. También me dijo que había sido prisionero en Vietnam. Le pregunté si había sido soldado, pero no quiso hablar de ello. También me contó que había jurado no volver a hacer daño a nadie nunca más. Me pregunto si esa violencia repentina estaría relacionada con sus experiencias en Vietnam.

—Supongo que es posible —admitió French.

—Y recordé su testimonio. Usted dice que la experiencia de combate puede producir síntomas del trastorno de estrés postraumático años después del hecho que causó el problema. Me gustaría que conversara con Dan y me dijera qué opina.

—De acuerdo.

—Hay algo más —añadió Ami—. Algo raro. El documento de identidad de Dan es falso, y no encuentran sus huellas dactilares por ninguna parte.

—Interesante. Sí estuvo en el ejército, debería existir constancia de sus huellas. —El doctor French se puso en pie—. Déjeme revisar mi agenda.

Se acercó a su mesa y habló con su secretaria a través del intercomunicador.

—Me han cancelado una visita esta misma tarde —informó a Ami transcurrido un instante—. ¿Le iría bien?

Morelli estaba sentado en la cama cuando el guardia permitió el acceso de Ami y el doctor French a su habitación. Le habían retirado la sonda nasogástrica y la cánula intravenosa, y le había vuelto algo de color a la cara. Su pelo largo, extendido en abanico, cubría la almohada casi por completo.

—Tienes mucho mejor aspecto —comentó Ami.

Morelli se concentró en el acompañante de su abogada.

—¿Quién es tu amigo?

—Es George French. Psiquiatra.

Morelli sonrió, desconfiado.

—¿Ésa va a ser mi defensa, el trastorno mental? Déjame que te ahorre muchos problemas, Ami. No se lo van a tragar. Estoy cuerdo.

—No hace falta estar chalado para apoyar parte de la defensa en problemas psicológicos, Dan. El doctor French sólo quiere formularte algunas preguntas.

—¿Es confidencial? ¿Quedará entre nosotros?

—Sí —le aseguró Ami.

Morelli se encogió de hombros y señaló con la cabeza las sillas que había pegadas a la pared.

—Tomad asiento, por favor. No tengo nada mejor que hacer.

Ami y el doctor acercaron las sillas a la cama. French apoyó un cuaderno en el regazo y anotó un encabezamiento.

—¿Te importa que te llame Dan? —le preguntó.

—Puede llamarme como quiera, menos extraviado —comentó, jocoso, para indicar que no se tomaba en serio la profesionalidad del doctor French.

Éste se echó a reír.

—Me gustaría saber algunas cosas de tu entorno antes de que hablemos sobre lo que sucedió en el campo de juego. ¿Te parece bien? —Morelli pareció incomodarse, pero asintió en silencio—. Está bien. Empecemos con una pregunta fácil. ¿Dónde te criaste?

—En California.

—¿En qué parte de California?

—En San Diego.

Morelli le había dicho a Ami que, en tanto que hijo de militar, se había desplazado de un sitio a otro. Y ahora le decía a French otra cosa.

—¿Tienes hermanos?

—No —dijo Dan.

—¿Tu madre todavía vive?

—No.

—¿Y tu padre?

—No tengo ni idea —admitió Dan.

—¿No te llevabas bien con él?

—Se largó cuando yo era pequeño.

—¿Tu madre se volvió a casar? —preguntó French.

—No. —El doctor French tomó algunas notas antes de seguir con las preguntas—. ¿Qué, doctor? ¿Alguna revelación psicológica profunda? —le preguntó Morelli.

—Trece, por el momento —respondió French, esbozando una sonrisa.

—*Touché* —admitió Dan. Trataba de distraer a George French, pero era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que éste no mordía su anzuelo.

—¿Por qué no me cuentas dónde cursaste la secundaria? —le preguntó.

—En la Escuela Preparatoria de Saint Martin.

George pareció sorprendido. Comentó:

—En tu casa debían de tener bastante dinero.

—Estudie con becas —aclaró Dan.

—De modo que debías de sacar buenas notas.

—Casi todo sobresalientes.

—¿Algún deporte? —inquirió el psiquiatra.

—Antes de ir al instituto sí, muchos. Pero en Saint Martin me concentraba casi exclusivamente en sacar buenas notas en las demás asignaturas, y no me relacionaba mucho.

—¿Qué asignaturas te gustaban?

—Las ciencias, las matemáticas. Me gustaba la física.

—¿Y te gustaba Saint Martin?

Morelli se encogió de hombros.

—Algunos profesores eran bastante estrictos. Los alumnos provenían de un mundo muy distinto al mío. No teníamos gran cosa en común —dijo Dan.

—¿Tenías amigos íntimos?

Una sombra veló el rostro de Morelli.

—No quiero hablar de ello.

—Conociste a Vanessa en el instituto —apuntó Ami.

Morelli parecía alterado.

—Sí, Vanessa. La conocí a ella. Pero no pienso hablar del tema, así que podemos seguir, si quiere.

—Está bien —aceptó el psiquiatra, conciliador—. ¿Y la universidad? —Morelli no respondió—. ¿Morelli? —insistió George.

—No fui a la universidad. Llegó Vietnam. Me reclutaron.

—¿No querías ir?

—No sé qué quería. Era complicado.

A Ami le pareció que su tono era triste, amargo.

—¿Dónde realizaste la instrucción básica? —preguntó el doctor French.

—En Fort Lewis.

—¿Fue una instrucción básica convencional?

—Sí. —Morelli hizo una pausa, recordando algo—. Hacían unos tests. No creo que formaran parte de la instrucción habitual.

—¿Qué clase de tests?

—A todos nos hacían pruebas durante la instrucción: de cociente intelectual, de destreza lingüística, y cosas por el estilo —dijo Dan—. Al principio, los hacíamos en grupo, pero transcurrido un tiempo a mí empezaron a separarme del grupo. Me llamaban los sábados por la mañana, o una noche, entre semana, y me pasaban aquellos tests acompañado sólo de dos o tres chicos. Nos decían que no comentáramos nada. Con eso eran muy estrictos. Pero en una ocasión yo lo comenté con un tipo, que también se mostró algo intrigado. Resultó ser hijo de emigrantes rusos, y hablaba esa lengua con fluidez. Y sabía que uno de los otros dos que también hacían los tests hablaba una lengua asiática, y que el otro había estudiado ruso en la universidad.

—¿Y tú?

—Eso era lo que no comprendía. Yo en el instituto había estudiado francés, y había sacado buenas notas, pero es que aquel tipo hablaba ruso como un nativo.

—¿Sucedió alguna otra cosa atípica durante la instrucción? —indagó French.

—Bueno, inusual tal vez no, pero inesperada sí.

—¿Qué fue?

—Mi designación —dijo Dan—. Nos pidieron que indicáramos una preferencia para la HA —prosiguió Morelli. Como Ami lo miró sin comprender, aclaró el significado de las siglas—: Instrucción Individual Avanzada. Yo escogí la Escuela de Candidatos a Oficiales, eso en primera opción. Y en segunda, Fuerzas Especiales. Me tocó Fort Holabird. Está a las afueras de Baltimore.

—¿Qué se hacía allí?

—Instrucción para espionaje —dijo Dan.

—¿Y eso no lo habías indicado en tus preferencias?

—No. Pero a mí no me correspondía preguntarme el porqué de las cosas, ¿verdad? De modo que seguí adelante con el programa.

—¿Qué aprendiste en Fort Holabird? —preguntó el psiquiatra.

—Cosas sobre espionaje. Cómo atrapar a alguien, cómo allanar un espacio, aspectos de vigilancia electrónica.

—¿Pinchar teléfonos?

—Y otras habilidades por el estilo, cosas bonitas —sonrió Morelli —. Aprendíamos esa clase de cosas.

—Ponnos algún ejemplo —dijo French.

—Pues teníamos que escoger el nombre de alguien del listín telefónico y seguirlo todo el día. O hacer lo mismo con una empresa. Una vez tuve que entrar en una, de noche, y pinchar el teléfono. Nos pasamos horas escuchando las conversaciones más aburridas del mundo. Al cabo de varios días, otra noche, me hicieron entrar otra vez en la empresa a retirar los cables.

—¿Qué habría sucedido si te hubieran pillado?

—A uno le pasó. —Dan se explayó—. El ejército intercedió por él. Si era la policía, no pasaba nada, porque sabían que hacíamos esas cosas de vez en cuando. Si eran civiles, enviaban a un coronel con la pechera llena de medallas. En primer lugar, el coronel apelaba al patriotismo del tipo en cuestión, y si eso no funcionaba, apelaba a su bolsillo. Si eso también fallaba, le explicaba, de manera muy sutil, eso sí, que la vida podía complicársele mucho.

—¿Pasó algo anormal en Fort Holabird? —preguntó el doctor French.

Morelli asintió.

—Hacia el final de mi cuarto mes de permanencia interrumpieron mi jornada de ejercicios y me pidieron que fuera a una oficina que había en la base. Allí había dos Boinas Verdes esperándome, los dos con el uniforme. Me dijeron que querían que yo pidiese mi ingreso en el programa de entrenamiento de las Fuerzas Especiales. Me dijeron que estaban muy impresionados con los informes sobre mí, y que creían que encajaría bien en su formación. Todo muy halagador

y confidencial. Me hicieron creer que me habían escogido entre todos los demás, e insinuaron que participaría en misiones clandestinas y de alto riesgo.

»Debe tener en cuenta que yo era apenas un niño, y muy impresionable. Aquellos dos Boinas Verdes parecían sacados de una película de John Wayne. Llevaban la pechera llena de condecoraciones. Y, además, estaba toda esa mística asociada al cuerpo de Fuerzas Especiales.

George sonrió.

—Deduzco que te enrolaste.

—Sí, claro. Tan pronto como terminé en Fort Holabird me trasladé a Fort Benning, en Georgia, a aviación, dispuesto a pasar tres semanas para aprender a saltar de un avión. Después estuve en el Centro Especial de Guerra, en Fort Bragg, en Carolina del Norte.

—¿Y qué hiciste allí?

—Instrucción física intensa, y técnicas de supervivencia. Había carreras de obstáculos de cuarenta kilómetros. Aprendíamos a descender por montañas haciendo rápel, a construir puentes de cuerda y esas cosas. El curso de supervivencia fue durísimo. Nos lanzaban sobre aguas saladas, en alguna zona costera remota. Aprendíamos a llegar a tierra y a vivir de la tierra. Ya sabe, qué clase de plantas son comestibles en cada región, cómo hacer fuego, como en los *boy scouts*.

»Y luego nos dieron una formación especial. La unidad básica de las Fuerzas Especiales era el llamado Equipo A, es decir, dos oficiales y diez hombres enrolados. Cada miembro del equipo A se especializa en algo. Hay ingenieros de combate que se entrenan con explosivos, médicos, operadores de radio, expertos en lenguas, en armas, y un experto en operaciones psicológicas. Ése era yo.

—¿Y qué hacías exactamente?

—Aprendí a usar la asistencia médica y agrícola, los asesinatos y el miedo para aglutinar a la gente y conseguir que los no

combatientes trabajaran con nosotros, y aprendí a interrogar a presos.

Morelli se detuvo un instante, como si hubiera recordado algo que habría preferido no avivar en su memoria.

—¿Algo más? —preguntó el doctor French, en un intento por lograr que la conversación siguiera fluyendo.

Los ojos de Morelli volvieron a clavarse en el psiquiatra.

—Operaciones Prácticas —respondió—. Mi equipo operaba como una unidad. Nos entrenamos en Alaska y Panamá: climas fríos, climas selváticos. Al terminar en Fort Bragg, me trasladé a Fort Perry, en Carolina del Norte, para formarme en técnicas avanzadas de interrogatorio. Y después regresé a Bragg.

—¿Llegaste a poner en práctica lo aprendido?

Morelli parecía reacio a responder, pero finalmente asintió.

—Sí, llegué a hacerlo.

—¿Cuáles fueron algunas de tus misiones?

—Prefiero no decirlo.

—¿No quieres decirlo porque se trataba de operaciones reservadas?

—No pienso hablar de mis misiones —dijo Dan.

—Está bien.

El doctor French tomó algunas notas más. A Ami le parecía que la energía de Morelli menguaba. Había cerrado los ojos mientras French anotaba en su cuaderno, y había respondido a las últimas preguntas con voz apagada.

El doctor prosiguió:

—Ami me ha contado que estuviste en Vietnam.

Morelli la miró mientras asentía.

—Sí.

—¿Y fuiste prisionero de guerra? —Morelli volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo—. ¿Durante cuánto tiempo?

—Unas dos semanas.

George French trató de ocultar su sorpresa.

—¿Por qué tan poco tiempo?

—Conseguí escapar.

—¿Dónde te capturaron?

—Prefiero no decirlo —dijo Dan.

—¿Fue el Vietcong?

—Prefiero no responder.

—¿Cómo escapaste? —insistió French.

La expresión de Morelli era melancólica de pronto.

—Decidí que me iba. Ya había tenido bastante de aquella situación.

—¿Estuviste en un campo de prisioneros o en un…?

—Seguro que no ha oído hablar nunca de la clase de sitio en el que estuve —afirmó Dan.

—¿Pero fue en Vietnam? —Morelli no respondió—. ¿Dónde fuiste después de huir? —le preguntó French.

—Me interné en la selva. Tengo cierta habilidad para orientarme en los bosques sin mapas ni brújulas. Y todo salió bien. —Morelli cerró los ojos de nuevo—. Me siento cansado, querría terminar —dijo.

—Está bien —concedió French—. Sólo una última pregunta. ¿Qué graduación tenías al terminar?

—Capitán.

El psiquiatra se puso en pie, y Ami hizo lo mismo.

—Gracias por hablar conmigo, Dan.

Morelli no respondió.

—He llamado a un abogado criminalista para que se ocupe de tu caso, pero no se encuentra en la ciudad —comentó Ami—. Me pondré en contacto contigo cuando sepa algo más.

Morelli asintió, aunque sin mostrar gran interés.

—Vanessa sigue aquí, Y todavía quiere verte. ¿Qué le digo?

—Que tiene que irse —dijo Dan—. Dile que se vaya ahora que aún puede.

—¿Está en peligro, Dan?

—Estoy cansado —respondió Morelli.

El doctor French sujetó a Ami del brazo.

—Dejemos descansar al señor Morelli —dijo.

Ami estaba preocupada por él, pero el psiquiatra tenía razón, su cliente se había cerrado, y sabía que ya no le sacarían nada más.

—¿Qué opina? —le preguntó George mientras se dirigían a sus respectivos coches.

—Es evidente que Dan no es un paciente al uso —respondió Ami con entusiasmo—. ¿Se imagina lo que debe de haber sido para él escapar de los vietnamitas?

—Entonces usted se cree su historia —dijo George, sin revelarle cuál era su opinión.

—A mí me ha sonado verídica. ¿Por qué? ¿Usted alberga dudas?

—En el pasado traté a un hombre cuya defensa en un caso de apropiación indebida se basaba en afirmar que era agente de la CIA y que usaba los fondos para operaciones secretas. Era muy convincente, te miraba a los ojos y te decía las cosas más alucinantes, pero todo eran mentiras. Había leído todo lo publicado sobre la CIA, además de novelas de espías y revistas de actualidad. Poseía un conocimiento enciclopédico sobre la historia de la CIA y su funcionamiento.

—¿Cree entonces que Morelli se lo ha inventado todo?

—Los conocimientos militares los tiene, pero no es difícil aprender esos detalles. Podría haber conocido a alguien que hubiera estado en el ejército, o haber leído sobre el tema en alguna biblioteca, o en Internet. Piense en su relato, Ami. Morelli se niega a abordar el menor detalle sobre sus misiones. Y le diré más. Yo pertenecí al cuerpo de espionaje del ejército durante la guerra de Vietnam. Y jamás he oído que ningún estadounidense escapara con éxito de un campo de prisioneros vietnamita.

El entusiasmo desbocado de Ami ante la emocionante historia de Morelli hacía que pareciera tonta. Para alguien que obtenía su mayor fuente de entretenimiento de los partidos de béisbol de su hijo, aquel relato resultaba de lo más emocionante, y ella lo había recibido sin cuestionárselo.

—No ponga esa cara —le dijo George, soltando una carcajada—. Todavía no he llegado a ninguna conclusión definitiva sobre Morelli. Pero no pienso tragarme una historia como ésa sin pruebas sólidas. Tengo un amigo que tal vez pueda facilitarnos una copia del historial de Morelli. Veamos qué dice.

—Y si nos dice la verdad, ¿cuáles son las implicaciones?

El doctor French lo pensó un instante.

—El estrés que habría sufrido si en realidad pasó por un campo vietnamita de prisioneros de guerra podría haberle causado un trastorno de estrés postraumático. Pero debería contar con muchas más pruebas que demostraran que fue así, y con mucha más información sobre las condiciones de su cautiverio antes de expresar esa opinión ante un tribunal.

—Permítame preguntarle algo más. ¿Y si se lo ha inventado todo, pero cree que perteneció a una especie de comando? ¿Lo convertiría eso legalmente en un enajenado mental?

—Bueno —apuntó George con voz pausada—, eso sería comportamiento paranoico, pero está demasiado integrado para ser esquizofrenia paranoide. No lo veo, la verdad. Muestra un buen contacto con la realidad. Quiero decir que se expresa racionalmente, es consciente de su situación y responde adecuadamente a las preguntas. —Hizo una pausa—. El trastorno de personalidad paranoide es otra posibilidad. Suele manifestarse al inicio de la edad adulta. Se da una desconfianza genérica hacia los demás. Los motivos de la gente se consideran malintencionados. Pero en verdad no veo eso en Morelli, que se ha mostrado dispuesto a hablar con nosotros. Nos ha facilitado información sensible, lo que alguien con ese trastorno no habría hecho.

—¿No lo habría hecho?

Avanzaban por el aparcamiento, el psiquiatra sumido en sus reflexiones. Al llegar junto al coche de Ami, aventuró otra opinión.

—Existe la posibilidad de que Morelli se halle en un estado paranoide, pero esa forma de paranoia es extremadamente atípica.

—Explíquese, por favor —dijo Ami.

—Una persona se encuentra en un estado paranoide cuando tiene un sistema de engaño muy estricto que se desarrolla en el inicio de la vida adulta. Empieza con la creencia de que una fuerza externa, como pueda ser la CIA, lo controla. Una vez que el engaño ocupa su lugar, el individuo construye un sistema de engaño extremadamente complejo basado en él. Si te crees la premisa original, todo lo demás en el sistema funciona con lógica, y resulta imposible penetrar en él. Esa clase de personas opera siempre en el sistema de engaño, pero mantiene la boca cerrada porque sabe que si habla se mete en líos, y su salud es lo bastante buena como para controlarlo.

—¿Se abriría a nosotros porque tiene miedo de la cárcel?

—Es posible, y usted le ha dicho que nuestra conversación era confidencial. Sincerarse en esas circunstancias sería coherente con ese tipo de paranoia.

—Ha dicho que un estado paranoico resulta muy atípico y excepcional, doctor French.

—Casi tan atípico como conocer a alguien que haya hecho lo que Morelli afirma haber logrado. Mire, es más divertido creerse una historia tan emocionante como la de Morelli que someterla a análisis antes de darla por buena, pero eso es precisamente lo que debemos hacer.

—Está bien —admitió Ami—, obtenga el historial militar. Llámeme si se confirman o se desmienten sus afirmaciones. Entretanto, yo haré lo posible por encontrar a un abogado criminalista que quiera ocuparse del caso de Morelli.

Diez

Ami estaba de buen humor cuando, dos días después de su encuentro con Morelli y el doctor French, entró en el vestíbulo de su despacho. Ray Armitage, uno de los más prestigiosos abogados criminalistas del país, había respondido a su llamada. Se encontraba en Colorado, ocupándose de la vista preliminar en un caso de asesinato en el que había implicado un miembro del equipo de esquí olímpico, pero regresaría a Portland el lunes, y estaba interesado en ocuparse del caso de Morelli.

La abogada había llamado a Vanessa tan pronto como dejó de hablar con Armitage. Vanessa estaba dispuesta a pagar la suma inicial que había solicitado, así como todo gasto adicional, a pesar de que sus honorarios eran elevados. A Ami le sorprendió que Vanessa no le preguntara si Dan había cambiado de opinión y aceptaba verla.

—Buenos días, Nancy —saludó Ami con voz cantarina.

—Qué bien que has llegado —respondió la recepcionista—. El teléfono no deja de sonar.

Ami puso cara de asombro.

—¿No has leído los periódicos esta mañana, ni visto las noticias? Han imputado formalmente a tu amigo del asalto del partido de béisbol infantil. Está en todos los titulares. Y todo el mundo sabe que eres su abogada. —Nancy le alargó a Ami el periódico. La noticia aparecía en la mitad inferior, pero ocupaba un tercio de la portada—. Ah, y te ha llamado ese hombre, Kirkpatrick.

—¿Qué quería?

—Morelli será formalmente imputado en el hospital a la una del mediodía.

—¿Hoy?

—Eso es lo que decía el mensaje. Llamó ayer noche, cuando ya habíamos activado el servicio de mensajes.

«Y Kirkpatrick no se molestó en decirles que me llamaran a casa —pensó Ami—. Ese cabrón intenta dificultar mi trabajo. ¿Cómo voy a enfrentarme a la imputación hoy, o cualquier otro día?».

Ami tenía apenas una noción vaga de lo que era una imputación, e ignoraba en qué consistía esa clase de aparición en los tribunales. Se metió en la oficina a toda prisa con el bloc de notas donde constaban las llamadas recibidas. La mayoría eran de medios de comunicación. Fue dejando los papeles sobre el montón de cartas sin responder, y llamó a Betty Sato, una compañera de clase de la facultad de Derecho que trabajaba con el fiscal del distrito en el condado de Multnomah.

—Oh, dios mío —dijo Betty cuando descolgó el teléfono—. Ami Vergano, la abogada criminalista mundialmente famosa me llama a mí. ¿Qué he hecho yo para merecer tal honor?

—Ya basta, Sato. —Betty se echó a reír—. ¿Has leído los periódicos? —le preguntó Ami.

—Sí, también. Pero además Brendan Kirkpatrick ha sabido que fuimos compañeras de clase y no ha dejado de interrogarme sobre ti. No sé si lo sabes, pero no te tiene mucho aprecio.

—Ése es el menor de mis problemas.

—¿Desde cuándo te ocupas de casos de derecho penal? —le preguntó Betty.

—Es una historia muy larga —respondió Ami, algo preocupada al saber que Kirkpatrick le seguía la pista—. Por eso te llamo. Eres la única amiga que tengo con cierta idea en derecho penal. Acabo de saber que esta tarde imputan formalmente a mi cliente, y no tengo ni idea de qué debo hacer en ese acto.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Cuando Sato recobró la voz, le habló con el tono con que la enfermera de un centro psiquiátrico hablaría a un paciente alterado.

—¿Me permites que te diga algo, Ami? Sabes que somos amigas…

—Sólo sé que esto me supera, Betty. Ya me he puesto en contacto con un excelente abogado criminalista para que se ocupe del caso, pero no puede reunirse conmigo hasta la próxima semana. De modo que voy a tener que ocuparme yo de la imputación.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien que se ocupe del caso. —Ami percibió el alivio en la voz de su amiga—. Brendan te tiene echado el ojo, y me dolería ver cómo se ensaña contigo.

—Créeme, no veo el momento de librarme de este caso. Pero hoy no va a poder ser. Así que dime, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Está bien, pero debes prometerme que no le dirás a nadie que te he ayudado. Kirkpatrick me mataría si lo supiera.

—Te lo prometo —aseguró Ami.

—En realidad es muy sencillo. Hasta un chimpancé podría hacerlo —admitió Betty—. Kirkpatrick entregará a tu cliente una notificación del acta de imputación. Tú renuncias a la lectura pero te reservas el derecho a emprender acciones en contra, por defectos legales. Luego informas al juez de que tu cliente se declara no culpable y solicita un tribunal popular. También te aseguras de que Brendan te facilite todos los informes policiales, porque es en ese momento cuando tiene que hacerlo, una vez que se ha producido la imputación formal.

—¿Y qué hay de la fianza? —preguntó Ami.

—Ahí se establecerá una cantidad, pero será elevada. Brendan lo acusa de asesinato en grado de tentativa y de agresión. Aunque eso no importa ahora. Tu cliente está en el hospital, de modo que durante un tiempo no va a ir a ninguna parte. Que sea el abogado

que asuma el caso el que se ocupe de su libertad provisional. Las vistas por la fianza pueden resultar complicadas.

—De acuerdo. La imputación parece sencilla.

—Lo es, pero va a ser la última cosa fácil a la que te enfrentes en este caso, Ami.

—Ya te he dicho que voy a dejarlo, así que no me agobies, que ya voy bastante estresada con este caso.

—Perdón. Es que me preocupa que puedas salir perjudicada.

—Lo sé, y te lo agradezco. —Ami hizo una pausa—. ¿Qué le has dicho a Kirkpatrick de mí?

—Que te acostarás con él sí cierra el caso.

—¿Y crees que le interesa?

—Recuerda que tú te vas a apartar del caso muy pronto —apuntó Betty.

—No, en serio, ¿qué le has dicho?

—La verdad. Que eres muy lista y muy trabajadora, pero que no creía que te ocuparas de temas de derecho penal.

—¿Y él? ¿Cómo es?

—Brendan es tan listo como tú, y muy testarudo. Su esposa murió en un accidente de coche, hace tres años, y no tiene hijos. Se dice que estaba muy enamorado de su mujer, y que no soporta volver a casa todas las noches y encontrarla vacía. Seguramente eso es cierto, porque se queda siempre trabajando hasta tarde. Sólo se ocupa de sus casos. Es arrogante e implacable, pero también esmerado y honesto hasta el fanatismo.

—Ya te he dicho que dejo el caso, Betty. No hace falta que me asustes más.

—Tú me lo has preguntado, Ami.

—Gracias. ¿Por qué no quedamos para cenar e ir al cine?

—Cuando quieras. Hace siglos que no nos vemos.

—Gajes de ser madre soltera —admitió Ami.

—Búscate a una niñera y salimos de fiesta.

Ami colgó. La tranquilizaba saber que el acto de imputación era sencillo. En el mensaje, Kirkpatrick decía que tendría lugar en el hospital. Si se celebraba en la zona de seguridad, no tendría que enfrentarse a un tribunal público, donde todo lo que hiciera sería sometido a escrutinio. Ami aspiró hondo. Sería capaz de hacerlo. Había un estante con libros de derecho en la sala de reuniones. Leería los artículos sobre imputaciones y trataría de aprender al máximo sobre la ley. Consultó la hora y vio que tal vez podría incluso acercarse a la biblioteca del tribunal para hojear alguna obra sobre derecho penal.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando sonó el intercomunicador y Nancy le dijo que el doctor George French estaba al teléfono. Descolgó el auricular.

—Hola, George, ¿qué hay?

—Mi amigo ha tratado de obtener el historial militar de Morelli, pero no existe. Nadie con ese nombre sirvió en las Fuerzas Especiales, ni en ningún otro cuerpo del ejército durante la guerra de Vietnam.

Ami permaneció unos instantes en silencio.

—Eso encaja con la información de que su documentación es falsa. Si sirvió en el ejército, debió de hacerlo con otro nombre.

—O tal vez no perteneció al ejército y trata de engañarnos —añadió French.

—Tras el acto de imputación hablaré con él y se lo preguntaré directamente. Le informaré de lo que averigüe. Gracias.

Equipos de televisión y periodistas estridentes ocupaban casi todo el vestíbulo del edificio en el que se encontraba la zona de seguridad del hospital. Ami repetía «sin comentarios» en voz baja mientras recorría el pasillo humano que iba del acceso principal al ascensor. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, los reporteros seguían preguntando a gritos, en espera de alguna respuesta que pudieran

publicar. Ami se apoyó en la pared, cerró los ojos y juró que nunca volvería a hacerse cargo de ningún caso de repercusión mediática.

Al llegar a la oficina del doctor Ganett, encontró a Brendan Kirkpatrick conversando con Rubén Velasco, el juez designado para notificar la imputación a Morelli.

Velasco era un cubano de mediana edad cuyos padres habían escapado del régimen de Castro y que, tras su paso por Miami, habían emigrado a Oregón para trabajar en el restaurante de un primo cuando su hijo era adolescente. Ami conocía a muy pocos jueces, y era evidente que Kirkpatrick no ignoraba aquella desventaja.

Cuando Ami entró, Velasco se puso en pie y la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Tenía el pelo oscuro, rizado, los ojos pardos y una sonrisa luminosa. Al darle la bienvenida, Ami creyó oír en su voz los vestigios de su herencia hispana. Le estrechó la mano y logró mirar fijamente a Kirkpatrick al dársela a él. Su apretón le pareció directo y cortés, aunque exento de calor. El juez le presentó a su taquígrafo, un afroestadounidense que se llamaba Arthur Reid.

—Imputar al señor Morelli en el hospital es algo atípico —informó el juez Velasco—, pero Brendan temía que se produjese un defecto de forma si su cliente no era imputado tan pronto como el doctor Ganett lo considerara apto para comprender los procedimientos.

Ami había leído lo bastante durante el almuerzo como para saber que un retraso en la notificación podía tener consecuencias en el caso, aunque no recordaba cuáles, por lo que decidió asentir, fingiendo saber de qué le hablaba.

—Sí, señor.

—Hay otro asunto que debemos tratar antes de que el doctor nos lleve a ver al paciente. La prensa desea cubrir el acto de imputación. Es evidente que no pienso permitir el acceso a todos los periodistas que ha visto en el vestíbulo, pero Brendan me ha sugerido que dejemos que ellos mismos elijan a un periodista y a una cadena de televisión como representantes de todos, y que nos aseguremos de

que todos los periódicos y cadenas tengan acceso a sus imágenes y sus notas. ¿Le parece bien?

Ami no tenía ni idea de si debía objetar, y optó por decir que, desde luego, aceptaría todo lo que el juez estimase oportuno. Al oírlo, Velasco arqueó la ceja un instante. No estaba acostumbrado a que los abogados defensores se mostraran tan razonables, pero de inmediato recompuso el gesto y, en su interior, dio gracias a Dios por sus pequeños favores.

—Está bien —zanjó el juez—. Pediremos al doctor Ganett su opinión sobre las consecuencias que la presencia de las cámaras puede tener en el estado mental del paciente, y si él no se opone, procederemos de ese modo.

Veinte minutos después, Ami, Kirkpatrick, el juez Velasco y el taquígrafo llegaron al vestíbulo contiguo a la zona de seguridad, donde ya esperaban un periodista del periódico *The Oregonian* y un equipo del canal de noticias *Channel 4*. Una vez que los profesionales de los medios aceptaron las reglas impuestas para la cobertura del acto de imputación, el doctor Ganett permitió el acceso de todos al interior del recinto. Las luces de la cámara inundaron el pasillo con su resplandor intenso, artificial, mientras todos se acercaban a la habitación de Morelli. Ante las cámaras, Kirkpatrick daba a entender que era íntimo amigo del juez, e ignoraba a Ami. Pero cuando las luces se apagaron y la cámara dejó de grabar, el fiscal del distrito se situó junto a la abogada y le sonrió.

—He sabido que ha logrado que George French trabaje para usted.

—¿Eso también se lo ha dicho su amiguito el doctor Ganett? —le preguntó ella.

—No sea tan susceptible. El policía que monta guardia junto a la puerta de Morelli tiene órdenes de informar de los nombres de los visitantes.

—Y supongo que también escucha todas las conversaciones entre el abogado y el cliente.

—Me sorprende, señora Vergano. Eso iría contra la ley. —Ami dedicó una mirada burlona a Kirkpatrick, que sonrió. Estaba disfrutando de lo lindo—. ¿Entonces? ¿Va a alegar trastorno de estrés postraumático? —le preguntó Kirkpatrick, inocente.

—Seguro que le gustaría saberlo.

—De hecho, legalmente tiene la obligación de comunicármelo. ¿Ha oído hablar de la reciprocidad de descubrimientos?

Ami había oído el término, pero desconocía a qué estaba obligada. Sin tiempo a pensar en alguna réplica ingeniosa que ocultara su ignorancia, el cámara de televisión volvió a grabar y Kirkpatrick volvió a situarse junto al juez. Al ver que el grupo se aproximaba, el guardia que custodiaba a Morelli se puso en pie y abrió la puerta de la habitación del detenido. El juez Velasco se hizo a un lado para ceder el paso a la abogada, que se fue hasta la cama de Morelli, seguida por él y el fiscal. La confusión del enfermo duró unos instantes, hasta que el cámara entró y empezó a grabar. Morelli se quedó inmóvil como un ciervo iluminado por los faros de un coche, se llevó un brazo a la cara y volvió la cabeza hacia el otro lado.

—Sácalos de aquí —gritó.

Ami se volvió hacia el juez.

—Por favor, está muy alterado.

—La prensa tiene el derecho constitucional de estar aquí, señor juez —insistió Kirkpatrick—. Si nos halláramos en el tribunal, los medios cubrirían el acto.

—No con cámaras de televisión —observó Ami, que no estaba segura de tener razón.

El juez Velasco se volvió hacia el reportero de *Channel 4*.

—Usted puede quedarse, pero dígale a su cámara que salga.

—Nuestro abogado nos ha dicho que…

—No me importa. El cámara está causando un problema, de modo que se va —sostuvo Velasco con firmeza—. Tendrán muchas oportunidades de grabar al señor Morelli cuando se encuentre en el

tribunal de justicia. Por el momento es paciente de un hospital, y pienso acceder a sus deseos.

El reportero vio que no serviría de nada discutir, y le dijo al cámara que esperara en el pasillo.

—¿Así le va bien, señor Morelli? —le preguntó Velasco.

Dan bajó el brazo.

—Gracias, señor juez.

Kirkpatrick le había entregado a Ami dos copias del acta de imputación. Mientras el taquígrafo montaba su máquina, Ami entregó a Morelli su copia y le informó de lo que iba a suceder durante ese acto. Cuando Arthur Reid estuvo Esto, el juez Velasco leyó el resumen del caso.

—Señoría —intervino Kirkpatrick—: ha habido un problema en la identificación del acusado. No podemos verificar sus huellas dactilares, su identificación es falsa, y no aparece en ninguna de nuestras bases de datos. Deseo que el tribunal pregunte al acusado si el nombre que figura en el acta de imputación es su verdadero nombre.

Ami trató de controlar el pánico que se apoderaba de ella. Se suponía que aquella imputación tenía que ser fácil. En teoría, no debía tomar ninguna decisión que afectara a Morelli.

—La Quinta Enmienda, señoría —soltó ella.

—¿Qué, señora Vergano? —balbució el juez, desconcertado por su salida.

—Recomiendo a mi cliente que haga uso del derecho que le da la Quinta Enmienda y permanezca en silencio.

Kirkpatrick parecía enfadado.

—Debemos conocer el verdadero nombre del acusado, señoría.

—No, no es imprescindible. ¿Y si tuviera amnesia? Lo imputarían con un nombre supuesto —dijo Ami—. De modo que no les hace falta el nombre para proseguir.

El juez levantó la mano para impedir la réplica de Kirkpatrick.

—Señor Kirkpatrick, admito la observación de la señora Vergano.

El fiscal del distrito dedicó a Ami una mirada asesina, pero no añadió nada. El juez leyó el acta de imputación, y el resto del acto se desarrolló sin más problemas. Cuando hubo terminado, todos salvo Ami abandonaron la habitación.

—¿Cómo está Ryan? —le preguntó Morelli en cuanto se quedaron solos.

—Ha vuelto a la escuela. Estar con amigos lo ayuda. Siempre me pregunta por ti cuando vuelvo a casa del trabajo.

—Es un buen muchacho. Es fuerte. Se le pasará.

—Sí —respondió Ami, pero Morelli notaba que seguía preocupada. Le sonrió.

—Sabrás que para alguien que asegura no tener ni idea de derecho penal, lo estás haciendo muy bien.

Ami esbozó una sonrisa azorada.

—Me he sacado de la manga eso de la Quinta Enmienda. Es lo que hacen en la tele. El abogado siempre aconseja a su cliente que apele a su derecho de no declarar. Por desgracia, últimamente no veo mucho la tele, de modo que será mejor que te consiga otro abogado cuanto antes.

—No sé si quiero otro abogado. Enervas tanto a Kirkpatrick que a lo mejor desestima el caso sólo para no tener que tratar contigo.

Ami se echó a reír.

—Lo quieras o no, dejaré de representarte apenas Ray Armitage acepte ser tu abogado.

—¿Quién es? —preguntó Morelli.

—Uno de los mejores criminalistas del país. Está en Colorado, ocupándose del caso del esquiador olímpico. Hemos mantenido una conversación telefónica y se muestra muy interesado en representarte. Seguramente lo verás por aquí a principios de la semana que viene. Entretanto, tienes que conformarte conmigo, y nosotros dos debemos hablar.

—¿Sobre qué? —preguntó Morelli, de pronto a la defensiva.

—Justo antes de venir, el doctor French me ha llamado. Tiene amigos en el ejército. Ha intentado obtener tu ficha, pero no existe ninguna ficha de ningún Daniel Morelli en las Fuerzas Especiales, ni en ningún otro cuerpo del ejército en la guerra de Vietnam. —Morelli aparto la mirada de Ami—. Mira, Dan, tu salud mejora rápidamente. Te van a enviar a la cárcel muy pronto, a menos que te concedan la libertad bajo fianza. Alguien como Ray Armitage puede hacer que un juez te imponga una fianza baja. En tu ataque a Barney actuaste en defensa de Ben Branton. Ben habría resultado herido si Barney lo hubiera golpeado. Y el policía te interceptó por detrás, de modo que podemos alegar que no sabías que se trataba de un agente de la ley. Pero el juez no va a hacer caso de estos argumentos si usas un nombre y una identificación falsa. Kirkpatrick alegará que existe riesgo de fuga. ¿Y cómo vamos a rebatir eso?

Morelli se volvió hacia Ami. Parecía derrotado, exhausto.

—Saber mi nombre verdadero sólo te serviría para empeorar las cosas.

—¿Por qué?

—Porque deserté del ejército en 1985. Todo el mundo me da por muerto. No sabes el escándalo que desatarías si ciertas personas descubrieran que estoy vivo. Por eso no quiero que aparezca mi fotografía. Por eso tienes que dar con una manera de sacarme de aquí antes de que tenga que ir a los tribunales. Una vez que mi rostro aparezca en las noticias, o en el periódico, sabrán que estoy vivo. Y vendrán a por mí.

—¿Quién vendrá a por ti?

Morelli cerró los ojos. Ami esperó pacientemente la respuesta.

No podía evitar sentir lástima por él. Notaba que sufría.

—¿Quién, Dan?

—Mientras estuve en el ejército —dijo en voz tan baja que Ami tuvo que agacharse para oírlo—, me reclutó una agencia de espionaje.

—¿La CIA?

—No. La Agencia para la Coordinación de Datos Reservados, la ACDR, aunque dudo que exista ninguna referencia que demuestre que trabajé para ellos. Los estatutos de esa agencia no permiten contratar a gente que hace la clase de trabajo que hacía yo, y no hay nada impreso sobre la unidad en la que llevaba a cabo mis misiones. Recibía órdenes verbales. Que el ejército sepa, esa unidad nunca existió.

—¿Por qué tanto secretismo?

—Asesinato —respondió él sin inmutarse.

—¿Has asesinado a gente? —preguntó Ami, pues no estaba segura de haber oído correctamente. Morelli asintió en silencio—. ¿Dónde?

—En el sudeste asiático.

—Pero eso era normal, ¿no? Había una guerra en el sudeste asiático.

Morelli miró a Ami a los ojos.

—No sólo allí. He matado a personas en Europa, y he asesinado a estadounidenses en Estados Unidos.

—Pero te ordenaron… hacerlo, ¿no?

Morelli esbozó una sonrisa triste.

—No pienso justificar mis actos. Fueron asesinatos. No hay otro modo de verlo. Y también hice otras cosas igual de malas.

—¿Como cuáles? —inquirió Ami.

—¿Cuánto sabes sobre la guerra de Vietnam?

—Lo que aprendí en la clase de historia del instituto.

—¿Sabes qué son las colinas de Shan? —preguntó Morelli.

—He oído hablar de ellas. Están en Birmania, ¿verdad?

—Forman parte del Triángulo de Oro, y más o menos cubren 150 000 millas cuadradas de terreno montañoso entre Birmania, Laos y Tailandia. Durante las décadas de 1960 y 1970 el setenta por ciento, aproximadamente, de toda la producción ilegal de opio del mundo procedía de ellas. Cuando el gobierno chino nacionalista del Kuomintang se vino abajo en 1949, grupos de soldados del

Kuomintang huyeron de China y se instalaron en los estados de Shan. A partir de 1950, la CIA empezó a reagruparlos para iniciar una invasión en el sur de China. Ese proyecto fracasó, pero los soldados lograron monopolizar el comercio del opio.

»Uno de mis trabajos consistía en organizar emboscadas contra las recuas de mulas que cargaban la base de morfina desde las colinas de Shan. Matábamos a los guardas y robábamos el producto.

Morelli se echó a reír.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Nada, recordaba. Estábamos hechos unos *cowboys*. La primera vez que emboscamos un cargamento de mulas nos lo cargamos todo, y a todos. Matamos a los guardas, pero también a las mulas. —Meneó la cabeza—. Y resultó que también destruimos los paquetes con la base de morfina. Es decir, que destruimos las pruebas que demostraban que habíamos cumplido con la misión.

A Ami no le parecía nada gracioso eso de matar gente y animales, pero no dijo nada.

—¿Y qué hacíais con la base de morfina? —preguntó.

Morelli recobró el semblante serio.

—La llevábamos a Laos, donde individuos de la tribu Meo, pagados por la CIA, la procesaban hasta convertirla en heroína. Parte de la droga se enviaba a Saigón en aviones de Air America, una compañía aérea financiada por la CIA. En Saigón, el régimen vendía la heroína. Algunos de quienes la compraban eran militares estadounidenses.

—¿Y qué sentido tenía crear adictos en el ejército?

—La CIA no pedía dinero al Congreso para pagar el régimen de Saigón, de modo que así contaban con ingresos —dijo Dan.

—¿Y eso no te parecía mal?

—Claro que me pareció mal, una vez que descubrí lo que sucedía. Pero no tuve conocimiento de toda la historia hasta mucho después. Yo no tomaba las grandes decisiones políticas. Yo era un mandado, un soldado raso. Me pedían que practicara emboscadas

contra los traficantes, y que entregara el producto a determinada persona. Y eso era lo que hacía. Luego regresaba a casa. No cuestionaba las órdenes que me daban.

—Dan, has dicho que parte de la heroína se enviaba a Saigón. ¿Qué sucedía con el resto?

—Una parte se entregaba al crimen organizado en Estados Unidos, a cambio de favores.

—¿Lo dices en serio? —se sorprendió Ami.

Morelli asintió.

—El resto se usaba para crear fondos secretos con los que financiar las operaciones de la Unidad. El dinero se depositaba en cuentas secretas de bancos extranjeros. Sólo unas pocas personas conocían los números de acceso a esas cuentas secretas. —Morelli volvió a perder la mirada en la lejanía—. Supongo que esas cuentas ya no existen.

Con cada nueva revelación, la historia de Morelli se hacía cada vez más improbable, y Ami recordó lo que George French le dijo sobre la capacidad de las personas en estado paranoico para crear historias verosímiles que no son ciertas. Estaba a punto de pedirle que le facilitara algún detalle que investigar cuando recordó una información intrascendente que había oído hacía poco.

—¿Conocías al general Morris Wingate?

Morelli pareció desconcertado.

—¿Por qué me preguntas por él?

—Fue el jefe de la ACDR durante los años de Vietnam. Lo vi en un reportaje sobre Wingate que apareció en la revista *Newsweek*. ¿Lo conocías o no? Tal vez él podría ayudarte.

Morelli se echó a reír.

—Sí me ayudaría, sí. Me ayudaría a abandonar este mundo. Yo soy la peor pesadilla de Morris Wingate. Es precisamente de él de quien me oculto.

—No entiendo —dijo Ami.

—Fue él quien me reclutó. Él me daba algunas de las órdenes que cumplía. Vanessa es hija suya. Si lo que hice para él llegara a saberse, iría a la cárcel. ¿Entiendes ahora por qué no permito que se publique mi fotografía? Una vez que el general sepa que estoy vivo, hará que me maten. No tiene otra salida.

Ami estaba atónita. No podía creer que Vanessa fuera la hija de Wingate, ni que Morelli tuviera en su mano di poder de derribar al político. No estaba segura de sí Dan le decía la verdad. Todo lo que le había contado le parecía una locura. Y sin embargo…

—Creo que deberías contármelo todo desde el principio —dijo Ami.

—¿De qué serviría?

—No lo sé. Tal vez de nada. Pero tal vez se me ocurra alguna manera de ayudarte si conozco los detalles. No pienso contárselo a nadie sin tu permiso.

—No sé…

—Por favor, déjame ayudarte.

—Está bien. Te hablaré de Wingate y de la Unidad —dijo Dan.

—¿Por qué no empiezas por decirme cuál es tu verdadero nombre?

Once

CALIFORNIA, 1969-1970

1

—Carl, espera. —La clase de cálculo había terminado, y Cari Rice guardaba los libros en la cartera cuando la voz de Vanessa Wingate le congeló el movimiento, como si le hubiera alcanzado el rayo láser del capitán Kirk—. Se te da bastante bien el cálculo, ¿verdad?

Cari volvió la cara hacia la atractiva rubia, esforzándose por impedir que la vista se le clavara en el suelo. Su intento de quitarse importancia, encogiéndose de hombros, quedó más bien en espasmo convulso.

—No me va mal.

—Pues yo he vuelto a perderme con el señor Goody. ¿Crees que podrías echarme una mano? —preguntó Vanessa—. Estoy bastante segura de que lo que ha explicado hoy va a entrar en el examen final, y no entiendo nada.

—Sí, claro. Ahora tengo clase, pero a las tres estaré en la biblioteca.

—Perfecto —dijo Vanessa, esbozando la mejor y más cálida de sus sonrisas. Quedaron en encontrarse junto al archivador, y ella, tras despedirse con un alegre «hasta luego», se alejó.

La Escuela Preparatoria de Saint Martin se alzaba en un espacioso prado situado a pocos kilómetros del océano Pacífico. Inaugurada en 1889, la hiedra que recubría los edificios parecía no haber sido podada jamás. A pesar de pertenecer al mismo curso, Cari Rice y Vanessa Wingate podrían haber vivido en continentes distintos. Vanessa era rica, hermosa, y protagonizaba las más intensas fantasías sexuales de Cari. Sus amigos eran los que conducían los coches más nuevos y más rápidos, los que llevaban la ropa más moderna, los que abrazaban las últimas modas antes incluso de que en el resto del país se tuviera conocimiento de ellas. Cari era un joven que estudiaba gracias a becas, no se relacionaba con nadie y compraba ropa de segunda mano. Poder pasar dos horas con Vanessa —aunque fuera sólo para estudiar cálculo— era la respuesta a sus oraciones de adolescente.

Le costó concentrarse en clase, y llegó a la biblioteca quince minutos antes de la hora acordada. El corazón le latía con fuerza cada vez que se abrían las puertas. Tras unos minutos de espera torturada, Cari admitió que estaba haciendo el ridículo. Vanessa no iba a presentarse. Tenía tantos amigos, participaba en tantas actividades, que no se la imaginaba perdiéndose nada divertido para que él le diera unas clases particulares. Estaba empezando a recoger sus libros cuando la vio junto al archivador, saludándolo.

La biblioteca de la escuela, un edificio enorme, de piedra, había sido construida gracias a la donación de un magnate del ferrocarril a principios del siglo xx. Cari condujo a la chica hasta una mesa que quedaba en la zona trasera del sótano, y en la que él preparaba sus trabajos casi cada tarde. La iluminación era tenue, pero él la prefería porque eran pocos los alumnos que se aventuraban hasta allí.

A Cari le sorprendió que Vanessa le pidiera ayuda con el cálculo. Nunca la había considerado una alumna aplicada, aunque en realidad no sabía gran cosa de ella. Ese día constató con agrado que era lo bastante inteligente como para entender lo que él le explicaba, una vez le aclaró un par de errores de concepto.

Avanzaban ya en el desarrollo de la materia cuando una sombra alargada se proyectó sobre la mesa. Cari alzó la vista y descubrió a Sandy Rhodes y a Mike Manchester plantados junto a su mesa. Los dos pertenecían al equipo de fútbol de los EE. UU., eran enormes y estaban en buena forma. Cari había oído decir que Sandy y Vanessa salían juntos.

—Eh, Van, ¿qué tal? Creía que íbamos a salir esta noche —dijo Sandy, al que parecía ofender que Vanessa estuviera estudiando.

—He intentado decirte que tenía que estudiar, pero no te he encontrado.

—Bueno, pues ya estoy aquí, así que vámonos —espetó Sandy.

Vanessa se disculpó con una sonrisa.

—No puedo, de verdad. Tengo que aprender esto.

Sandy había ignorado del todo la presencia de Cari, y pensaba hacer lo mismo con la negativa de Vanessa.

—Vamos, Van, es viernes. Los amigos nos esperan.

La sonrisa desapareció de los labios de Vanessa.

—Estoy estudiando, Sandy. Esta noche no voy a salir.

—¡Y una mierda! —soltó Sandy, que le cerró el libro y la agarró por un brazo.

El padre de Cari había abandonado a Evelyn Rice cuando su hijo tenía cinco años. Éste todavía tenía pesadillas en las que a su padre le daban sus ataques de cólera y su madre gritaba de dolor. Grabadas a fuego en su memoria había imágenes de los cardenales que oscurecían el rostro hinchado de su madre.

—Suelta a Vanessa —dijo Cari con voz trémula, lo que no era de extrañar, dadas las circunstancias: el joven era flaco, fibroso y estaba en buena forma, pero los dos jugadores de fútbol de los EE. UU. le sacaban una cabeza de altura, y pesaban como mínimo veinte kilos más que él.

Sandy no soltó el brazo de Vanessa. Dedicó a Cari la mirada que podría haber dedicado a la mugre pegada a su zapato.

—Mete la nariz en el libro, si no quieres que te la parta, idiota.

Y volvió a concentrarse en Vanessa, momento que Cari aprovechó para hundir el puño en el plexo solar del deportista, asestándole un golpe que lo dejó sin aliento. Luego lo agarró por la corbata que todos los alumnos de Saint Martin estaban obligados a llevar, y le bajó la cabeza. La barbilla de Sandy impactó contra la mesa, aturdiéndolo.

El asombro de Mike Manchester era tal que hasta ese momento no reaccionó, pero el sonido de la barbilla de su amigo contra la mesa lo sacó de su trance. Lanzó un gancho, y Cari se defendió arrojando hacia delante su libro de cálculo. Los nudillos del jugador impactaron en él emitiendo un ruido sordo, parecido al de un disparo. Mientras se retorcía de dolor, Cari blandió el libro de texto como si de un bate de béisbol se tratara y le dio con él en la nuca, haciéndolo caer de rodillas. Entonces se colocó detrás de Manchester y le practicó la llave de la asfixia, privándolo de aire.

—No quiero peleas. ¿Te rindes? —le preguntó al muchacho, que luchaba por zafarse.

Mike intentaba apartarle el brazo, pero Cari presionaba con más fuerza. Sandy Rhodes empezaba a recuperarse, y hacía esfuerzos por ponerse en pie. A fuerza de impedirle la respiración, Cari dejó sin conocimiento a su oponente y lo abandonó en el suelo, justo a tiempo de darle a Rhodes un puñetazo en la mandíbula. El muchacho cayó al suelo junto a su amigo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Vanessa, poniéndose en pie—. ¡Tienes que largarte de aquí ahora mismo! Se van a poner furiosos cuando vuelvan en sí.

—No tengo coche —reconoció él, avergonzado por tener que contarle a Vanessa que era su madre la que venía a buscarlo al colegio todos los días.

—Yo sí. Recoge tus cosas —le dijo, amontonando sus libros. Cari vaciló. Mike Manchester empezaba a gemir de dolor, y ella le tiró del brazo—. Vamos.

—¿No se enfadará Sandy si descubre que me ayudas?

—Sandy es un cerdo. Sólo hemos salido tres veces y ya cree que le pertenezco. Me alegro de que lo hayas puesto en su sitio.

Minutos después, Cari estaba sentado en el asiento del copiloto del Corvette de Vanessa Wingate, y juntos recorrían la autopista de la costa a toda velocidad.

—¡Ha sido increíble! —le dijo ella—. ¿Dónde has aprendido a luchar así?

Cari no se sentía bien con la paliza que acababa de propinar a aquellos dos forzudos. Le avergonzaba el orgullo que experimentaba al saber que los había derrotado en presencia de Vanessa, pero no soportaba que ningún hombre hiciera daño a una mujer, a causa de los malos tratos que su padre daba a su madre.

—Practico karate desde niño. Y al salir de clase acudo a un *dojo* todos los días.

Vanessa se volvió para mirarlo. Había bajado la capota del coche, y el viento le agitaba el pelo largo, rubio, y le iluminaba las mejillas.

—Tienes golpes ocultos, Cari Rice —dijo, antes de concentrarse en la carretera.

Cari se ruborizó.

—¿Adónde vamos? —preguntó, para cambiar de tema.

—A mi casa.

Avanzaron un rato en silencio. Cari miraba de reojo a Vanessa con la excusa de contemplar el mar. Era tan hermosa… Aún no creía que estuviera a su lado, montado en aquel coche alucinante.

—Estudias con becas, ¿no? —le preguntó Vanessa.

Carl volvió a ruborizarse, y asintió. Evelyn Rice era muy inteligente, pero su marido nunca le había permitido trabajar ni terminar los estudios. Una vez que el padre de Cari los abandonó, su madre se matriculó en una escuela comunitaria. Se había sacado el título de contable y había encontrado trabajo como recepcionista en la sucursal de una empresa de contabilidad de alcance nacional. Con el tiempo aprobó la diplomatura y llegó a ocupar el puesto de directora de oficina. Uno de los socios de la empresa era ex alumno

de Saint Martin y había usado sus contactos para que Cari obtuviera una beca.

—Te envidio —dijo Vanessa.

—¿Y por qué habrías de envidiarme? —le preguntó Cari, incrédulo. Casi todos sus compañeros eran ricos, y su pobreza, por contraste, le hacía sentirse insignificante. No entendía que alguien como Vanessa se hubiera interesado en él, y menos aún que pudiera envidiarlo.

—Nadie te ha regalado nada —respondió ella—. Lo que tienes te lo has ganado con tu inteligencia y tu iniciativa.

—No he tenido otro remedio, soy pobre, Vanessa. Y créeme, no tiene nada de romántico.

—Tampoco lo tiene vivir con mi padre.

—Al menos tú lo tienes. El mío se largó cuando yo tenía cinco años.

—Pero al menos él no mató a tu madre, ¿o sí?

—¿Qué? —No sabía si hablaba en serio—. ¿Qué estás diciendo?

—Mi madre murió en un accidente de coche cuando yo tenía trece años. Y estoy segura de que no fue un accidente.

—¿Hablaste con la policía? —preguntó Cari, alarmado.

—Sí, y no me creyeron. Tampoco me creyeron los investigadores de la compañía de seguros. Y no me extraña. No tengo pruebas. Pero sé muy bien cómo opera ese cabrón. Se cree por encima de la ley. Y la verdad es que conoce a gente capaz de hacer que una muerte parezca un accidente.

Cari no sabía qué decir.

—¿Has acudido al FBI?

Vanessa se rió con amargura.

—Diez minutos después de salir de sus despachos, alguien llamó a mi padre para contárselo. El general me metió en la biblioteca y me dijo que me encerraría en un manicomio si no dejaba de propagar rumores malintencionados. Me dijo que me sedaría y me

pondría una camisa de fuerza, y que me pasaría el resto de la vida encerrada.

—¿Tu padre es general, Vanessa? —Ella asintió—. Pero al final no logró encerrarte, ¿verdad?

—No tienes ni idea de lo poderoso que es mi padre. Yo abandoné mis intentos, y él ha dejado de prestarme atención. Casi nunca está en casa. Pasa la mayor parte del tiempo en Washington, y me deja hacer todo lo que quiera, siempre que no lo avergüence ni lo irrite.

Vanessa abandonó la carretera principal y marcó un código en un panel que sobresalía de una valla alta, electrificada. El camino que partía de ella serpenteaba por entre un prado salpicado de árboles que ascendía hasta una loma desde la que se divisaba el océano Pacífico y una villa de estilo español, con tejas rojas en la cubierta. Cari nunca había estado tan cerca de una casa como la que se alzaba ante él. Era blanca como la nieve, y parecía más grande que todo el edificio de apartamentos en el que vivía. Terrazas decoradas con flores frescas enmarcaban las ventanas de la segunda y la tercera planta. A la derecha se adivinaba un establo. Cari había sonado despierto alguna vez sobre la posibilidad de ser rico, pero jamás había imaginado algo así.

—¿Tú vives aquí? —preguntó, atónito—. ¿Esto es tuyo?

—Hogar dulce hogar —respondió ella mientras rodeaba una pequeña rotonda y aparcaba delante de la puerta, enorme, de madera, protegida por un pórtico, y que se abrió al instante. Tras ella apareció un hombre vestido con chaqueta blanca y pantalones negros, que les dio la bienvenida. Vanessa le entregó las llaves del coche—. Me quedo a pasar la noche, Enrique —dijo, invitando a Carl a entrar. La puerta se cerró, amortiguando el sonido del motor del Corvette que Enrique llevaba hasta el garaje.

—¿Puedo usar tu teléfono? Mi madre va a preocuparse si no llamo.

En el vestíbulo umbrío, sobre un velador, había un teléfono. Cari llamó al despacho de su madre, que en ese momento estaba a

punto de salir del trabajo. Vanessa oyó que le explicaba que estaba en casa de un compañero de clase, que lo llevaría a casa en coche. En ese momento Vanessa le dio una palmadita en el brazo. Cari le pidió a su madre que esperara un momento, y empezó a sudar cuando Vanessa le susurró algo al oído.

—Ah, es que me invitan a quedarme a dormir. ¿Puedo?

Tras una breve conversación sobre horas de llegada y plazos máximos, colgó el teléfono.

—¿Te quedas?

—Mi madre está tan contenta de que al fin haya hecho un amigo en Saint Martin, que me da permiso para quedarme.

—Ojalá a mi padre le importara lo más mínimo la gente con la que voy.

Cari echó un vistazo al vestíbulo, enlosado con baldosas de un rojo amarillento. La atracción principal, sin embargo, la constituían una inmensa lámpara de araña y una escalera de mármol que se retorcía en su ascenso.

—Todavía es pronto para cenar —le dijo Vanessa—. ¿Te apetece darte un baño?

—No he traído bañador.

Vanessa le dedicó una sonrisa maliciosa.

—No te preocupes por eso. —Cari se ruborizó, y su anfitriona se echó a reír—. Tenemos una colección de trajes de baño en el vestuario de la piscina. Deja las cosas de la escuela en la entrada y vamos.

Vanessa lo condujo a través de un espacioso salón iluminado por el sol, que se filtraba a través de grandes ventanales. Abrió uno de ellos, y Cari accedió a un patio con suelo de azulejos enmarcados en un césped muy cuidado, que lo separaba de una piscina de veinticinco metros de longitud. En el otro extremo había dos vestuarios. Vanessa le señaló el de hombres, y ella se metió en el de mujeres. Diez minutos después, Cari apareció con un bañador negro, que le llegaba por encima de la rodilla. Vanessa ya se había

instalado en una tumbona y llevaba un diminuto biquini amarillo. La contemplación de aquel cuerpo bronceado, esbelto, lo dejó sin aliento. Tenía el vientre liso, ligeramente musculado, y las piernas largas y suaves. Sintió el inicio de una erección que luchó con todas sus fuerzas por reprimir. Vanessa no dio muestras de haberse percatado de su incomodidad, y se levantó de su asiento con una camiseta y una sudadera para Cari, que le ofreció junto con dos toallas pequeñas y una grande, de playa.

—Vamos a refrescarnos —dijo, conduciéndolo hasta el extremo del césped, donde unos peldaños de madera desgastados llevaban al borde de un acantilado sin vegetación que moría en una playa estrecha, unos cien metros más abajo. La marea subía, y unas olas inmensas rompían en la orilla. Vanessa extendió su toalla sobre la arena, dejó en ella todo lo que llevaba y se metió corriendo en el agua, lanzándose contra la ola con gesto experimentado. Cari la imitó, y nadó con fuerza para entrar en calor. Al salir a la superficie, vencida ya la ola, no vio a su anfitriona por ninguna parte. Se giró, buscándola con la mirada, presa del pánico por un instante. Pero entonces ella se alzó con la elegancia de un delfín, le rodeó el cuello con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Su beso desconcertó a Cari, que con todo venció la sorpresa al sentir que lo besaba de nuevo.

La había deseado desde el instante mismo en que la vio por primera vez. Era increíble que ella sintiese lo mismo por él, pero si no, ¿cómo explicar que se aferrara así a su cuerpo, que le rodeara la cintura con las piernas, que presionara sus preciosos pechos contra su torso?

Vanessa interrumpió el beso y se sumergió bajo las olas, dejando a Cari ebrio de deseo. Cuando volvió a aparecer, estaba casi en la orilla. Cari nadó tras ella, y al salir del agua vio que ella ya se había puesto su camiseta.

—Estoy helada —le dijo, alargándole una toalla y una sudadera —. Entremos en casa.

Cari la siguió, sin atreverse a hablar, abrumado de deseo al ver aquellas nalgas que oscilaban acompasadamente mientras avanzaban escaleras arriba. Su erección casi le impedía pensar. Apartó la vista, pues temía perder el equilibrio si no se concentraba en los empinados peldaños.

Cuando entraron en casa, Vanessa condujo a Cari hasta la segunda planta.

—Tú duermes aquí —le indicó, abriendo la puerta que daba a la habitación de invitados. Él entró y ella lo siguió. La estancia estaba amueblada con una cómoda, dos mesas, una lámpara de pie y una cama enorme—. Todavía tardaremos una hora en cenar. —Vanessa cerró la puerta y se quitó la camiseta—. ¿Qué hacemos hasta entonces?

2

Cari despertó antes del amanecer. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba, y algunos más en convencerse de que lo sucedido esa noche no era un sueño. La prueba se encontraba a su lado, desnuda, despeinada y tan hermosa que casi dolía. Bajó de la cama con mucho cuidado y se puso el bañador y la camiseta que Vanessa le había prestado. Mientras ella seguía durmiendo en la habitación de invitados, él regresó al acantilado y descendió por los peldaños de madera que conducían a la playa. Necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había sucedido entre ellos, y para hacerlo le hacía falta despejarse.

En pocas horas, el sol de California bañaría la playa, pero en ese instante apenas asomaba por el este, y el acantilado proyectaba una sombra fresca sobre la arena. Cari se ejercitó durante veinte minutos antes de practicar la *kata*, los ejercicios formales del karate que parecían formar parte de una danza. Cada *kata* era una batalla ritual

que se libraba contra oponentes imaginarios. Los movimientos debían ejecutarse en un orden específico. A él, en realidad, le gustaban más las *katas* que los combates en sí mismos, pues creía que eran algo más que ejercicios, que constituían un ritual que establecía un marco de certeza en una vida que, desde el nacimiento, se veía rodeada de incertidumbre.

Cari evolucionaba por la arena, rozando casi las olas. Cada *kata* resultaba más compleja que la anterior, y él las ejecutaba tres veces, a un ritmo cada vez más rápido. Las que se realizaban despacio y a velocidad media fluían suavemente, y cada uno de los movimientos se fundía con el precedente. A velocidad máxima todo se confundía, pero mentalmente él seguía visualizando todos y cada uno de sus golpes, sus patadas, sus llaves. Mientras se ejercitaba, el mar, la playa, el sol naciente se difuminaban, y sólo existía el golpe que asestaba.

Cari estaba empapado en sudor cuando terminó la última *kata* y empezó con los ejercicios de enfriamiento. Ya casi había terminado de estirar cuando vio a alguien que bajaba la escalera. El sol ya se había alzado sobre el borde del acantilado, y él levantó el brazo para cubrirse los ojos. Distinguió a un hombre apuesto, curtido, fornido, vestido con camiseta y pantalones cortos, con el pelo entrecano, cortado a cepillo.

—Llevo veinte minutos observándote —dijo el hombre—. Espero que no te importe.

—No sabía que estaba ahí, señor —respondió Cari sinceramente. Las *katas* habían absorbido toda su atención.

—Eres muy bueno —prosiguió aquel hombre—. ¿Cuánto tiempo llevas practicando?

—Empecé a los ocho años.

—Entonces ya debes de ser cinturón negro.

Cari asintió, tímido.

—Los cinturones no quieren decir gran cosa —apuntó, para que el hombre no pensara que era un fanfarrón—. Practicando duro,

todo el mundo puede llegar a cinturón negro.

—Soy Morris Wingate, el padre de Vanessa —dijo el general, extendiendo la mano.

Cari se obligó a estrechársela. La paz que había alcanzado con sus ejercicios se vio sustituida al instante por la vergüenza, pues acababa de acostarse con su hija, en su casa; y por el temor, pues Vanessa le había dicho que su padre era un asesino a sangre fría.

—¿Y tú eres…? —preguntó el general. Cari se esforzó por pronunciar su nombre con voz pausada—. Supongo que eres amigo de Vanessa.

—Somos compañeros de clase. He… venido para ayudarla con el cálculo.

—¿De veras? Estudioso y practicante aplicado de karate… No suele ser ése el tipo de mi hija. Supongo que te has quedado a dormir esta noche…, después de la clase particular.

—Sí, señor. Era tarde —respondió Cari, vacilante, mientras sentía cómo se le revolvía el estómago. Se preguntaba si Wingate se habría asomado a la habitación de invitados y habría descubierto a su hija desnuda, y la ropa de Cari en ella.

—Yo llegué muy tarde ayer, hacia las dos. El ejercicio me despierta más que un café. ¿Te apetece correr un poco conmigo?

A Cari no se le ocurrió ninguna excusa para negarse, de modo que se colocó junto al general, que inició la carrera a un paso que no le costó seguir. La playa parecía extenderse sin fin, y Cari se preguntaba hasta dónde pretendía llegar el general. Pero decidió no preocuparse y seguirle el ritmo. A lo lejos se alzaba un árbol de tronco grueso y retorcido que había clavado sus raíces en el acantilado y se inclinaba precario sobre el mar. El joven se concentró en él, y siguió corriendo.

Carl y Wingate siguieron avanzando en silencio durante un rato, hasta que el general le preguntó:

—¿Qué tal se le da el cálculo a Vanessa?

Carl no estaba seguro de si se trataba de un comentario sarcástico, pero en cualquier caso decidió responder con sinceridad.

—Capta enseguida todo lo que le explico.

—Vanessa es lista, pero la escuela no termina de interesarle. Ojalá sus notas fueran un reflejo de su cociente intelectual.

Las confidencias del general incomodaban a Cari. A él no le habría gustado que su madre hablara de sus carencias con sus amigos.

—Rice es un apellido que no me suena. ¿Vives por aquí, Cari? —preguntó el general.

—No, señor.

—¿Dónde vives?

—En San Diego. —Cari decidió cortar el interrogatorio por lo sano —. Estudio con becas.

—Parece que te has puesto a la defensiva.

—No —se apresuró a responder.

—Mejor, porque no tienes nada de lo que defenderte. Me alegra que Vanessa tenga un amigo que no lo ha tenido todo en la vida. Saint Martin es una escuela excelente, de no serlo no habría permitido que mi hija estudiara en ella. Pero muchos de sus alumnos están ahí porque sus padres han comprado su ingreso. Son malcriados y no valen nada. Tú deberías sentirte orgulloso de que tu admisión se haya basado en tus méritos.

El discurso del general sorprendió a Cari. No parecía ser el ogro que Vanessa le había descrito.

Wingate aceleró el paso durante un kilómetro y medio, pero Cari no tuvo problemas para seguirle el ritmo. Al llegar a los tres kilómetros, un gran bloque de roca bloqueaba la playa, y el general emprendió el regreso hacia la casa. Cuando faltaba algo menos de un kilómetro, inició un *sprint*. Cari podría haber adelantado al padre de Vanessa sin problemas, pero no quería competir. Le parecía que aquello era una especie de examen, pero se mantuvo junto al general, fingiendo que no competía. Cuando se encontraban a

doscientos metros de los escalones, se fijó en un hombre vestido con pantalones vaqueros y camisa de cuadros que avanzaba por el borde del acantilado. Cari tenía el sol de cara, y tuvo que apartar la vista, pero en un instante el cuerpo de aquel hombre ocultó el sol, y le pareció ver un arma automática.

El general llegó jadeante a la escalera, a diferencia de Cari, cuya respiración parecía inalterada.

Wingate se echó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—Estás en muy buena forma, Cari.

—Hago ejercicio varias horas al día. Correr forma parte de mi entrenamiento.

—¿Compites para Saint Martin?

—No, señor.

—¿Por qué no? —preguntó Wingate.

Carl se encogió de hombros.

—Mis estudios y el karate me mantienen bastante ocupado. No tengo tiempo.

—¿Qué vas a hacer el año que viene?

—Iré a la universidad, espero —dijo Cari.

—Supongo que sacas buenas notas.

—Me va bien.

—¿Y en qué universidad vas a solicitar el ingreso?

—En alguna facultad de la Universidad de California. Pero todo dependerá de las becas —aclaró Cari—. Si tengo que hacerlo, trabajaré durante uno o dos años para ahorrar.

Wingate se incorporó. Volvía a respirar con normalidad.

—¿Subimos? Vanessa ya estará levantada.

Cari sentía cierta fascinación por el general. ¿Se enemistaría con él su hija si percibía que le caía bien? Esperaba que siguiera durmiendo, y que no lo viera con Wingate, pero no fue así. Ya se encontraba en la terraza, con unos pantalones cortos de tenis y una camisa verde de manga corta, tomándose su café y su cruasán.

—¿Desarrollando vuestra afectividad viril? —preguntó cuándo se acercaron a ella.

—Le he pedido a Cari que viniera a correr conmigo —respondió Wingate, pasando por alto el sarcasmo—. Me ha contado que vino a ayudarte con los deberes.

Vanessa dedicó a Cari una larga mirada que lo enervó. Temía que en cualquier momento le confesara a su padre lo que habían hecho en la habitación de invitados.

—Tenía ciertos problemas con las matemáticas, y Cari es un genio. Creo que ahora lo entiendo bien.

—Bien. Voy a darme una ducha. Nos vemos más tardé —dijo Wingate.

—¿Y bien? ¿Qué te parece el general? —le preguntó Vanessa una vez que su padre se hubo alejado.

—Para la edad que tiene, está en buena forma —respondió Cari, sin definirse.

Vanessa se echó a reír.

—No te preocupes, que no voy a morderte si dices algo agradable de él. Su primera impresión siempre es buena, y más con otros hombres. Esos ojos de acero, la mandíbula firme, el porte militar… Es todo un hombre, y a vosotros eso siempre os encanta.

—En realidad, yo estaba practicando karate. Hemos hablado de eso, y luego hemos corrido juntos. Me ha preguntado dónde vivía, y cómo me iba en la escuela.

Vanessa se echó hacia delante y acarició el rostro de Cari, que sintió una especie de descarga eléctrica que encendió su deseo.

—Estás rojo como un tomate, y creo saber qué estás pensando en este mismo momento. —Cari se ruborizó aún más—. ¿Por qué no subes, te das una ducha, y yo subo enseguida a hacerte compañía?

—¿Con tu padre en la casa? —Cari preguntó, nervioso.

—Especialmente con mi padre en la casa —respondió ella maliciosamente, clavando la mirada en el interior del edificio.

Mientras subían, un hombre caminaba alrededor de la mansión. No era el mismo que Cari había visto patrullando por el borde del acantilado. Y en esa ocasión no había duda de que iba armado.

—No te preocupes por ellos —dijo Vanessa al ver que Cari se percataba de su presencia—. Mi padre siempre viaja acompañado de guardaespaldas. Es muy importante. Incluso Enrique fue militar, de algún país sudamericano con el que mi padre tiene tratos. Seguramente de algún escuadrón de la muerte en cuya formación colaboró mi padre. —Cari no sabía si hablaba en serio o si bromeaba —. Y siempre va armado.

Cari frunció el ceño. No le gustaba la presencia de todos aquellos hombres armados a su alrededor, porque significaba que había motivos para que estuvieran allí. Pero entonces Vanessa le cogió la mano, y él se olvidó de todos aquellos guardaespaldas.

El general salió de casa poco después de desayunar. Una vez fuera, Vanessa y Cari alternaron el estudio con el descanso en la playa. Wingate regresó a última hora de la tarde, a tiempo para la cena. Trató de mantener una conversación convencional durante la velada, pero su hija respondía a todas sus preguntas parcamente, y permanecía en silencio cuando Cari y él conversaban. El joven se sentía muy incómodo, y experimentó un gran alivio cuando la cena terminó.

La pareja fue al cine, porque el general esperaba visita. Cuando regresaron, a medianoche, los invitados ya se habían ido. Vanessa pasó la noche en la habitación de Cari, lo que inquietaba a éste, que imaginaba que el general abriría de par en par la puerta y lo mataría allí mismo, en la cama. Pero no, no se produjo ninguna incursión nocturna, y Morris Wingate ya no estaba cuando despertaron el domingo por la mañana.

Cari estaba agotado cuando Vanessa lo dejó en su apartamento ese mismo domingo, por la noche. Se fue derecho a la cama, y no

oyó el despertador a la mañana siguiente. Era la primera vez que llegaba tarde a clase. Esperaba no encontrarse con Sandy Rhodes ni con Mike Manchester. Tuvo suerte, porque no compartían asignaturas, y sólo los vio en el vestíbulo, a lo lejos. Vanessa le contó a Cari que los chicos iban diciendo a todo el que les preguntaba por sus moretones que se los habían hecho peleando con una panda de moteros en un callejón, a la salida de un bar.

3

El primer semestre de aquel último curso pasó rapidísimo para Cari. Deseaba pasar todo su tiempo con Vanessa, pero debía sacar buenas notas si quería obtener una beca universitaria. Ella lo comprendía, y jamás interfería en sus estudios. Cuando iban a la playa al salir de clase, ella lo dejaba en casa a las siete. Y si él se quedaba a dormir en su mansión los fines de semana, insistía en que se llevara los libros.

Al principio, Cari temía aquellos fines de semana en la finca de los Wingate, por si el general se encontraba en ella, pues la relación que mantenían padre e hija era muy tensa, pero no tardó en esperar con impaciencia las apariciones de Wingate. El general era encantador e inteligente. Poseía un amplio espectro de conocimientos, y parecía estar en todas partes. Cari se sentía culpable por no odiar al padre de Vanessa con la misma intensidad que ella. Se cuidaba mucho de no opinar sobre él en su presencia, pero ella debía de notar que Cari y su padre se llevaban bien, por más que nunca comentara nada al respecto.

A veces, Cari y el general hacían ejercicio juntos. Generalmente corrían por la playa, pero en una ocasión Wingate le sugirió que boxearan. Aunque no estaba a la altura de Cari, no lo hacía mal para su edad. Pensando luego en ello, Cari pensó que no debía

sorprenderlo. Al fin y al cabo era militar, y los soldados se ganan la vida peleando. Cari se limitó en casi todo momento a actuar a la defensiva, parando los puñetazos y las patadas, lanzando algún golpe leve de vez en cuando. Estaba seguro de que el general notaba que se estaba controlando, pero no se decidía a pelear con todas sus fuerzas.

Dos noches después de su sesión de boxeo, el teléfono sonó en el apartamento de Cari, que respondió desde su dormitorio, esperando que fuera Vanessa. Pero no, se trataba de Morris Wingate. El general no lo había llamado nunca, y temió que algo malo le hubiera sucedido a Vanessa.

—Qué bien que te encuentro en casa. Estoy en Washington, pero este jueves por la noche vuelvo a California. ¿Tienes planes?

En realidad, no los tenía. Vanessa y él tenían exámenes parciales, y habían decidido pasar toda la semana estudiando y no verse.

—No, señor.

—Mejor —dijo Wingate—. Te he preparado una sorpresa el jueves por la noche. Enviaré un coche a recogerte a las siete. No se lo digas a Vanessa.

El general colgó sin darle tiempo a preguntarle nada. Ojalá el general Wingate no le hubiera pedido que mantuviera su encuentro en secreto. ¿Y si Vanessa se enteraba por otras fuentes? Si amabas a alguien —y Cari creía que podía estar enamorado de Vanessa— no debías ocultarle nada. Pero Cari no sabía por qué no debía decirle nada. ¿Y si Wingate le estaba preparando una sorpresa precisamente a ella y quería que él participara en el secreto? Si se lo contaba, echaría a perder el plan. De modo que decidió esperar y ver qué era lo que planeaba el general. Siempre podría contárselo a Vanessa después.

Un coche oficial negro se detuvo frente al edificio de Cari a las siete en punto. Los vehículos con chófer eran una rareza en el vecindario de Cari, y aquella aparición atrajo muchas miradas.

—¿Adónde vas? —preguntó Evelyn Rice a su hijo.

—No lo sé, mamá. Ya lo hemos hablado, el general dice que es una sorpresa.

—¿Y por qué no va contigo tu novia?

—Eso tampoco lo sé. —Cari se puso la chaqueta y besó a su madre en la mejilla—. Tengo que irme.

Mientras su hijo salía y cerraba la puerta, Evelyn se rodeó el cuerpo con los brazos para contener las emociones. Cari no le contaba nada sobre esa muchacha con la que salía. Lo único que sabía era que era muy rica, que su madre estaba muerta, que su padre vivía en Washington casi todo el año y dirigía una agencia de espionaje. A ella no le parecía bien que se dejara a una joven sin supervisión periodos tan largos de tiempo, y le parecía raro que alguien tan importante como el general Wingate invitara a su hijo a salir una noche sin que su hija también asistiera. Pero últimamente veía a su hijo tan contento que no había querido compartir con él sus presentimientos.

Cuando el chófer abrió la puerta del coche oficial para que Cari se montara, algunos chicos del barrio hicieron comentarios, y a él le dio vergüenza y se subió enseguida, sentándose junto al general. Un guardaespaldas los acompañaba desde el asiento del copiloto. Tanto él como el chófer llevaban el pelo más largo, y ropas de paisano. Wingate iba vestido con camisa negra y pantalones oscuros.

—¿Cómo te van los exámenes? —preguntó el general cuando se pusieron en marcha.

—Creo que bien. He tenido dos esta semana, y la que viene haré tres más.

—A Vanessa le parece que le fue bien el de cálculo. Y te atribuye a ti el mérito de su mejora —reconoció Wingate.

Carl se ruborizó.

—También le habría ido bien sin mí.

—Además, me ha contado que la protegiste de Sandy Rhodes. —Carl apartó la mirada—. Para eso hace falta valor. Conozco a Sandy y a su amigo. Son mucho más corpulentos que tú.

—A Sandy lo pillé por sorpresa, y no tienen conocimientos de lucha —murmuró Cari.

El general observó a Cari un instante antes de proseguir.

—La modestia es una virtud, Cari, pero no conviene exagerarla. Recurrir al factor sorpresa en el combate me parece admirable. La gente sólo pelea limpio en la televisión. Luchar no es un juego. Y en cualquier caso, estoy en deuda contigo por proteger a Vanessa. —Carl no supo qué decir, de modo que siguió en silencio. El general dejó el tema, y avanzaron sin hablar hasta que el coche abandonó la autopista y se internó en el campo, por una carretera secundaria, en dirección este—. Creo que esta noche te va a resultar interesante.

—¿Adónde vamos?

—A una competición deportiva —respondió Wingate, esbozando una sonrisa enigmática—. Tu pelea con Sandy y su amigo no fue la primera, ¿verdad?

—No —le respondió Cari desconfiado, sin comprender adónde quería ir a parar el general.

—¿Has pertenecido a Los Saqueadores? —Cari abrió mucho los ojos—. Sé que has participado en alguna de las peleas de la banda, pero no tengo claro hasta qué punto llega tu vinculación con ellos.

—¿Cómo lo ha…?

Wingate sonrió.

—Dirijo una agencia de espionaje, Cari. ¿Crees que sería muy buena si no pudiera llevar a cabo siquiera una investigación general sobre el novio de mi hija?

Cari frunció el ceño.

—No me parece bien, señor.

—Mi hija me odia. Me culpa de la muerte de su madre y hace todo lo posible por hacerme daño. De vez en cuando sale con chicos que podrían hacerle mucho daño a ella. Se relaciona con ellos sólo para molestarme. Y yo quiero a Vanessa con locura.

»A veces debo protegerla de sí misma. Ello implica averiguar todo lo que pueda sobre sus amigos y, cuando es necesario, ocuparme de los que podrían suponer un problema. —El general leyó la alarma escrita en el rostro de Cari, y le sonrió, conciliador—. Tú no eres una mala influencia para ella, Cari. Me alivia saber que por fin ha encontrado a alguien como tú, a alguien con carácter. —Cari sintió que la tensión abandonaba sus hombros—. Sin embargo, debo saber más sobre Los Saqueadores —insistió el general.

—No hay gran cosa que explicar. Tengo amigos del colegio al que iba antes que son de la banda. Yo no pertenezco a ella. Cuando me dieron el cinturón negro quise saber cómo me iría fuera del gimnasio, ya sabe, probar en la calle, donde no existen reglas. Participé en una pelea, y la policía me pilló. No pudieron demostrar nada, así que me soltaron. No hubo cargos contra mí, pero la detención me abrió los ojos. Les dije a mis amigos que no seguiría con ellos. Seguimos llevándonos bien.

—¿Y qué tal te fue en la calle, sin reglas?

Cari miró fijamente al general.

—Muy bien.

Wingate sonrió, y no preguntó nada más.

Al este, las colinas se fundían paulatinamente con la creciente oscuridad, y el cielo se llenaba de estrellas. El coche enfiló un camino y avanzó por un huerto. Cari vio una luz en la distancia que parpadeaba entre los árboles. Momentos después, se hallaban junto a un cobertizo grande, y aparcaron junto a una moderna limusina. Había algunos otros coches de lujo estacionados en las inmediaciones. Cuando el chófer abrió la puerta para que saliera el general, Cari oyó un ruido que provenía del interior del cobertizo. El

guardaespaldas se había adelantado. Llamó a una puerta, que se abrió unos centímetros y dejó ver a un hombre gordo, que fumaba un puro y observaba desde el interior. El empleado de Wingate le dio un fajo de billetes y le dijo algo que Cari no oyó. El gordo se metió el dinero en el bolsillo y sonrió.

—General, un placer.

—Parece que tiene planeados algunos combates interesantes.

—Lo mantendremos entretenido —aseguró el gordo apartándose para dejar pasar a Wingate, Carl y sus acompañantes.

Varios focos iluminaban un rectángulo de tierra limpia que destacaba en el centro del cobertizo, y sumían el resto del espacio en la penumbra. Densas volutas del humo de habanos y cigarrillos creaban una neblina, y las personas sentadas en las sillas plegables que flanqueaban el espacio abierto intercambiaban comentarios excitados. Se trataba de una mezcla curiosa de hombres y mujeres. Algunos vestían con ropa formal, mientras que otros llevaban ropa deportiva. Había hombres con botas camperas, camisas a cuadros y pantalones vaqueros, y unos pocos que parecían recién salidos de algún casino de Las Vegas.

En el extremo más alejado del cobertizo varios individuos intercambiaban dinero delante de un mostrador improvisado. Wingate condujo a Cari hasta unas sillas de la primera fila en las que unos carteles indicaban que se trataba de asientos reservados. El chófer y el guardaespaldas permanecieron de pie, tras la última hilera, para poder controlar a todo el mundo.

—¿Qué es todo esto, señor? —preguntó Cari.

—El hombre que nos ha dejado entrar es Vincent Rodino. Organiza eventos deportivos no reglados. Hace unos días me enteré de que se celebraría éste y se me ocurrió que tal vez te interesara.

Cari estaba a punto de preguntar algo más cuando las luces se atenuaron y Rodino se ubicó en el centro del rectángulo rodeado de sillas. Dos hombres entraban en aquella especie de escenario desde extremos opuestos. El que lo hacía por la izquierda era robusto,

tenía el pelo negro, y las piernas cortas y musculadas, lo mismo que los brazos. Sobre sus cejas se distinguían varias cicatrices viejas, y no había duda de que le habían roto la nariz más de una vez. Llevaba pantalones de boxeo y zapatillas deportivas, pero iba sin guantes.

Cari reconoció al otro participante de un combate de karate reciente. Era alto, delgado, y llevaba el pecho desnudo, pues iba vestido sólo con los pantalones negros de su *karategi*.

—Vamos a empezar, chicos —dijo Rodino en voz alta. Hizo una pausa para que la gente que estaba de pie acudiera a sus asientos. Los luchadores se movían de un lado a otro, destensando los músculos, dando golpes al aire—. Esta noche contamos con un cartel de excepción —prosiguió, levantando el brazo y señalando al boxeador—. Con ustedes Harold McMurray, sexto según la Comisión Estatal de Boxeo de California, en la categoría de pesos pesados. Ostenta el récord de trece victorias consecutivas, dos derrotas y seis K. O. —Rodino se volvió hacia el otro participante—. Y aquí tenemos a Mark Torrance, el campeón de karate de los Estados del Oeste durante los últimos dos años.

El público aplaudió, y Rodino condujo a los luchadores hasta el centro del *ring*.

—Chicos, ya conocéis las reglas —hizo una pausa dramática—. Las reglas son que no hay reglas. —Varias personas se rieron—. El que gana se lo lleva todo, sin restricciones. Peleáis hasta que uno de los dos queda fuera de combate o se retira. No hay *rounds*. Podéis morder, arañar y agarrar. Pero sin armas. ¿Entendido?

Los dos asintieron sin palabras. Wingate se volvió para mirar a Cari.

—¿Crees que un luchador de karate puede derrotar a un boxeador profesional?

—Depende de los participantes —dijo Cari.

Rodino abandonó el *ring*, y los dos hombres empezaron a avanzar en círculos, precavidos. El boxeador tenía los pies bien

plantados en el suelo, y avanzaba hacia el centro, moviendo sincopadamente hombros y cabeza. Torrance danzaba ligeramente sobre las puntas de los pies.

El público, entregado, gritaba expresiones de ánimo y aguardaba el primer golpe.

McMurray trató de asestarle un golpe, pero el karateka usó su agilidad y rapidez para quedar justo fuera de su alcance, y le propinó una serie de golpes secos que enrojecieron su cara. Frustrado, el boxeador embistió. El cinturón negro se echó a un lado y levantó los pies de su contrincante. McMurray, en su caída, buscó instintivamente apoyo, dejando la cabeza desprotegida. Torrance lo aprovechó para lanzarse sobre él y darle una patada en la cara, lo que le provocó un corte en la mejilla. El público rugió, excitado ante la visión de la sangre. McMurray aterrizó sobre la arena y se dio la vuelta, desesperado por zafarse. Torrance parecía no tener prisa. El boxeador consiguió ponerse en pie.

—¿Qué te parece? —le preguntó Wingate sin apartar la vista de los luchadores.

—La ejecución de la patada ha sido correcta —respondió Cari sin alterarse. Veía a los dos hombres con ojos de experto.

Torrance asestó varios golpes más y se creció. Empezó a provocar a su contrincante, pero el boxeador era un profesional, y no se enfadaba fácilmente. Además, estaba en buena forma, y no parecía que la paliza que acababan de darle lo hubiera debilitado.

Torrance atacó de nuevo, y el boxeador esquivó el puñetazo, se echó hacia delante y le clavó un derechazo en las costillas. El cinturón negro se retorció, y McMurray le lanzó una serie de golpes con la izquierda, que llegaron directos al cuello. Torrance se abrazó a él, rodeándole los poderosos hombros con sus brazos largos. McMurray levantó la rodilla en dirección a su entrepierna. Tan pronto como la rodilla inició el ascenso, el karateka cambió el apoyo de su cuerpo. La llave, de judo en este caso, fue ejecutada a la perfección, y McMurray quedó extendido boca arriba sin saber cómo. Torrance le

hundió una mano en la entrepierna, inmovilizándolo. Rodino regresó al cuadrilátero y alzó la mano del vencedor, que se puso a dar saltos, los brazos alzados en señal de triunfo, mientras McMurray se retorcía en el suelo.

Wingate se levantó.

—Vamos a respirar un poco de aire puro antes de la siguiente pelea.

Carl siguió al general hasta la puerta trasera del cobertizo. Cuando pasaron junto al chófer, el general le pidió que apostara para la siguiente pelea.

En el exterior, junto a la puerta, se había congregado un corro de gente, y el general llevó a Cari hasta unos árboles. El aire fresco de la noche se agradecía tras un rato en aquel granero lleno de humo.

—¿Qué te ha parecido la pelea? —preguntó Wingate.

—Torrance es bueno, pero es que ese boxeador estaba hecho para él. Demasiado lento, demasiado inactivo, y no está acostumbrado a pelear con alguien que agarra y da patadas.

—¿Cómo crees que te iría a ti en una pelea contra Torrance?

Algo en el tono del general llevó a Carl a hacer una pausa antes de responder.

—¿Qué quiere decir?

—Si tuvieras que pelear contra él, digamos esta misma noche. ¿Cómo crees que lo harías?

—¿Quiere que me enfrente a él? —le preguntó.

—Creo que sería un combate interesante.

—¿Esta noche? —insistió Cari, escrutando el rostro de su interlocutor en un intento de comprender qué se ocultaba tras las preguntas del general. Pero el gesto cincelado de Wingate quedaba en la penumbra de la noche.

—Esta noche no —respondió Wingate entre risas, justo cuando el chófer se acercaba a ellos para informarles de que la siguiente pelea iba a empezar—. Pero ese combate debería ser bueno —observó, volvió la espalda a su acompañante y se dirigió al cobertizo.

Cari se sentía muy alterado. ¿Qué pretendía el padre de Vanessa? Muchas veces sentía que quería algo de él, pero no tenía idea de qué.

El joven tuvo dificultades para concentrarse durante el resto de los combates. ¿Quería en realidad Wingate que se peleara con Torrance, o sólo sentía curiosidad por la opinión de Cari? Durante una pausa, éste dio un paseo a solas por el recinto. Vio el mostrador improvisado en el que un hombre pagaba a los ganadores, y descubrió al general conversando con Rodino en una esquina oscura.

Aquel hombre tenía tanto poder, tanta confianza en sí mismo… ¿Qué no daría él por tener un padre como él? Un amigo, pero algo más que un amigo. El general sabía tanto de tantas cosas… Cari adoraba a su madre. Trabajaba muy duro por él. Pero echaba de menos algo más. Echaba de menos tener un padre, un hombre que pudiera aconsejarle y guiarlo.

Cari sabía que la opinión de Vanessa sobre su padre era pésima, pero él estaba convencido de que se equivocaba. Desde que lo conocía, jamás le había hablado mal de su hija. Cari estaba seguro de que la quería y le perdonaba la mala opinión que tenía de él. A él le parecía que el general se esforzaba mucho por ser un buen padre, a pesar de los intentos de Vanessa por alejarlo de su vida. Pero también sabía que no lograría convencerla de nada. En ese asunto, la sinceridad sólo lograría destruir su relación de pareja, y la hija del general era la persona más importante en su vida. Habría querido que padre e hija declararan una tregua. Y no sólo eso. Le gustaría que Morris Wingate dejara de verlo sólo como el novio de Vanessa y empezara a considerarlo como a un hijo.

4

Dos días después de su salida nocturna con el general, Cari se matriculó por un mes en la escuela de karate de Mark Torrance. El *dojo* en el que trabajaba el karateka era una sucursal de International Karate, una franquicia de alcance nacional con sede en Chicago. La escuela estaba situada en un barrio conflictivo, en la segunda planta de un viejo edificio de madera. La mayoría de los alumnos eran negros o chicanos. Los pocos blancos que asistían lo hacían atraídos por la reputación de Torrance. Carl se apuntó con un nombre falso, y fingió ser principiante con escasa formación previa. Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para observar la técnica de Torrance. Y llegó a la conclusión de que se trataba de un buen luchador con ciertas debilidades, sólo perceptibles para alguien con las aptitudes y los conocimientos de Cari.

La última clase de Torrance terminaba a las diez todos los días. En ocasiones, el *sensei* iba a tomar una cerveza con algunos de sus alumnos, pero nunca los miércoles por la noche, que era cuando ponía al día los libros. Ese miércoles, Cari iba vestido de negro, lo que lo ayudaba a fundirse con las sombras del callejón en el que se encontraba la escuela. Veinte minutos después de que el último alumno descendiera por la escalera de madera, Cari se puso un pasamontañas y subió a toda prisa hasta el segundo piso del edificio. Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza al alcanzar el rellano. Sabía que se trataba de una locura. Él no era más que un chico joven, y Torrance era un luchador experimentado. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás. Ni siquiera estaba seguro de si Wingate quería que peleara con él. El general no había vuelto a comentarle nada. Pero ¿y si aquello era una prueba? ¿Y si el general quería ver de qué estaba hecho? El miedo lo atenazaba, y estuvo a punto de dar media vuelta, pero algo más fuerte que él, el deseo de

complacer a Wingate, lo obligó a acercar la mano al tirador y a abrir la puerta.

El *dojo* era una sala inmensa con suelo de tarima. Había colchonetas en un rincón, y sacos de *sparring* de varios tamaños que colgaban del techo, alineados a lo largo de una pared. Al otro lado del *dojo*, junto a los vestuarios, se extendía un grao espejo que ocupaba toda la otra pared. La pequeña oficina en la que Torrance trabajaba se encontraba en el otro extremo de la sala, frente a la puerta de entrada. Estaba oscuro, pero en el despacho había luz. Cari vio a Torrance sentado a su mesa.

Avanzó en silencio hasta el otro extremo del *dojo*, muy pegado a la pared, sin abandonar la sombra. Al acercarse más, vio al karateka anotando en un libro los importes de unos cheques. Allí sentado, concentrado en su contabilidad, Torrance era un blanco fácil. Cari recordó lo que el general le había dicho sobre la capacidad de sorprender al adversario en los combates, y sobre que el juego limpio sólo se veía en la televisión. Con todo, él quería medirse realmente con Torrance, para conocer cuáles eran sus capacidades.

Cari no era inexperto en la lucha, pero sus enfrentamientos siempre habían sido con jóvenes como Sandy Rhodes y Mike Manchester, personas sin formación específica. Torrance no abandonaría, y estaba acostumbrado a pelear a pesar del dolor. Cari pensaba que tal vez estuviera cometiendo un error. ¿Sería demasiado para él? Sólo había un modo de saberlo.

Cerca de la pared cubierta de espejo vio unas mancuernas. Decidió atraer al karateka al espacio abierto de la sala, de modo que empujó la mancuerna, que cayó al suelo de tarima con un estrépito amplificado por el silencio. El entrenador se puso en pie de un salto y miró hacia la oscuridad.

—¿Quién está ahí?

El cinturón negro se acercó a la puerta de su despacho y recorrió el *dojo* con la mirada. Cari se internó en la penumbra. Cuando Torrance entrara en el gimnasio, se encararía con él. Pero el

karateka no llegó a salir del despacho. Regresó a la mesa y se inclinó hacia delante. Y cuando volvió a girarse, lo hizo con una pistola en la mano.

Cari comprendió de pronto que ya no existían samuráis modernos entregados a sus amos. Él era un ser ridículo enzarzado en una misión ridícula, un adolescente que vivía de fantasías. El general Wingate no le estaba proponiendo esa clase de prueba cuando le preguntó cómo creía que le iría en un combate con aquel contrincante; se había limitado a darle conversación. Por desgracia, tal vez Cari lo hubiera comprendido cuando ya era tarde. Si Torrance lo pillaba agazapado en su gimnasio, vestido de ninja, llamaría a la policía, y a él lo expulsarían de Saint Martin. Cari se dio cuenta de que sólo tenía una opción para salir de la situación ridícula en la que se había metido él solo.

Mientras Torrance esperaba a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, Cari se metió en el vestuario sin hacer ruido. Torrance encendió las luces del *dojo* apenas un segundo después de que la puerta se hubiera cerrado. Cari la abrió con sigilo y vio a Torrance acercarse al estante en el que se guardaban las pesas. El *sensei* se arrodilló y examinó la mancuerna que Cari había tirado al suelo. Luego observó el estante. Levantó la pesa y la depositó en su sitio. Cari oyó el sonido del metal chocando contra el metal varias veces, pues el entrenador comprobaba la resistencia del estante y la estabilidad de la mancuerna, para decidir si podía haber caído sola. Apenas llegó a la conclusión de que no había sido así, Torrance se trasladó al centro del *dojo* y miró a su alrededor, con el arma levantada. Pasó de largo el vestuario, pero sus ojos regresaron al momento. Vaciló un instante, antes de dirigirse al cuarto donde los alumnos se cambiaban de ropa.

Se trataba de un espacio estrecho y alargado. Las cuatro paredes estaban cubiertas por armarios, que también dividían el vestuario en dos mitades. En el extremo más alejado de la puerta estaban las duchas abiertas, en una zona cubierta de azulejos. Aquella sala

ofrecía pocos lugares para esconderse. Cari podía escabullirse entre los armarios, pero ¿por cuánto tiempo? Una zona de las duchas permitía mantenerse fuera del alcance de visión de quien se hallara en los cambiadores, pero si Torrance se asomaba a las duchas, vería a Carl. Y a tan poca distancia y con un arma, no había duda de que no tendría escapatoria.

De pronto las luces del vestuario se encendieron. Cari sólo tenía segundos para actuar. La puerta se abrió y Torrance entró y se detuvo junto a la puerta. Desde un extremo de la hilera de armarios que dividía la sala veía todo el espacio, exceptuando la zona de las duchas.

—Sal ahora y no pasará nada. Tengo un arma, y pienso usarla. —Torrance no parecía preocupado. Cari debía hacer esfuerzos por mantener la calma—. Contaré hasta tres. Si no sales, dispararé a matar.

Carl consideró la posibilidad de rendirse. Tal vez lograra convencer a Torrance de que había vuelto para practicar un rato más. Pero entonces recordó que estaba escondido, que iba vestido de negro y que llevaba un pasamontañas, y que no había entrado en el despacho del entrenador para pedirle permiso. Torrance lo entregaría a la policía, o le dispararía sin más. Las autoridades descubrirían que se había registrado en la escuela con un nombre falso, y lo expulsarían del colegio. Su madre se moriría del disgusto.

Torrance contó hasta tres y suspiró.

—Está bien, tío. No dirás que no te lo he advertido.

El instructor de karate avanzó por entre los armarios metálicos, en dirección a las duchas. Era la única zona del vestuario que quedaba parcialmente al margen de su campo de visión. Ya había recorrido las tres cuartas partes de la distancia cuando Cari se abalanzó sobre él desde el estrecho espacio que quedaba entre el techo y lo alto de los armarios que dividían aquella sala. Torrance se tambaleó y soltó el arma. El espacio entre armarios era mínimo, y el karateka no podía volverse. Cari lo golpeó por la espalda, haciéndolo

caer de rodillas, y le aplicó una llave para asfixiarlo. Torrance estaba a punto de coger el arma cuando perdió el conocimiento.

Doce

Rememorar su forcejeo con Mark Torrance agotó a Cari. Alargó la mano en busca del vaso de agua, y dio un sorbo.

—¿Informaste al general Wingate de lo que habías hecho? —le preguntó Ami.

—Directamente no. Apareció un artículo en el periódico, un breve sobre un cinturón negro que había recibido una paliza. Yo lo recorté y se lo envié, anónimamente.

—¿Y qué pasó después?

Cari esbozó una sonrisa cínica.

—El general no mencionó nunca aquella noticia, pero *debió* de recibirla, porque me llamaron a filas semanas después.

—¿Y crees que Wingate fue el responsable de que te llegara la notificación de incorporación a filas?

—Al principio no lo pensé. Incluso acudí a él en busca de ayuda. Había obtenido una beca para estudiar en Dartmouth, una beca generosa. El general era la única persona a la que podía acudir en busca de ayuda. Me costó bastante localizarlo. Yo llamaba y llamaba, pero él estuvo semanas sin devolverme las llamadas. Casi me había rendido cuando me telefoneó para decirme que estaría en California ese fin de semana. Fui a visitarlo a su finca. Había depositado todas mis esperanzas en aquel encuentro.

—¿Y qué te dijo?

A Carl parecía extenuarlo la idea de recordar aquella reunión. Hablaba con los *ojos cerrados*.

—Wingate fue al grano. Me dijo que no podía ayudarme a evitar el alistamiento. Además, creía que debía incorporarme a filas. Me recordó que nos hallábamos en una guerra a muerte contra el comunismo. Me preguntó cómo pensaba justificar mi presencia en fiestas de la facultad y mi participación en partidos de fútbol cuando otros muchachos de mi edad entregaban su vida por el país. Me dijo que sería un soldado excelente, y que siempre podría ir a la universidad cuando regresara.

—¿Qué te pareció su consejo? —preguntó Ami.

—Me sentía muy confundido, pero Wingate…, él hacía que todo pareciera positivo, y opinaba que era un acto de cobardía eludir el deber que había contraído con mi país.

—¿Hiciste algo para librarte de ir al ejército?

—No. Al final acabé rindiéndome. El general me convenció de que era mi deber, y que si no cumplía con él me arrepentiría toda la vida. Hablaba con tanto orgullo del ejército, y de todo lo que lograría en él… Me preguntó si no estaba harto de la escuela, si no estaba dispuesto a medirme en el mundo real. —Se frotó los ojos—. Lo que más lamento es el efecto que mis acciones tuvieron en mi madre.

»Ella se había sacrificado mucho por mí, por mi futuro. Para ella, mi ingreso en una de las mejores universidades era como un sueño hecho realidad. Cuando renuncié a la beca, se hizo vieja de golpe. —Cari hablaba con voz cada vez más amarga, sin detenerse—. Murió mientras yo estaba en una misión, a miles de kilómetros de distancia. Nunca supe si me perdonó.

—¿Qué dijo Vanessa cuando le dijiste que ibas a ingresar en el ejército? —le preguntó Ami con voz dulce.

—Se puso furiosa. Estaba convencida de que Wingate estaba detrás de todo ello, para separarnos. Cuando decidí alistarme, dejó de dirigirme la palabra. No respondía a mis llamadas, y me evitaba en la escuela. Hacia el final del curso, empecé a saltarme algunas clases para no encontrarme con ella. No lo soportaba. A decir verdad, fue un alivio empezar la instrucción básica.

—Si es cierto que Wingate estaba detrás de todo ello, ¿crees que lo hizo para separarte de su hija?

—Podría haber sido una razón, pero sobre todo creo que quería que ingresara en la Unidad. Ya sabes, esos tests que me hicieron durante la primera instrucción, el modo en que me escogieron para entrar en las Fuerzas Especiales… Creo que Wingate manipuló todos y cada uno de los pasos de mi carrera —dijo Morelli.

Ami estaba desconcertada.

—¿Qué es la Unidad?

Rice se echó a reír.

—Poca cosa, casi nada.

Trece

VIETNAM del Norte/Alexandria, Virginia, 1971

1

Desde que habían llegado al río, horas antes, el equipo avanzaba a paso ligero, ralentizando el paso sólo cuando la jungla era demasiado densa como para permitir el paso. Se detenían cinco minutos cada hora para descansar y rehidratarse. Incluso en su condición física, que era extraordinaria, aquellos hombres no podían avanzar indefinidamente, dadas las condiciones de humedad propia de la estación de los monzones.

Unos días antes, Cari estaba en Fort Bragg cuando un sargento lo sacó de su sueño profundo. Lo metieron en un *jet* y lo trasladaron a la base de la Fuerza Aérea situada en Vandenberg, California, donde se unió a Neil Carpenter, experto en electrónica, con el que, tras un viaje en avión, llegó a Nha Ha, la base de las Fuerzas Especiales en Okinawa. Carl no había participado nunca en ninguna misión real, y cuando aterrizaron se sentía desbordante de energía. En Nha Ha supo que iba a integrarse en un equipo con la misión de internarse en Vietnam del Norte para recuperar el equipo electrónico especial de una aeronave de la Marina que había sido abatida por el enemigo. El aparato que buscaban había sido localizado gracias a un

radar de infrarrojos, en una zona baja, poco accidentada y escasamente poblada de la jungla vietnamita, a unos veinticinco kilómetros de la ruta de acceso navegable más próxima, que no era sino el afluente de otro río. El reconocimiento visual del terreno era imposible a causa de lo denso de la vegetación, que en algunos puntos alcanzaba una altura de entre quince y dieciocho metros.

El equipo lo formaban ocho hombres: Carl, Carpenter, cinco boinas verdes que se habían sumado a ellos en Da Nang, y el capitán Molineaux, el jefe del grupo. Todos excepto Cari tenían experiencia en combate y eran expertos en guerra en la jungla, pero Molineaux destacaba sobre el resto. Era apenas más alto que Cari, pero parecía alzarse mucho sobre él. Si el joven era un manojo de nervios, Molineaux no demostraba sentirlos. Habló pausadamente al dar instrucciones al equipo en aquel barracón de Da Nang, poco antes de que los helicópteros se los llevaran, y aquella actitud sosegada no cambió jamás durante la misión.

Los helicópteros dejaron al equipo lo más cerca posible del río. El avance por la jungla fue frenético, después vino la vigilia silenciosa junto al río, hasta que un bombardero de la Armada se materializó entre la niebla. El barco trasladó al equipo río arriba, hasta la orilla opuesta, y luego siguieron avanzando a pie, a paso ligero. Cuando el bombardero desapareció tras un meandro del estrecho afluente, el equipo ya estaba cubierto de densa vegetación.

Debían avanzar rápido. Los vuelos rasantes con los que se había localizado el avión abatido también habían registrado intensos movimientos de tropas en la zona. Por lo que se sabía, los vietnamitas buscaban el mismo avión, al mismo tiempo. Molineaux dijo que era fundamental recuperar los dispositivos electrónicos del aparato, o destruirlos. Nadie preguntó por qué, y Cari nunca supo para qué servían aquellos instrumentos, aunque se lo preguntaba de vez en cuando.

El equipo contaba con una ventaja sobre las tropas enemigas: antes de ser abatido, el piloto había emitido una señal valiéndose de

una banda secreta. Molineaux llevaba consigo un sistema de triangulación que le permitía recibirla. Ellos lo usaban para localizar el avión, mientras que los vietnamitas tendrían que peinar toda la zona.

No había senderos que partieran del río, y los hombres debían abrirse paso en la jungla con la ayuda de sus machetes. Nadie hablaba. Toda comunicación se efectuaba mediante gestos de las manos. La humedad mermaba sus fuerzas. Los aguaceros repentinos los empapaban y ocultaban la selva tras una cortina de agua.

El terreno iba ascendiendo gradualmente desde el río. Al cabo de dos horas, la vegetación empezaba a perder densidad. En las horas siguientes, el equipo se aproximó a tribus que vivían en las colinas, en cabañas de bambú. En aquellas zonas, los caminos habilitados para la caza facilitaban el avance, pero los hombres debían extremar las precauciones, pues podían haberles tendido trampas o emboscadas.

De la última pausa hacía casi una hora. Cari sabía que era contraproducente pensar en el descanso, pero no podía evitarlo. El paso que llevaban era agotador, y los tiempos de reposo no servían de gran cosa. La necesidad de estar siempre alerta provocaba tensión en todos. Cari tenía la misión de cuidar del experto en electrónica, el único miembro del grupo del que no podían prescindir. Avanzaban entre una lluvia cegadora, en la que Carpenter parecía correr detrás de una cortina de ducha. Cari debía acelerar el paso para no perderlo de vista. En un momento determinado, Cari se apresuró, y en ese preciso instante Carpenter se detuvo y se arrodilló. El joven dio un paso al frente y se colocó delante de él, el M-16 listo, y otro de los hombres se colocó tras Carpenter.

Senders, el Boina Verde que avanzaba delante de Carpenter, apareció entre la lluvia y corrió camino arriba para unirse a ellos.

McFee, el que abría la marcha, y el capitán Molineaux no tardaron en seguirlo. Éste les señaló el camino y se arrodilló para ponerse a cubierto de un árbol altísimo, de espeso follaje. La lluvia seguía cayendo, pero el techo de hojas amortiguaba el aguacero. Settles, Morales y Shartel, que iban en retaguardia, se sumaron al resto.

—McFee ha visto al piloto —susurró Molineaux. Cari creía que podrían haber gritado a pleno pulmón y nadie les habría oído en medio de aquel chaparrón, pero ya había aprendido que Molineaux nunca se arriesgaba—. Estamos cerca, de modo que manteneos alerta. Si nos separamos, nos reagruparemos durante la última pausa. Esperaréis quince minutos, no más, antes de volver directamente al río. Todos conocéis los puntos de rescate principal y secundario. Si perdéis el barco, quedaréis librados a vuestra suerte. ¿Entendido?

Todos asintieron. Molineaux se puso en pie, y los demás lo imitaron. No había vuelto a decir ni una sola palabra más sobre el piloto, y Cari descubrió por qué minutos después. La lluvia no había escampado, y él seguía concentrándose en el camino, los árboles y la maleza cuando Carpenter aminoró la marcha y miró hacia arriba. Cari siguió la trayectoria de su mirada por entre el follaje verde oscuro hasta ver al piloto, que oscilaba de un lado a otro en las ramas superiores, como una marioneta. Su paracaídas se había rasgado en contacto con los troncos más gruesos. Una rama afilada le había atravesado la axila y le había perforado una arteria. Al pasar bajo su cuerpo, Cari pensó en aquel hombre suspendido en las alturas, desangrándose hasta morir. Esperaba que el impacto de la caída lo hubiera matado antes. Al dejarlo atrás, no quiso volver la cabeza. La necesidad de mantenerse alerta ocupaba todos sus esfuerzos por preservar la vida, y no tardó en olvidar al piloto.

Encontraron el avión transcurrida media hora. Se había arrastrado por el suelo unos centenares de metros tras el impacto, trazando un pequeño claro en la espesura. Partes del avión se veían

esparcidas por los árboles, pero el fuselaje estaba en el suelo, algo inclinado, con el morro empotrado en el follaje.

—Vamos a hacerlo en silencio y deprisa —ordenó Molineaux antes de enviar a cuatro hombres a la selva para que establecieran puntos de observación. Senders instaló el lanzagranadas M-79 cerca del avión. Carpenter trepó hasta su interior y el jefe lo siguió. Carl y Senders vigilaban la jungla.

Cari oía a Carpenter trabajando en el interior de la cabina. Le preocupaba que cualquiera que se hallara en las inmediaciones oyera al experto en electrónica, y se preguntaba cuánto tiempo tardaría en terminar el trabajo. Pero se regañó a sí mismo. No debía pensar en nada que no fuera la selva. Debía concentrarse, pero estaba muy cansado.

Todavía no se habían encontrado con el enemigo, por lo que aquella misión no se diferenciaba en nada de las muchas maniobras en las que había participado. Esperaba que siguiera siendo así. Llegar deprisa, irse deprisa, sin lamentar bajas. No obstante, una parte de él deseaba, en el fondo, encontrarse con el enemigo para medirse en combate. Sabía que era una estupidez. La acción resultaba atractiva en las películas. En la vida real, los hombres perdían piernas, brazos, o incluso la vida. Sus compañeros de equipo eran veteranos en el combate, con mucha experiencia en misiones propias de las Fuerzas Especiales. Habían matado en luchas cuerpo a cuerpo. Y sin embargo, ninguno de ellos le había contado una sola historia de guerra. Tal vez su guerra resultara demasiado siniestra y proporcionara sólo material para unas pesadillas horribles, y no esos relatos idealizados de los que los hombres hablaban en Estados Unidos mientras se tomaban una cerveza. A pesar de todo, una parte de Cari deseaba saber cómo reaccionaría.

Quince minutos después de que Carpenter y Molineaux entraran en el fuselaje, Settles emitió un silbido, que era la señal acordada, y apareció en el claro. El jefe se bajó del avión y habló con él en susurros. Settles desapareció en la jungla, y Molineaux regresó al

aparato y pidió a Carpenter que se diera prisa. Acto seguido, empezó a adosar al avión minas y granadas incendiarias con temporizado. Momentos antes de que Carpenter abandonara la cabina, Settles reapareció con los demás hombres de guardia. Molineaux les dijo que había soldados enemigos en las inmediaciones. Iniciaron el regreso al río a paso ligero.

El sol empezaba a ponerse, y Molineaux quería recorrer la máxima distancia posible antes de que oscureciera del todo. De vez en cuando, Cari oía a soldados vietnamitas llamándose en la jungla, y aquello le preocupaba. Si los oía era porque estaban lejos, y si no se molestaban en mantener oculta su presencia era seguramente porque su número era grande.

Una hora después, oyeron una serie de ruidos sordos. La densidad de la selva había amortiguado la explosión del avión. Nadie se detuvo ni alteró el paso. Ahora los vietnamitas sabían que había soldados enemigos en la zona. Una vez que encontraran el avión, descubrirían qué camino habían tomado ellos.

El soldado vietnamita de diecisiete años estaba hambriento y cansado de avanzar por la jungla empapada, y tenía la vejiga a punto de estallar. Cuando Cari tomó la curva, el muchacho estaba erguido, con un pie en el camino y el otro todavía en la maleza. Se había desabotonado la bragueta, y sostenía el pene con una mano, a punto de orinar. Cari y el soldado se observaron un instante, boquiabiertos y con ojos incrédulos. Parecía que el tiempo se hubiera detenido en aquella situación ridícula.

Cari sabía que no podía permitir que el soldado gritara, pero tampoco podía disparar sin revelar su posición, de modo que clavó la culata de su rifle en el plexo solar del soldado para extraer el aire de sus pulmones, y acto seguido le rompió la tráquea. Settles salió de la curva en ese instante e imaginó al momento lo sucedido. Cubrió a Cari, mientras Morales se dirigía corriendo a contárselo a Molineaux.

Al cabo de un momento, todo el grupo se había reunido en torno al muerto. El jefe ordenó a Carl y a Settles que apartaran el cadáver del camino.

—Vaciad las mochilas de todo excepto de agua y munición —dijo Molineaux mientras los dos hombres ocultaban al soldado enemigo entre la maleza—. Morales, lleva la radio. McFee acaba de informarme de que hay tropas enemigas entre este punto y el río. No tardarán en percatarse de la ausencia de este hombre. Y nos darán alcance. Debemos movernos entre el enemigo en la oscuridad. Ahora son las cinco, y la primera hora de nuestro rescate es a las doce. Ya conocéis el procedimiento.

Nadie dijo nada. Ni siquiera asintieron con la cabeza. Sabían a qué se refería Molineaux con «el procedimiento»: no podían cargar con ningún compañero herido que quedara rezagado, y el enemigo no podía capturar con vida a nadie. Ésa era la misión de Molineaux.

—En marcha —dijo el capitán.

Los hombres vaciaron las mochilas de alimentos, ropa seca y botiquines de primeros auxilios. Después escondieron al muerto en la maleza y siguieron camino.

El francotirador alcanzó a Carpenter justo antes del anochecer. Cari vio que el experto en electrónica perdía el equilibrio y caía. Si no le hubiera visto la mancha roja en el cuello habría creído que se había tropezado con alguna raíz. Aquella mancha roja fue la que salvó la vida de Cari. Se ocultó tras un árbol, y la bala que iba dirigida a *él* sólo le rozó el costado. Esperó un poco antes de asomar la cabeza por detrás del tronco, en un intento de localizar al tirador. Pero apenas se movió, otra bala astilló la corteza, a escasos centímetros de sus ojos. Cari sabía que el tiempo jugaba a favor de los vietnamitas. Si el francotirador permanecía en su sitio, Cari tendría que retroceder en la selva, y esperar que no lo vieran. Rodear al soldado enemigo sin revelarle su posición le llevaría mucho tiempo.

Tal vez no llegara a tiempo al operativo de rescate. Pero quedarse donde estaba era absurdo, porque los disparos atraerían la atención de las tropas enemigas. Era posible incluso que Cari se encontrara con ellas en su huida.

Varios disparos rompieron el silencio.

—Rice —gritó Molineaux—, mueve el culo y ven aquí.

Cari regresó al camino al instante. Molineaux le entregó la mochila de Carpenter, que contenía los dispositivos electrónicos que habían recuperado del avión. El francotirador yacía acurrucado en el sendero, a escasos metros de donde se encontraban.

—En marcha —dijo Molineaux. Mientras Cari se apresuraba a seguir, oyó voces que gritaban en vietnamita, por detrás de ellos. El enemigo sabía dónde estaban.

Llegó la oscuridad, y la persecución quedó interrumpida. Los vietnamitas se conformaron con rodear a los estadounidenses, con colocar un muro entre ellos y el río hasta que amaneciera. Las horas que siguieron al ocaso estuvieron llenas de temor y confusión, y el equipo no alcanzó la orilla hasta las cuatro de la madrugada, cuando la primera de las dos horas estipuladas para el rescate ya había pasado. Molineaux llevó a sus hombres tan cerca del río como estimó prudente y los dispuso en estrella. Todos se tendieron en el suelo, boca abajo, unidos por los pies. Cari estaba agotado, pero estaba muy bien instruido, además de muy nervioso, como para dormirse.

Diez minutos después de la hora prevista para la aparición del bombardero, Molineaux les ordenó que iniciaran la marcha. Un banco de niebla cubría el río, y jirones de ella se adentraban en la selva. El jefe captó algún movimiento frente a ellos y dio la orden de alto. Los vietnamitas se alejaban del río, pues creían que el equipo se hallaba aún internado en la espesura. El sonido de un motor congregó a las tropas. Molineaux corrió en dirección a un claro

cercano a la orilla del río y abrió fuego coincidiendo con la aparición de la cañonera. La tripulación del barco desplegó su fuego del calibre cincuenta, para cubrirlo. Cuando se sumergió en el agua, Cari vio un rostro que salía volando, un muchacho delgado partido por la mitad. Unas manos fuertes lo subieron a bordo mientras las balas impactaban en el casco. Cuando estaba a punto de alcanzar la barandilla, vio que los otros hombres trepaban también hacia ella. Pero entonces Settles se echó hacia atrás y cayó en dirección al agua. Cari trató de sujetarlo, pero alguien lo alejó del borde mientras Settles desaparecía bajo el agua espumante.

Alguien lo tiró al suelo y le mantuvo la cabeza apretada contra la cubierta. Olía a muerte, y el sonido de los disparos fue ensordecedor hasta que la selva amortiguó su intensidad, y los disparos fueron perdiéndose en la distancia.

2

Durante las jornadas de reflexión que tuvieron lugar en Okinawa, a Cari le ordenaron que no hablara de aquella misión con nadie, ni siquiera con su comandante en jefe. Para los demás, aquellos últimos días no habían existido jamás. Al término de aquellas jornadas, volvieron a llevarlo a Fort Bragg, donde permaneció algunas semanas antes de que lo trasladaran a Washington D. C., en calidad de mensajero.

Cuando aterrizó, el chófer de Morris Wingate ya lo esperaba para llevarlo al Pentágono, donde podría entregar los documentos que llevaba, antes de acudir a un encuentro con el general. Nadie le había ordenado reunirse con él, y Cari se preguntaba cómo sabía él que se encontraba en Washington. Durante su estancia en el ejército, no había pensado mucho en Morris Wingate, pero se sentía

puerilmente inseguro ante la perspectiva de reunirse de nuevo con él.

El coche del general se detuvo frente a un edificio de ladrillo que, con sus tres plantas, estaba flanqueado por dos casas similares en la calle tranquila de un barrio residencial acomodado de Alexandria, Virginia. Cari subió los peldaños de piedra que lo separaban de la puerta principal. Sin darle tiempo a llamar al timbre, Enrique le abrió la puerta.

—Me alegra verlo de nuevo —le dijo, antes de llevárselo del vestíbulo en penumbra y conducirlo hasta un comedor espacioso, iluminado por una lámpara de araña. Una mesa antigua, alargada, cubierta por un mantel de lino, dominaba la estancia, y en torno a ella se alineaban doce sillas de respaldo alto, aunque sólo había dos servicios puestos.

Cari recorrió la habitación, estudiándola como si le hubieran instruido para observar cualquier entorno en el que se encontrara. Se detuvo al llegar a un aparador de roble, sobre el que colgaba el retrato de un hombre de rostro severo, la cabeza cubierta por una peluca, pintado en el siglo XVIII. A su espalda se abrió una puerta, y al volverse descubrió a Morris Wingate que avanzaba hacia él, vestido con un traje de rayas gris marengo, una camisa blanca de seda y una corbata granate. Llevaba los zapatos muy brillantes, y se veía bronceado.

—Tu aspecto es excelente, Cari. Tenía razón, la vida militar te sienta bien.

—Gracias, señor.

—Siéntate —ordenó el general—. Me alegro de que hayas podido venir.

Cari no sabía que tuviera elección.

—¿Cómo sabía que iba a estar en Washington? —le preguntó.

Wingate sonrió, enigmático.

—Ser jefe de una agencia de información tiene sus ventajas.

Entró una criada y sirvió la crema de langosta que había traído en una sopera de plata.

—¿Cómo está Vanessa? —preguntó Cari apenas la doncella hubo salido.

—Bien —respondió Wingate—. Es casi la primera de su clase, y ha entrado en el equipo de tenis.

Cari percibió que no le estaba contando toda la verdad.

—¿Volverá a casa en verano?

—No estoy seguro. Ha hablado de ir a Europa. Su universidad tiene una sede en París. Pero dime, cuéntame en qué has estado metido.

Cari relató al general la versión censurada de su experiencia en el ejército.

—Participé en la instrucción de la Fuerza Aérea y la Fuerza Especial, y ahora estoy en Fort Bragg —concluyó, y en ese instante la doncella entró empujando un carro, retiró los platos de sopa y dejó la fuente de ternera Wellington frente a Cari y su anfitrión. Todo estaba exquisito, aunque una sencilla comida casera le habría parecido fabulosa tras tantos meses de rancho en el ejército.

—La última vez que hablamos, te mostraste reacio a unirte al ejército. ¿Cómo te sientes ahora? —le preguntó Wingate.

La verdad era que la instrucción y sus experiencias lo hacían sentirse especial. Era capaz de hacer cosas que sus compañeros de Saint Martin no sabían hacer, y había tenido experiencias que la mayoría de ellos no viviría jamás. Estaba convencido de que podría sobrevivir en cualquier lugar, y de que mataría si tenía que hacerlo. Y aquello resultaba embriagador para alguien que todavía no había cumplido los veinte años.

—Estoy satisfecho con mi elección, señor —respondió Cari.

—¿Ya has entrado en combate?

—No, señor —respondió él sin vacilar. Ya había previsto la pregunta.

—Pues yo he oído que has estado en Vietnam del Norte —insistió el general sin alterar la voz.

—Le han informado mal —sostuvo Cari, mirándole fijamente a los ojos, hasta que Wingate sonrió y apartó los suyos.

Wingate se sacó algo del bolsillo, lo dejó en la mesa y lo acercó a Cari. Eran las chapas identificativas de Carpenter. Carl supo que la emoción le embargaba, pero nada en su gesto reveló lo que sentía por su camarada caído.

—Lo has hecho muy bien, Cari. Mucho mejor de lo que esperaba.

Cari pasó un dedo sobre las letras grabadas en el metal y recordó el momento en que Carpenter fue abatido, la mancha roja que se extendió por su cuello…

—Me temo que… —quiso decir Cari, aunque el nudo en la garganta desveló su engaño. Wingate le impidió seguir levantando una mano.

—Tu misión consistió en recuperar el equipo electrónico de máxima seguridad de un avión abatido. El jefe de tu equipo era Paul Molineaux. Hubo dos bajas. ¿Quieres que siga, o te has convencido ya de que lo sé todo sobre tu misión? —Cari no dijo nada—. Yo llevo gran parte de mi vida en el ejército, y he servido con muchos hombres. A pesar de tu juventud y tu inexperiencia, eres uno de los mejores soldados que he conocido. —Cari sintió el pecho henchido de orgullo—. Deseo hacerte una proposición —siguió el general—. No quiero que sientas ninguna presión para aceptar mi oferta. En cualquier caso, necesito que me prometas que nunca comentarás con nadie lo que aquí hablemos, en ninguna circunstancia.

—Sí, señor.

—De acuerdo —dijo Wingate—. Ya sabes que soy el jefe de la Agencia para la Coordinación de Datos Reservados. La función pública de mi agencia es recabar y coordinar informaciones reservadas de otras agencias de espionaje. Los estatutos no incluyen ninguna división de búsqueda activa de datos. Sobre el papel, la ACDR no dispone de operativos.

»Lo que te he contado hasta ahora es del dominio público, pero existen aspectos de la agencia que no conocen ni el público ni la mayoría de los miembros del gobierno, incluidos empleados de la propia agencia. En la organización, directamente bajo mis órdenes, trabaja un pequeño grupo de individuos altamente cualificados que llevan a cabo servicios al país, unos servicios que son realmente atípicos y en ocasiones de naturaleza oficialmente ilegal.

—Disculpe, señor, ¿qué significa «oficialmente ilegal»?

—Que va en contra de las leyes de Estados Unidos —respondió Wingate sin vacilar—. La Unidad opera tanto dentro como fuera del país. No existen registros de nuestras operaciones, y todas las órdenes se emiten verbalmente. Los miembros de la Unidad desconocen la identidad de los demás miembros, y por lo general realizan las misiones individualmente. Si una misión requiere del apoyo de más personal, recurrimos a las Fuerzas Especiales. En esos casos, el miembro de la Unidad pasa por un agente más de esas Fuerzas Especiales.

—No acabo de entender, señor. ¿Esos hombres son de la CIA, o espías militares, o…?

—Esos hombres no existen, Cari.

El joven ladeó la cabeza y observó a Wingate.

—¿De dónde proceden las órdenes que reciben?

—Eso no tienes por qué saberlo, pero puedo asegurarte que son todas legítimas, y que las decisiones las toman las más altas instancias del gobierno. También te diré que ni la CIA ni ningún sector del ejército saben de la existencia de esta Unidad.

—¿Y entonces? ¿Cómo obtienen el apoyo de las Fuerzas Especiales?

—Hablo de la CIA y el Ejército en tanto que organizaciones. Como tales, no están al corriente de la existencia de la Unidad. Con todo, hay algunos individuos, muy pocos, en esas organizaciones que se hallan en posiciones de mando y que saben de nuestra existencia. Y son ésas las personas que nos suministran lo que necesitamos. —

Wingate hizo una breve pausa antes de mirar a su invitado a los ojos —. Quiero que te unas a nosotros. Tus aptitudes profesionales son excepcionales. Tienes una gran inteligencia y gran fortaleza de carácter. Intuí tu potencial poco después de conocerte. Siento cierto orgullo al pensar que has superado con creces mis expectativas, un orgullo que no sería mayor si fueras mi hijo.

Cari no salía de su asombro. Él siempre había sido un solitario, y la sensación de misterio que rodeaba a aquel equipo invisible de soldados de elite lo atraía. Además, los elogios de Wingate lo halagaban. Lo que le preocupaba era que sólo contaba con la palabra del general respecto a la legalidad de las acciones de la Unidad, una legalidad y legitimidad que, al parecer, no desaparecía aun cuando quebrantaran la ley.

—¿Y qué pasará si rechazo su oferta, señor?

—La labor que llevamos a cabo es demasiado sensible como para proponerla a personas que no se ofrezcan voluntarias —dijo Wingate.

—¿Dispongo de algo de tiempo para pensarlo?

—Por supuesto. —Wingate se sacó una tarjeta del bolsillo—. Llámame cuando hayas tomado alguna decisión. Si aceptas, dime simplemente que estarás pronto en la ciudad y que te gustaría comer conmigo. Yo ya me ocuparé de que te den permiso de fin de semana.

El general cambió de tema y llamó al servicio para que trajera los licores. Cari no bebió nada, pero aceptó un café. Quería mantener las ideas claras.

Media hora después, el joven se encontraba de nuevo en el asiento trasero del coche oficial de Wingate, rumbo al aeropuerto. No logró dormir en el avión que lo llevaba de regreso a Fort Bragg.

Catorce

—¿Cuánto tiempo tardaste en decidir que querías pertenecer a la Unidad? —le preguntó Ami.

—Una semana. El general había sido sincero conmigo. Me dijo que en ocasiones infringiría la ley. Y aquello me preocupaba.

—Pero, aun así, aceptaste.

—Era joven. Me impresionaba mucho el carácter exclusivo de la Unidad. Y estaba Wingate. No tienes ni idea de lo importante que era para mí la aprobación de ese hombre. Me encantaba que hubiera seguido mis progresos y me hubiera escogido a mí para aquella misión especial. No podía decepcionarlo.

—¿Y qué pasó una vez que contactaste con Wingate?

—Durante aproximadamente un mes, nada. Luego me transfirieron a la Escuela de Lenguas del Ejército, en Fort Meyer, Virginia. Vivía fuera del cuartel, en un apartamento. Durante casi todo el tiempo, estudiaba tailandés y vietnamita. Necesitaba la flexibilidad que tienen los estudiantes, porque recibía órdenes a intervalos irregulares. En mi tiempo libre, me mantenía en forma, seguía con mi entrenamiento en artes marciales y llevaba la típica vida de estudiante.

—¿Y cómo te comunicaban las misiones? —preguntó Ami.

—Recibía una llamada telefónica. Se trataba de alguien que decía equivocarse o que ofrecía algo. Entonces yo me iba en coche hasta un lugar predeterminado, normalmente a altas horas de la noche. En muchas ocasiones se trataba de una habitación de motel, o de un

estacionamiento en algún centro comercial abarrotado. Nunca nos reuníamos dos veces en el mismo lugar.

—¿Te refieres a Wingate?

—No, no, no hablo del general. —Los rasgos de Cari Rice se ensombrecieron—. Sólo una vez recibí una orden de él.

—¿Y entonces…, quién…?

—El hombre que actuaba como control era el general Peter Rivera.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo? ¿Crees que te ayudaría? Rice miró a Ami.

—A Rivera lo asesinaron en 1986. La policía cree que lo maté yo.

—¿Y lo hiciste?

—No, pero existen muchas pruebas que me vinculan al crimen.

Ami se sentía incómoda. No terminaba de creer en la inocencia absoluta de Cari.

—¿Cómo fueron tus primeros encargos?

—Casi siempre se desarrollaban en Vietnam. Ya te he contado lo de las emboscadas a las caravanas de mulas. Eso lo hice varias veces. También me infiltré en aldeas de Vietnam del Norte en varias ocasiones. Dos veces me uní a las Fuerzas Especiales, en equipos que creían que yo pertenecía al programa Phoenix. En una de aquellas misiones me condujo hasta mi objetivo un norvietnamita que trabajaba para la CIA.

—¿Y qué hacías en aquellas misiones?

—Usé un rifle Sniper para eliminar a un oficial militar durante una de ellas. En las otras dos, me cargué a oficiales del Partido Comunista.

—¿De un disparo?

Cari negó con la cabeza.

—Entré sin que me vieran en sus barracones y les corté el cuello.

Ami palideció.

—Mi guerra fue muy personal, Ami. Yo miraba a los ojos de los hombres a los que mataba.

—¿Y seguías…, seguías en la Unidad cuando desertaste en 1985?

—Sí.

—Pero la guerra de Vietnam terminó pocos años después de que tú te unieras al grupo —le recordó Ami.

—La Unidad seguía teniendo sus usos tras nuestra marcha de Vietnam. Los comunistas no se fueron del mundo. La guerra fría no había terminado.

—¿Y en qué cambiaron tus misiones?

—Había más espionaje —explicó Cari—. Yo investigaba a espías sospechosos. Recurría a mis conocimientos de espionaje para poner escuchas en las embajadas. —Sonrió fríamente—. También espiaba a congresistas y a funcionarios del gobierno estadounidense.

—¿A estadounidenses?

Cari Rice asintió.

—No me informaban del uso que daban a la información que yo obtenía, pero era consciente de que algunos de los senadores o representantes que estaban bajo mi vigilancia cambiaban el sentido de su voto en ciertas leyes o tomaban iniciativas parlamentarias que iban en contra de sus posiciones anteriores. También me resultaba curioso que el general siguiera siendo el jefe de la ACDR aunque cambiara el partido en la presidencia.

—¿Volviste a…, hubo más asesinatos?

Rice asintió.

—¿En Vietnam?

—No, el foco de acción cambió. Hubo un agente ruso, en Madrid, y algunas personas que trabajaban para los chinos. —Cari hablaba pausadamente.

—¿Y cómo…?

—Al ruso lo apuñalé en un callejón, a la salida de un bar, y… a los dos que trabajaban para los chinos los maté de un tiro.

—¿A cuántas personas has matado, Cari?

—No lo sé.

—¿Y no te… importaba?

Cari dio un sorbo de agua mientras pensaba la respuesta.

—Al principio no. Nunca había matado a nadie hasta aquella misión de rescate del equipo electrónico del avión. Durante la operación sentía tanto miedo, tanto cansancio, que actuaba por instinto, como los animales. Luego el barco patrulla nos rescató. Me dieron comida, ropa seca, y pude dormir un poco. Al despertar, subí a cubierta. Recuerdo que me senté con la espalda apoyada contra el puente de mando y me supe a salvo por primera vez en varios días. La selva estaba en silencio, y se veía hermosa. Me sentía completamente en paz. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que había matado a varios hombres.

»Durante la instrucción me preguntaba si me quedaría paralizado, pero no había sucumbido al pánico. Me di cuenta de que no había pensado en absoluto en sí estaba matando o no a aquellas personas. Había hecho lo que me habían enseñado a hacer. El acto de matar no había sido un hecho cósmico. No tenía nada de filosófico. En el calor de la batalla, era sólo cuestión de elegir entre su vida y la mía.

—Pero eso era en combate —observó Ami—. Me has dicho que también mataste a un ruso apuñalándolo hasta matarlo. Y los espías chinos… en su caso no fue en el calor de la batalla. ¿Te sentiste distinto en el caso de esas muertes?

—¿Quieres saber si tuve remordimientos, Ami?

—Sí.

—Las personas a las que maté formaban parte del enemigo, pero nunca me gustó hacerlo. Creía que hacía lo correcto, y eso me ayudaba a enfrentarme a lo que había hecho. Pero cuanto más tiempo pasaba… —Cari hizo una pausa. Bajó la mirada y la clavó en la sábana—. Tenía pesadillas. Me asaltaban las dudas.

Quince

WASHINGTON D.C./LOST Lake, California/
Alexandria, Virginia, 1985

1

Cari había conocido a la chica en un bar de citas el sábado anterior. Se trataba de una joven atractiva, tímida y dulce. Aunque la relación siguiera adelante, Cari sabía que terminaría en cuestión de meses, como siempre. Por lo general las mujeres lo dejaban cuando se cansaban de sus desapariciones repentinas, sus cambios de humor, su incapacidad para expresar emociones verdaderas. Cada vez que ellas querían algo más permanente, Cari desconectaba. El sexo sin ataduras era un buen modo de olvidar —aunque sólo fuera por un período breve— los recuerdos vividos que irrumpían en su mente con mayor frecuencia, incluso cuando no estaba dormido.

Siempre escogía un restaurante vietnamita caro, cercano a Dupont Circle, para sus primeras citas. Acababa de impresionar a la joven, pidiendo en vietnamita, cuando Vanessa Wingate entró en el local del brazo de un hombre que parecía salido de la revista GQ. Estaba más guapa de lo que la recordaba. Los años habían conferido carácter a sus rasgos juveniles, y habían convertido su silueta adolescente en el cuerpo de toda una mujer.

La acompañante de Cari le preguntó dónde había aprendido a hablar vietnamita. Todas lo hacían, de modo que no tuvo problemas en ofrecerle la respuesta que ya llevaba preparada mientras se ponía en pie.

—¿Me disculpas un momento? —dijo Cari—. Acabo de ver a una vieja amiga a la que llevaba muchos años sin ver.

La joven siguió el curso de su mirada y, sin dejar de sonreír, le dio permiso, aunque sí Cari le hubiera prestado la más mínima atención habría sabido que la idea no le entusiasmaba precisamente. Pero lo cierto es que apenas había llegado a la altura del *maître* cuando ya había olvidado que estaba allí con otra mujer.

Segundos antes de que llegara hasta ella, Vanessa lo vio abriéndose paso entre la gente. No habían vuelto a verse desde el instituto, y en un primer momento su gesto fue de desconcierto. Pero al poco Cari leyó en él el asombro y, por último, la sonrisa de bienvenida que esperaba encontrar.

—¡Dios mío! —exclamó Vanessa. Su acompañante la miró, antes de clavar la mirada en Cari.

—¡Vanessa! —dijo Cari, esbozando una sonrisa tan amplia como la de su antigua amante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo en Washington, bueno, en Virginia, para ser exactos. ¿Tú también vives aquí o estás de visita?

—Estoy en Georgetown —dijo ella.

—¿No piensas presentarme? —protestó su acompañante, al que no le gustaba nada quedar excluido de la conversación.

—Lo siento. Bob Coyle, éste es Cari Rice, un viejo amigo.

—Encantado de conocerte, Cari.

El recio apretón de manos de Coyle le hizo saber de inmediato, y sin el menor atisbo de duda, que aquel hombre era un «macho alfa» protegiendo a su pareja. Cari dejó que Coyle marcara su territorio sometiéndose al doloroso saludo. Resultaba evidente que Bob quería que se fuera, y él no quería estropearle la noche a Vanessa.

—He venido acompañado —dijo al fin—, pero me encantaría quedar contigo para recordar viejos tiempos. ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

Coyle frunció el ceño al oír que su chica le daba a Cari el número de teléfono de su casa.

—Aquí tienes —dijo Vanessa.

—Me ha encantado conocerte, Bob —mintió Cari, antes de regresar a su mesa. Tan pronto como se sentó, explicó a su acompañante que Vanessa era una antigua compañera de instituto. Ella dio por buena la explicación y volvió a preguntarle por qué hablaba vietnamita. Y él inició la tarea de seducirla con el relato de sus aventuras de guerra, la mayoría falsas. Con todo, no logró dejar de pensar en Vanessa.

2

Vanessa estaba sentada en un rincón tranquilo del café que quedaba más cerca de su apartamento de Georgetown. Llevaba un traje pantalón beis y una camisa de seda blanca que le quedaban maravillosamente. Cari se había puesto unos pantalones grises, una camisa azul y una chaqueta cruzada. Con su pelo más largo, y poco peinado, su aspecto era más el de un abogado joven que el de un miembro de las fuerzas armadas.

Cuando llegó a la mesa, Vanessa se levantó y lo abrazó con el clásico abrazo breve y ejecutivo que intercambian los anfitriones de una fiesta con los invitados con quienes no tienen mucho trato. Cari supuso que Vanessa se había repuesto del impacto de verlo aparecer salido de la nada y que había recordado las circunstancias de su separación.

—Vaya, estás guapísima —dijo él.

—Tú también te ves muy bien. ¿Sigues en forma con el karate?

Carl asintió.

—Y tú jugabas a tenis en la facultad, ¿verdad?

—De mi paso por la universidad hace siglos, Cari. Empecé el año en que te fuiste a la guerra.

Vanessa pronunció aquella última frase con un atisbo de amargura. Cari la miró a los ojos.

—El ejército me ha hecho bien, Vanessa.

—Supongo que sí, porque de otro modo no seguirías perteneciendo a él.

Cari cambió de tema rápidamente.

—Cuéntame, en veinticinco palabras o menos, ¿qué has estado haciendo en todos estos años, cuántos han sido…, doce, trece?

—Algo así. —Vanessa lo pensó unos instantes—. Bueno, supongo que lo más importante ha sido mi matrimonio.

—¿Con el tipo del restaurante?

Vanessa se echó a reír.

—No, Bob es abogado de un comité del Congreso. Trabajo para un congresista. Lo conocí hace un mes en una vista.

—¿De modo que ya no estás casada?

Vanessa se puso seria.

—No funcionó. Debí suponer que no funcionaría. Su mayor punto a favor era que el general lo detestaba. La inercia nos llevó a seguir juntos varios años, pero nuestro matrimonio acabó poco después de empezar.

—Por teléfono me dijiste que has vuelto a estudiar —dijo Cari.

—Por las noches.

—¿Y qué estudias?

—Derecho, que es lo que estudian todas las divorciadas después de que su matrimonio se vaya al garete.

—Trabajar y estudiar de noche debe de ser duro.

—Cansa, sí, pero la universidad me resulta fácil —admitió Vanessa.

—Siempre se te dieron bien los estudios —observó Cari—. Excepto el cálculo.

Vanessa pareció triste de repente.

—Sí, excepto el cálculo. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas en el ejército?

—Doy clases en la escuela de lenguas de Fort Meyer.

—¿Qué idiomas enseñas?

—Vietnamita y tailandés.

—Imagino dónde los aprendiste.

Cari bajó la vista al responder, tal como había ensayado.

—Tuve algunas malas experiencias en Vietnam, lo pasé muy mal. Una vez de vuelta en Estados Unidos, un destino de docente me pareció buena idea. —Sonrió—. En realidad, me alegro de haberlo aceptado. Me gusta enseñar, y he establecido varios contactos con universidades. Me licenciaré joven, y espero poder dar clases en otra clase de centros.

—Bueno, me alegro por ti, Cari.

—¿Y tú? ¿Eres feliz, Van? —le preguntó él con dulzura.

—Ésa es una pregunta muy personal, Cari. En otro tiempo te habría respondido, pero de eso hace ya muchos años. Ahora no creo que nos conozcamos tanto.

Cari sintió que su fachada empezaba a desmoronarse. No esperaba que los viejos sentimientos regresaran a él con aquella intensidad.

—Sé que te lastimé, Vanessa, pero de eso hace mucho tiempo, como dices. Me gustaría volver a conocerte —dijo.

—Ya me estás viendo, ¿no? —respondió ella.

3

Carl y Vanessa empezaron a cenar juntos una o dos veces al mes, siempre cerca de las oficinas de la Casa Blanca. En ocasiones la

esperaba en la facultad de Derecho, y cuando ella terminaba sus clases se tomaban un café. Los encuentros eran infrecuentes, y eran más reuniones que citas. Algunas veces, él sentía la tentación de ir más allá, pero estar con Vanessa le despertaba sentimientos encontrados. Cuando estaban juntos se sentía muy bien, pero también lo invadía la culpa, pues no le había dicho que seguía trabajando para su padre, y la mantenía en la ignorancia sobre la verdadera naturaleza de su trabajo. También alimentaba la creencia irracional de que estaba traicionando a su padre, pues no le había dicho a Wingate que volvía a verse con su hija. No es que tuviera muchas ocasiones de hacerlo, pues desde que se había incorporado a la Unidad se había reunido con el general en escasas ocasiones. Wingate le había explicado que era muy peligroso que pudieran verlo con algún miembro de la Unidad. Había espías por todas partes.

Cari llevaba algún tiempo pensando en abandonar su puesto. Había arriesgado su vida durante más de diez años, y se preguntaba si estaría perdiendo fuelle. Si lo dejaba en ese momento, podría obtener un buen trabajo en alguna buena universidad. Tal vez Vanessa aceptara casarse con él. Sentarían cabeza, tendrían hijos y ella podría desarrollar una carrera profesional interesante. Vivirían una existencia tranquila, pero Cari creía que podría acostumbrarse a una vida con 2,5 hijos, un perro y una casa en las afueras, rodeada de una valla de madera pintada de blanco. Se engañaba a sí mismo diciéndose que podría trasladarse al cielo desde el infierno sin que Vanessa se enterara de su vida secreta.

4

Unos golpes insistentes en la puerta sacaron a Vanessa de su sueño profundo.

—Ya voy —dijo mientras forcejeaba con la bata. Al mirar por la mirilla vio a Cari Rice de pie, en el rellano. Le sorprendió su visita, porque llevaban tres semanas sin verse ni hablarse.

—Por favor, Vanessa, ábreme —le suplicó él tras volver a llamar. Vanessa no quería que despertara a todos los vecinos, de modo que abrió la puerta. Cari entró, tambaleante. Iba mal afeitado, parecía haber dormido con la ropa puesta y tenía la mirada extraviada.

—¿Qué quieres, Cari? —le preguntó Vanessa.

—Tengo que hablar contigo.

—Son más de las doce. ¿No puedes esperar a mañana?

—Lo siento —se excusó Cari—. Sé que es tarde, pero no sé qué hacer.

Vanessa lo miró con dureza. Cari parecía capaz de hacer algo desesperado.

—¿Hacer? ¿A qué te refieres?

—¿Puedo sentarme? —le preguntó él—. Estoy agotado. Llevo varios días sin dormir.

Vanessa se apartó y Cari se desplomó en el sofá y echó hacia atrás la cabeza.

—No puedo seguir con esto —dijo—. Tengo que dejarlo.

—¿Dejar qué?

—Te mentí —admitió él al fin—. No podía decirte la verdad, de modo que te mentí, pero ya no quiero seguir haciéndolo. Quiero que sepas lo que soy, Van. Soy un asesino. Mato para tu padre, y quiero dejarlo. —Vanessa se quedó sin habla—. Tú eres la única persona que puede comprenderme.

—¿Qué es lo que quieres que entienda?

—He hecho cosas terribles —dijo Cari.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Mi perdón?

—No, eso ya no me importa.

Vanessa sintió una punzada de temor. Además de una explicación vaga de la labor de la ACDR, su padre nunca le había contado a qué se dedicaba. Ella sospechaba cosas (¿por qué necesitaba

guardaespaldas armados día y noche?), pero nunca se había permitido ir más allá en su pensamiento.

—Soy tan feliz desde que hemos vuelto a encontrarnos —le confesó Cari—. Creí que podría empezar de nuevo contigo. Pero casi todo lo que te dije era mentira. Y entonces van y me encargan otra misión. Algo muy malo. Quiero dejarlo ya. No quiero seguir haciéndolo.

—¿Qué has hecho?

—Me enviaron a Tejas. Allí había una mujer china. Sus padres emigraron a Massachusetts cuando tenía nueve años. Trabajaba en un proyecto de máximo secreto. No sé qué hacía exactamente. —Vanessa se percató de que hablaba de aquella mujer en pasado, y sintió náuseas—. Me dijeron que era espía, una espía muy peligrosa que pasaba información secreta a los chinos, que la habían reclutado. Suponía una amenaza para nuestro país.

—¿Y tú…?

Cari se obligó a mirar a Vanessa a los ojos. Se había jurado decirle toda la verdad, y no pensaba echarse atrás.

—Le disparé en un ojo. Estaba dormida. Entré en su casa y los maté.

—¿Había alguien más?

Cari asintió y se le quebró la voz.

—Su esposo, que era capitán del ejército.

—¿Y él también era espía?

Cari lo negó, moviendo despacio la cabeza de lado a lado.

—No estaban seguros, pero no querían arriesgarse. Tal vez trabajara con ella. Eso fue lo que me dijeron. —Se echó a llorar—. Él era estadounidense, Vanessa. Y podría haber sido totalmente inocente. Era capitán, lo mismo que yo.

—¿Capitán? Me dijiste que eras sargento.

—Es una tapadera, lo mismo que mi trabajo en la escuela de idiomas. Toda mi vida es una mentira.

Cari enterró la cabeza en las manos y sollozó. Vanessa estaba escandalizada por todo lo que acababa de contarle y no se veía capaz de consolarlo.

—¿Mi padre te dio las órdenes?

—Llevo más de diez años trabajando para él.

Vanessa parecía confusa.

—La ACDR se encarga de coordinar datos reservados, pero no tiene agentes que hagan lo que haces tú, Cari.

—Sí los tiene, Van, aunque sólo muy pocas personas conocen mi Unidad.

Carl le explicó lo que había estado haciendo desde que el general lo reclutó. Vanessa se enfurecía por momentos.

—¡Menudo cabrón! —exclamó, con los ojos muy brillantes—. ¿Te das cuenta de lo que sucedería si lo denunciáramos?

—Ni se te ocurra. Tu padre es un hombre muy peligroso, Vanessa. No tengo idea de hasta dónde estaría dispuesto a llegar si creyera que supones una amenaza para él.

—¿No quieres ayudarme? ¿No quieres dejar de ser su títere?

—Sí, quiero, pero no quiero que tú mueras. Tu padre nos matará si se siente amenazado. Además, lo que estás pensando hacer no es práctico. No existe ninguna prueba de la existencia de la Unidad. El general Wingate lo negaría, y lo mismo harían todos los implicados en la operación. Y si tú, de algún modo, llegaras a aportar pruebas de que la Unidad existe, pondrías en peligro a todos los que supieran algo de ella. Para esa gente el asesinato es una forma de resolver problemas. Para esa gente y… para mí. Porque yo formo parte de ellos, Van. Y pensamos así. Si tienes un problema y matando lo solucionas, matas.

Vanessa permaneció en silencio unos instantes, antes de mirar fijamente a Cari.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero dejar el ejército. Quiero un poco de paz.

—¿Te lo permitirá mi padre?

—No lo sé. Pero debo preguntárselo.

Vanessa reflexionó un momento.

—Eso podría ser muy peligroso, Cari. Mi padre odia la debilidad. Piensa en lo mucho que sabes, y en el mucho daño que podrías hacerle. Una vez que sepa qué quieres dejarlo, te convertirás en un problema que debe solucionar.

Cari miró a Vanessa con ojos cansados.

—Ya no me importa. Tengo que dejarlo. Si permite que me vaya, todo habrá terminado. Y si me mata, al menos descansaré. —Cari soltó una carcajada—. No tengo nada que perder.

5

Carl telefoneó a Vanessa la noche siguiente a su confesión, y saltó el contestador. La llamó varias veces más, pero ella no respondió. Al otro día trató de localizarla en el trabajo, pero le dijeron que no estaba. Tampoco se presentó en sus clases de derecho. Cari se preguntó si el apartamento de Vanessa estaría pinchado. ¿Habría escuchado el general una cinta con la conversación que había mantenido con su hija? ¿Estaría muerta por su culpa? Decidió acercarse al apartamento. Estaba oscuro. Forzó la cerradura y entró. Vanessa no estaba, y el buzón estaba lleno de cartas.

Al día siguiente, también de noche, Cari recibió una llamada automática desde una empresa de encuestas. Nunca le habían encomendado una misión tan poco tiempo después de terminar otra, pero la llamada señalaba un lugar de encuentro. Cinco horas después de que descodificara el mensaje, aparcó frente a la habitación 105 de un motel situado a las afueras de Baltimore. Cari esperaba encontrar al general Peter Rivera, pero la habitación estaba vacía. Una intensa ventisca azotaba la Costa Este, y el retraso podía deberse a las condiciones meteorológicas adversas.

Cari se quitó el tabardo y la gorra, los dejó en la cama y se metió en el baño. Empezó a preparar café en la cafetera que el hotel ponía a disposición de los clientes. Mientras el café salía, pensó en qué haría si Rivera le ordenaba otra misión en la que tuviera que matar a alguien. Pero no tuvo tiempo para responderse, pues en ese preciso instante la puerta se abrió. Cari sacó el arma y se arrimó a la pared del baño. A través del espejo colgado sobre el lavabo veía la puerta de entrada. Un viento despiadado arrastraba copos de nieve al interior de la habitación, y con la nieve entró un hombre demasiado alto para ser Rivera, con el rostro oculto tras el cuello del abrigo alzado.

—Pagas esas balas con tus impuestos, Cari —dijo Morris Wingate —. De modo que no las malgastes.

Carl enfundó la pistola y entró en el dormitorio con dos tazas de café humeante.

—¿Estará lo bastante frío para usted? —le preguntó Cari, aparentando normalidad, mientras le alargaba una de las tazas.

—Sí —respondió el general, pisando con fuerza contra el suelo para quitarse la nieve de los zapatos.

—He intentado ponerme en contacto con usted —dijo Cari.

—He estado fuera —respondió Wingate, y Cari supo que no iba a sacarle nada más. El general se sentó en la única silla cómoda y se calentó las manos con la taza. Cari separó la otra silla de la mesa, sobre la que dejó su taza. Se obligó a mirar a Wingate a los ojos para decirle lo que quería decirle.

—Llevo tiempo pensando en dejar el servicio.

—¿Tu decisión tiene algo que ver con Vanessa? —Carl estaba entrenado para ocultar sus emociones, pero el entrenamiento no le sirvió en ese caso—. Eres una persona extremadamente importante, Cari, y por eso te controlamos. —Cari sentía náuseas. El general se mostró triste, y negó con la cabeza. No habló con voz airada, sino en tono dolido y decepcionado—. Me habría gustado que confiaras en mí. Ya sabes que Vanessa y tú sois muy importantes en mi vida. —

Cari no dijo nada. Ignoraba cuánto sabía el general—. ¿Le has contado cómo te ganas la vida?

Cari trató desesperadamente de pensar cuál era la respuesta correcta. Si Wingate había oído su conversación con Vanessa, su mentira podía suponer una condena a muerte para ambos. Pero lo mismo podía suceder si Wingate no sabía lo que él le había dicho a su hija y Cari le revelaba la verdad.

—No le he dicho nada sobre la Unidad, ni tengo intención de hacerlo —dijo al fin—. Los dos sabemos que no le parecería bien.

Wingate asintió.

—¿Por qué has decidido abandonar tu trabajo?

Cari se miró las manos y dijo:

—Estoy perdiendo destreza. Me siento quemado.

—Deberías pensarlo durante un tiempo. Eres un astro ascendente, Cari. Y vas a seguir subiendo si te mantienes en servicio. Hay gente que te está observando y que tiene grandes planes para ti. ¿Me prometes que no actuarás con precipitación?

Cari quería dejarlo ya, esa misma noche, pero no tuvo el valor de decirlo.

—No voy a precipitarme, señor.

—Me alegro, porque tengo una misión importante para ti. —Cari se sorprendió. Siempre había sido el general Rivera quien le había dado las órdenes—. Cuando la hayas cumplido, tómate un tiempo libre para reflexionar sobre lo que quieres hacer con tu vida. Yo te apoyaré al cien por cien, decidas lo que decidas.

Wingate abrió el maletín que había traído. En su interior había dinero en efectivo, identificación falsa, un arma y otros objetos que necesitaría para el trabajo. El general le entregó una carpeta delgada que contenía la fotografía de un hombre atractivo, con el pelo echado hacia atrás por efecto del viento, plantado delante de un edificio de oficinas. Le sonaba de algo, pero no lograba identificarlo.

—¿Quién es?

—No te hace falta saberlo —dijo Wingate.

El desconcierto de Cari iba en aumento. El general Rivera siempre le facilitaba el nombre de la persona objeto de la operación.

—Esto no es habitual, señor.

—No, no lo es —admitió Wingate mientras retiraba la foto y extendía un mapa—. Lost Lake es una zona residencial de veraneo de alto *standing*. Se encuentra en el norte de California. —Wingate le señaló un punto rodeado por un círculo rojo—. Tu objetivo reside ahí. Podrás acceder a la finca en barco. —El general le alargó una hoja de papel—. Éste es el código de seguridad. El objetivo debería estar solo esa noche.

—¿Y qué quiere que haga?

—Se trata de un espía que investiga para una agencia de informaciones extranjera. Tiene en su poder el historial militar de todos los miembros de la Unidad, incluido el tuyo.

—¿Cómo…?

—No estoy autorizado a revelarlo, pero ya supondrás qué sucedería si una potencia extranjera enemiga llegara a conocer tu identidad. Quiero que recuperes esos documentos. La existencia misma de la Unidad está en juego. Cuando tengas los papeles quiero que elimines a ese hombre, y quiero que el método de ejecución sea brutal y gráfico.

Cari estaba cada vez más sorprendido. Las muertes solían ejecutarse de la manera más rápida y discreta posible.

—Si me permite la pregunta, señor, ¿por qué quiere que se elimine al sujeto de ese modo?

—No tengo intención de explicar mis órdenes, Cari. Tienes que asumir que existen buenas razones para todo lo que te digo. —El general Wingate se puso en pie—. Saldrás en avión de inmediato. Habrá un coche esperándote en el aeropuerto. Tráeme esos documentos. Y recuerda, la existencia de la Unidad depende de ti.

6

El procedimiento normal para la ejecución de un plan implicaba información muy detallada y tiempo de preparación, pero Cari había volado a la Costa Oeste sin más información que la que le habían proporcionado en el motel. Su avión llegó a una pequeña pista de aterrizaje cuando ya había oscurecido. Poco antes de las dos de la madrugada ancló su barca junto a la playa poco profunda, separada por unos árboles de la mansión del objetivo. Cari avanzó por el bosque hasta que tuvo delante una moderna cabaña de troncos. La casa estaba a oscuras. Cruzó el césped deprisa, invisible con sus ropas oscuras, la pintura de camuflaje y la gorra de lana azul marino.

Cari forzó la cerradura, pulsó el código de seguridad, y en cuestión de segundos se hallaba en el interior de la residencia. Había memorizado el plano, y sabía dónde se situaba la escalera que conducía al dormitorio principal. El hombre que dormía en la enorme cama yacía de lado, acurrucado sobre sí mismo, pero abrió los ojos de par en par cuando Cari le pegó un trozo de cinta aislante sobre la boca. Tuvo que asestarle un puñetazo antes de atarle las muñecas y los tobillos. Cuando lo hubo hecho, le mostró un cuchillo de caza inmenso, de filo dentado. El bisturí era más ligero y más fácil de usar, pero usaba el cuchillo grande para infundirle terror.

—Quiero las fichas del ejército que ha robado. Démelas y salvará la vida —mintió—. Si no lo hace, sufrirá hasta que cante, y todo el mundo canta tarde o temprano.

—Hghhhhmmmm…

El pecho de aquel hombre subía y bajaba de miedo, transpiraba, y sus músculos se contraían involuntariamente.

—Voy a quitarle la cinta aislante. Me dirá dónde debo buscar. Iremos juntos. Si me ha mentido, le arrancaré el ojo izquierdo.

Cari le quitó la cinta.

—Está cometiendo un error… —balbució el hombre.

Sin darle tiempo a terminar, Cari volvió a ponerle la cinta en la boca, le rasgó la chaqueta del pijama y le arrancó carne del pecho. El sujeto se arqueó hacia atrás, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Cerró los ojos y se retorció a un lado y a otro, tratando de aliviar el dolor que sentía. Por lo general Cari no sentía nada en situaciones como ésa, pero ese día le invadió el asco, y se juró que aquélla sería su última misión.

—Lo probaremos una vez más. Yo le preguntaré dónde se encuentran los documentos, y usted me los dará. Eso es todo lo que me interesa. Recuerde el dolor que acaba de experimentar, porque apenas es nada comparado con lo que va a tener que soportar. Cada vez que se niegue a obedecer, aumentaré el nivel de dolor. Dispongo de todo el tiempo del mundo. No me lleve a aumentar su sufrimiento innecesariamente. Cuando le quite la cinta aislante, dígame dónde encontrar las fichas del ejército.

—Están abajo, en mi despacho —musitó el hombre apenas Cari le quitó la cinta.

Cari esperaba que aquel hombre estuviera diciéndole la verdad. Quería acabar cuanto antes con aquella misión. Volvió a taparle la boca. Creía que se encontraban lo bastante lejos de los vecinos como para que éstos lo oyeran gritar, pero no estaba dispuesto a correr el menor riesgo. Ayudó al sujeto a ponerse en pie, cortó la cinta que le ataba los tobillos y lo condujo escaleras abajo. La herida del pecho le sangraba abundantemente y se tambaleaba de dolor. Al llegar al despacho, Cari encendió las luces. Ató al hombre a una silla de respaldo alto y volvió a destaparle la boca.

—¿Dónde están las fichas militares? —exigió saber.

El hombre le dio la combinación de una caja fuerte empotrada en una pared. Cari sabía que le decía la verdad, pues el número se incluía en los datos que había visto en el archivo del motel. Abrió la caja fuerte y extrajo de ella unos papeles. Le llevó apenas un momento encontrar las fichas entre ellos.

Cari se sacó el cuchillo. Wingate quería que la muerte fuera sangrienta, aparatosa, y él obedecería las órdenes del general una última vez. Le realizó varios cortes rápidos, trabajando velozmente para que el sujeto no sufriera durante tanto rato. Trataba de mantener la vista apartada del rostro de aquel hombre. Cuando le pareció que el aspecto de su cuerpo era lo bastante atroz, se apiadó de él y le seccionó el cuello. La mano le tembló en el momento de perpetrar el asesinato, y sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. Entonces oyó un sonido a su espalda, y se volvió, con el cuchillo en la mano, en posición de combate.

—¿Cari?

Vanessa Wingate estaba de pie, junto al quicio de la puerta, con una camiseta larga, blanca, y el pelo revuelto, que indicaba que acababa de levantarse de la cama. Se miraron un momento, hasta que ella vio al hombre de la silla. Se alejó de inmediato, aún con la vista fija en la suya. Cari sabía que debía ir tras ella, sujetarla, pero el terror que vio en su rostro lo paralizó. Vanessa salió corriendo al vestíbulo, y se perdió en la noche. En cualquier otra misión, él habría perseguido a cualquier testigo en su huida, pero en ese caso, lo único que logró ordenar a su cuerpo fue que saliera disparado hasta el bote. Se encontraba en el jardín, dirigiéndose a toda velocidad hacia el embarcadero, cuando oyó el grito de Vanessa.

7

El chófer del general lo llevó desde el aeropuerto hasta la casa que Wingate tema en Alexandria, Virginia. Cari apenas se tenía en pie cuando le hicieron pasar al estudio. El padre de Vanessa estaba sentado frente a la chimenea, leyendo, y se puso en pie al ver que entraba.

—¿Has recuperado las fichas? —le preguntó, ansioso.

—¿A quién he matado?

El general observó a Cari unos instantes.

—¿Ha sucedido algo?

—¿A quién he matado? —Reiteró Cari con voz más grave.

Wingate suspiró.

—A un congresista. Ya lo leerás en los periódicos mañana.

—¿Cómo se llamaba? —Cari quiso cerciorarse de lo que ya creía saber.

—Eric Glass.

El agente clavó los ojos en los del general.

—Me ha utilizado.

—¿De qué estás hablando?

—Vanessa estaba allí, hijo de puta. Estaba en su casa.

—No es lo que crees —dijo Wingate.

—En ese caso explíqueme la situación, general, porque estoy algo confuso. Por primera vez ha sido usted quien me ha dado la orden, y no Peter Rivera. Y casualmente en esta misión aparece su hija, y el hombre para el que trabaja. También por primera vez me pide que mate a un hombre del modo más violento posible. ¿Me ha usado para vengarse de Glass por acostarse con su hija?

—Tienes razón en lo de que Glass y Vanessa son amantes, pero no es por eso por lo que él tenía que morir. Existía un archivo con fichas de los hombres de la Unidad. Se encontraba en la caja fuerte de mi refugio de California. Glass era un agente durmiente. Sedujo a Vanessa y la convenció para que robara las fichas. Ella lo hizo porque me odia, eso lo sabes bien. Quiere destruirme, y pensó que Glass la ayudaría a hacerlo. Pero no…, ella no sabía que ese hombre era un espía. Creía que convocaría a los medios y destaparía el caso de la Unidad.

—¿Y por qué no me dijo que Vanessa estaría en casa de Glass?

—No lo sabía. No te habría enviado de haber sabido que ella estaría presente, Cari. Por eso no te revelé la identidad del sujeto al que debías eliminar. Sabía que no habías visto nunca a Glass, pero

que sí estabas al corriente de la relación profesional que mi hija mantenía con él.

—¿Y por qué me envió a cubrir esa misión?

—Porque eres el mejor hombre del que dispongo, y ésta era la misión más importante que he encomendado —explicó Wingate.

Carl se acercó a una butaca de cuero y se sentó frente a la chimenea. Sintió el calor en el rostro, mientras observaba las llamas.

—Ella me ha visto. Sabe lo que he hecho.

—Eso es un problema, pero yo me ocuparé de resolverlo. He recibido una llamada de Lost Lake. Vanessa se encuentra en estado de *shock*, ingresada en el hospital local. Tan pronto como terminemos me desplazaré hasta allí. Quería estar aquí cuando llegaras porque el *sheriff* me ha informado de que mi hija te ha identificado.

—¿Y qué voy a hacer? Si regreso a Fort Meyer me detendrán.

—En eso tienes razón. La policía te busca, y estoy seguro de que el FBI se implicará pronto en el caso. Pero tengo una solución. Voy a enviarte a un lugar en el que nadie te buscará.

Cari alzó la vista.

—¿Dónde?

—Acabo de recibir información reservada según la cual unos soldados desaparecidos en combate se encuentran prisioneros en una cárcel de la jungla de Vietnam del Norte. Y voy a enviar a todos los miembros de la Unidad en su rescate.

La posibilidad de conocer a los demás miembros de la organización distrajo la atención de Cari.

—¿Qué sucederá cuando regrese, general Wingate?

—Carl, te quiero como a un hijo. Deseo protegerte. Tengo algunas ideas sobre el mejor modo de hacerlo, pero desconozco si funcionarán. Si no salen bien, deberás irte. Cuando regreses serás un hombre rico con una nueva vida y un nuevo rostro. Ahora, entrégame las fichas.

Dieciséis

—¿Rescataste a los presos estadounidenses? —preguntó Ami.

Cari soltó una risotada.

—La misión era una farsa, y yo fui tan ingenuo que no lo supe ver.

—¿Qué sucedió, Cari?

—Éramos diez. Había visto sus fotografías cuando encontré las fichas en la caja fuerte de Glass, de modo que sabía que todos estaban allí. Paul Molineaux, que dirigió mi primera misión de combate, también era el jefe del grupo en esa ocasión. Él nos mostró fotos del campamento y nos transmitió las órdenes. Debíamos internarnos en la selva en barca, pero Molineaux dijo que había helicópteros que nos sacarían de allí. Contábamos con fotografías de los presos estadounidenses. Todo parecía real. Y todos le creímos.

—¿Y no era cierto? ¿No había presos?

Cari se encogió de hombros.

—Tal vez los hubiera, aunque lo dudo. Creo que el general falseó algunas imágenes para convencernos. Todos en la Unidad se habrían mostrado dispuestos a morir para rescatar a un desaparecido en combate y llevarlo de vuelta a casa. Pero nunca pudimos averiguar si los prisioneros existían o no.

»Molineaux permaneció en el barco que nos llevó tierra adentro, lo que ya de por sí era raro. Nos dijo que había muchos soldados en la zona, a causa del campo de prisioneros, y que debía asegurarse

de que la embarcación, que era nuestro medio de huida alternativo, quedaba protegida. Nosotros dimos un crédito ciego a sus palabras. Fuimos unos imbéciles.

—¿Qué sucedió?

—Los vietnamitas sabían de nuestra incursión, y nos prepararon una emboscada. El lugar al que nos dirigíamos se encontraba al final de un valle. Nos dieron alcance a los pies de aquellas colinas. Un explosivo lanzado desde un arma de ochenta milímetros explotó a menos de cinco metros de donde me encontraba. Había disparos por todas partes. Traté de escapar del claro en el que nos acorralaron e internarme en el bosque para aplicarme los primeros auxilios.

—¿Te hirieron? —preguntó Ami.

—En el estómago, aunque nada grave. Me escocía. Algo parecido a que te clavaran un metal candente. Y sentía la pierna adormecida, y náuseas, pero al cabo de un rato el dolor se hizo constante, una sensación de quemazón aguda que no podía soportar. Además, cuando me pasó yo iba en marcha y estaba asustado porque los disparos no cesaban.

»Me arrastré por una hendidura del terreno, y por ella llegué a la jungla. Oía a los hombres luchar y morir. Después escuché a un soldado vietnamita ordenar a sus hombres que me dieran caza, y a otros que comprobaran los cuerpos para asegurarse de que todos habían muerto. Logré dar esquinazo a mis captores y me dirigí al barco. Cuando llegué al río, descubrí que ya no estaba. De haber seguido allí, yo habría logrado escapar. Pero había perdido tanto tiempo buscando la orilla que los soldados me dieron alcance. Para entonces, la herida ya me había debilitado tanto que era incapaz de retomar el combate.

—¿Y qué pasó cuando te detuvieron?

—Me limpiaron la herida y me eliminaron gran parte de la metralla. Me desvistieron casi por completo —contó Cari—. Tenía que caminar descalzo, y ellos avanzaban en círculos para que el trayecto durara más.

—¿Cuánto tiempo duró la marcha?

—No tengo ni idea. Sólo sé que tardaron mucho en llevarme al campo de prisioneros.

—¿Y qué te hicieron?

—No era el Club Méditerranée —dijo Cari, soltando una carcajada seca—. Los vietnamitas tenían tendencia a torturarme los pies. Una vez me ataron los brazos a la espalda con tiras de cuero mojado para que los hombros quedaran más expuestos. En determinado momento me metieron en una caja de acero y me dejaron al sol.

Ami siguió preguntando, pretendía obtener detalles.

—¿Y qué querían de ti?

—Eso es lo más divertido del caso. Ni siquiera me interrogaron. Sólo me torturaban. Era como si no necesitaran más información, como si ya supieran todo lo que querían saber.

—¿Y cómo saliste de allí?

Cari cerró los ojos antes de seguir.

—Estábamos en una aldea. No tenían celdas. Yo vivía en una choza con soldados en la puerta. De noche, me colocaban las manos delante y me esposaban a una barra de hierro. También me ponían grilletes en los pies. Yo logré cavar la tierra compactada bajo la barra. Cuando llegaba la mañana, volvía a colocar la tierra que había retirado de noche. Al final pude escabullirme bajo la barra y pasé las cadenas por debajo. Cuando el guardia vino a hacer su ronda, usé las cadenas como un garrote vil, y le rompí la tráquea. Él llevaba un cuchillo en la bota, y lo usé para matar al guardia que vigilaba en el exterior de la choza. Luego encontré algo parecido a una llave, que encajaba en los cerrojos de las cadenas. Huí del campamento y eché a correr. Tenía una idea vaga de dónde me encontraba, y sé vivir de la tierra.

—¿Cómo regresaste a Estados Unidos? —preguntó Ami.

—Me dirigí a Tailandia. Al cruzar la frontera robé algo de dinero, compré un documento de identidad falso y me embarqué como marinero de cubierta. Tardé casi un año en llegar a San Francisco.

Suponía que me buscaban, de modo que traté de ponerme en contacto con Peter Rivera. Pero Rivera estaba muerto, había sido asesinado exactamente del mismo modo en que yo asesiné a Glass. Y había pruebas que me incriminaban en esa otra muerte. Fue entonces cuando empecé a suponer qué había ocurrido. Wingate cerró la Unidad y robó el dinero de los fondos reservados. Y me acusó a mí del asesinato de Rivera y del robo. Todos lo creyeron, porque Vanessa me había visto matar al congresista.

»Pocos meses después de la muerte de Rivera, el general se retiró del ejército y se trasladó a su finca, donde vivió cinco años de absoluta tranquilidad. Después realizó importantes inversiones en Computex, la empresa de *Software* de Simeon Brown. Creo que usó el dinero de los fondos reservados. Con sus contactos en el ejército, Wingate obtuvo contratos para Computex. En realidad, y hasta que la empresa funcionó, él vivía del dinero de su esposa muerta. Pero cuando Computex se hizo grande, Simeon Brown murió. Todo un golpe de suerte para el general, ¿verdad?

—¿Intentaste vengarte de él alguna vez?

Cari negó con la cabeza.

—Estaba cansado, Ami. Estaba harto de todo. Vivir en la jungla todos aquellos meses me cambió. No deseaba vengarme, deseaba vivir en paz. Me hice invisible, y me gustaba mucho llevar una existencia alejada del radar de la sociedad. Mierda —añadió, esbozando una sonrisa—. Llevaba diez años sin pagar impuestos, y sin recibir llamadas de los abogados. ¿Qué más se puede pedir?

Diecisiete

Ami no había visto a Vanessa de pie, junto a los demás periodistas, cuando cruzó el vestíbulo del hospital a toda prisa, con la cabeza gacha y los hombros echados hacia delante, sin duda incómoda entre la gente, las cámaras de televisión y las preguntas que le formulaban a gritos. Pero aunque se hubiera fijado en el corro de reporteros, no habría reconocido a su cliente, que llevaba una peluca morena, se había maquillado y puesto gafas, y parecía más una periodista de sociedad que la representante de una publicación sensacionalista que vestía de cualquier manera.

Mientras los demás miembros de la prensa esperaban el regreso de los periodistas escogidos para que estuvieran presentes durante el acto de imputación de Morelli, Vanessa se escabulló y se plantó junto al despacho de Leroy Ganett. Poco después de terminada la notificación, Ganett regresó acompañado de Brendan Kirkpatrick. Al cabo de quince minutos, los dos hombres salieron del despacho del doctor, y Vanessa oyó que Ganett le decía al fiscal que iba a la cafetería a comer algo. Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran, y bajó al sótano.

Vanessa fingió escoger algún plato caliente mientras Ganett depositaba un bocadillo, una manzana y un refresco en la bandeja. Tan pronto como el médico pasó por caja, ella lo siguió, y cuando empezaba a sacar el sándwich del envoltorio se dirigió a él.

—Doctor Ganett, soy Sheryl Neidig —le dijo, sentándose frente a él—. He venido desde Los Ángeles para ocuparme del caso de la liga

infantil.

—Lo siento, no puedo hablar del tema —dijo el médico.

—Y no pretendo que lo haga ahora. Sé que debe respetar la privacidad de los pacientes.

El doctor parecía confundido.

—¿Y qué quiere de mí entonces?

—Soy ejecutiva de Phoenix Productions, una productora independiente con sede en Hollywood, y estamos estudiando la posibilidad de realizar un telefilme sobre el caso de Daniel Morelli —dijo Vanessa.

—Aun así, no puedo hablarle de mi paciente.

—En realidad sí puede, si el señor Morelli acepta liberarlo de su obligación de privacidad. Y, se lo aseguro, económicamente le interesa hacerlo. A usted también, en realidad. Si nos vende los derechos de su historia, en nuestra película aparecerá un personaje basado en usted.

—¿En mí? Bien, no sé…

—No usaríamos su nombre, a menos que nos autorizara a ello, pero el señor Morelli resultó herido y está ingresado en un hospital. Por supuesto en el filme aparecerá un médico, y nos hará falta un asesor técnico que nos ayude a lograr el máximo de realismo. —Vanessa le dedicó la más seductora de sus sonrisas—. ¿Le interesaría?

—Bien, no lo sé. ¿Qué tendría que hacer? —preguntó Ganett.

—Para usted sería pan comido. Debería supervisar los aspectos técnicos para asegurarse de que los actores se comportaran como médicos. Debería explicarles procedimientos médicos y esas cosas. Tal vez incluso podríamos organizarle un cameo, si le interesa. Ya sabe, darle un pequeño papel en el telefilme. —Vanessa volvió a sonreír—. ¿Quién sabe? Éste podría ser el principio de una nueva carrera.

Ganett pareció mostrarse interesado, y nervioso —dijo:

—Debería comentarlo con el administrador del hospital.

—Entonces le interesa.

—Podría ser.

—Le pagaríamos, por supuesto —aclaró Vanessa.

—Ah.

—Tendríamos que negociar la tarifa, pero…, y no le diga a nadie que se lo he dicho yo…, seguro que recibiría entre diez y veinte mil dólares.

—Parece… justo. ¿Cuándo puedo decirle si puedo hacerlo?

Ganett ya estaba entregado. Vanessa sonrió.

—¿Por qué no me llama mañana?

—Está bien, la llamaré.

—Perfecto —dijo Vanessa—. ¿Cuál es el número de su despacho?

El doctor Ganett se lo dio, y Vanessa cumplió con la pantomima de anotarlo en un cuaderno de espiral que extrajo del bolso, y se puso en pie después de guardarlo.

—Llamaré a Los Angeles y les diré que está usted interesado. A mi jefe le gustará oírlo. Seguimos en contacto, entonces.

Dieciocho

A Ami le costó reprimir los nervios mientras regresaba a su bufete en coche. George French le había advertido sobre los peligros de creer a pies juntillas la clase de historia que Cari acababa de contarle, pero estaba convencida de que no mentía.

Tan pronto como se sentó tras la mesa, telefoneó al psiquiatra.

—George, soy Ami. Acabo de regresar del hospital.

—¿Cómo ha ido?

—Morelli se ha sincerado conmigo, aunque en realidad no se llama Daniel Morelli.

—¿Quién dice ser ahora? —dijo French.

—Esto es absolutamente confidencial, George. Debe comprender que, una vez que oiga lo que me ha contado, no puede decirle una palabra a nadie.

—Por mí no debes preocuparte, Ami.

—Está bien. Morelli afirma que su verdadero nombre es Cari Rice y que desertó del ejército en 1985. También me ha contado algunas otras cosas. Si lo que dice es cierto, se trata de un caso gravísimo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ami le contó que, según su confesión, Cari había trabajado en una unidad secreta dirigida por Morris Wingate. Le habló de sus misiones, y terminó contándole que, siempre según su versión, el general le había ordenado asesinar al congresista Glass.

—¿Qué opinas tú, George? —le preguntó al terminar.

—O tu joven posee una imaginación prodigiosa, o se encuentra sentado en lo alto del mayor escándalo de la historia de la política estadounidense.

—¿Y cuál de las dos opciones crees que es la correcta?

—Sinceramente, yo me decantaría por la primera. Todo lo que me cuentas me parece demasiado fantástico. Uno de los candidatos con más posibilidades de llegar a presidente del país quiere acabar con él. Parece el capítulo introductorio de la obra *El comportamiento paranoico explicado a los tontos*. Y esa huida del campo de prisioneros la he visto ya en varias películas.

—Deberíamos poder verificar parte de lo que cuenta, ahora que conocemos su verdadera identidad —apuntó Ami.

—Si es que es su verdadera identidad…

—¿Podrías pedirle a tu amigo que me consiguiera el historial militar de Cari Rice?

—Sí, pero será la última vez.

—Me parece bien. Si Cari me ha mentido en esto, me lavo las manos.

—Te llamaré cuando sepa algo.

Ami colgó y pensó en llamar a Vanessa Kohler, pero al final decidió que era mejor no hacerlo. Quería reunirse con ella en persona, y deseaba prepararse para el encuentro. Encendió el ordenador y, en cuestión de segundos, ya había encontrado en la red la historia de un karateka llamado Mark Torrance, cinturón negro en San Diego, al que dieron una paliza durante un atraco. Después buscó artículos sobre el asesinato del congresista Eric Glass. Los resultados le parecieron alentadores. En efecto, el político había muerto en Lost Lake, California, en 1985; y un testigo, cuya identidad la policía mantenía en secreto, había señalado a Cari Rice como sospechoso. Había más detalles sobre el caso, pero no añadían ninguna información esencial.

Ami buscó entonces crónicas sobre la muerte de Peter Rivera. Una de ellas contenía una información inquietante: el general Rivera

había sido torturado y asesinado en su casa de Bethesda, en Maryland, de manera similar a la utilizada en el caso de Glass, y Cari Rice volvía a aparecer como sospechoso. Un periodista intrépido que trabajaba para el *Baltimore Sun* había relacionado los casos de Rivera y Glass, y analizaba el pasado de Cari Rice. Según un artículo posterior redactado por él, Rice había sido expulsado del ejército por problemas psicológicos.

El intercomunicador de Ami sonó y la recepcionista le anunció que Brendan Kirkpatrick estaba al teléfono. Por un momento se planteó no responder la llamada de aquel abogado que tan mal le caía, pero hasta que otro letrado se ocupara del caso, ella seguía representando a Cari Rice.

—Hola, señor Kirkpatrick.

—Hola, señora Vergano. ¿Ya se ha repuesto de su primer acto de imputación?

Ami sintió que le subía la tensión, aunque se daba cuenta de que Kirkpatrick había pronunciado aquellas palabras en tono amistoso, sin ánimo de ofenderla; todavía no estaba preparada para perdonar y olvidar.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó.

—No, es más bien en qué puedo ayudarla yo a usted. Me he reunido con mi investigador. Ha hablado con algunos otros testigos, y ya tengo una idea más precisa del caso. Deseo hacerle una propuesta al señor Morelli.

—¿De qué se trata?

—Estoy dispuesto a retirar la acusación de homicidio en grado de tentativa a cambio de que reconozca el asalto al agente de la autoridad. Propondré una pena de tres años. Si se porta bien, estará en la calle en aproximadamente doce meses.

—¿Puedo saber el porqué de ese cambio? —preguntó Ami con desconfianza.

—Estoy convencido de que Morelli trataba de proteger al entrenador cuando se enfrentó a Barney Lutz.

—En ese caso, ¿por qué no desestimar el caso, si actuaba en legítima defensa?

—Su cliente recurrió a una fuerza desproporcionada y atacó a un policía, señora Vergano.

—A Morelli lo embistieron por detrás, señor Kirkpatrick. No podía saber que estaba peleando con un agente del orden.

—Una vez que lo lanzó por encima de su hombro ya vio que se trataba de un policía. El otro agente ha declarado que disparó a Morelli porque éste estaba a punto de cortarle el cuello a su compañero.

—Actuaba al calor del momento.

—Tal vez, pero no se detuvo al ver el uniforme, de modo que eso es lo máximo que puedo ofrecer —concluyó Kirkpatrick.

—Le transmitiré su oferta a mi cliente —dijo Ami.

—Hay otra condición.

—¿Cuál?

—Para llegar al acuerdo, su cliente debe revelarnos su verdadero nombre.

—¿Y por qué tiene que hacerlo?

—Para que tengamos la certeza de que no está acusado de otros delitos —explicó Kirkpatrick—. Hemos tratado de identificarlo, sin éxito, algo bastante infrecuente hoy en día, y que no hace presagiar nada bueno. De alguien como Morelli deberían tenerse registradas las huellas dactilares.

—Es un poco vagabundo. No tiene trabajos convencionales, y le pagan en efectivo.

—Tom Haven, el policía que disparó a Morelli, estuvo en el ejército y sabe algo de defensa personal. Y ha declarado que nadie se comporta como hizo su cliente si no ha recibido una instrucción muy específica y profesional. Haven cree que es más que probable que Morelli sea ex militar, lo que hace todavía más raro que sus huellas no aparezcan. —Kirkpatrick hizo una pausa—. Tal vez no quiera creerlo, pero existe la posibilidad de que su hombre sea un

asesino a sueldo. Y yo debo saber si ha causado daños a otras personas, tal como hizo con mi policía y el señor Lutz.

—Hablaré con Dan y lo llamaré —dijo Ami.

—De acuerdo. Una cosa más.

—¿Sí?

—Quiero disculparme por mi mala entrada del primer día, señora Vergano. No la conocía, y sinceramente pensé que estaba tratando de convencer a Morelli para llevar su caso. No debería haber llegado a conclusiones precipitadas, lo reconozco.

A Ami le sorprendió aquella disculpa, pero seguía enfadada con Kirkpatrick y respondió:

—En eso tiene razón, no debería.

—Ya le he dicho que lo siento. He investigado un poco. Y tiene usted buena reputación.

—Lo llamo en cuanto sepa algo —zanjó Ami, que colgó tras despedirse, y miró por la ventana.

«Bueno, bueno —pensó—. Los milagros existen».

Tal vez se hubiera equivocado con Kirkpatrick y no era un imbécil total. Recordó lo que Betty Sato le había dicho sobre su esposa. Ami sabía qué significaba perder a un ser querido, a un cónyuge. Era algo que te cambiaba la vida. Cogió una de las fotos de Ryan y la levantó un poco. Su hijo era tan guapo, y tan bueno… Ami había perdido a Chad, pero tenía la inmensa suerte de poder amar a Ryan. Kirkpatrick no tenía un hijo que lo consolara por la pérdida de su mujer, y el trabajo se había convertido en toda su existencia, un trabajo, además, que consistía en tratar con los horrores que lo peor de la sociedad imponía sobre hombres, mujeres y niños inocentes. Era inevitable volverse duro y desconfiado si te pasabas el día pensando en eso. Ami cerró los ojos, y le dio las gracias a Dios por haberle dado a Ryan. Tras la muerte de Chad, había sido el niño quien le había impedido volverse loca y le había infundido esperanzas. Sin él se habría sumido fácilmente en la desesperación.

A pesar de todo lo que le había pasado, sabía que era afortunada por tener a alguien tan especial como su hijo.

Ami se concentró de nuevo en la mesa de trabajo y abrió el archivo de Cari Rice. En su interior encontró el número del hotel de Ray Armitage, en Boulder, Colorado. No contaba con la experiencia suficiente como para saber si la oferta de Kirkpatrick era buena o mala, pero un abogado defensor experimentado sí podría decírselo. Afortunadamente, Armitage se encontraba en su habitación. Ami prefirió no hablarle de las novedades del caso, excepto de la oferta de Kirkpatrick. El abogado de la defensa opinó que le parecía buena, pero que no podía aconsejar nada a Rice hasta que estudiara los hechos con mayor detalle. También informó a Ami de que se habían producido novedades en el caso del esquiador olímpico, y que tendría que permanecer en Colorado tres días más. Le prometió llamarla tan pronto como supiera cuándo regresaría a Portland, y le aseguró que estaba muy interesado en el caso de Rice.

Ami colgó. No le apetecía seguir siendo la abogada de Rice. El caso le venía demasiado grande, y el artículo que acababa de leer en el *Baltimore Sun* le preocupaba. Si su cliente había sido apartado del ejército por problemas mentales, tal vez el doctor French tuviera razón y toda aquella historia increíble sobre una unidad secreta dirigida por un candidato a la presidencia del país fuera pura fantasía. Su esperanza había sido pasarle a Ray Armitage la misión de descubrir la verdad sobre aquel hombre. Pero ahora tendría que resistir un poco más.

Diecinueve

Cuando llegó al trabajo al día siguiente, Ami se encontró un mensaje de George French en el que le pedía que acudiera a su consulta lo antes posible. De modo que, mientras atravesaba la ciudad en coche, iba nerviosa, y el gesto serio del doctor French al saludarla en la sala de espera no la tranquilizó.

—Mi amigo me ha enviado por fax una copia del historial militar de Rice —informó el psiquiatra mientras conducía a Ami a su despacho—. Y no te va a gustar.

—A ver…

Una vez sentados, French le alargó un documento oficial con el encabezamiento: «Informe sobre traslado o suspensión». Mientras Ami lo hojeaba, el psiquiatra le resumía en pocas palabras su contenido.

—Cari Rice fue reclutado en la zona de San Diego y perteneció a las Fuerzas Especiales. Tras un año aprendiendo vietnamita en la Escuela de Idiomas de Fort Meyer, lo enviaron a Vietnam, donde entró en combate. Tras aquella misión, Rice fue hospitalizado por estrés relacionado con el combate. Cuando obtuvo el alta, regresó a Estados Unidos y se le asignó un empleo de profesor de lenguas, también en Fort Meyer. Exceptuando esa incursión en Vietnam, en su ficha no figuran más acciones en el extranjero.

French señaló un sector del informe donde se indicaba la graduación de Rice en el ejército.

—¿Recuerdas que nos dijo que era capitán? —Ami asintió—. Pues según esto, era sargento.

—No tengo la menor idea de los rangos en el ejército. ¿Hay una gran diferencia?

French se echó a reír.

—Una diferencia enorme, Ami. Un sargento es un suboficial, y un capitán un oficial de carrera. La graduación de capitán es muy superior.

French le entregó a Ami otro documento y la invitó a leer bajo el epígrafe titulado «Conducta».

—¿Qué es?

—Ahora viene lo peor. A Rice lo expulsaron del ejército por llevar la insignia de capitán y un uniforme que no le correspondía, sin autorización.

French entregó a Ami, a continuación, un informe psiquiátrico del Hospital General Walter Reed firmado por el capitán Howard Stienbock.

—¿Y esto?

—Léelo.

Ami empezó a hacerlo, y a medida que avanzaba en la lectura iba sintiéndose cada vez peor.

Certifico que Carl Ellis Rice, hombre, blanco, de 31 años, en servicio activo durante aproximadamente 14 años, fue examinado por mí los días 7 y 15 de marzo de 1985 en el Hospital General Walter Reed a petición del comandante de su compañía.

1. Historia relevante: En varias ocasiones, Rice fue acusado de llevar los galones y las cintas de capitán en las clases de vietnamita que impartía. Rice declaró que esos episodios tuvieron lugar después de que una mujer lo rechazara y de la que no quiso revelar la identidad, limitándose a afirmar que se trataba de la hija de un general del ejército de Estados Unidos. Rice declaró que había llevado los galones porque,

en efecto, era capitán, aunque se trataba de un hecho que se mantenía en secreto, y en los archivos militares constaba como sargento. Al pedírsele que diera razón de tal discordancia, Rice se negó, alegando que yo no estaba autorizado a recibir dicha información. Con todo, me informó de que con frecuencia era enviado a realizar misiones altamente secretas. Mis intentos por lograr que clarificara tales comentarios obtuvieron sonrisas o negativas verbales por respuesta, justificadas basándose en la «seguridad nacional».

2. Estado mental: Rice aparece como individuo de 31 años en estado de hiperalerta. No se hallaron pruebas de disfunción cerebral orgánica. Su estado anímico es depresivo, habla despacio y en voz baja, lo que dificulta la comprensión. No existen pruebas de que los episodios en los que supuestamente se puso los galones de capitán tuvieran lugar mientras se hallaba en un estado de disociación. Rice fue hospitalizado durante un acto de servicio en Vietnam por estrés relacionado con acciones de combate y por depresión.

3. Hallazgos y conclusiones:

A. Diagnóstico: Trastorno de personalidad paranoide unido a posibles ilusiones paranoides como resultado de estrés por acciones de combate, exacerbadas por recientes problemas personales. Concluyo que Rice pudo sentir que era un fracasado en el combate y puede haber creado una construcción ilusoria según la cual él es un capitán enviado a coordinar misiones secretas, como compensación a sus sentimientos de ineficacia. Sin más información no estoy capacitado para aportar un diagnóstico definitivo, y Rice se ha negado a cooperar conmigo.

B. El sujeto es capaz de distinguir el bien del mal, y de optar por el bien. Es mentalmente capaz de participar en su propia defensa.

C. El sujeto es apto para realizar las acciones que sus mandos estimen oportunas.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó Ami.

—Es sólo una suposición, pero imaginemos que Rice deseaba restablecer su relación con Vanessa Wingate después del encuentro

en Washington. Pero ella no estaba interesada en él del mismo modo que cuando eran adolescentes. Rice sabía que ella odiaba a su padre, y sospechaba que había hecho toda clase de fechorías, incluido el asesinato de su madre, de modo que para recuperarla inventó toda esa historia de que el general le había ordenado cometer aquellos crímenes. Tal vez —si se encontraba en un estado paranoico—, incluso se lo creyera.

—He consultado el anuario de la Escuela Preparatoria de Saint Martin —intervino Ami—. Rice se graduó con la promoción de 1971, con Vanessa.

—Eso no quiere decir que llegara a ser su amante en el instituto —puntualizó French—. Pero, sea o no cierto, parece que él sí cree que fueron amantes. Si estaba obsesionado con ella, es posible que la viera acompañada del congresista Glass y pensara que eran amantes. Tal vez imaginara que Glass era un rival que se interponía entre él y el objeto de su deseo. Ello podría explicar que se sintiera deprimido. También es posible que se convenciera de que Vanessa volvería a ser suya si eliminaba aquel obstáculo, lo que serviría para explicar que asesinara al político.

Veinte

Vanessa no estaba en su habitación cuando Ami telefoneó al hotel, de modo que le dejó otro mensaje. Su cliente le devolvió la llamada poco antes del mediodía, y decidieron comer juntas en la Brasserie Montmartre, un restaurante que quedaba a pocas calles del hotel de Vanessa, y al que Ami podía ir a pie desde el bufete. Al llamar para que les guardaran una mesa, Ami pidió un reservado, pues quería garantizarse cierta privacidad, y cuando llegó al local, Vanessa ya la esperaba.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo la abogada apenas hubieron pedido—. En primer lugar, hablé con Ray Armitage. Parece que hay novedades en su caso de Colorado, y no regresará a Portland en otros, dos días. Y en segundo lugar, el fiscal del distrito nos ha hecho una oferta.

—¿De qué se trata?

Ami le expuso lo que Brendan le había ofrecido, y Vanessa se puso tensa.

—De modo que Dan tendrá que ir a la cárcel si acepta esa propuesta.

—Me temo que sí —admitió Ami.

—¿Y si la rechaza? ¿También lo encerrarán?

—Sí, a menos que Armitage convenza al juez para que establezca una fianza tan baja que Dan pueda pagarla. De no ser así, ingresará en prisión, a menos que sea declarado inocente.

—¿Cuándo se sabrá algo de la fianza? —preguntó Vanessa.

—Armitage me dijo que fijaría una vista de inmediato para saberlo, pero que necesitaba algo de tiempo para digerir los hechos, hablar con Dan, localizar a los testigos, etcétera. Tal vez debamos esperar una semana, aproximadamente.

—Una semana…

Vanessa permaneció pensativa mientras la camarera dejaba los platos sobre la mesa, y cuando se hubo ido, Ami la miró fijamente.

—¿Es hija de Morris Wingate? —Vanessa vaciló—. ¿Fue al instituto con Cari?

Vanessa no logró ocultar su sorpresa y preguntó:

—¿Le ha revelado su verdadero nombre?

Ami asintió.

—Y sé que los dos se graduaron en 1970. Lo he comprobado en el anuario de Saint Martin.

—¿Qué más ha averiguado?

—He consultado con un psiquiatra, que aceptó entrevistarse con Cari —refirió Ami—. Nos preocupa su salud mental.

—Entiendo.

—Vanessa, Carl me ha contado cosas muy inquietantes. Si tengo que ayudarlo, debo saber si son ciertas.

—¿Qué le ha contado?

—No puedo revelárselo, porque nuestras conversaciones están protegidas por el secreto profesional; y además no quiero hacerlo, porque quiero ver si los dos cuentan la misma versión. Ello me ayudará a valorar cuál es el estado mental de Cari.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué relación tuvieron en el instituto?

El gesto de Vanessa se ensombreció.

—Una relación muy intensa durante el último año —respondió en voz baja—. Y terminó cuando lo llamaron a filas.

—¿Por qué terminó?

Vanessa clavó la vista en la mesa.

—Cari había obtenido una beca para estudiar en Dartmouth. Era su sueño. De haberlo querido, podría haber solicitado una prórroga para poder seguir estudiando y evitar así la incorporación. Pero mi padre lo convenció para que se incorporara a filas. Y yo sentí que, entre mi padre y yo, Cari lo había escogido a él. —Alzó los ojos y los clavó en los de Ami—. Lo odié por ello.

—¿Cuándo volvieron a verse?

—En 1985, en Washington. Fue por casualidad. —Vanessa respiró hondo—. Yo había quedado con alguien en un restaurante, y él también tenía una cita allí. Me reconoció y vino a saludarme. Una semana después, comimos juntos.

—¿Y empezó a salir con él?

—Yo no lo llamaría salir. Cenábamos juntos de vez en cuando. A veces venía a buscarme a la salida de clase, y nos tomábamos un café. Era todo estrictamente platónico.

—¿Cuánto tiempo duró eso, Vanessa?

—Unos meses.

—¿Y por qué dejaron de verse?

—Cari desapareció unas semanas. —Vanessa comió un poco de ensalada. Era evidente que sopesaba qué más debía contar.

—¿Se preocupó al ver que Cari dejaba de frecuentarla?

—Al principio no. Como le he dicho, no salíamos juntos. Era sólo un viejo amigo. Vivimos un amor de adolescencia, pero había transcurrido mucho tiempo, parecía que hubiera sido en otra vida. Yo me había casado y me había divorciado. Desde nuestro paso por el instituto habían sucedido muchas cosas. Yo echaba de menos verlo, porque era buena persona, pero también me parecía que él esperaba más que yo de nuestra relación. Supuse que se había dado cuenta de que mi grado de implicación era menor que el suyo y que había decidido alejarse en vez de enfrentarse a mi rechazo.

—De modo que usted no sintió nada por él cuando volvió a verlo en Washington… —Se arriesgó a decir Ami.

—Si me hubiera propuesto que nos acostáramos juntos, le habría dicho que no. —Vanessa suspiró—. Para serle sincera, en esa época, me gustaba estar con él, pero…, bueno…, era sargento del ejército. Si se licenciaba, trabajaría como profesor de idiomas, y tal vez algún día obtuviera plaza en alguna universidad. Yo pasaba mis días en el Congreso, rodeada de personas muy dinámicas que trabajaban en grandes proyectos nacionales e internacionales, y por las noches compartía las clases con brillantes alumnos de derecho que no tardarían en comerse el mundo. Cari era divertido, pero no veía ningún futuro con él.

—¿Volvió a ver a Carl? —Vanessa permaneció en silencio largo rato—. ¿Se presentó en su apartamento un día, de madrugada?

—Sí.

Ami sonrió.

—Se diría que le estoy arrancando los dientes. —Vanessa no le devolvió la sonrisa—. Cari me ha hablado de la Unidad.

—Gracias a Dios —suspiró Vanessa. Y entonces empezó a hablar —. Me contó que pertenecía a un grupo secreto del ejército formado por un número reducido de hombres altamente entrenados, dirigidos por mi padre. Aunque oculto, pertenecía a la Agencia para la Coordinación de Datos Reservados, y se dedicaba, entre otras acciones ilegales, a cometer asesinatos. Me dijo que acababa de volver de una misión en la que, cumpliendo órdenes, había asesinado a dos personas. Quería abandonar esa clase de vida. Estaba desesperado.

—¿Trató usted de ayudarlo?

—Sí. Yo sabía que mi padre despachaba a veces en nuestra casa de California. Hay una caja fuerte en su refugio. Un día yo estaba allí, con él, y vi cómo la abría. Lo hizo sin cubrirse, y yo memoricé la combinación. Mi padre estaba en Washington, de modo que cogí un avión de noche, me planté en nuestra casa y registré el despacho de mi padre. En la caja fuerte encontré las fichas de diez hombres.

—¿Eran los miembros de la Unidad?

—Nada en las fichas relacionaba a aquellos hombres con la Unidad de la que Cari me había hablado —puntualizó Vanessa—, pero supuse que debían de ser sus miembros, pues Cari se encontraba entre ellos, y su grado de formación era altísimo.

—¿Qué hizo con las fichas, Vanessa?

—Sabe muy bien qué hice con ellas.

—Necesito que sea usted quien me lo cuente —indicó Ami.

—Se las llevé a Eric Glass. —A Vanessa se le quebró la voz—. Era un hombre muy decente. —Dio un sorbo al agua—. Eric formaba parte del comité de la Casa Blanca y tenía un conocimiento general del mundo del espionaje. Le conté lo que Cari me había revelado sobre la Unidad. Eric pensaba encargar a uno de sus funcionarios subalternos que llevara a cabo una investigación sobre los hombres cuyas fichas habían aparecido en la caja fuerte de mi padre.

—¿Ese encuentro entre ustedes dos se produjo en Lost Lake la noche en que el congresista fue asesinado?

—Fue Cari quien lo mató —balbució Vanessa con un hilo de voz, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla—. Torturó a Eric para que le diera las fichas, y después le cortó el cuello.

—¿Usted lo vio?

Vanessa asintió, despacio.

—Había tanta sangre… Y la expresión de Eric…

—¿Qué pasó con usted cuando llegó la policía? —prosiguió Ami.

—Los recuerdos que conservo de esa noche son confusos. Casi todos ellos los he bloqueado en mi mente. Conservo destellos, instantáneas. Pero sí recuerdo con gran claridad lo que me hizo mi padre. —La tristeza de Vanessa se vio sustituida al momento por un gesto amargo—. Me encerró en un hospital psiquiátrico, y pasé un año entero en el infierno. Se aseguró de que nadie, nunca, creyera una sola palabra que pudiera decir sobre la Unidad. —Se llevó un dedo a la frente—. Llevo un sello enorme aquí grabado, en el que está escrito «Paciente de psiquiátrico. Caso de demencia».

»Cuando salí de aquel lugar era adicta a todos los medicamentos que me daban y estaba incapacitada para trabajar. —Apretó mucho los dientes, y Ami se dio cuenta de que su rabia iba en aumento—. No tiene idea de lo que he tenido que vivir.

—Vanessa, ya sé que no quiere creerlo, pero existe otra explicación posible de la Unidad que no implica a su padre. El psiquiatra que se entrevistó con Cari cree que puede padecer un trastorno mental atípico llamado estado paranoide. Según mi experto, ello podría explicar todo este caso. Cari podría sentirse tan perturbado que ha llegado a creer que perteneció a una unidad secreta dirigida por su padre. Y por eso su historia parece tan verosímil.

—¿Entiende ahora a lo que me enfrento? —dijo Vanessa—. ¡Nadie me cree! Pero yo sé que mi padre dirigía la Unidad. Es un malvado. Y ahora tengo la oportunidad de demostrarlo. Tengo un testigo dispuesto a contar al mundo entero cómo es mi padre en realidad. Pero debo sacarlo de la cárcel antes de que lo maten. Mi padre puede enterarse en cualquier momento de que Cari Rice está vivo y enviar a sus hombres en su búsqueda.

—Cari se encuentra perfectamente a salvo —explicó Ami—. Está encerrado en el sector de seguridad del hospital, custodiado por un policía. Nadie tiene acceso a él.

Por un momento Ami pensó que Vanessa iba a rebatir lo que había dicho, pero ésta se calmó de pronto.

—Supongo que tiene razón —admitió—. Seguramente Cari está a salvo en la zona custodiada del hospital.

—Lo está, trate de mantener la calma. Ray Armitage es el mejor abogado y no tardará en hacerse cargo del caso. A partir de entonces veremos algún resultado. ¿De acuerdo?

Vanessa asintió.

—Siento alterarme tanto. Usted está haciendo muy bien su trabajo.

Ami sonrió, aunque estaba convencida de que, desde su súbito cambio de humor, no había sido sincera en nada de lo que había dicho.

Después de comer, Ami regresó a su bufete y repasó todo lo que sabía sobre el caso de Rice. No se le ocurrió nada nuevo hasta que releyó el informe psiquiátrico del capitán Howard Stienbock. Aquel médico había llegado a la conclusión de que Cari sufría un trastorno mental en 1985. Ese testimonio serviría para determinar que los problemas psiquiátricos de su cliente eran antiguos, en el caso de que Ray Armitage decidiera alegar demencia en la defensa.

Ami marcó el número del hospital Walter Reed por si Stienbock seguía trabajando allí. El nombre no aparecía en el listado de la telefonista, que le pasó con el departamento de personal. Tras tenerla esperando quince minutos, a Ami la informaron de que el doctor Stienbock había fallecido.

—¿Cuándo murió?

—En diciembre de 1985.

De modo que aquella muerte había tenido lugar pocos meses después de que redactara el informe de Rice.

—¿Y cómo murió? —preguntó Ami.

—Esa información no figura en su ficha.

—¿Estaba casado? Podría llamar a su esposa.

—Era soltero —dijo la voz del teléfono.

—¿Consta el nombre de algún familiar?

—Lo siento, pero no puedo facilitarle esa información.

Ami dio las gracias a la mujer, colgó y regresó al ordenador para realizar una búsqueda sobre el doctor Howard Stienbock y el hospital Walter Reed. Encontró pocas entradas, pero una de ellas correspondía a un artículo, aparecido en el *Washington Post*, sobre un accidente mortal en el que su causante se había dado a la fuga, y que había costado la vida a un psiquiatra del hospital Walter Reed.

Según la nota de prensa, y la necrológica de Stienbock, el médico había formado parte de las Fuerzas Especiales durante la guerra de Vietnam, y había llegado a entrar en combate, aunque no se especificaba de qué tipo.

Ami apartó la vista del ordenador y la clavó en la pared. La muerte de Stienbock no demostraba nada, excepto que no podría ser llamado a declarar en calidad de testigo. Pero su relación con las Fuerzas Especiales daba que pensar, lo mismo que el hecho de que el causante del accidente que costó la vida al médico no hubiera sido detenido.

Con todo, Ami no tenía más pruebas de que Cari Rice había formado parte de una unidad secreta del ejército que antes de su hallazgo sobre el doctor Stienbock. La convicción de Vanessa de que la Unidad había existido se basaba en las afirmaciones de Cari Rice, que podían ser inventadas. La única prueba que podía aportar la hija de Wingate era un conjunto de fichas militares que no podía aportar, y que podían haber estado en la caja fuerte del general por motivos inocentes. Pero ¿y si Cari no mentía? ¿Cómo podía demostrarse que la Unidad existía, cuando todo vestigio de ella había sido suprimido?

Entonces se le ocurrió algo: según Vanessa y Cari, después de que éste confesara sus actividades en el seno de la Unidad, los dos sólo se vieron una vez, apenas unos segundos, en casa del congresista Glass. Si eso era así, ¿cómo se había enterado Cari de la existencia de las fichas militares que Vanessa había robado de la caja fuerte de su padre? Si aquellas fichas existían, y si Vanessa no le había hablado de ellas, sólo había otra persona que podía haberle hablado de ellas: el general Morris Wingate.

Ami intentó pensar en alguna otra posibilidad. Tal vez Cari hubiera visto las fichas mientras torturaba a Glass en el despacho de éste. Pero entonces ¿por qué lo habría llevado hasta allí? ¿Por qué no lo torturó en su dormitorio, donde lo encontró?

Ami se preguntaba si aparecería alguna mención a aquellos documentos militares en los informes oficiales del asesinato. Si

todavía se encontraban en el despacho de Glass cuando llegó la policía, su existencia demostraría que la historia de Cari era falsa. Pero sería una prueba a su favor el que aquellas fichas no figuraran en el inventario llevado a cabo por la policía y reflejado en el informe.

Ami tomó una decisión rápida: el hijo de Mary O'Dell, Bobby, era el mejor amigo de Ryan. Le pediría si su hijo podía pasar con ellos uno o dos días. Si cogía un vuelo a San Francisco esa misma noche, llegaría al departamento de policía de Lost Lake a primera hora de la mañana.

Veintiuno

Vanessa sabía que el doctor Ganett estaría en su despacho a las seis de la tarde, porque había llamado antes, haciéndose pasar por Sheryl Neidig, para decirle que tenía muy buenas noticias y que deseaba comunicárselas personalmente. Ganett se mostró más que dispuesto a recibirla, y aceptó esperarla en el hospital. Vanessa se puso la peluca, unos pantalones negros y una blusa azul de seda que entallaba su figura. También llevaba gafas de sol, y esperaba que Ganett creyera que se trataba de una manía de Hollywood.

Cuando se le ocurrió el plan, no contó con lo nerviosa que se pondría cuando llegara la hora de llevarlo a cabo. Al llamar a la puerta del despacho, sintió unas ligeras náuseas y se percató de que le temblaba la mano. El médico la hizo pasar y la invitó a sentarse.

—Acabo de recibir una noticia fabulosa de Los Ángeles —dijo Vanessa, esforzándose por disimular el temblor de su voz—. La Fox está como loca con la idea de realizar un telefilme sobre el caso de Daniel Morelli y los problemas de las ligas infantiles, y se han mostrado muy interesados en que usted sea nuestro asesor. También están considerando (y muy seriamente, añadiría yo) la posibilidad de que aparezca en un papel, y no me refiero a un cameo.

A Ganett se le iluminó el rostro.

—Suena emocionante.

—Pero hay un problema. Cuando se ruedan estas películas basadas en hechos reales hay que actuar deprisa, para que el caso

todavía esté fresco en la mente de los espectadores cuando se emita. —Ganett asintió, comprensivo. Vanesa prosiguió—: Bob Spizer, mi jefe, quiere que empiece de inmediato con las localizaciones. —Vanessa extrajo una cámara digital del bolso enorme que llevaba—. Ya he tomado fotos del hospital, pero me hacen falta algunas de la zona de seguridad para enviarlas a Los Ángeles. Son para el guionista. —Vanessa se echó hacia delante y bajó la voz—. Nick Battaglia está metido en el proyecto. Es una gran suerte contar con él, porque casi siempre está ocupado. Pero resulta que se encuentra entre dos proyectos, y tenía unos días libres. —Ganett volvió a asentir, aunque no había oído hablar de Nick Battaglia en su vida…, y no era de extrañar, pues Vanessa se había inventado aquel nombre—. Nick visualiza las escenas antes de escribirlas. Así es él, un verdadero artista. A veces es duro trabajar con él, pero el producto acabado es siempre de primera calidad. En cualquier caso, ya sé que es tarde, pero me preguntaba si podría llevarme hasta la zona custodiada donde se encuentra Morelli.

—No puedo llevarla a su habitación —se excusó el doctor.

—No, claro… —Vanessa hizo una pausa, como si acabara de ocurrírsele una idea—. ¿Hay alguna habitación vacía en la zona custodiada que sea parecida a la suya?

—Sí. Podría dejar qué viera una de ellas.

—Genial. Tendré listo un contrato para usted en uno o dos días. Quizá prefiera que un abogado le eche un vistazo antes de firmar. No sé exactamente cuánto dinero le ofrecerán por su trabajo de asesor, pero yo pienso hablar muy bien de usted.

Mientras subían hasta la zona de seguridad, Vanessa no dejó de acribillar a preguntas al médico para mantenerlo ocupado y tener tiempo de revisar mentalmente el plan que se le había ocurrido después de que Ami le contara lo fácil que le había resultado acceder a Cari.

Cuando el ascensor se detuvo, Vanessa dejó que Ganett la guiara. Estaba tan nerviosa que se sentía algo mareada. Esperaba

que el doctor no se fijara en que había empezado a sudar.

—Eh, James —le dijo a un joven negro y flaco apostado junto a la mesa.

—Buenas noches, doctor Ganett.

—Ésta es Sheryl Neidig. Trabaja en una productora de Hollywood. Van a rodar una película sobre el caso de la liga infantil.

—¿En serio?

—El doctor Ganett va a asesorarnos en los aspectos técnicos —añadió Vanessa, dedicando a James la mejor de sus soné risas.

—Déjanos entrar, ¿de acuerdo? Sheryl tiene que tomar unas fotos en la zona custodiada. Son para el guionista.

Vanessa no sabía si el guardia querría revisarle el bolso, aunque estaba segura de poder echar mano a la pistola antes de que él tuviera tiempo de reaccionar.

—Sí, claro —dijo James, que esbozó una sonrisa de oreja a oreja, dedicada a Vanessa—. Si les hace falta algún extra, cuenten conmigo.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella, mientras él hablaba por radio. Al cabo de un momento, otro auxiliar de enfermería, en este caso alto y rubio, con cuerpo de levantador de pesas, abrió la puerta desde el interior.

—¿Cuál es el procedimiento para salir? —preguntó Vanessa entre risas—. No me gustaría nada quedarme aquí encerrada.

—Mack tiene las llaves del reino, ¿verdad, Mack? —dijo el doctor Ganett.

—No se preocupe —respondió Mack, esbozando una sonrisa pícara—, seguramente la dejaremos salir.

Vanessa se rió y preguntó algo más al médico, que le respondió con un comentario general sobre el tipo de paciente que recibía tratamiento en la zona custodiada, mientras Mack los llevaba desde la entrada hacia la habitación de Cari Rice.

—¿Cómo se abren estas puertas? —preguntó Vanessa cuando ya casi habían llegado junto al policía que custodiaba la puerta de Cari,

haciendo esfuerzos por mantener el temple en la voz.

El auxiliar de enfermería sacó un juego de llaves.

—Como ha dicho el doctor, yo tengo las llaves del reino.

—¿Y esas llaves abren todas las habitaciones? —preguntó Vanessa.

—Hay una única llave maestra —respondió Mack, mostrándosela.

Llegaron a la habitación del detenido, y Ganett presentó a «Sheryl» al agente y le explicó por qué se encontraba en la zona custodiada. El policía pareció impresionado.

—¿Puedo echar un vistazo a la habitación? —le preguntó Vanessa.

—Claro.

Ella miró por la ventanilla que se abría en la parte superior de la puerta. Cari estaba tendido en la cama, y la miraba, aunque no pareció reconocerla. Vanessa se retiró de la puerta.

—¿Podría echar un vistazo a alguna de las habitaciones vacías? —Solicitó.

Mack miró a Ganett, que movió la cabeza en señal de asentimiento. El auxiliar abrió el grueso portón metálico de la habitación contigua. Era idéntica a la de Cari, excepto por la cama, que sólo tenía el colchón. Al entrar, Vanessa formuló a Ganett y al auxiliar algunas preguntas más, pero entonces hizo una pausa, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Agente —llamó al policía—. ¿Podría entrar un momento? Así podría hacer una foto para enviársela al guionista, que deberá describir el guardia al departamento de vestuario.

—Sí, por supuesto —respondió el policía, más que dispuesto a cualquier cosa que rompiera la monotonía de su trabajo.

La respiración de Vanessa era tan acelerada que estaba convencida de que el agente la oiría al pasar junto a ella. Tan pronto como los tres hombres estuvieron en la habitación, Vanessa cerró los ojos un segundo para recomponerse, pero seguía temblando como una hoja cuando extrajo la pistola del bolso.

Los hombres la miraron, perplejos, y el policía acercó la mano a su arma.

—Lo mataré si la toca —dijo Vanessa, sorprendida por la calma con que pronunció aquellas palabras—. Si colaboran, nadie resultará herido. —El tiempo se detuvo mientras los hombres decidían qué hacer. Vanessa rezaba para que no la atacaran, porque no sabía si sería capaz de apretar el gatillo. El policía se había quedado helado, pero Mack parecía a punto de saltar—. No lo haga, Mack —le soltó Vanessa, apuntándole al estómago—. No quiero matarlo ni dejarlo paralítico.

—Pero…

Mack vaciló, y ella supo que había ganado la partida.

—Tiéndanse los tres boca abajo, con las manos y las piernas separadas.

Los hombres obedecieron, sin dejar de mirar la pistola.

—Sheryl, ¿qué está pasando? —preguntó Ganett mientras se agachaba.

Vanessa no se molestó en responderle.

—Mack, empuja las llaves y la radio en mi dirección, y no quiero ni un solo movimiento brusco. —Mack hizo lo que le pedía—. Agente, por favor, acérqueme el arma.

El policía obedeció.

—Aquí tiene.

—Ahora, los teléfonos móviles. —Vanessa vio a Ganett calculando sus posibilidades de resistirse, y apuntó hacia él su pistola—. Leroy, no me gustaría nada que muriera por culpa de un móvil. Le prometo que lo encontrará junto a la puerta. Ni siquiera pienso usarlos. —El doctor le acercó el suyo—. Muy bien, ahora les cuento de qué va esto. Yo los encierro aquí, pero vendré a verlos antes de salir. Si han cambiado de posición, los mato. Si no me dan problemas, no les pasará nada.

Tan pronto como cerró la puerta con llave, sintió tal alivio que le flaquearon las piernas. Tras echar un vistazo por la ventanilla para

cerciorarse de que los hombres no se habían movido, abrió la puerta de Cari, que clavó la mirada en la nueva visitante.

—Levántate, Cari. Nos vamos.

—¿Quién…?

—Soy Vanessa. Ponte en marcha. No tenemos tiempo para hablar. Acabo de encerrar a tu guardia, al auxiliar y al médico en la habitación contigua. Tenemos que sacarte de aquí.

Cari se levantó de la cama con esfuerzo. Había empezado a caminar hacía pocos días, pero todavía sentía las piernas entumecidas por la falta de actividad.

—Pero ¿cómo?…

—Cuando nos acerquemos a la entrada, mantente pegado a la pared —le dijo Vanessa—. El auxiliar qué hay del otro lado es más o menos de tu tamaño. Una vez que lo haya metido en la zona custodiada, te pondrás su ropa. —Extrajo una segunda pistola del bolso y se la entregó a Cari, sosteniéndola por el cañón—. Tómala.

Cari revisó el arma, comprobó que estaba cargada y se la llevó al costado con el cañón apuntando hacia abajo. Cuando se hallaban junto a la entrada de la zona custodiada, se pegó mucho a la pared para resultar invisible a alguien que mirara por la ventanilla. Vanessa se sorprendía al constatar que, ahora que Cari estaba con ella, se sentía más viva que nunca. Usó la llave maestra para abrir la puerta. James pareció sorprenderse al verla salir sola.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó.

Rice apareció entonces, y la sorpresa del vigilante fue mayúscula al ver que el detenido lo apuntaba con un arma. Hizo ademán de levantarse, pero Rice lo golpeó en la sien con el cañón de la pistola. El auxiliar se tambaleó y estuvo a punto de caer. Vanessa se arredró al ver la sangre, pero contuvo sus emociones. Rice sujetó al aturdido funcionario por el cuello de la camisa, lo metió en el pasillo de la zona custodiada y retiró los pies. James cayó al suelo.

—Desnúdate, y rápido —ordenó Rice. Cogió los pantalones y la camisa del auxiliar apenas éste se los hubo quitado. Mientras

Vanessa lo vigilaba, Rice se puso la ropa. A continuación lo arrastraron por el pasillo y lo encerraron en la habitación, junto con los otros prisioneros, que seguían en el suelo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Cari cuando se acercaban al ascensor—. ¿Es que no sabes el lío en el que acabas de meterte?

—Sé que te matarán si sigues aquí. Si a mí me ha resultado tan fácil entrar, imagina lo sencillo que les sería a los hombres de mi padre, una vez enterados de que sigues vivo.

—Habría preferido que me dejaras en paz.

—Le dije a Ami Vergano que no quería que te metieras en esto.

Vanessa sonrió.

—¿Y cuándo he hecho yo algo que me hayan ordenado hacer?

Cari le devolvió la sonrisa.

—Eso es cierto. Así pues, capitán, ¿cuál es el plan?

—El depósito de gasolina de mi coche está lleno, y vamos a salir de la ciudad. Una vez fuera, no tengo ni idea.

Veintidós

Ami cogió un vuelo de tarde a San Francisco y alquiló un coche al llegar al aeropuerto, poco después de medianoche. Le llevó dos horas llegar hasta Lost Lake, y durmió las pocas horas que la separaban del día en un motel de las afueras de la localidad. Cuando sonó el despertador de viaje, a las ocho, le pareció que tenía la cabeza llena de algodón. Después de la ducha se sintió algo mejor, y la sensación de bienestar aumentó cuando salió y aspiró el aire limpio y frío de la montaña.

Por detrás del motel se extendía uno de los brazos del lago, y Ami distinguió un jirón de azul entre los pinos. Caminó hasta el embarcadero que las inclemencias del tiempo habían teñido de gris. Algunas barcas, con el ancla echada, cabeceaban plácidamente, y unos pocos madrugadores pescaban en la otra orilla. Ami contempló los montes verdes que se alzaban tras el agua cristalina. Un halcón planeaba sobre su cabeza, bajo unas nubes blancas. Lo idílico del escenario hacía más incongruente la violencia que la había llevado hasta allí.

El centro de la población lo recorrían tres calles paralelas con edificios de una o dos plantas, que llevaban por nombre Main, Elm y Shasta. Mientras conducía por Main, la principal, Ami se fijó en varias tiendas de curiosidades y galerías de arte, y vio tres cafés en los que, según anunciaban, servían capuccinos señal inequívoca de que Lost Lake vivía del turismo. La comisaría del *sheriff* de la localidad se hallaba instalada en un edificio anodino, de cemento

pintado de marrón, que se alzaba en un extremo de Main Street. Ami aparcó y, antes de cruzar, esperó a que pasaran un camión de combustible y otro cargado con troncos de madera.

El área de recepción se limitaba a varias sillas tapizadas en polipiel arañada y vieja. Una división baja, de metal, la separaba de un espacio abierto lleno de mesas, también metálicas. A algunas de ellas se sentaban agentes uniformados. La recepcionista, una mujer corpulenta y alegre, vestida con una bata de estampado hawaiano, ocupaba la más cercana al muro divisorio. Cuando Ami entró, la recepcionista atendía la llamada de alguien que alertaba de la presencia de un oso en el jardín de algún residente, donde se encontraba rebuscando en la basura. Transcurridos unos segundos, colgó y dedicó a Ami una sonrisa amable.

—¿En qué puedo ayudarte, tesoro?

—Tengo una cita con el *sheriff*.

Minutos después, un hombre alto, ancho de hombros, con el pelo entrecano cortado a cepillo y ojos castaños apareció en el pasillo que conducía a la parte trasera de la comisaría. Llevaba el uniforme beis característico del departamento de policía de Lost Lake, y parecía rondar los cincuenta años.

—¿Señora Vergano? —preguntó, mientras abría la puerta de la valla que bloqueaba el acceso al resto del edificio.

—Sí —respondió ella, extendiendo la mano.

—Aaron Harney —se presentó el *sheriff* mientras se la estrechaba —. ¿Por qué no me acompaña a mi despacho?

Ami siguió a Harney hasta la zona trasera del edificio, y entró en una oficina forrada de madera. Las paredes estaban cubiertas con chapas enmarcadas, certificados y fotografías de Harney con el gobernador y otras personas conocidas, pero lo que destacaba entre todo lo demás era la cabeza disecada de un alce. Apoyada en una pared había una vitrina llena de libros de derecho y, sobre ella, alineados en varios estantes, se exhibían los trofeos de bolos y

sóftbol que la comisaría había ganado. Sobre la mesa grande y rayada de Harney había retratos de su esposa y sus cinco hijos.

El *sheriff* la invitó a sentarse, y él hizo lo propio.

—Ayer, por teléfono, me comunicó que quería hablar sobre el asesinato del congresista Glass que tuvo lugar aquí, en Lost Lake. Pero no fue demasiado clara sobre los motivos de su interés —dijo Harney.

—Tengo relación con un caso que, a la vez, podría estar relacionado con ese otro —apuntó Ami—. Y me gustaría saber más sobre el caso Glass, acceder a los archivos viejos, si es posible.

—Podría serlo, si me dijera por qué le interesa algo que sucedió hace más de veinte años.

—*Sheriff*, eso es trampa. Sabe muy bien que la ley me prohíbe revelar la información confidencial de mis clientes.

Harney asintió y dijo:

—Y usted sabe que las acciones encaminadas a la persecución de sospechosos por asesinato no prescriben.

—Ayer tarde dejé a mi hijo con una vecina y me vine hasta aquí en avión. Tengo que regresar a casa hoy mismo, de modo que no tengo tiempo de ir a los juzgados a consultar sus archivos. Si usted no quiere que los vea, se saldrá con la suya.

A Harney le gustó la sinceridad de su interlocutora. La mayoría de los abogados lo habría amenazado con echar sobre él todo el peso de la ley.

—¿Sabía que yo fui el primer agente en llegar al lugar del crimen? —La sorpresa se dibujó en el gesto de Ami—. Soy *sheriff* desde que Earl Basehart se jubiló, pero antes fui su ayudante durante muchos años. Si sumamos mi experiencia como policía militar en el ejército, llevo más de veinticinco años luchando contra el crimen. En todo ese tiempo he visto algunas cosas, pero aquélla fue la peor. El aspecto de Glass cuando lo encontré era algo que no olvidaré mientras viva. Me afectó mucho en su día, y todavía me

afecta. Ahora ya entiende por qué me mostré tan interesado cuando me llamó.

—Se trata del caso de «El Estado contra Daniel Morelli» —dijo Ami—. Tal vez haya oído hablar de él en televisión. A mi cliente lo acusan de apuñalar a un padre durante una discusión en un partido de béisbol de la liga infantil.

—Sí, he oído hablar del caso. Algo terrible. Pero ¿qué tiene que ver con el asesinato del congresista?

Ami suspiró.

—Me gustaría poder decírselo, pero no puedo. La ley me obliga a respetar la confidencialidad de mi cliente.

Harney miró fijamente a Ami, que le sostuvo la mirada, y al cabo se puso en pie.

—Vamos a dar un paseo en coche. Cuando regresemos, le dejaré consultar los archivos.

—Gracias, *sheriff*.

—Prefiero que me las dé más adelante…

Se montaron en el cuatro por cuatro del *sheriff* y condujeron durante quince minutos, que era el tiempo que se tardaba en ir de la comisaría a la urbanización del lago. Tan pronto como se pusieron en marcha, Ami le preguntó a Harney que recordaba de la noche en que Eric Glass fue asesinado.

—Recuerdo el grito. —Un escalofrío involuntario le recorrió la espalda—. Yo me encontraba en la otra orilla del lago, pero aquí, de noche, se oye todo. Ese grito me llegó al alma, como si alguien me hubiera puesto un cubito de hielo en la espalda.

—¿Fue Glass quien gritó?

—No. —El *sheriff* parecía alterado—. Supongo que él también gritaría, y mucho, a juzgar por sus heridas, pero el grito que oí yo era de mujer. Vanessa Wingate, la hija del general.

—¿Qué hizo después de oírlo? —preguntó Ami.

—Rodeé el lago lo más deprisa que pude y pedí refuerzos por radio. Al llegar a la casa eché un vistazo y encontré a la señorita

Wingate vagando por el bosque, como perdida. Me dio un susto de muerte. Si le soy sincero, pensé que era un fantasma. Llevaba puesta una camiseta larga, blanca, y miraba sin ver.

—¿Le dijo algo?

—Sí, sí. No dejaba de repetir: «Cari lo ha matado, Cari Rice».

—¿De modo que nunca existió duda de que el asesino era Rice?

Harney vaciló.

—Bueno…

—¿Alberga alguna duda, *sheriff*?

—No muchas, pero nunca encontramos una sola prueba física que confirmara la historia de la señorita Wingate. Parecía que alguien había amarrado un bote en la orilla, pero cuándo sucedió y quién lo hizo, son cosas que no logramos comprobar. La gente va en barco constantemente por el lago. A mí me pareció oír el motor de un fueraborda cuando me bajé del coche patrulla, pero no tenía por qué ser el del asesino. Podía ser el de cualquiera que quisiera aprovechar la noche de luna.

—¿Interrogó a las personas que viven alrededor del lago?

—Por supuesto —afirmó el *sheriff*—. Nadie admitió haberse acercado hasta allí esa noche, pero los chicos del pueblo entran en la finca constantemente, aunque, claro, no lo reconocerían.

—¿Hubo más sospechosos?

—Eso es obvio. Vanessa Wingate durmió en la casa esa noche, y su comportamiento era de lo más raro.

—Pero no la arrestó —concluyó Ami.

—Carecíamos de la causa probable. No estaba manchada de sangre, y nunca encontramos el cuchillo, lo que apuntaba a que el asesino se lo había llevado tras cometer el crimen. Si ella y el congresista hubieran sido amantes, tal vez habría tenido un motivo, pero ella negó que lo fueran. Al registrar la casa, vimos que, al parecer, ella dormía en la habitación de invitados. Glass lo hacía en una de esas camas de gran tamaño, y sólo un lado parecía deshecho. Habríamos querido hacerle más preguntas, pero el

general Wingate se llevó a su hija con muchas prisas, sin darnos tiempo a interrogarla.

—¿Qué quiere decir, *sheriff*?

—Lo que digo. Encontré el nombre de la señorita Wingate y una dirección de California en su bolso. Tardé un rato en localizar al general, pero le notificamos lo sucedido tan pronto como pudimos. Él nos dijo que se personaría en el hospital y, en efecto, al cabo de unas horas apareció. —Harney meneó la cabeza, aún impresionado al recordar la llegada de aquel hombre—. Menuda entrada. Aterrizó con su helicóptero, dos guardaespaldas y un psiquiatra que trabajaba en un centro llamado Serenity Manor. Apenas llegó, el general asumió el mando de todo. Así era él, uno de los hombres más impetuosos y carismáticos que he conocido. No dudo que será nuestro próximo presidente. Estar en su presencia es cómo encontrarse junto a un relámpago metido en una botella.

Circularon por una rotonda y Ami contempló unas inmensas letras metálicas, negras, pegadas a un muro bajo de piedra, en las que se leía: URBANIZACIÓN LOST LAKE. Harney se metió por una carretera asfaltada de dos carriles que serpenteaba unos cuatrocientos metros por entre un bosque de coníferas. Impedía el acceso a la finca una valla que subía y bajaba al introducir una tarjeta de acceso, o bien accionada por un guardia de seguridad apostado en una garita de ladrillo rojo. Ni la reja ni el guardia parecían garantizar demasiada seguridad. Cualquiera podía colarse a través del bosque, y aquel empleado era viejo, gordo y se movía con lentitud. Pero reja y guardia combinados ofrecían una fantasía de protección y cierto aire de exclusividad a los ricos propietarios de las casas caras que salpicaban las orillas del lago.

—Hola, Ray —dijo el *sheriff* Harney.

—*Sheriff* —respondió el guardia, acompañando el saludo con un movimiento de cabeza.

—Quiero dar una vuelta, si no te importa.

El guardia volvió a asentir, levantó la valla y les indicó que pasaran. Recorridos otros doscientos metros, Ami vio unos carteles que indicaban la dirección de la cabaña, más cercana a unas colinas bajas. A intervalos aparecían caminos que partían de la carretera. La mayoría de las casas quedaba protegida por pantallas de árboles que impedían su visión, pero de vez en cuando Ami adivinaba alguna mansión de veraneo, en su mayoría enormes, ranchos aparatosos, imitaciones de villas españolas, inmensas fortificaciones de piedra: parecía haber llegado a un campo de batalla arquitectónico.

—¿Qué le sucedió a Vanessa cuando su padre llegó al hospital? —preguntó, sin dejar de admirar el paisaje, pero concentrada en el relato del *sheriff*.

—Se le vino el mundo encima. Apenas el general entró en la habitación, empezó a gritar. Tuvieron que sedarla. Después, el psiquiatra que acompañaba a Wingate se entrevistó con los médicos del hospital. Y, sin previo aviso, nuestra testigo estrella se subía en ese helicóptero, y ya no volvimos a verla.

—¿No trataron de impedir que se la llevara?

—En realidad, no —admitió el *sheriff*—. Nosotros somos policías en un pueblo pequeño, y el general era un pez gordo. Earl comentó, sí, que ella era nuestro único testigo, y el general le prometió que su hija estaría disponible siempre que la necesitara. ¿Qué iba a decirle el *sheriff*? Wingate era su padre, y nuestro hospital no podía proporcionarle la atención psiquiátrica que necesitaba, según el doctor que lo acompañaba. —Harney se encogió de hombros—. Y eso fue todo. Bueno, exceptuando a aquel hombre del FBI.

—¿Quién?

—Se llamaba Victor Hobson, un tipo duro. El FBI se implicó, porque Glass era congresista, y a Hobson le asignaron el caso. Se presentó pocas horas después de que el general se fuera, y se mostró furioso al saber lo que Wingate había hecho.

—¿Se llegó a algún progreso en el caso? —inquirió Ami.

—En realidad, no. El general se llevó el historial de Rice, que había sido expulsado del ejército por razones psiquiátricas. Wingate nos dijo que se trataba de un joven profundamente perturbado. Al parecer, la señorita Wingate y él habían ido juntos al instituto, y él se enamoró de ella. Luego volvieron a encontrarse en Washington, donde la hija del general estudiaba derecho y trabajaba para el congresista. Wingate creía que Rice se obsesionó con ella, y seguramente mató a Glass porque creía que el político y ella eran amantes.

—¿Llegaron a detener a Rice?

—No. Nosotros emitimos un aviso de búsqueda, y el FBI lo mantuvo un tiempo en su lista de los diez hombres más buscados, pero yo ya no volví a saber nada más de él, salvo cuando se produjo el asesinato de un general en la Costa Este, del que Rice también fue considerado sospechoso. Y después de eso, nada más.

Apareció un camino, y Harney lo tomó. Al final de él se alzaba una cabaña de madera de dos plantas, situada al final de un campo de césped impecable, salpicado de parterres con flores.

—¿Es aquí?

—Me ha parecido que le gustaría ver el lugar, que en la actualidad es propiedad de la familia Reynolds —dijo el *sheriff*—. Él es banquero en San Francisco. Vienen mucho en verano, pero ahora están en Europa. No puedo dejarla entrar.

—Lo comprendo —aceptó Ami.

—Costó vender la casa tras la muerte de Glass. Ya imaginará el problema. Cuando los Reynolds la compraron, la redecoraron de arriba abajo y tiraron algunos tabiques. Yo la he visto, y no se parece en nada a como era antes. Pero el terreno sigue casi igual que entonces.

Ami se bajó del coche. El calor apretaba, y el aire de la mañana no se movía. Contempló la casa y se giró despacio, tratando de imaginar el aspecto que tendría en plena noche. El *sheriff* aguardó,

paciente, y siguió a Ami, que echó a andar en dirección a la entrada trasera.

—El embarcadero…

—Ese embarcadero ya estaba ahí ese día —dijo Harney señalándole una estructura de madera junto a la orilla—. Glass tenía un fueraborda que amarraba en él. Y ése es el sendero que conduce a la pista de tenis, y en el que encontré a la señorita Wingate.

Ami observó el embarcadero un instante, antes de concentrarse en el sendero que conducía a la pista de tenis. Imaginó a Vanessa Wingate vagando en la oscuridad con su camiseta blanca.

—¿Rice atracó allí?

—El sendero llega más allá de la pista, hasta una playa estrecha, rocosa, en la que se puede nadar o hacer *picnics*. Creemos que Rice atracó en ella.

—Todo es tan tranquilo, tan hermoso —dijo Ami—. Cuesta imaginar que fuera el escenario de un asesinato.

—Gracias a Dios, fue el primero y el único que hemos tenido aquí.

Ami regresó a la casa atravesando el césped. Las cortinas estaban corridas, pero entre éstas y el alféizar de una de las ventanas se adivinaba la cocina.

—Es nueva —observó Harney—. Los Reynolds instalaron la isla de trabajo y el horno de convección. Y esas encimeras de mármol tampoco estaban.

Ami se preguntó cuántas reformas debías hacer para que los fantasmas te dejaran en paz. Se alejó de la casa.

—Gracias por traerme, *sheriff*.

—¿Le ha servido de algo?

—No —dijo Ami—. Tal vez averigüe algo más leyendo los archivos.

Veintitrés

El archivo del caso Glass ya esperaba a Ami cuando ella y el *sheriff* Harney regresaron del lago. Ella lo revisó todo, incluidas las fotografías del lugar del crimen. Hasta ese momento, nunca había visto a un hombre asesinado, y el método empleado en el de Glass era tan espantoso que, tras contemplar las imágenes, se sintió algo mareado.

La única información nueva que obtuvo estudiando el archivo fue la confirmación de que, según el inventario realizado en casa de Glass, no se hallaron documentos militares. Así pues, o bien Vanessa mentía y no le había llevado aquellos papeles a Glass, o bien Rice se los había llevado en su huida. Algo a favor de Rice y Vanessa era que ambos habían relatado la misma versión sobre la existencia de aquellos historiales, y Ami estaba segura de que no habían podido hablar desde la detención de Cari. Aunque, por supuesto, el que Vanessa humera encontrado historiales con datos del personal militar en la caja fuerte de su padre, incluido el de Cari, no significaba necesariamente que la unidad secreta existiera.

Ami acababa de revisar aquel archivo cuando le sonó el teléfono móvil. Era Mary O'Dell la amiga que cuidaba de Ryan.

—Gracias a Dios que te encuentro —le dijo—. Debes volver a casa de inmediato.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, angustiada por si le había ocurrido algo a su hijo.

—La policía ha estado aquí. Y te busca.

—¿A mí? ¿Por qué?

—El hombre que vivía en tu casa se ha escapado. Sale en todos los informativos.

Ami se dirigió a toda prisa al aeropuerto de San Francisco y cogió el primer avión a Portland. El comisario Walsh le había dejado un número a Mary, y Ami lo había llamado mientras esperaba a que saliera su vuelo. Walsh le confirmó que, en efecto, su cliente se había fugado de la zona custodiada del hospital, pero no quiso facilitarle más información por teléfono.

Walsh envió a un agente al aeropuerto, que la esperaba junto a su puerta de embarque cuando Ami aterrizó en Portland. Los equipos de televisión y las dotaciones policiales, mayores en número de lo habitual, se sumaban al caos inherente a todo hospital. El escolta se abrió paso entre la multitud que aguardaba en el vestíbulo, y que se congregaba junto a los ascensores. El de Ami se detuvo al llegar a su planta, y ella se encontró frente a un grupo de forenses, agentes de uniforme y hombres trajeados. Distinguió a Brendan Kirkpatrick, que conversaba con un policía junto a la puerta de la zona custodiada, y que se detuvo a media frase al verla aparecer.

—Señora Vergano. Me alegro de verla —dijo secamente.

—¿Qué ha sucedido?

—Su inquilino ha escapado con ayuda de una mujer. Tiene suerte de que se encontraba en California, porque de otro modo ordenaría su arresto.

Ami, asustada, abrió mucho los ojos, y se quedó sin respiración.

—Yo no sé nada de todo esto. No lo he ayudado a escapar.

—¿A quién no ha ayudado a escapar, señora Vergano? ¿Cuál es el verdadero nombre de su cliente? ¿Y quién es esa mujer?

Ami se sentía fatal.

—No puedo responder a sus preguntas, Brendan. Mi cliente me reveló esos datos confidencialmente, y están protegidos por el secreto profesional.

—Eso ya lo veremos. Pienso llevarla ante un juez a primera hora de la mañana.

—Tiene que creerme —le suplicó Ami—. Le prestaría mi ayuda si pudiera.

Kirkpatrick se rindió y dejó escapar un suspiro.

—Ya vuelvo a hablarle a gritos. Discúlpeme. Es que estoy agotado y desesperado.

—Créame, cooperaría si pudiera. Le contaré todo lo que sé si el juez me insta a hacerlo.

De pronto, Ami cayó en la cuenta de que Cari se encontraba en una zona del hospital custodiada por un policía y al menos dos auxiliares.

—¿Hay algún herido? —preguntó.

—Su cliente golpeó a uno de los auxiliares de enfermería con un arma, y tuvieron que ponerle algunos puntos. Pero los demás están bien.

—¿Cómo escapó?

—La mujer fingió ser asistente de una productora de televisión, y convenció al doctor Ganett para que la dejara entrar en la zona custodiada. Me temo que el hombre no aprendió nada de su experiencia con usted —reflexionó Kirkpatrick y Ami se ruborizó—. La posibilidad de salir en la tele excitó tanto a los auxiliares que ni siquiera la registraron. Y llevaba dos pistolas en el bolso. Morelli y la mujer encerraron a todos en una habitación vacía, y no tenemos idea de dónde están ni de qué vehículo conducían.

Kirkpatrick estaba a punto de añadir algo más cuando Walsh salió del ascensor con gesto de preocupación.

—Discúlpenos, señora Vergano —dijo, y se llevó al fiscal a un aparte para que no pudiera oírlos.

Mientras Walsh le hablaba, Ami veía que Kirkpatrick se alteraba cada vez más. Lo oyó maldecir. Y entonces los dos hombres regresaron junto a ella.

—Basta de jueguecitos, Ami —soltó el fiscal, apenas controlando su mal carácter—. Necesitamos el nombre de la mujer, y cualquier cosa que pueda decirnos, y lo necesitamos ahora mismo.

—¿Qué ha sucedido?

—El doctor George French está muerto, ha sido asesinado —dijo Walsh.

Ami, horrorizada, sintió que le fallaban las piernas. Kirkpatrick la sostuvo por un brazo para impedir que se desplomara.

—Dele un poco de agua —sugirió el fiscal a Walsh mientras él ayudaba a Ami a sentarse en la silla de un auxiliar. Cuando el policía regresó con un vaso lleno, las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ami.

—Era un hombre extraordinario —sollozó.

Kirkpatrick miraba por la ventana, pero Walsh se arrodilló junto a Ami y le dio de beber.

—Tiene que ayudarnos, Ami —dijo—. ¿Sabe quién es esa mujer? ¿Tiene alguna idea de hacia dónde se dirigen?

—¿Qué le hace pensar que mi cliente mató al doctor French? —preguntó la abogada, en un tono con el que más bien parecía suplicar ayuda.

—No lo sabemos, pero la coincidencia es asombrosa.

Un pensamiento horrible cruzó la mente de Ami.

—¿Cómo… murió George?

Walsh parecía reacio a responder.

—Al parecer fue secuestrado en su casa y trasladado a su consulta.

—¿Le dispararon? —insistió ella, esperando que Walsh le confirmara que, en efecto, el psiquiatra había muerto de un disparo.

—No —Walsh vaciló de nuevo.

—Por favor, es importante.

—Lo torturaron, y le cortaron el cuello.

Ami cerró los ojos, mareada. Habría querido coger a Ryan y huir a alguna parte, lejos. Pero antes debía hacer algo.

—¿Me llevará al lugar del crimen?

—No creo que… —balbució Walsh.

—Por favor —insistió ella, recordando las fotografías que había visto en el archivo del caso Glass—. No puedo explicarle por qué, pero debo acudir al lugar del crimen.

Mientras se dirigían hacia allí, Ami supo que el cuerpo del doctor lo había hallado un encargado de la limpieza del edificio en el que French tenía su consulta. Enviaron un coche de policía a casa de French, donde apareció el cadáver de su esposa. Walsh creía que el matrimonio dormía cuando el asesino irrumpió en su casa. El dormitorio estaba revuelto, pero según el comisario el criminal no había encontrado lo que buscaba, porque se llevó al psiquiatra al centro de la ciudad; la caja fuerte y los archivadores de su despacho estaban abiertos, y todos los archivos esparcidos por el suelo.

Cuando llegaron al edificio, condujeron a Ami directamente a la consulta. Mientras dejaban atrás la recepción, Kirkpatrick se percató del olor nauseabundo que, como siempre, impregnaba también en ese caso el lugar del crimen, y que era el hedor de una muerte reciente. Miró a Ami, que estaba muy pálida y avanzaba algo tambaleante.

—¿Está segura de que quiere entrar? —le preguntó.

Ami asintió sin palabras, pues contenía el aliento para que el olor no llegara a sus fosas nasales. Esperaba ser capaz de reprimir el vómito.

Al llegar a la puerta del despacho Ami cerró los ojos con fuerza, y los abrió despacio para captar gradualmente la visión del cadáver. La habitación parecía un matadero. La sangre había salpicado la mesa

de centro y la alfombra. Se le revolvió el estómago, y la bilis le inundó la garganta.

Ami se concentró en los dos pies descalzos, atados con cinta aislante a las patas de una silla ubicada en el centro de la consulta y manchados de sangre. Alguien los había golpeado. Recordó que Cari Rice le había contado que sus carceleros vietnamitas tenían cierta tendencia a torturarle los pies. Su mirada ascendió. French llevaba unos pantalones de pijama teñidos de sangre. Ami tragó saliva, impaciente por terminar cuanto antes con todo aquello. Levantó la cabeza y miró lo que quedaba de George French. Lo habían atado a la silla con cinta aislante, mostraba el pecho desnudo y tenía el torso lleno de cortes. Además, le habían seccionado el cuello. Era como estar viendo una copia de la fotografía tomada en casa de Eric Glass.

La abogada salió a trompicones de la habitación. Kirkpatrick tuvo que sostenerla en su trayecto hasta la recepción. La llevó hasta el sofá y le alargó una botella de agua que había tenido la previsión de llevar consigo. Walsh y Kirkpatrick esperaron, nerviosos, a que Ami se calmara.

—¿Podría facilitarnos el nombre de la mujer y desvelarnos la verdadera identidad de Morelli?

La abogada parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—No sé qué hacer —dijo al fin—. Tendría que violar el secreto profesional —balbució entre sollozos.

—¿Podría decirnos al menos si algo de lo que acaba de ver en el despacho de French le hace pensar que el asesinato es obra de Morelli? —La presionó Walsh—. Eso sería idea suya, no una declaración de su cliente.

—Ha sido él. No puedo decirles por qué lo sé, pero lo sé.

—Brendan, lleve este dato ante el juez inmediatamente. Entretanto, esta noche mantendré a algunos hombres frente a la puerta de la señora Vergano.

—¿Por qué? —preguntó ella, incrédula.

—Morelli no ha huido —respondió Walsh—. Se ha quedado en Portland a sabiendas de que todos los policías de la ciudad lo buscaban. Creo que intenta destruir las pruebas de lo que le contó a usted y a French. Si no se hubiera ausentado de la ciudad, creo que usted también estaría muerta.

Ami ya estaba asustada antes de oír aquellas palabras, pero a partir de ese instante empezó a sentir terror.

—Seguro que ahora no vendrá a por mí. Pensará que he hablado con ustedes.

—No puede estar seguro de que usted nos haya contado lo que sabe. Tal vez prefiera creer que ha respetado el secreto profesional y ha mantenido la boca cerrada. Si planea matarla para que no hable, tendrá que actuar esta noche. Ya he enviado un coche a casa de Mary O'Dell para proteger a su hijo.

—Dios mío —sollozó Ami, echándose hacia delante—. ¿Qué quieren que haga?

—Que vaya a casa e intente descansar —respondió Kirkpatrick—. Se derrumbará si no lo hace.

—No, quiero ver a Ryan.

—No es buena idea —opinó Walsh—. Si Morelli va a por usted, no es recomendable que se encuentre cerca de su hijo.

Veinticuatro

Emily Hobson, la esposa de Victor Hobson desde hacía quince años, tenía la cena lista cuando él llegó a casa, poco después de las ocho. Dos años antes de conocerla, Victor estuvo a punto de casarse con una cajera de banco a la que conoció mientras investigaba el atraco a su sucursal. Fue ella la que rompió el compromiso al no poder soportar sus horarios erráticos ni el hecho de que se negara a hablarle de su trabajo. Emily, por su parte, se dedicaba al análisis de huellas dactilares en un laboratorio del FBI, pero lo había dejado tras el nacimiento de su segundo hijo. A Victor le preocupaba que se aburriera como una ostra si renunciaba a su empleo, pero ella lo había sorprendido mostrándose más que complacida dedicándose en exclusiva a cuidar de los niños y de él. Victor sabía que había tenido mucha suerte al encontrar a alguien que comprendía su trabajo, pues lo conocía desde dentro.

Al terminar la cena, Victor fue a ver a los niños. Su hijo estaba absorto en una partida de videojuego, y su hija hablaba por teléfono con su mejor amiga. Los dos gruñeron algo, señal inequívoca de que deseaban estar solos, de modo que Victor bajó al salón y puso la CNN. El tribunal supremo había juzgado otro caso relacionado con los derechos fundamentales durante los interrogatorios; siete personas habían muerto en un atentado suicida en Jerusalén; y se había producido una novedad sorprendente en el caso de la liga infantil.

Mientras el periodista comentaba lo sucedido en Oregón, en pantalla pasaron unas imágenes de la pelea que había llevado a la

detención del entrenador del equipo de béisbol infantil. Victor se puso en pie cuando la cámara enfocó el rostro del hombre que el locutor identificó como Daniel Morelli. Según la noticia, una mujer había ayudado a Morelli a escapar de la zona custodiada del hospital en el que el imputado se hallaba retenido. Un retrato dibujado de la mujer, y una imagen del historial policial de Morelli aparecían en la pantalla.

Hobson se había trasladado a Lost Lake poco después del asesinato del congresista Eric Glass. El padre de Vanessa Wingate ya se la había llevado del hospital. El único resultado positivo de su desplazamiento fue la ocasión de echar un vistazo al historial militar de Rice, que el *sheriff* había entregado al padre de Vanessa. Hobson todavía conservaba una copia de aquel documento, que contenía la única fotografía de Rice que había podido localizar. Aunque en la imagen aparecida en la pantalla se veía mayor y desmejorado, no había duda, según él, de que Daniel Morelli era Cari Rice.

Los presentadores del informativo pasaron a hablar de un accidente de avión en Brasil, y Hobson apagó el televisor. El día en que Morris Wingate declaró su intención de competir con el presidente Charles Jennings por la candidatura a la nueva presidencia, Hobson recibió una llamada de Ted Schoonover, ex agente de la CIA y principal «apagafuegos» del presidente. Schoonover lo invitó a desayunar en el restaurante griego de un centro comercial ubicado a las afueras de Maryland. Hobson estaba convencido de que nadie con algo de influencia en Washington había puesto los pies en aquel lugar. Schoonover era bajo, más bien gordo, con poco pelo y papada, de esas personas que pasan inadvertidas. Tras su encuentro, Hobson llevó a cabo una investigación sobre él, pero exceptuando alguna información laboral básica, los archivos de Schoonover estaban misteriosamente en blanco. Hobson apenas había averiguado que el ex agente de la CIA había colaborado con Charles Jennings cuando éste fue director de la Agencia Central de Inteligencia. Pero al tratar de obtener más información sobre el ex

espía, le dijeron que no estaba autorizado para revisar los archivos más relevantes.

Durante el desayuno, Schoonover le preguntó a Hobson si se había enterado del anuncio de Wingate, y le pidió que lo pusiera al corriente de lo sucedido en Lost Lake, y de las consecuencias del caso. Cuando Hobson terminó su relato, Schoonover le preguntó si existía nueva información sobre el paradero de Cari Rice. Hobson le dijo que no había sabido nada de él desde mediados de la década de 1980, y el ex agente de la CIA le confió que el presidente deseaba estar puntualmente informado si se producían novedades en el caso.

Hobson no se puso en contacto con él después de su conversación telefónica con Vanessa Wingate, porque no tenía nada concreto que comunicar. Pero ahora, en cambio, sí extrajo la tarjeta de visita de Schoonover de la cartera y marcó el número de móvil que el asesor del presidente había anotado en el reverso.

—Dígame —respondió Schoonover después de dejar que el teléfono sonara tres veces.

—Soy Victor Hobson. Ha habido novedades en el asunto del que hablamos.

—¿Le apetece tomar algo, aunque sea tarde?

—¿En el mismo lugar?

—Nos vemos en media hora.

El cartel colocado en la puerta del Acrópolis informaba de que el local cerraba a las once, pero Ted Schoonover estaba sentado en el interior, comiéndose un baklava y dando sorbos a un café griego, espeso, cuando Hobson aparcó el coche delante. Y eso que eran ya las once y media. Anticipándose a su intento de llamar a la puerta, un hombre medio calvo que llevaba puesto un delantal blanco lo dejó pasar, antes de volver a cerrar la puerta con llave.

—¿Quiere café? El baklava es lo mejor —dijo Schoonover.

—No, gracias, no quiero nada.

—Yo sí quiero más café.

—Vanessa Wingate me llamó hace unos días —expuso Hobson—, y me dijo que sabía cómo localizar a Cari Rice, pero no quiso darme más información. Investigué y descubrí que el teléfono desde el que había realizado la llamada era el de un motel, pero el recepcionista me dijo que ya se había ido. Interrogué a su novio, que afirmó no tener ni idea de dónde había ido. No lo llamé a usted porque no tenía nada concreto y Vanessa es, por decirlo finamente, un poco rara. Gritaba a los cuatro vientos que su padre quería matarla, y su novio me dijo que llamó al teléfono de emergencias y alertó a la policía de que estaban atacándolo a él en su apartamento, cuando no era cierto.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Schoonover.

—¿Ha oído hablar del altercado en la liga infantil de Oregón?

—He leído algo, sí.

—Creo que Cari Rice es el tipo al que la policía arrestó en aquel partido. Estoy bastante seguro de que, al menos hasta ayer, estaba en Portland, Oregón.

—¿Cómo que «estaba»?

—Una mujer entró en el ala custodiada del hospital del condado —explicó Hobson, y Schoonover dejó de comer y se concentró del todo en sus palabras—. En el informativo de esta noche han mostrado la fotografía del historial policial del hombre que escapó. El presentador se ha referido a él como Daniel Morelli. No puedo asegurarlo al cien por cien, porque la fotografía del archivo de Rice se la tomaron a los veintitantos años, y el hombre de la tele es bastante mayor, pero se parece mucho a Rice, y el boceto de la mujer guardaba un grao parecido con Vanessa Wingate.

—¿Qué piensa hacer?

—Creo que voy a enviar a un agente a Portland para que realice un seguimiento de la búsqueda.

Schoonover permaneció unos momentos pensativo, mientras se limpiaba los dedos con una servilleta.

—No —dijo al fin—. Debe ocuparse usted personalmente.

—Soy asistente del director. No puedo irme a Oregón quién sabe por cuánto tiempo. Rice lleva veinte años ocultándose. No sé cuánto le llevará a la policía encontrarlo.

—No se preocupe por sus otros trabajos —señaló Schoonover—. Yo me ocuparé de todo, hablaré con el director. Una vez que Rice sea detenido, me llamará y yo asumiré el caso. Su misión consiste en asegurarse de que nadie contacta con ese hombre antes que yo. Nadie, ¿entendido?

Veinticinco

Ami se adormiló un par de veces de camino a casa, pero el miedo venció al cansancio cuando el coche patrulla llegó frente a su vivienda. Ami y Ryan vivían en una granja blanca y amarilla rodeada de bosques. El porche delantero era bonito, y en él había un balancín en el que ella y Chad se mecían, las cálidas noches de verano, cuando Ryan se acostaba. A la luz del día, parecía una casa de postal. Esa noche, al observar los bosques que había pintado y el hogar que tan bien conocía, vio rincones oscuros en los que un asesino podría ocultarse.

Uno de los agentes montó guardia mientras Ami esperaba en el coche. El otro le pidió las llaves para abrir la puerta. Una vez seguro de que no había nadie escondido en la casa, los dos policías la escoltaron hasta el interior. Mientras Ami subía a descansar, uno de los dos guardias se apostó en el salón, y el segundo se puso a patrullar por las inmediaciones. Aunque se sintió mejor tras la ducha, Ami estaba segura de que no lograría conciliar el sueño. Durante un rato sus pensamientos eran un torbellino, pero su agotamiento físico y emocional era tan grande que no tardó en sucumbir y se durmió.

Abrió los ojos bruscamente, de par en par. Consultó la hora en el despertador de la mesilla. Eran las dos menos cuarto de la madrugada, y la oscuridad del dormitorio era total. El golpe seco de un objeto al caer la había sacado de su sueño, aunque tal vez lo hubiera soñado.

Se sentó en la cama, y escuchó. No oyó más que el tictac del reloj de su abuelo, colgado en la pared del pasillo. Se trataba de una antigüedad que había entusiasmado a Chad. La pulsación rítmica, metálica, de las manecillas, se distinguía claramente de noche, y enervaba siempre a Ami, pero tras la muerte de su esposo no se atrevió a librarse de él, y esa noche era el único sonido que percibía. Casi se había convencido de que lo que la había despertado era producto de su imaginación cuando el suelo de madera crujió.

Alguien subía por la escalera tratando de pasar desapercibido. Ami se levantó de la cama. El corazón le latía con fuerza, pero entonces recordó que había un policía en la casa, y se regañó a sí misma por ser tan tonta. Fue en ese instante cuando el pomo de la puerta empezó a girar.

Ami se abalanzó sobre la puerta y extendió los brazos sobre ella. El tirador dejó de girar.

—¿Quién anda ahí?

La puerta, de madera, se estremeció y salió disparada por la habitación. Algunas astillas se clavaron en la piel de Ami, que recibió un golpe en la frente y cayó sobre la cama. Una sombra la sobrevoló. Vestido todo de negro, el hombre parecía formar parte de la noche. Levantó un cuchillo, y el filo de sierra brilló a la luz de la luna. Ami rodó sobre la cama, se tiró al suelo y se arrodilló, antes de que sintiera que alguien le tiraba del pelo. El dolor era insoportable y tuvo que gritar. Casi al instante aquel hombre dejó de tirar con tanta fuerza. Todavía en el suelo, Ami logró ponerse boca arriba y estirar los brazos, a la defensiva. El atacante se abalanzó sobre ella. Ami volvió a gritar, haciendo esfuerzos por zafarse del peso que la aplastaba contra el suelo. El agresor no la golpeó, y su cuerpo apenas se movía. Por encima de su hombro, Ami vio a otro hombre con el rostro oculto por un pasamontañas idéntico al que llevaba el otro asaltante. Logró zafarse de aquel cuerpo que la oprimía, y pegó la espalda a la pared.

—Soy yo —dijo una voz conocida.

El hombre se quitó el pasamontañas. Plantado frente a ella, Cari Rice sostenía en su mano derecha un cuchillo enorme, manchado de sangre. Al ver que Ami lo contemplaba con horror, lo dejó en el suelo.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño. He oído lo del doctor French en la radio, y sabía que vendrían a por ti.

Ami no había estado nunca tan cerca de la muerte, y le costaba respirar.

—Ahora te ayudaré a levantarte —dijo Rice—. Tienes que separarte del cadáver.

Cari se agachó, ayudó a Ami a ponerse en pie, y ella se echó hacia un lado para evitar el contacto con aquel cuerpo inerte, del que sin embargo no lograba apartar los ojos.

—¿Quién es? —preguntó, temerosa de conocer la respuesta.

—Uno de los hombres de Wingate.

—Oh, no —imploró, desbordada al pensar que alguien con el poder del general pudiera ir tras ella.

—Éste es el peor momento que he podido escoger para resucitar —susurró Rice—. Wingate sabe que la policía acabará descubriendo que me buscan por los asesinatos de un general y un congresista. Debe de estar asustadísimo ante la posibilidad de que, a cambio de una rebaja de condena, revele información sobre la Unidad. Si el presidente Jennings plantea preguntas pertinentes sobre ella, las esperanzas de Wingate de cara a la presidencia se irán a pique. Por eso han matado al doctor French. Wingate ha debido de enterarse de lo que os conté a ti y al doctor, algo que no sé quién más sabe. Ami, ¿has hablado con la policía de nuestras conversaciones?

La mención de Rice a la policía llevó a Ami a recordar la presencia en su casa de los dos agentes.

—¿Qué ha pasado con los dos oficiales que…?

Cari negó con la cabeza.

—He llegado demasiado tarde.

—Pobres hombres. Sólo estaban aquí para ayudarme.

No pudo contener las lágrimas, y Rice la agarró por los brazos.

—Tienes que ser fuerte, Ami. Ahora no tenemos tiempo para llorar.

—¿No «tenemos» tiempo? —exclamó ella, sintiendo que la rabia ocupaba el lugar de su tristeza—. Tú eres el causante de todo esto. Esos hombres estarían vivos de no ser por ti.

—Y tú estarías muerta —respondió Rice sin inmutarse—, y tal vez no tardes mucho en estarlo si nos quedamos aquí discutiendo sobre quién es el responsable de qué. Cuando los hombres de Wingate no regresen a sus puestos, éste enviará a otros. Así que dime qué has contado a la policía sobre la Unidad.

—La policía no sabe nada. Les dije que lo que tú me habías contado estaba protegido por el secreto profesional —De pronto, la imagen del cuerpo destrozado de George French apareció en su mente, y se estremeció—. Los hombres de Wingate deben de saber lo que nos contaste. A George lo torturaron del mismo modo en que tú torturaste a Glass.

—¿Cree la policía que yo maté a French?

Ami asintió.

—Vi las fotograbas del lugar del crimen en Lost Lake. Me pareció que…

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa ibas a pensar? —Rice le colocó ias manos sobre los hombros—. Si quieres salvarte, sólo puedes hacer una cosa: contarle al fiscal del distrito, a Kirkpatrick, lo que sabes de la Unidad. Wingate dejará de tener motivos para matarte si hay otras personas que conocen mi historia. Vístete. Yo te llevaré a la policía y te dejaré allí. —Señaló el cadáver—. Él es tu prueba.

Ami cogió su ropa y unas zapatillas deportivas y se metió en el baño para cambiarse, mientras Rice registraba al muerto. Cuando salió, él sostenía en la mano la pistola que le había encontrado al asesino.

Cari condujo a Ami hasta la planta baja, a oscuras, y justos salieron por la puerta trasera. Dejaron atrás el bosque que rodeaba

la casa y llegaron a una pista forestal que se encontraba a unos cuatrocientos metros de la granja. Ami vio la silueta de un coche en la oscuridad. Cari alumbró la puerta delantera con una linterna, que encendió y apagó. El motor se puso en marcha, y Cari corrió hacia el vehículo arrastrando a Ami, que se subió al asiento trasero. Rice hizo lo propio en el del copiloto, y Vanessa arrancó.

—Vamos a dejar a Ami en la central de policía —informó Rice.

Vanessa estaba a punto de objetar algo cuando Ami intervino.

—¿Qué es eso?

Un coche avanzaba hacia ellos con las luces apagadas. Cari bajó la ventanilla y disparó. A modo de respuesta, una bala impactó en la luz delantera izquierda del coche de Vanessa. Cari volvió a disparar, y el parabrisas del otro vehículo se hizo añicos, y casi a] momento se salió de la carretera. Al pasar por su lado a toda velocidad, Ami vio al conductor apoyado sobre el volante.

—¡Más deprisa! —ordenó Cari a Vanessa, que pisó el acelerador a fondo. Ami tuvo que apoyarse en el respaldo.

Dos hombres se habían bajado del otro coche y les disparaban. Cari se volvió y empujó a Ami para que se echara al sudo justo en el momento en que una bala rebotaba en el maletero, dejando un rastro de chispas. Ami se pegó al sudo del coche, y Vanessa aceleró, alejándose del alcance de los disparos.

—Ya puedes sentarte —dijo Rice cuando se hubo asegurado de que se encontraban a salvo.

—¿Adónde iremos cuando hayamos dejado a Ami en la policía? —preguntó Vanessa.

—No lo sé. Necesitamos refugiarnos en algún sitio hasta que la búsqueda cese. Luego ya veremos cómo salimos del país.

—Tengo una idea —dijo Ami—. Cuando trabajaba para el otro bufete compré una cabaña con otras dos parejas. Está en la costa. Estoy bastante segura de que esta semana no la usa nadie. Podéis quedaros allí.

—Gracias por la oferta, pero no —dijo Rice.

—¿Por qué? Está bastante aislada. Nadie irá a buscaros allí.

—Si la policía descubre que nos has ayudado, te arrestará, y ése es un riesgo que no pienso correr.

—Acabas de salvarme la vida, Cari. Estaría muerta si no fuera por *ti*, y Ryan sería huérfano. —Ami extrajo una llave del llavero—. Estoy dispuesta a arriesgarme por alguien que se ha arriesgado tanto por mí. Usa la cabaña.

Veintiséis

Ami estaba tomándose un café cuando Walsh y Kirkpatrick irrumpieron en la sala de interrogatorios, donde hacía media hora que esperaba. Llevaba vaqueros y una sudadera, y su aspecto era deplorable.

—¿Está bien Ryan? —preguntó, sin darles tiempo a decir nada más.

—Está bien —le aseguró Walsh—. Acabo de enviar otro coche patrulla para reforzar la seguridad. Díganos que ha pasado en su casa.

—Los policías que me protegían están muertos. Y yo también lo estaría si Cari no me hubiera salvado la vida.

—¿Quién es Cari? —preguntó el comisario.

—El verdadero nombre de mi cliente es Cari Rice, no Daniel Morelli. La mujer que lo ayudó a escapar es Vanessa Wingate, la hija del general Morris Wingate.

—¿El mismo Wingate que pretende ser presidente de Estados Unidos? —preguntó Walsh.

Ami asintió.

—¡Mierda!

Brendan Kirkpatrick imaginó las consecuencias que para su carrera tendría emitir una orden de busca y captura para la hija del hombre mejor situado para aspirar a la candidatura presidencial.

—Está bien, Ami —dijo—. Empecemos por el principio. ¿Qué tiene que ver la hija de un candidato presidencial con un carpintero

itinerante que participó en una pelea durante un partido de la liga infantil de béisbol?

Ami se pasó media hora contando al fiscal y al comisario las cosas que Carl y Vanessa le habían contado a ella. Ambos escucharon con atención, y Walsh tomaba notas. Cuando ya casi había terminado, entró un agente en la sala de interrogatorios y se dirigió a Walsh, que no lo dejó seguir y lo acompañó fuera. Al cabo de unos instantes, entró de nuevo, con gesto preocupado.

—Acaban de regresar los hombres que he enviado a su casa. Han encontrado a los policías y, en efecto, están muertos. Pero no hay ningún otro cadáver en su casa.

Ami no daba crédito.

—Eso es imposible.

—¿Ha visto a los hombres que asesinaron a los agentes? —preguntó Walsh.

—¿Es que no me ha oído? ¡Uno de ellos me atacó con un cuchillo!

—Cálmese —dijo Kirkpatrick.

—¿Creen que les miento? ¿Creen que me lo he inventado todo?

—Nadie la acusa de mentir —insistió Kirkpatrick—. Es sólo que…, toda esta historia suena algo…

—¿Increíble? —Ami terminó la frase—. ¿Acaso cree que no lo sé? —Se hizo un silencio incómodo en la sala, que Ami aprovechó para pensar—. Vanessa estaba en el interior de un coche, en una pista forestal que queda cerca de mi casa, cuando Cari entró a salvarme. Cuando salimos, Carl y Vanessa me han traído hasta aquí. Mientras nos hallábamos en la pista, unos hombres nos atacaron desde otro coche. Cari disparó al conductor, y se estrellaron. El coche no ha debido de quedar muy dañado, y seguramente han llegado con él hasta mi casa y se han llevado el cadáver.

Antes de que el fiscal pudiera añadir nada, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre de gesto implacable, seguido de dos individuos vestidos con trajes de rayas azules.

—¿Quién es usted? —preguntó Kirkpatrick.

—Mi nombre es Victor Hobson, y soy el subdirector ejecutivo de los servicios de aplicación de leyes del FBI. Éstos son los agentes McCollum y Haggard. Según creo, tenían bajo custodia a Cari Rice y lo han dejado escapar. Estoy aquí para ayudarles a recuperarlo.

Walsh y Kirkpatrick se miraron.

—¿Cómo ha sabido que el nombre de nuestro prisionero era Cari Rice? —preguntó el fiscal.

—Llevo buscando a Rice desde 1985 —dijo Hobson—. Se lo busca por los asesinatos del congresista Eric Glass y el general Peter Rivera. La mujer que lo ayudó a escapar es seguramente Vanessa Kohler, la hija del general Morris Wingate.

—Señor Hobson —dijo Kirkpatrick—, tengo que hacerle una pregunta, pero antes me gustaría oír lo que sabe sobre Rice y Vanessa Wingate. ¿Podría explicárnoslo?

—En 1985, al congresista Eric Glass lo torturaron y asesinaron en su casa de verano de Lost Lake, California. Un policía local encontró a Vanessa en las inmediaciones, caminando sin rumbo, aturdida. Ella identificó a Cari Rice como el asesino, pero más allá de su declaración no se encontró nada que relacionara a Rice con el crimen. A mí me asignaron la investigación del caso, puesto que la víctima era miembro de una cámara. Cuando llegué a Lost Lake, el general Wingate se había llevado a su hija del hospital y la había ingresado en un centro psiquiátrico, donde pasó un año. El equipo médico me impidió visitarla durante su estancia allí.

»Supe que Cari Rice había salido con la señorita Wingate en el instituto, y que volvió a encontrarse con ella en Washington un mes antes, aproximadamente, de que el congresista fuera asesinado. También averigüé que Rice acababa de ser apartado del ejército por

razones de salud mental. La teoría con más peso es que Rice asesinó a Glass por celos.

»Varios meses después de aquel asesinato, el general Rivera apareció torturado y sin vida en Maryland. Su muerte fue idéntica a la del congresista. Pruebas físicas en el lugar del crimen vinculaban a Rice con el crimen.

»Entrevisté a la señorita Wingate cuando salió del hospital psiquiátrico. Vivía alejada de su padre y se hacía llamar Vanessa Kohler, apellido de soltera de su madre. Ella misma me confirmó que vio a Rice matar al congresista. Negó que Glass y ella fueran amantes, pero se negó a decirme por qué se encontraba esa noche en su casa. —Hizo una pausa y se encogió de hombros antes de proseguir—. Y eso viene a ser todo lo que sé del caso. Decía usted, señor Kirkpatrick, que tiene una pregunta que hacerme.

—Señor Hobson, ¿ha oído decir que Cari Rice formara parte de una unidad secreta del ejército dirigida por el general Wingate?

—Eso es lo que defiende Vanessa en un libro que ha escrito y no se ha publicado, pero el historial militar de Rice no avala esas acusaciones. Por lo que sé, Vanessa odia a su padre. Cree que asesinó a su madre. Y también cree que mató a Kennedy. Kirkpatrick y Walsh se miraron, incrédulos.

—Está de broma —dijo el fiscal.

—¿Acaso está loca? —Abundó el comisario.

—Vanessa es una mujer con muchos problemas e ideas raras. Trabaja para un periódico sensacionalista que trata de abducciones extraterrestres y testimonios de personas que aseguran que Elvis Presley sigue vivo.

—Acabamos de saber que Cari Rice afirma que lo que llaman la Unidad es real y que él trabajó en ella a las órdenes del general —dijo Walsh.

—Sí, bueno, me inclino a creer que nos encontramos ante dos individuos mentalmente inestables que se alimentan mutuamente las

fantasías. Incluso es posible que Vanessa asesinara al congresista y acusara a Rice —dijo Hobson.

—En ese caso, ¿por qué ayudaría a Vanessa? —intervino Ami.

—¿Quién es usted? —le preguntó Hobson.

—Ami Vergano. Cari alquiló un estudio en mi casa. Ayudaba a mi hijo en la liga de béisbol cuando agredió a Barney Lutz y a un agente.

—La señora Vergano es la abogada de Rice —aclaró Kirkpatrick.

—Entiendo —dijo Hobson—. Bueno, señora Vergano, si Rice está loco, y además está enamorado de Vanessa, podría hacer cualquier cosa…

—Señor Hobson —cortó Ami—. Esta noche un hombre ha entrado en mi casa. Ha matado a dos policías y ha intentado asesinarme. Cari me ha salvado. ¿No indica eso que tal vez Carl y Vanessa estén diciendo la verdad sobre la Unidad y el general Wingate?

—La empresa de Morris Wingate tiene su propio contingente de seguridad. Si el general creyera que Rice supone un peligro para su hija, podría haber enviado a alguien tras su pista.

—Pero han matado a los policías —recordó Ami.

—¿Vio usted cómo los mataban? —preguntó Walsh.

Ami se tomó un respiro, y cuando respondió, ya no estaba tan segura de sí misma.

—Vi a Cari matar al hombre que entró en mi habitación… Él me dijo que aquellos hombres habían matado a los policías que vigilaban mi casa.

—Ahí lo tiene —intervino Hobson—. ¿No es posible que Rice matara a los policías y que los hombres de Wingate llegaran a la casa poco después? Tal vez Rice les tendiera una emboscada y le dijera a usted que la había salvado.

—Mire —interrumpió Walsh—, estas especulaciones no conducen a ninguna parte. Qué más da que exista o no esa Unidad. Rice ha huido de la cárcel y Vanessa Wingate lo ha ayudado a escapar. Son

fugitivos, van armados y son peligrosos. Tenemos que arrestarlos. Ya solucionaremos los grandes temas cuando los tengamos entre rejas.

Veintisiete

Vanessa condujo en dirección oeste, alejándose de Portland por carreteras secundarias, hasta que se incorporó a la 101, una autopista estrecha que comunica el estado de Washington con California a través de la espectacular costa de Oregón. Si hubiera sido de día, Carl y Vanessa habrían podido admirar las extraordinarias formaciones rocosas que asoman desde el Pacífico, las inmensas dunas de arena o los bosques de hoja perenne, pero avanzaban en plena noche, y lo único que distinguían era el resplandor fantasmagórico de las cimas nevadas, que flotaban como espíritus en la oscuridad allí donde la carretera se acercaba más al mar.

Ami les había explicado dónde se hallaba el punto en que el camino que conducía a la cabaña se urna a la autopista. Sus indicaciones eran precisas, y encontraron fácilmente el desvío. El coche avanzó sobre baches durante medio kilómetro, hasta que los faros iluminaron una casa de dos plantas revestida de listones de madera pintados de un gris desvaído por la exposición constante al aire de mar. La cabaña daba la espalda al océano y estaba rodeada de bosque.

Carl y Vanessa constataron casi a la vez que se morían de hambre. Ella llevaba en el maletero una bolsa impermeable con provisiones y otra llena de ropa. Lo primero que hicieron al entrar fue comprobar si en la nevera quedaba algo, para no malgastar comida. Encontraron cerveza fría y soda, así como algunos alimentos

congelados en el compartimento correspondiente. En la despensa había algunas latas. Cari preparó la cena recurriendo a algunos de los productos de la bolsa, combinándolos con otros que había en la casa.

Cuando terminaron de comer, Cari fregó los platos mientras Vanessa inspeccionaba el resto de la cabaña. Junto a la cocina había una pequeña sala, y la planta baja la completaba un aseo. Una puerta trasera conducía a un patio de tierra con vistas a la playa. Arriba, el espacio se dividía en tres dormitorios no muy grandes. Vanessa se hallaba en el interior de uno de ellos cuando oyó que Cari se acercaba a ella por detrás. Le puso las manos sobre los hombros. Ella sintió su calor a través de la blusa, se volvió y quedó atrapada entre sus brazos.

—Creo que todavía no te he dado las gracias —susurró él.

—Has estado bastante ocupado —respondió Vanessa, sonriéndole.

Cari bajó las manos hasta su cintura y la besó. El suyo fue un beso tímido, exploratorio, pero Vanessa respondió con decisión. Cari aspiró hondo.

—Tienes que descansar —sugirió él.

Vanessa le pasó la mano por el pecho.

—¿Te importaría acompañarme?

—Esta noche no puede ser. Debo montar guardia.

—Nadie nos encontrará aquí —aseguró Vanessa—. Y tú también necesitas descansar.

—He echado una cabezada en el coche. Y no sabemos con qué equipo de vigilancia cuenta Wingate. Tengo la impresión de que ha usado satélites para seguirnos la pista. —Le besó la frente—. De modo que duerme tú. Uno de los dos debe estar descansado por la mañana.

Vanessa abrió la ventana y aspiró la fría brisa marina. Se sentía exhausta de pronto. Se quitó los zapatos y se metió en la cama. Le pareció que llevaba durmiendo apenas unos minutos cuando sintió golpes insistentes en el hombro que la sacaron de una pesadilla. Una mano le cubría la boca, y fue presa del pánico hasta que se percató de que se trataba de Cari.

—Están aquí —le susurró.

Vanessa se puso los zapatos, extrajo el mágnum del bolso y siguió a Cari hasta la puerta trasera. Mientras bajaban la escalera, Cari le informó de que no podrían huir en coche, porque tendrían que pasar entre los hombres de Wingate, que los acribillarían a balazos.

—Nos internaremos en el bosque que queda detrás de la casa y avanzaremos como podamos —dijo Cari—. No he visto a ningún grupo en la playa. Vendrán a buscarnos por delante, y rodearán la casa.

—Me temo que voy a obligarte a ir más despacio, Cari. Haré ruido. Me oirán.

—Tú no te has olvidado de mí, y yo no pienso dejarte aquí sola.

Vanessa le acarició los hombros y lo miró a los ojos.

—Sé sensato. Mi padre te matará a ti, pero a mí no. Soy su hija. Escapa, y luego, si puedes, vuelve a por mí.

Cari quiso protestar, pero ella le selló los labios con un dedo.

—No hay tiempo. Vamos, vete.

Cari vio que Vanessa había comprendido la realidad de su situación. Él era capaz de moverse por la selva como un fantasma, pero Vanessa carecía de entrenamiento, y su inexperiencia los delataría a los dos.

—Volveré a buscarte —murmuró Cari, antes de besarla apasionadamente y desaparecer por la puerta trasera. Vanessa se volvió y lo vio esfumarse entre los árboles, hacia el norte. Así, ella

fue en sentido contrario, con la esperanza de atraer tras de sí al mayor número posible de hombres.

El patio era pequeño, y en cuestión de segundos Vanessa llegó al bosque. Con el transcurso de los años había ido formándose un sendero en el sotobosque, pero le daba miedo seguirlo, pues sus perseguidores también lo tomarían. De modo que lo abandonó y trató de avanzar por entre el denso follaje, sin hacer ruido. La escasa luz provenía de la luna, que, en cuarto creciente, se filtraba a través de las ramas más altas. Vanessa había dado apenas unos pasos en la oscuridad cuando una rama se partió al contacto con su mejilla, que empezó a sangrar. Apretó mucho los dientes para aplacar el intenso dolor, pero entonces tropezó con una raíz y cayó al suelo. No le dio tiempo a ponerse en pie, porque un hombre surgió de la nada a escasos centímetros de donde se encontraba. Llevaba un arma automática algo más grande que el mágnum de Vanessa.

Sostuvo su pistola con fuerza mientras el hombre desaparecía en la espesura. No sabía qué hacer. Había hecho mucho ruido en el breve tiempo que llevaba en el bosque. Y si abandonaba su escondite todavía haría más. Tras pensarlo un momento, decidió permanecer donde estaba con la esperanza de que los hombres de Wingate se fueran si no daban con ella. Pero su decisión no le sirvió de gran cosa, pues alguien tomó su arma y se la quitó de la mano. Vanessa se giró al instante.

—Soy yo, Vanessa, no te asustes.

La hija del general se puso en pie como pudo. Le temblaban las piernas y respiraba con dificultad.

—¿Sam?

—A partir de ahora todo irá bien. —Vanessa dio un paso atrás y se tropezó con otro hombre, apostado tras ella—. No te preocupes —insistió Sam Cutler—. Ahora estás a salvo. Yo te llevaré junto al general.

Vanessa estaba boquiabierta, y lo miraba con los ojos prácticamente fuera de sus órbitas.

—¿Trabajas para mi padre?

—Tu padre estaba preocupado por ti, especialmente desde que tomó la decisión de presentarse a las elecciones. Temía que hicieras alguna locura y me pidió que te protegiera.

Vanessa lo miró con odio, y sintió que la ira crecía en ella con la fuerza de un huracán. Ella se había tomado en serio aquella relación: lo había dejado entrar en su cama y en su corazón. Recordó lo mucho que se asustó al pensar que su padre podría hacerle daño. Pero ahora se sentía como una idiota.

Vanessa levantó el brazo para golpear a Sam, pero el hombre situado a su espalda le interceptó la muñeca con gran fuerza.

—Eres un cabrón —exclamó, tratando de zafarse.

—Por favor, trata de comprender, Van. Ya sé que estás enfadada, pero… —Vanessa le dio una patada en la espinilla. El golpe debió de dolerle mucho, pero Sam ni se movió—. No hay tiempo para todo esto, Vanessa. Corres un gran peligro. —Ella trató de darle otra patada, pero él dio un paso atrás, y Vanessa se tambaleó, desesperada—. Por favor, cálmate. Sé que Rice te ha convencido de que formaba parte de un grupo secreto dirigido por tu padre, pero eso no es cierto. Cari Rice es un perturbado.

—Dile a este simio que me quite las manos de encima.

—Mientras sigas así, no puedo —dijo Sam—. Por favor, dime dónde está Rice.

—¿Para qué? ¿Para matarlo?

—Para poder capturarlo y devolverlo a su arresto. ¿Te das cuenta del lío en el que te has metido? Has ayudado a escapar de su arresto a un asesino.

—Fue el general quien lo convirtió en asesino —dijo Vanessa.

—Lo has entendido todo mal. Yo estaba a cargo de la primera misión de Cari en Vietnam. Perdimos a dos hombres y él tuvo que participar en un combate espantoso. No lo soportó y tuvo que ser hospitalizado. Creo que jamás se recuperó.

—No —se opuso ella—. Cari me habló de aquella misión. Fue muy valiente.

—Eso es cierto. Muchos hombres valientes se derrumban tras los combates. No es nada vergonzoso, pero para Cari…, bueno, yo no soy psiquiatra, pero supongo que creó este mundo de fantasía, con la unidad secreta y todas esas cosas, para poder soportarlo. Trabajó en la escuela de idiomas hasta que el ejército descubrió cuán enfermo estaba y lo expulsó.

—No. Esos historiales militares son falsos. Los inventó mi padre —dijo Vanessa, aunque una sombra de duda empezaba a minar su convicción.

—Insisto en que no hay tiempo para hablar de todo esto ahora. Cari Rice está ahí fuera y va armado —señaló Sam—. Mató a dos policías y a dos de mis hombres en casa de Ami. Debo sacarte de aquí sana y salva antes de que te haga daño a ti o haga daño a mis hombres. De modo que dime dónde está.

Aunque Vanessa se sentía confundida, estaba casi segura de que debía proteger a Cari.

—No tengo ni idea. Nos hemos separado. Le he pedido que se fuera sin mí, porque sabía que si lo acompañaba lo obligaría a avanzar más despacio.

Cutler la observó un instante, y ella contuvo el aliento.

—Está bien, te creo —dijo Sam—. Cari estará algo desentrenado. Mis hombres no tardarán en encontrarlo. —Miró al forzudo que sostenía a Vanessa—. Llévala al coche, yo me uniré a la caza.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó ella para ganar tiempo, consciente de que cada minuto podía ser vital para que Cari lograra escapar.

—Nos lo habéis puesto fácil. ¿Recuerdas que me llamaste desde el hotel para decirme que estabas bien?

Vanessa asintió.

—Cuando colgaste, llamé a Star 69 y obtuve tu número. Una joven me dijo que estaba llamando al Portland Hilton. Una vez que

supe dónde te encontrabas, uno de mis hombres te siguió hasta el coche e instaló en él un dispositivo localizador.

—Claro, así es como supisteis que estábamos en esa pista forestal, detrás de la casa de Ami —dedujo Vanessa.

En lugar de responder, Sam Cutler hizo una seña al hombre que la sostenía, y ella notó un pinchazo en la piel. Quiso preguntarle a Sam qué había hecho, pero no le salían las palabras. Segundos después, ya se encontraba inconsciente, en brazos de su captor.

Aunque semiconsciente y desorientada, percibió que el coche se detenía. Le pareció oír el motor de una avioneta, que sin embargo habría podido ser producto de su imaginación. La puerta trasera del coche se abrió, y un aire fresco penetró y atenuó los efectos de la droga. Sin darle tiempo a reaccionar, unas manos fuertes la sujetaron y la sacaron del vehículo. Vanessa apenas se sostenía en pie, y miraba a su alrededor. El sol empezaba a asomar tras el hangar de un pequeño aeropuerto. A unos metros de donde se encontraban, sobre el asfalto, destacaba un helicóptero negro que lucía el logotipo de Computex.

—Está despertando —dijo el hombre que la sostenía.

—No importa —respondió Sam Cutler—. Todavía está demasiado grogui como para causar problemas. Le inyectaremos más antes de despegar.

La llevaron por la pista. Cuando la subían al helicóptero, Cutler extrajo un teléfono móvil del bolsillo y marcó un número.

—Misión cumplida —informó a la persona que se encontraba al otro lado de la línea—. Nos vemos mañana.

Cutler se montó en el helicóptero y se sentó junto a Vanessa.

—¿Adónde vamos? —murmuró ella, mientras Sam le abrochaba el cinturón.

—A casa —respondió él. Y a continuación notó el pinchazo de otra aguja en su piel, y volvió a sumirse en una oscuridad de

terciopelo, que la abandonó horas más tarde, cuando aterrizaron en el helipuerto situado en la finca de su padre. Momentos después, la ayudaron a bajar y la condujeron, atravesando el jardín, hasta la entrada trasera de la mansión. Sabía que estaba en casa, pero lo vivía todo como en un sueño.

—Tenemos una habitación esperándote —dijo Cutler mientras la acompañaba en su ascenso hasta la segunda planta, por la escalera de atrás. Y así, tras recorrer un pasillo, llegaron a una habitación que habían usado las criadas cuando su madre vivía. Los empleados del general eran hombres en su totalidad, y ex militares—. Tu padre está de campaña por Cleveland —le informó mientras la desvestía y le ponía un pijama que ella creyó reconocer de cuando aún residía en aquella casa—. Regresa mañana, y entonces tendréis tiempo para volver a conoceros. Está muy preocupado por ti.

—¿Está…?

Sam apartó las sábanas y ayudó a Vanessa a meterse en la cama. Era tan agradable sentirse arropada por aquel tacto suave…

—Descansa, Vanessa —le susurró Sam. Y entonces sintió otro pinchazo, y la puerta se cerró. Vanessa oyó el chasquido de una cerradura, y lo último que pensó, antes de volver a dormirse, fue que su padre había conservado aquel pijama durante todos aquellos años.

Veintiocho

Eran casi las seis y media cuando la sesión de estrategia terminó en la comisaría central. La adrenalina había mantenido alerta a Ami durante horas, pero Brendan Kirkpatrick se dio cuenta de que se le cerraban los párpados y de que la cabeza se le iba hacia delante.

—Debe de estar agotada —le dijo.

—Empiezo a resentirme —admitió ella, esbozando una sonrisa cansada.

—Le he reservado una habitación en el Heathman —dijo él, en referencia a un buen hotel que quedaba a unas pocas calles de los juzgados.

Ami pareció alarmarse.

—No puedo permitírmelo.

—No se preocupe, hasta que nos aseguremos de que tanto usted como su hijo están a salvo, paga el gobierno del condado —explicó Kirkpatrick—. Le he pedido a una policía que le traiga algo de ropa de su casa. Ya la tiene en su habitación, junto con su cepillo de dientes, su peine y algunas otras cosas que le han cogido del baño. La policía también ha traído algo de ropa para su hijo. Si necesita algo más, la enviaré a casa con escolta policial.

—Gracias, Brendan —dijo Ami.

—Usted es un testigo importante, no lo olvide.

—Ha sido muy considerado por su parte.

—Me alegro de que le parezca bien. —Kirkpatrick esbozó una sonrisa—. Pero no se beba todo el minibar.

—No creo que tenga siquiera fuerzas para abrirlo —dijo Ami.

—En ese caso, mejor que la acompañe hasta el hotel.

—No hace falta.

—Lo sé, pero me muero de hambre, y a los dos nos vendría bien desayunar algo.

Ami no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que Brendan Kirkpatrick mencionó el desayuno. De pronto, la idea de comer bien y meterse entre unas sábanas limpias le pareció irresistible.

En el exterior de los juzgados, hombres y mujeres llegados de las afueras se dirigían al centro de Portland para incorporarse a sus puestos de trabajo, aunque las calles, a esas horas, seguían bastante vacías. No había colas de coches en las entradas de los estacionamientos, y sólo algunos peatones, muchos de ellos aferrados a vasos de café humeante, se dirigían a los edificios de oficinas. Ami se detuvo un instante y parpadeó, cegada por el sol. La brisa que soplaba desde el río Willamette le refrescó el rostro, tras toda una noche metida en la sala de interrogatorios.

—Sienta bien caminar un poco —observó Brendan.

—A mí me sentaría mejor aún dormir.

—La comprendo, pero creo que yo no me permitiré ese lujo hasta que haya encontrado a Rice.

Brendan Kirkpatrick se mostraba tan amable que Ami se sentía culpable por no decirle que Carl y Vanessa se ocultaban en su cabaña. Desde su llegada a los juzgados, se había planteado en más de una ocasión la posibilidad de confesarle el paradero de los fugitivos pero, a pesar de lo que Hobson le había dicho, creía que Carl y Vanessa habían puesto en peligro su vida para salvarla, y no estaba dispuesta a delatarlos.

—¿Está de acuerdo con la idea de Hobson sobre lo que sucedió en mi casa? ¿Cree que Wingate envió a sus hombres para rescatar a Vanessa, y que Cari los mató a ellos y a los policías?

—Tiene sentido, desde luego.

—¿Y por qué cree que Cari no me mató a mí? —preguntó Ami—. ¿Por qué mató al doctor French y a los policías, y me dejó a mí con vida?

—¿Quién sabe cómo funciona la mente de alguien como él? Tal vez French dijo algo que lo llevó a pensar que trabajaba para Wingate. Quizá Rice desconfía de los psiquiatras, pero a usted la ve como a «uno de los buenos».

—Supongo que es tan buena explicación como cualquier otra. Pero sigo creyendo posible que me salvara. Si dice la verdad, el general Wingate tiene un motivo poderoso para matar a Carl y a cualquier otra persona…, a George, a mí, a quien Cari haya contado lo de la Unidad.

—Si es que esa Unidad existe —recordó Kirkpatrick—. Contamos sólo con la palabra de Rice.

Ami estaba demasiado cansada para discutir, y constató, aliviada, que habían llegado al Heathman. El restaurante del hotel acababa de abrir, y lo ocupaban pocos clientes. La encargada los acompañó hasta una mesa junto a la ventana y un camarero les sirvió agua. Ami pidió un desayuno ligero, y Brendan optó por las tortitas.

—Quiero ver a Ryan —dijo Ami tan pronto como el cas marero se ausentó.

—Puede quedarse aquí con usted hasta que puedan regresar a casa con garantías. Seguro que le encantará vivir un tiempo en un hotel.

—Sí. Es un niño muy curioso. —Ami sonrió—. A veces me vuelve loca con sus preguntas.

—Creo que se alteró mucho después de aquel partido de béisbol —opinó Brendan.

—Ya está mejor, pero para él ha sido duro. Se lleva muy bien con Carl, y todavía tiene pesadillas por lo que sucedió. Ya ha tenido bastantes problemas en la vida. Le costó mucho superar la muerte de su padre.

—Eso debió de ser muy duro para los dos.

—Chad era un buen padre. Y un buen marido. —Ami se emocionó y no pudo seguir hablando. Estaba cansada y le costaba controlar sus emociones.

—Lo sé. Betty Sato me lo contó… —Kirkpatrick se dijo que Ami no tenía por qué hablar de algo que sin duda todavía le dolía.

—Ryan fue mi tabla de salvación, Brendan. Por él seguí adelante. Si no hubiera estado ahí, no sé qué habría hecho.

—Habría salido adelante. Es una mujer fuerte. No se deja impresionar por nadie, o al menos no por mí —dijo Kirkpatrick, y esbozó una sonrisa.

Ami pensó en la situación del fiscal, que seguía adelante con valor a pesar de haber perdido a un ser querido.

—¿Y usted cómo lo ha hecho, solo?

—Poniendo un pie delante de otro y caminando. Y así sigo, caminando. Me da miedo detenerme. Supongo que no hace falta que le diga nada más, que comprende lo que digo.

El camarero reapareció y les trajo el desayuno. Los dos agradecieron la interrupción.

—La acompañaré para que formalice el registro en el hotel después del desayuno —dijo Brendan cuando se quedaron solos—. Y después pediré que recojan a Ryan en la escuela y se lo traigan.

—Se lo agradezco mucho.

—Intento compensarla por el trato que le di la primera vez que nos vimos. Me siento culpable por ello. Ah, y prefiero que me tutee.

—Sí, fue…, fuiste bastante antipático —coincidió ella, proyectando una sonrisa—. Pero te perdono.

—Mejor. No quiero que estés enfadada conmigo. Al menos cuando estemos fuera de los juzgados.

Veintinueve

Carl había retrocedido tras abrir un camino falso que, según esperaba, conduciría a sus perseguidores hacia el sur. Desde su posición, tras un árbol que se encontraba a unos metros de distancia, oyó todo lo que Sam Cutler le dijo a Vanessa, y vio que él mismo daba la orden de que le inyectaran algo.

Estaba seguro de que había visto a aquel hombre en otras dos ocasiones, aunque durante la primera misión bélica de Cari, lo mismo que cuando acudió en rescate de aquellos prisioneros de guerra desaparecidos en combate, se hiciera llamar Paul Molineaux. Se planteó la posibilidad de matar a Cutler y a su acompañante, pero desestimó la idea. A sus veinte años, se los habría cargado a los dos con una pistola desde aquella distancia, pero Vanessa podía morir si no lograba disparar los dos tiros deprisa o, lo que era igualmente posible, si fallaba. De modo que decidió que lo mejor era esperar a que el guardia que sujetaba a Vanessa la llevara al coche. Sin embargo, también tuvo que renunciar a ese plan cuando dos hombres más aparecieron junto a Cutler.

—Lo hemos perdido —dijo uno de ellos.

—Está bien —se limitó a responder Sam—. Nunca lo atraparemos de noche, y menos cuando nos lleva tanta ventaja. Llevemos a casa a la hija del general.

Cari los vio partir. Había oído lo que Cutler había dicho sobre el dispositivo de localización, y una vez que se aseguró de que él y sus

hombres se habían ido, lo desactivó. Mientras conducía, comenzó a idear un plan para rescatar a Vanessa.

Carl abandonó el coche de Vanessa en el aparcamiento de un supermercado, robó un Chevrolet discreto y se digirió hacia el sur por carreteras secundarias. Condujo siguiendo la costa durante todo el día, atento a las noticias políticas de la radio. Wingate iba a pronunciar un discurso en Cleveland. Si el general regresaba directamente a casa, Cari y él llegarían a la mansión más o menos a la vez.

Al caer la noche, forzó la entrada de una tienda de deportes cercana a San Diego y robó unas zapatillas de marcha, de suelas duras, unos prismáticos, un traje de neopreno, un arco especial para la pesca con arco, con sus respectivas flechas, varios metros de cuerda y el sedal más resistente que encontró. Metió el botín en una de las bolsas impermeables de Vanessa y se dirigió a una playa que quedaba unos kilómetros al sur de la finca del general, y que frecuentaba en sus tiempos de estudiante de secundaria en Saint Martin.

No había ningún coche en la estrecha franja de tierra que hacía las veces de estacionamiento cuando, a medianoche, Cari llegó y se puso el traje de neopreno. La playa también se veía desierta. Cari se cargó al hombro la bolsa impermeable y empezó a nadar costa arriba. Luchar contra el agua resultaba agotador, pero la imagen de Vanessa lo ayudaba a seguir avanzando. Sabía que llegar a la finca y rescatarla iba a ser todavía más difícil. Por más veces que revisara mentalmente su plan, no dejaba de parecerle suicida.

«Envejecer es una mierda», pensó Rice al arrastrar el cuerpo dolorido, y la bolsa impermeable, hasta la orilla de la playa que se extendía tras el montículo de piedra, en los límites de la finca de

Wingate. Permaneció unos instantes tendido sobre la arena para recobrar el aliento. Durante casi toda su vida, la forma física de Cari le había permitido enfrentarse a casi cualquier esfuerzo sin apenas resentirse, pero ahora se acercaba a los cincuenta y su cuerpo ya no aguantaba tanto como antes, por más que lo ejercitara. Eso sin contar que todavía no se había recuperado totalmente del disparo. Lo único que le daba fuerzas para seguir era Vanessa. La había traicionado una vez, cuando no hizo nada para evitar incorporarse a filas, y no iba a consentir que sucediera de nuevo.

Cuando recobró el aliento, Cari se agazapó tras el promontorio y escrutó el acantilado de unos cien metros de altura que delimitaba la propiedad del general. Al contemplar el viejo árbol que sobresalía perpendicularmente de una de las paredes, emitió un suspiro de alivio. Su plan dependía de ese árbol, y deseó que su cuerpo fuera la mitad de duro que su tronco.

El principal problema de Cari era el estado de aquella pared natural. Siglos de embate implacable de la naturaleza habían vuelto inestable la superficie que estaba a punto de escalar. Los desprendimientos eran frecuentes en el frente del acantilado. La vegetación crecía en las grietas del esquisto, quebrándolo. El viento, cargado de la humedad y la sal marina, azotaba la roca sin piedad. El resultado de todo ello era una fachada frágil, siempre en recesión. Y así, si de día ya habría sido muy peligroso plantar una mano o un pie en ella, de noche todos y cada uno de los centímetros de la escalada iban a constituir una incógnita.

Cari se quitó con dificultad el traje de neopreno y se vistió con sus vaqueros, su camisa y las zapatillas de marcha. Observó la cima del acantilado con los prismáticos robados y, tras cerciorarse de que no se divisaban guardias patrullando, se cargó la bolsa impermeable a la espalda. Estaba a punto de cruzar la playa a la carrera cuando oyó el rugido de unas aspas de helicóptero que rasgaban el aire nocturno. Se pegó con fuerza a la roca y buscó en el cielo hasta encontrar un punto de luz que, procedente del norte, avanzaba

hacia la mansión de Wingate. Momentos después, las luces del helipuerto se encendieron y un aparato de Computex aterrizó en él. El general había vuelto a casa.

Cari sabía que aquella aparición distraería a los guardias, de modo que cubrió corriendo la distancia que lo separaba del acantilado, y permaneció allí, a oscuras, escuchando por si oía algo que le indicara que lo habían detectado. Cuando se convenció de que estaba a salvo, inició el ascenso, situándose debajo del árbol.

A pesar de que sentía las piernas y los brazos entumecidos de tanto nadar, y del dolor de las heridas, a pesar del viento que le azotaba sin piedad, Cari escaló los primeros treinta metros sin grandes dificultades. Pero entonces dos de los puntos en los que puso las manos cedieron, lo mismo que uno de los huecos en los que apoyaba el pie, lo que le hizo resbalar varios metros acantilado abajo. Logró detener la caída al llegar a un delgado repecho, y abrió la bolsa. Tras atar un buen trozo de sedal a una flecha, colocó ésta en el arco de pesca; Desde la playa, el viejo árbol quedaba a algo menos de cien metros, pero ahora se encontraba unos sesenta por encima de él. Todavía estaba lejos, sí, pero no tenía más remedio que intentarlo.

Apuntó de modo que la flecha dejara despejado el reverso del árbol. En el primer intento se quedó corto y tuvo que recuperar la flecha tirando del sedal. En el segundo, el viento alejó la flecha del acantilado. Cari aguardó, paciente, a que amainara, y se dispuso a realizar un tercer disparo. Tensó el arco con esfuerzo, suspiró y soltó la flecha. En esa ocasión el proyectil describió una parábola en el aire y pasó por detrás del tronco. El peso de la flecha hizo que el sedal descendiera por el otro lado, y ésta cayó casi hasta la playa.

Cari descendió por el acantilado, soltando más sedal. Al llegar a la flecha, extrajo un buen trozo de soga de la bolsa impermeable y la ató al sedal, por encima de la flecha, fijándola con un nudo marinero. Después soltó la flecha, avanzó hacia el lado norte del

árbol y tiró del sedal hasta que la cuerda unida a él quedó colgando entre los dos lados del tronco.

Tras desatar la flecha y el sedal de la soga, Cari hizo un nudo de bulín en un extremo de la cuerda y pasó su otro extremo por el ojo de ese nudo, creando un espacio corredizo alrededor del tronco. Entonces tiró de la cuerda hasta que el nudo quedó bien prieto alrededor del árbol, proporcionándole un anclaje firme.

Una vez hecho eso, usando las secciones separadas de la cuerda, Cari fabricó una especie de arnés que se ató al pecho, y se pasó por la cintura y por debajo de las nalgas, pasando por la entrepierna, como si de un pañal se tratara. Después extrajo de la bolsa dos pedazos más de soga, del doble del tamaño de su cuerpo. Ató el primero de ellos alrededor de la cuerda que colgaba del árbol mediante un nudo *prusik*, y añadió un segundo nudo de las mismas características bajo el primero. El nudo *prusik* era un invento muy práctico, pues era capaz de moverse hacia delante o hacia atrás cuando no se ejercía presión sobre la cuerda, pero se bloqueaba cuando se le aplicaba alguna tensión. Se pasó el primer nudo *prusik* por debajo del arnés del pecho y lo unió al de la cintura. Cuando se flexionaba y quedaba sentado, suspendido en ese arnés, la tensión del nudo *prusik* mantenía el arnés fijo a la cuerda. Cari podía oscilar en el espacio sin temor. Pero si apoyaba el pie en el arco formado por el segundo nudo, el más bajo, lograba quedar de pie, recto, y la tensión de ese nudo más bajo le impedía deslizarse. Además, al ponerse de pie, el nudo de arriba se soltaba y podía deslizarlo cuerda arriba tanto como le diera la mano. Así, Cari había creado un sistema sencillo que le permitía deslizarse cuerda arriba sentándose y poniéndose en pie, alternativamente. Ello le permitiría trepar hasta el árbol con un esfuerzo mínimo, pues podía detenerse a descansar, sentándose.

Al llegar al árbol, se detuvo un instante bajo el borde del acantilado, se fijó el arnés que le servía de asiento y descansó. Apenas recobró fuerzas, se asomó a lo alto de la pared rocosa. No

había guardias a la vista. Se arrastró hasta el borde y dejó la cuerda fijada al árbol, para poder descender por ella y escapar cuando regresara con Vanessa. Sin embargo, la cubrió con tierra y hojas para que los guardias no la vieran.

Cari llevaba consigo dos pistolas Glock automáticas de nueve milímetros, munición y un cuchillo de combate que les había quitado a los hombres que había matado en casa de Ami. El arma blanca iba metida en una funda, y él se la había fijado a la pierna antes de iniciar el ascenso. Extrajo las pistolas de la bolsa impermeable antes de esconderla entre la maleza, a pocos metros del árbol.

Pensó por un momento en la misión que tenía por delante. Debía esquivar a los guardias, y no ser detectado por el servicio de vigilancia de Wingate, debía entrar en la mansión y encontrar a Vanessa sin que lo mataran ni lo capturaran. Luego debía huir con ella, lo que implicaba que tendrían que descender haciendo rápel hasta la playa y nadar resiguiendo la costa, rodeados de aguas agitadas. Todo aquello, de pronto, le parecía imposible de conseguir.

Cuando Vanessa recobró la conciencia, había un hombre de pie junto a la puerta, observándola, y alguien más junto a ella, a un lado de la cama. La habitación estaba en penumbra. Cerró los ojos. Pensar era un esfuerzo excesivo.

Una mano tibia se posó sobre la de Vanessa y se obligó a abrir los ojos de nuevo. Las luces se encendieron, y parpadeó.

—Gracias a Dios que estás a salvo.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que quien había hablado era su padre, y le llevó algo más recordar que lo odiaba. La indignación activó sus niveles de adrenalina, y borró casi por completo el sopor provocado por la sustancia que le habían inyectado. Trató de sentarse en la cama.

El general se lo impidió, plantándole la mano en el hombro.

—No, descansa. Necesitas recobrar fuerzas.

—Quítame las manos de encima.

—Vanessa, yo te quiero —dijo el general—. He hecho lo que tenía que hacer para protegerte.

—¿Para protegerme de quién, papá? Tú eres la única persona que me da miedo.

—No sabes lo que dices. Todo lo que he hecho ha sido para ayudarte.

—¿Cómo encerrarme en ese manicomio y tenerme un año drogada para que no contara a nadie que fuiste tú quien ordeñó a Cari asesinar a Eric Glass? —Entonces señaló a Sam Cutler, que observaba desde la puerta—. ¿Cómo hacer que tu pequeño espía me secuestrara? Dime, papá, mientras vivía conmigo, ¿te envió Sam un informe detallado de nuestras sesiones de sexo?

Vanessa hablaba con voz pastosa, sin fuerza, y sin embargo, el general se escandalizó.

—Cari Rice es un asesino loco —dijo—. No tengo idea de a cuánta gente ha asesinado. Debía alejarte de él.

—Tienes que quitarle la vida porque es el único hombre vivo que puede contar la verdad sobre ese sucio secretillo que podría impedirte llegar a presidente —espetó Vanessa.

Wingate suspiró.

—Ese hombre vive engañado, Vanessa. Por eso resulta tan convincente, pues cree en serio todo lo que te ha contado. Pero nada es cierto. Ese ejército secreto no ha existido jamás. Yo no fui el que ordenó su ingreso en el ejército, ni que matara a Eric Glass. Todo estaba en su cabeza, y tú le creíste porque me odias. Pero yo siempre te he querido, aunque me hayas hecho daño. ¿Tienes idea de lo mal que me siento al saber que mi hija cree que soy malo hasta el punto de matar a mi esposa, una mujer a la que adoraba? —El general bajó la cabeza, y se le quebró la voz—. Nunca te lo he dicho, pero algunas noches he llorado por ti, al pensar que… tenías una opinión tan negativa de mí que…

Wingate negó con la cabeza. A Vanessa le pareció que la emoción se había apoderado de él, y eso la impresionó. Nunca había

visto a su padre perder el control, ni siquiera durante el funeral de su madre. Aquélla había sido una de las cosas que la habían llevado a convencerse de que Morris Wingate no amaba a su esposa. ¿Era, pues, aquella exhibición de emociones algo verdadero o impostado? Todo lo que sabía de su padre la llevaba a la conclusión de que estaba fingiendo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Wingate—. Pediré que te suban la cena. —Sonrió, en un intento de quitar tensión a la charla—. He contratado a un nuevo chef. Francés. Se lo robé a un restaurante de cuatro tenedores de Los Ángeles.

—Parece que el secuestro se está convirtiendo en tu nuevo pasatiempo.

—Sí, bueno, tú también tienes tus propios *hobbies*, según creo —respondió él a la defensiva—. Me has puesto en una situación muy complicada, Vanessa. Eres una criminal buscada por la policía. Has ayudado a Cari Rice, asesino múltiple, a escapar de su arresto. Soy tu padre, te quiero y quiero protegerte, pero también aspiro a la candidatura presidencial de mi partido. Por no hablar del problema en el que podría meterme por dar cobijo a una fugitiva. ¿Qué debo hacer?

—Tus ambiciones políticas me traen sin cuidado —espetó Vanessa.

—Ya sé que no me crees, pero Rice es un hombre muy peligroso. Tenía que alejarte de él.

—Entonces ¿piensas entregarme a las autoridades?

—Nadie sabe qué estás aquí, y así va a seguir siendo —dijo el general Wingate—. Tengo muchos contactos en todo el mundo desde mis tiempos en el cargo, y también gracias a mi trabajo en Computex. No me resultaría difícil conseguirte una nueva identidad, incluso un nuevo rostro. Podrías empezar de nuevo en otro país. Estarías a salvo, y yo me aseguraría de que te llegara mucho dinero.

—Ah, claro, así que se trata de eso. Quieres llevarme a donde no pueda hacer ruido. —Vanessa no cejaba en su indignación.

—No quiero que vayas a la cárcel sólo porque tus delirios te han llevado a cooperar con un asesino.

—¿Y qué has pensado para Cari?

—Cari Rice es problema de la policía. Tal vez no lo atrapen nunca. Tiene muchos recursos. Ha logrado evitar la captura durante años. Tal vez conserve su buena suerte. ¿Te ha contado adónde va, cuáles son sus planes?

—No sabíamos adónde íbamos. Pensábamos refugiarnos en la cabaña en la que Sam nos encontró y pensar en nuestro paso siguiente al despertar, después de descansar un poco.

—Entonces, no tienes idea de dónde puede estar —dijo Wingate.

—No.

El general miró a Cutler, que extrajo una jeringa hipodérmica del bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Vanessa.

Wingate se movió velozmente y fijó a su hija a la cama.

—Algo que te ayudará a descansar —respondió—. No te hará daño.

—No quiero más drogas —gritó Vanessa, forcejeando para liberarse.

—Wingate y Cutler ignoraron sus súplicas. Sam se plantó ante ella, que no dejaba de agitarse, moviéndose de un lado a otro.

—Sujétela bien, general —imploró Cutler, echándose hacia delante para ponerle la inyección—. Debo acertarle la vena.

Entre el promontorio y la mansión la distancia era de poco más de tres kilómetros tapizados de árboles, en la zona sur de la finca. A Charlotte Kohler le gustaba caminar por los senderos que había hecho diseñar a un arquitecto paisajista por entre su bosque privado, pero Cari los evitaba, porque eran los lugares obvios para instalar detectores de movimiento. Transcurrido un tiempo, distinguió las luces de la casa entre el follaje. Avanzó agazapado

hasta que, entre él y el césped de la entrada trasera, sólo se alzaban unos pocos árboles. El terreno contiguo a la casa ofrecía insuficientes escondites, y dos guardias atravesaron el jardín mientras Cari se encontraba allí, vigilante.

Observó atentamente al personal de seguridad, que prosiguió con su ruta. Uno de los dos hombres se acercó a la tarima de la piscina y a la cabaña en la que Cari se puso el bañador durante su primera visita a aquella casa. Tan pronto como el guardia desapareció, tomó una decisión.

Los hombres de Wingate tardaban doce minutos en completar su circuito. Cari, sin salir del bosque, se acercó todo lo que pudo al vestuario. Todo dependía de poder ocultarse detrás de él sin que lo detectaran. Recorrió a la carrera la distancia que lo separaba de la piscina y se situó atrás de la cabaña.

Consultó la hora. Faltaban tres minutos. Visualizó el asalto y recorrió mentalmente posibles escenarios. Cuando ya sólo quedaba un minuto, extrajo el cuchillo de combate de su funda. Había cometido varios asesinatos silenciosos, y sabía que debía actuar sin vacilaciones, pues se había percatado de un fenómeno que tenía lugar en aquellas circunstancias, y que lo había convencido de que los seres humanos poseían una especie de campo magnético a su alrededor que les advertía de la presencia de otro ser humano en las inmediaciones. Aunque ignoraba si se habían realizado estudios científicos al respecto, sabía que, por más cautela que se pusiera en el avance, la posible víctima percibía en qué instante el atacante se internaba en su campo. Y un instante de duda bastaba para convertir un asesinato seguro en una lucha por la vida.

Los guardias volvieron a recorrer el césped del jardín, y el objetivo elegido por Cari se acercó a la piscina, mientras el otro desaparecía por un lateral de la casa. Cari avanzó tan pronto como el hombre le dio la espalda. Aunque empezaba a girarse cuando Cari lo atacó, no pudo hacer nada por evitar su destino. El cuchillo se clavó donde debía, y el hombre murió sin emitir un sonido. Cari lo

arrastró hasta el vestuario y se puso su ropa. Ahora, además de sus Glocks y su cuchillo, disponía también del rifle automático del guardia, así como de más munición.

Para recuperar tiempo, Cari avanzó con paso más ligero que el de su víctima, pero aun así llegó tarde. Vio al otro guardia cuando se encontraban en el lado norte de la mansión, cerca de la puerta del sótano. Con todo, tuvo suerte, pues se hallaban lejos de cualquier ventana. Se arrodilló, y fingió atarse los cordones de los zapatos, manteniendo en todo momento la cabeza gacha para ocultar el rostro.

—¿Qué hay, Rick? —le preguntó el otro hombre al acercarse.

Cari le disparó con la Glock silenciada, y lo arrastró hasta un lateral de la casa. Comprobó si la puerta del sótano estaba abierta, sin éxito. Rebuscó entre los bolsillos de su segunda víctima, encontró un manojo de llaves en un llavero y al tercer intento logró lo que pretendía.

Cuando iban al instituto, Carl y Vanessa habían hecho el amor en la penumbra fresca de aquel sótano, sobre una vieja alfombra persa, mientras el padre de Vanessa, arriba, se reunía con gente poderosa. Aquel espacio seguía siendo oscuro y fresco, pero Cari no recordaba aquellos momentos eróticos mientras avanzaba entre muebles apilados y obras de arte, mientras ascendía por la escalera que conducía a la planta baja. Recordó, eso sí, que la puerta del sótano daba a un pequeño distribuidor cercano a la cocina. Abrió la puerta lo bastante como para observar el pasillo.

Un guardia pasaba en ese instante junto a la entrada del vestíbulo, y Cari se ocultó detrás de la puerta. Tan pronto como siguió su camino, avanzó por el pasillo, tras él. Al llegar al final, se detuvo y asomó la cabeza por la esquina. Descubrió que el guardia se había detenido, dándole la espalda, como si descansara. Lo aturdió asestándole un golpe en la zona trasera del cráneo, y le provocó una asfixia transitoria para que perdiera el conocimiento. Acto seguido lo arrastró hasta el sótano, lo inmovilizó con unas

esposas de plástico que le encontró en un bolsillo, lo sentó apoyándolo contra un montón de cajas mohosas, y le dio unas palmadas en la cara para que recobrara la consciencia.

El hombre abrió los ojos, tratando de enfocar el rostro de Cari, pero el sabor a metal que sentía en la boca hizo que su atención se centrara en el cañón de la pistola alojada entre sus labios.

—Tienes una posibilidad de seguir con vida —le dijo Cari en tono sosegado y autoritario—. Cuando te quite la pistola de la boca, me dirás dónde esconde el general a su prisionera. Si no lo haces dispararé y buscaré a otro que me lo diga. ¿Entendido?

El hombre asintió. Cari retiró el cañón de sus labios.

—Segunda planta, habitación de la criada.

Cari golpeó al guardia al momento, con más fuerza que la primera vez, y el hombre cayó hacia un lado, mientras Cari se dirigía a la escalera. Sabía dónde estaba el dormitorio de la criada, porque Vanessa y él lo habían hecho allí una noche de verano. Ahora que lo pensaba, casi todos los recuerdos que conservaba sobre la mansión de Wingate estaban relacionados con el sexo.

Recurrió a la escalera trasera para llegar al segundo piso. Recorrió el pasillo en silencio absoluto. Al acercarse al dormitorio de la criada oyó a Vanessa que gritaba:

—¡No quiero más sedantes!

Cuando abrió la puerta, el general sostenía a Vanessa en la cama para que no pudiera moverse, mientras Sam Cutler se inclinaba sobre ella con una jeringa hipodérmica.

—Deja esa jeringa, si no quieres morir —dijo Carl. Cutler se detuvo al instante. Wingate volvió la cabeza en dirección a la puerta. Abrió la boca, pero de sus labios no salió lo que pretendía decir—. Suéltala, ahora —insistió.

Cutler la depositó sobre una mesilla, junto a la cama.

—Aléjense de ella y pónganse de espaldas a la pared. ¡Deprisa!

Los dos hombres obedecieron.

—Sabía que vendrías —dijo Vanessa.

Carl se acercó a un costado de la cama. Durante un breve instante, apartó la mirada de Wingate y Cutler y la posó en Vanessa. Y ese momento lo aprovechó Cutler para sacarse una Shirken de la manga. La estrella ninja japonesa poseía seis puntas afiladas como cuchillas. La lanzó sobre la cama, como si de un disco se tratara, y se clavó en el hombro de Cari, que se entumeció al momento, lo que le obligó a soltar la Glock Entonces Sam apoyó el pie en el colchón para saltar al otro lado, pero Vanessa, incorporándose, lo interceptó y lo agarró por las rodillas. El hombre cayó sobre ella, que agarró como pudo la jeringuilla y le clavó la aguja en el muslo.

—¡Puta! —gritó, antes de sentir que perdía el mundo de vista. Vanessa sabía muy bien qué sucedía en ese instante en el cuerpo de Cutler, porque desde que éste le había administrado la primera dosis en el bosque, lo había sentido con regularidad.

Wingate dio un paso en dirección a Rice, pero cambió de dirección y abandonó el cuarto a toda prisa al ver que Cari sostenía el arma con la mano izquierda y trataba de apuntar. El disparo, que atravesó el umbral de la puerta, impactó en la pared. El pasillo se llenó de fragmentos de yeso. El general gritaba con todas sus fuerzas. Rice se asomó al pasillo, que seguía vacío, aunque no por mucho tiempo.

—Levántate, Vanessa.

Ella hizo un gran esfuerzo por ponerse en pie. Quería ir más deprisa, pero las piernas apenas le respondían. Cari la ayudó. Sabía que les resultaría imposible salir de la casa y escapar acantilado abajo con Vanessa en ese estado, pero no quería anticiparse. Ejecutaría su plan paso a paso, y que pasara lo que tuviera que pasar. El primer paso, en ese momento, era salir de aquella habitación.

Carl agarró con fuerza la Glock con la mano derecha y sostuvo el codo de Vanessa con la izquierda.

—Concéntrate, Van. Tenemos que salir de aquí deprisa.

—Está bien —respondió ella con voz soñolienta.

Apenas Cari se asomó al pasillo, un tiro estuvo a punto de volarle la cabeza. Volvió a refugiarse en el cuarto de la criada, mientras una lluvia de astillas procedentes del marco de la puerta volaba por todas partes. Cari cerró la puerta con fuerza y apoyó una silla contra el tirador. A continuación, bajó a Sam Cutler de la cama, lo dejó en el suelo y arrastró la cama hasta apoyarla contra la silla.

—Métete detrás de la cama y pégate al suelo. Por la puerta y las paredes van a entrar y salir muchas balas.

Cari se unió a Vanessa detrás de la cama, y dispuso junto a él todas sus armas y la munición. Contaba con reservas para resistir un rato pero ¿y después?

—¿Qué va a pasar? —preguntó Vanessa, que todavía parecía algo aturdida.

—No lo sé. Estamos aquí atrapados. Sólo hay una forma de salir: a través de la puerta…, y tu padre la tiene cubierta. Incluso si lográramos salir, tendríamos que abrirnos paso por ese pasillo para llegar a la escalera. Y luego seguir abriéndonos paso por la escalera, y por toda la casa.

Cari se encogió de hombros. Vanessa hacía esfuerzos por pensar con claridad. Su agudeza mental regresaba por momentos, y creyó tener una idea, una idea que, sin embargo, su sopor le impidió desarrollar. Con todo, había algo a lo que había dado vueltas. Se preguntaba por qué, si su padre la quería tanto como para conservar su viejo pijama, la había instalado en aquella ala desierta de la mansión, en el cuarto de la criada, y no en el suyo. Y ahora, al fin, conocía la respuesta a su pregunta. El general esperaba la visita de Cari. Para él, su hija no había sido más que un cebo, y aquel dormitorio siempre había sido una trampa, una ratonera.

—Cari, sé razonable —gritó el general—. No tienes ninguna posibilidad de salir de ahí. Abandona las armas. Ni Vanessa ni tú sufriréis ningún daño.

—Parece razonable, Morris, tienes razón —le respondió Cari en tono sarcástico—. Estoy seguro de que podemos confiar en ti. Tal

vez podríamos incluso sentarnos a comer algo y recordar los viejos tiempos, como en aquella misión de rescate de los prisioneros desaparecidos, sí, aquella que dirigía tu lacayo. Tú fuiste a buscarnos, ¿verdad? A mí y al resto de tus muchachos, claro.

—No sé de qué me hablas, Cari. La única vez que Sam dirigió una misión en la que tú eras miembro del equipo fue en tu primera misión, y después de eso te hundiste. Eres un hombre enfermo, Cari. Eso es lo que contaré a las autoridades. Tal vez, en vez de ir a la cárcel, podamos conseguir que te internen en un hospital.

—Ya lo tengo —soltó Vanessa, que de pronto había recordado su idea.

—¿Qué? —le preguntó Cari, pero ella no respondió nada, y empezó a registrar a Sam Cutler.

Inmediatamente antes de despegar del aeropuerto con el helicóptero de Computex, Cutler había llamado con un teléfono móvil, que se había guardado en el bolsillo al terminar.

—Sí… —susurró al encontrarlo.

Treinta

Victor Hobson se había acostado poco después de medianoche en su habitación de hotel, tras un día consumido entre la comisaría de policía de Portland y la oficina del FBI. Hasta las cinco, no paró de dar vueltas en la cama. A esa hora, más cansado que la noche anterior, se levantó. Ya eran las ocho de la mañana en la Costa Este. Si estuviera en casa, ya iría con una hora de retraso.

Se metió en el baño. El espejo no le devolvió una imagen amable de sí mismo. Afeitarse, cepillarse los dientes y ducharse lo reanimó un poco, pero la falta de avances en su búsqueda le resultaba deprimente.

Cari Rice llevaba veinte años siendo más transparente que un fantasma, y en algunos momentos había llegado a pensar si no sería un mero producto de su imaginación. Y ahora, justo cuando parecía que Rice estaba a su alcance, volvía a desaparecer. Victor no entendía que un hombre pudiera esfumarse sin dejar rastro.

La noche anterior era demasiado tarde en la Costa Este para llamar a Emily antes de acostarse, de modo que decidió hacerlo entonces, pues sabía que estaría levantada, con los niños. Estaba a punto de marcar desde el teléfono del hotel cuando sonó su móvil. Hobson trató de recordar dónde lo había puesto, y al fin lo encontró sobre la mesa, cuando ya llevaba sonando un buen rato, emitiendo un sonido enervante que, para su cerebro fatigado, se parecía mucho al que hacían los platos metálicos al chocar contra el suelo.

—Soy Hobson —masculló, encendiendo la lámpara de mesa.

—Victor, soy Vanessa Kohler.

La voz de aquella mujer actuó sobre Hobson como un café bien cargado.

—¿Dónde está? —preguntó, tratando de ocultar su emoción.

—Estoy con Cari Rice en la mansión de mi padre. Sabe dónde está, ¿no?

—Sí.

—Mi padre me ha secuestrado y me ha administrado sedantes para tenerme presa. Cari ha entrado en la casa para rescatarme, pero estamos atrapados. Nos hemos encerrado en el dormitorio de la criada, en la segunda planta. Los hombres de mi padre intentan matarnos. Estamos armados, y nos defenderemos si hace falta. Pero preferimos entregarnos.

—Eso puedo arreglarlo —dijo Hobson.

—Entonces será mejor que actúe deprisa. No sé cuánto tiempo esperará mi padre antes de ordenar a sus hombres que irrumpan en el cuarto. De modo que esto es lo que quiero que haga: en primer lugar, debe informar a la policía local de nuestro paradero y de nuestra intención de rendirnos a ellos. Serán ellos los que tendrán que entrar en la habitación. Tememos salir al pasillo sin protección. Los hombres de mi padre ya nos han disparado varias veces.

—Llamaré a la policía de inmediato —le aseguró Hobson.

—Tan pronto como la policía esté en camino, quiero que llame a mi padre. Yo permaneceré al aparato, para que usted oiga si él trata de entrar en la habitación. Dígale que está hablando conmigo y que la policía ya viene. Dígale que deje de disparar. Si la policía no llega pronto, nos matará.

—Deme el número de la finca.

Tan pronto como Vanessa se lo dictó, Hobson llamó al comisario Walsh usando el teléfono del hotel. Éste respondió casi al momento, con voz adormilada.

—Howard, le habla Victor Hobson. Tengo a Vanessa Wingate al teléfono móvil. Se ha atrincherado en una habitación del segundo

piso de la mansión de su padre, el general Wingate, en California. Cari Rice está con ella y están armados, pero asegura que se rendirán a la policía si ésta entra en el cuarto y los escolta. Llame a la policía de San Diego y dé orden de que acudan a la finca de inmediato. Explique la situación. Vanessa asegura que los guardias de su padre les están disparando. Yo voy a llamar al general Wingate y a tratar de rebajar la tensión.

Una vez que Hobson comunicó a Walsh la localización exacta de la casa, colgó y marcó el teléfono de Wingate.

—¡Responde, general! —Oyó que exclamaba Vanessa tan pronto como el teléfono empezó a sonar—. Estoy hablando con el director adjunto del FBI con el teléfono móvil de Sam. Hemos aceptado rendirnos a la policía. Tú mismo puedes oír lo que pasa. Quiere hablar contigo ahora mismo.

»¿Lo ha oído? —preguntó Vanessa.

—La oigo —le aseguró Hobson.

—Mi padre sabe que está al teléfono. Si nos dispara y nos mata, será asesinato.

Se oyó un chasquido en la línea del hotel.

—¿Quién es? —preguntó el general Wingate.

—Victor Hobson, general. Director adjunto del FBI. Hablamos hace muchos años, cuando yo investigaba el asesinato del congresista Eric Glass.

—Sí, lo recuerdo. En esa época era agente.

—Tiene buena memoria. Su hija me ha llamado. La tengo al otro teléfono, y oye lo que le estoy diciendo. Por lo que dice, la situación en su casa es complicada.

—Mi hija es una enferma, director Hobson. Carl Rice, el hombre que mató a Eric Glass, estaba arrestado en Portland, Oregón. Vanessa lo ayudó a escapar. Él es un demente, pero también es muy listo. Rice la ha convencido de que soy un criminal malvado que intento matarlos.

»Mis hombres rescataron a Vanessa, pero él logró escapar. A ella la trajimos aquí para poder garantizarle la ayuda que necesita. Iba a llamar a las autoridades una vez que me pusiera en contacto con un abogado que la representara, pero Rice se ha personado en mi casa. Ha matado a varios de mis guardias y ha intentado asesinarme a mí también. He logrado escapar, y mi fuerza de seguridad lo tiene acorralado. Se ha hecho fuerte con uno de mis hombres como rehén, a menos que también lo haya eliminado.

—Sí, bien, quiero que ordene a sus hombres que cesen los disparos —dijo Hobson—. Nos hemos puesto en contacto con la policía de San Diego, y ya van de camino hacia allí. Vanessa asegura que ella y Rice están dispuestos a rendirse a ellos, de modo que no hace falta que tome ninguna medida que no sea la de asegurar su integridad física.

—¿Has oído todo eso? —Hobson oyó que Vanessa gritaba a su padre—. Mejor será que no intentes nada. El director Hobson va a oír todo lo que hagas. Cari y yo dejaremos las armas cuando llegue la policía. No haremos daño a nadie, de modo que no habrá «resistencia a la autoridad durante la detención con resultado de muerte», ni «muerte causada en defensa propia». Si nos disparan, te acusarán de asesinato.

La llamada en espera empezó a parpadear en el teléfono del hotel de Hobson.

—Lo pongo en espera un instante, general —dijo él—. Tengo otra llamada. Seguramente quieren actualizar la información policial.

—Espero —respondió Wingate—. Y no se preocupe. Mis hombres no dispararán. No quiero que le hagan daño a Vanessa.

Hobson habló con el comisario Walsh, que le puso al corriente de la situación, antes de recuperar la línea de Wingate.

—La policía local está a punto de llegar, general. Por favor, pídale al portero que abra la verja.

—Sí, claro. Y, por favor, director Hobson, ¿puede pedirle a mi hija que, como gesto de buena voluntad, deje libre al hombre que

retienen?

—¿Vanessa?

—¿Sí?

—Su padre dice que tienen a un rehén.

—No es un rehén. Es el cabrón que me secuestró. Usted lo conoce. Es Sam Cutler.

—¿Su novio? —preguntó Hobson.

—Ex novio. Mi padre le pagaba para que me vigilara. Es él quien me ha administrado los sedantes, quien ha tratado de asesinar a Cari.

—¿Acepta liberarlo como prueba de buena voluntad?

—Debería matar a ese cabrón, pero lo dejaré en libertad si a Cari le parece bien.

Hobson aguardó al teléfono. Oía que Vanessa y Rice parlamentaban, aunque no distinguía lo que decían.

—Está bien. Ordene al general que mantenga alejados a sus hombres, y nosotros lo sacaremos. Sigue inconsciente.

—Vanessa ha aceptado liberar a su hombre, pero deben alejarse de la puerta.

—Ordenaré a mis hombres que se alejen de la puerta y no abran fuego.

—De acuerdo.

—Debo pedirle un favor.

—¿De qué se trata?

—Pida a los policías que traten con delicadeza a mi hija. Es una persona enferma. Estoy seguro de que vive alejada de la realidad. Debería ingresar en un centro psiquiátrico, no en la cárcel.

Vanessa seguía aquella conversación a través de las réplicas de Hobson, e imaginó lo que decía su padre. Mentía, por supuesto, le decía a Hobson que Cari y ella estaban locos, pero la locura era mejor que la muerte.

Tan pronto como Hobson le transmitió que el general había ordenado a sus hombres que se retiraran de la puerta, Cari le

entregó su arma a Vanessa.

—Parece que sigue inconsciente —dijo Cari—, pero no dudes en matarlo si descubres que finge.

Vanessa apuntó a Cutler con la pistola. Cari se retorció del dolor que sentía en el hombro al apartar la cama y la silla de la puerta. Cogió a Cutler por las axilas y lo arrastró. Vanessa iba tras él, apuntándolo con el arma. Sam seguía inconsciente, pero ella no quería correr el menor riesgo.

Cari forcejeó con aquel cuerpo inerte hasta acercarlo a la puerta, que Vanessa abrió. El área contigua a ésta, por el otro lado, estaba vacía. Cari dejó a Cutler en el suelo y lo empujó hasta el pasillo. Vanessa cerró entonces la puerta, y él volvió a colocar la silla y la cama en la misma posición.

—Ya hemos hecho lo que nos pedía —informó Vanessa a Hobson —. Sam está en el pasillo, sano y salvo. Ahora es cosa suya mantenernos con vida.

—La policía ya casi ha llegado —respondió Hobson.

Vanessa se sentó con la espalda apoyada en la pared y se llevó las rodillas al pecho.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Cari.

—Estoy bien, un poco cansada, nada más. Seguramente por efecto de los sedantes.

—Te despejarás enseguida. —Vanessa cerró los ojos y Cari murmuró—: Siento haberte metido en todo esto.

—Tú no me has metido en nada. Soy yo la que entró en el hospital y te sacó de allí.

—Y ahora parece que vamos a ir a la cárcel los dos. Yo no quería que las cosas fueran así.

—¿Por qué has venido a buscarme, Cari? Podrías estar muy lejos de aquí, camino de tu libertad.

—Ya te traicioné una vez, Vanessa, y no iba a consentir que sucediera otra vez. Me dejé deslumbrar por el general. Y esa decisión me ha perseguido toda la vida.

—¿Crees que habríamos seguido juntos si hubieras ido a la universidad? La verdad es que me dolió bastante —se rió ella—. Y aún me duele.

—No tengo ni idea de qué habría pasado, pero sé que te decepcioné —dijo Cari.

—¿De modo que querías arreglar las cosas y por eso te has colado en el castillo del general?

—He cumplido con mi palabra. Tú me salvaste a mí, y yo te dije que vendría a buscarte. Y eso he hecho. Siento que las cosas no hayan salido como en las películas.

—Eso no lo sé. En las películas, el caballero siempre acude al rescate.

Vanessa señaló en dirección a la ventana. Rice oyó el lejano sonido de unas sirenas.

—Pronto estaremos fuera de aquí, y vivos —dijo Vanessa.

—Pero en la cárcel los dos.

Vanessa se acercó a Cari y le acarició el antebrazo.

—No te rindas. Lo derrotaremos. Lo sé. Todavía no se me ha ocurrido cómo, pero sé que derrotaremos a mi padre.

Vanessa lo juró con gran convicción, pero Cari sabía que estaba condenado a pasar el resto de su vida entre rejas. El general sacaría a su hija de la cárcel, probablemente, aunque pasaría muchos años, si no todos, en un hospital psiquiátrico.

Pasó el brazo bueno por el hombro de Vanessa y le besó la frente.

—Seguro que sí —susurró—. Seguro que sí.

Treinta y uno

Poco después de las seis de la mañana el despertador telefónico sobresaltó a Ami, que dormía profundamente, pero Ryan siguió durmiendo a pesar de los timbrazos. Ella colgó el teléfono, volvió a acurrucarse en la cama y observó a su hijo. La noche anterior había demostrado gran entusiasmo con la novedad de dormir en un hotel, cenar en un restaurante caro y ver una película de Disney en la habitación. Pero ahora se veía tan tranquilo que Ami no pudo evitar sonreír. La muerte y la destrucción se hallaban por todas partes, pero apenas habían afectado a su hijo.

Le habría encantado dejar dormir más a Ryan, pero debía llevarlo a la escuela. Después iría al bufete. El caso Morelli había consumido gran parte de su tiempo desde que la hija del general había irrumpido en su vida, pero Ami tenía otros clientes con problemas acuciantes y no podía permitirse el lujo de pasarse el día remoloneando en el hotel. Así se lo había explicado a Kirkpatrick después de desayunar con él el día anterior. El fiscal había ordenado que el policía que la custodiaba la llevara al trabajo cuando se despertara, lo que hizo hacia el mediodía. El agente había permanecido en la recepción hasta que salió a buscar al niño al colegio.

—Eh, tigre —le susurró, zarandeándolo suavemente en el hombro—. Es hora de levantarse.

Ryan protestó y se dio la vuelta. Ella se echó sobre él y le dio varios besos húmedos y desagradables en la mejilla.

—Aghhh, mama, basta —suplicó.

—Entonces mueve el culo y levántate. Hoy tienes clase.

—¿Tengo que ir? ¿No puedo quedarme aquí contigo?

—No. Yo tampoco voy a estar aquí —informó Ami—. Tengo que trabajar, y tú tienes colegio. Si te arreglas deprisa, podernos desayunar en el comedor, eso sí.

Ryan se espabiló al instante.

—¿Y podré comer tortitas?

—Si no te estás horas, sí. Venga, rápido.

Mientras Ryan cogía la ropa que Ami lo había dejado preparada y se metía en el baño, llamaron a la puerta. Ami sabía que el guardia no permitiría que nadie le hiciera daño, siempre que pudiera evitarlo, pero tenía muy presente lo que había sucedido con los agentes que custodiaban su casa.

Se puso el albornoz del hotel y espió por la mirilla. Al otro lado de la puerta aguardaba Brendan Kirkpatrick, que parecía recién salido de una revista de moda. Ella, por su parte, se asemejaba más a esa mujer recién levantada y sin maquillaje que ni siquiera se ha cepillado los dientes. Por un instante dudó si debía hacer como que no estaba, pero decidió no hacerlo, porque el guardia sabía que no había salido de la habitación. Además, ése no era un comportamiento adulto, de modo que abrió la puerta e invitó al fiscal a que pasara.

—¿A qué debo el honor? —dijo, apretando una contra otra las solapas del albornoz para cubrirse el cuello.

Brendan no pareció fijarse en lo horrible de su aspecto, y le sonrió.

—Está a salvo. Los han pillado.

—¿Dónde? —preguntó Ami, que temía que la detención se hubiera producido en su casa.

—En California. Desconozco los detalles, pero Howard Walsh me dice que la fuerza de seguridad de Wingate rescató a su hija y se la llevó a su finca, cerca de San Diego. Rice llegó hasta la mansión

para rescatarla. Ha matado y herido a varios de los hombres de Wingate, pero el general ha logrado encerrarlos en la casa, y ellos se han rendido a la policía.

Ami sintió que le desaparecía un peso de los hombros. Kirkpatrick creyó que era porque Rice estaba entre rejas, donde no podía hacerles daño a ella ni a su hijo, pero lo que en realidad la aliviaba era que la policía no hubiera descubierto que ella había ocultado la huida de los fugitivos.

—En cualquier caso estás a salvo. Y puedes regresar a tu casa esta misma noche.

—Qué bien.

—Debes de sentirte aliviada.

—Sí. Desde que Vanessa entró en mi despacho, este caso ha sido una pesadilla. Para empezar, no debería haberme implicado. Nunca fue mi intención representar a Cari Rice. Estaba en el caso hasta que alguien competente se hiciera cargo de él.

Brendan sonrió.

—Para ser una Perry Mason neófita, me lo has hecho pasar mal.

—Me alegro. Si esta experiencia sirve para que hayas aprendido un poco de humildad, la doy por bien empleada. Quizá la próxima vez no te ensañes tanto con una mujer indefensa.

Brendan levantó las manos.

—Está bien, me rindo. He aprendido la lección. Pero tú eres cualquier cosa menos indefensa. Y de todos modos, quería darte la noticia personalmente.

—Gracias.

—Bueno… —balbució Kirkpatrick—, debo regresar a la oficina. En realidad, tengo otros casos. Quizá nos veamos por ahí.

—Quizá —dijo Ami.

—Es posible que deba llamarte a declarar como testigo, ya sabes.

—Ningún problema, Brendan.

—De acuerdo, hasta pronto.

Ami permaneció unos instantes inmóvil cuando Kirkpatrick se fue. ¿Eran imaginaciones suyas, o aquel gélido fiscal de distrito acababa de demostrar en su presencia esa clase de nerviosismo que le recordaba al de los adolescentes enamorados? ¿Sentía atracción por ella? Ella no la había sentido por él, de eso estaba segura. Bueno, al menos al principio no le había caído nada bien. Pero gradualmente la cosa iba cambiando. Se preguntaba qué respondería si él la invitaba a salir. Aunque mejor no especular. Hasta entonces no lo había hecho, y ya se plantearía qué hacer sólo si llegaba el caso. Por el momento, lo único que quería era llevar a Ryan a la escuela. Con las emociones de los últimos días tenía bastante para llenar toda una vida, y lo que le apetecía era regresar a su existencia normal y aburrida.

Treinta y tres

El Centro Judicial es un edificio de cemento y cristal de dieciséis plantas situado en el centro de Portland, separado del Palacio de Justicia del condado de Multnomah por un parque. Además de la sede central de la policía de la ciudad, el Centro alberga una oficina del fiscal del condado, varias salas de vistas, el laboratorio forense estatal, las salas de libertad condicional y vigilada, y la cárcel del condado. Ami Vergano ya había estado en la planta decimotercera del edificio cuando fue interrogada por la policía de Portland, pero era la primera vez que pisaba una cárcel, y la visita a aquel sector de las instalaciones le resultaba enervante.

La cárcel, ubicada entre las plantas cuarta y décima, cuenta, sin embargo, con la recepción en la segunda. Para llegar hasta ella, Ami atravesó el vestíbulo abovedado del centro, dejó atrás las escaleras curvas que conducían a las salas de vistas de la tercera planta y franqueó unas puertas de vidrio.

—Soy Ami Vergano, la abogada de Vanessa Kohler —informó al agente de la oficina del *sheriff* sentado tras el mostrador de recepción—. Me gustaría visitarla. Tal vez figure con el apellido Wingate.

Mientras el agente comprobaba su documento de identidad, Ami miró a su alrededor. Una adolescente nerviosa, con tatuajes y *piercing* en la nariz, no dejaba de observar con inquietud la puerta por la que los presos salían de la cárcel. Por el olor que desprendía, se diría que llevaba días sin bañarse, y tenía ojeras. Además de ella,

sólo había otra persona en la recepción: se trataba de un abogado corpulento, vestido con unos pantalones anchos y una chaqueta que no hacía juego con ellos, que preparaba la inminente visita con su cliente repasando unos informes policiales.

El guardia le devolvió el documento y revisó su maletín. Tras constatar que no llevaba armas ni productos no autorizados, le indicó que pasara bajo un detector de metales situado entre ella y el ascensor de la cárcel. Ami lo hizo sin activar ninguna alarma, y el agente la acompañó hasta el ascensor y subió con ella hasta la planta en la que habían recluido a Vanessa.

Al poco, Ami se encontraba ya en un distribuidor estrecho con paredes de cemento. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, la claustrofobia se apoderó de ella. El guardia de recepción le había dicho que avisara al agente de planta mediante el intercomunicador fijado a la pared, junto a una gruesa puerta metálica que se alzaba en un extremo de aquella especie de pasillo corto. Ami pulsó el botón varias veces, nerviosa, antes de que del aparato surgiera una voz que, entre chasquidos, le preguntara qué quería.

Momentos después, un celador de la cárcel observó a Ami a través de la ventanilla que se abría en el tercio superior de la puerta y comunicó algo por *walkie-talkie*. Los cerrojos electrónicos se abrieron y el agente acompañó a Ami hasta otro pasillo estrecho que unía tres salas de visita, en las que los presos podían mantener un contacto cara a cara con sus abogados. Los grandes ventanales de cristales blindados permitían observar esas salas desde el exterior.

Vanessa ya la esperaba en la sala más alejada de los ascensores. Llevaba el uniforme de las internas, un ancho mono naranja, y estaba sentada en una de las dos sillas de plástico arrimadas a una mesa redonda de formica fijada al suelo. El guardia abrió otra puerta metálica y se hizo a un lado para dejar pasar a Ami, que entró en la sala. El celador le señaló un botón que sobresalía de un intercomunicador clavado a una pared amarilla.

—Presiónelo cuando esté lista, y yo vendré a buscarla —le dijo antes de cerrar la puerta.

Vanessa iba despeinada y parecía más delgada aún de lo que Ami recordaba. Los días interminables pasados en la cárcel de San Diego, mientras Oregón y California peleaban por ver cuál de los dos estados debía procesarla primero, se habían traducido en un aspecto demacrado y muy pocos ánimos.

—¿Estás bien? —le preguntó Ami.

—No, la verdad es que estoy hundida —respondió Vanessa con absoluta sinceridad. Parecía agotada.

—Lo siento mucho, Vanessa.

—No lo sientas. Nada de todo esto es culpa tuya. Sólo puedo culparme a mí misma. —De pronto, un destello de la decisión y la confianza tan propias de Vanessa asomaron a su rostro—. Pero no lamento lo que hice. Cari estaría muerto si no hubiera acudido a su rescate. —Sin transición, hundió los hombros y su expresión pareció de nuevo perdida—. Sólo espero que sobreviva en la cárcel, aunque no creo que tenga muchas posibilidades. Supone una amenaza demasiado grande para el general.

Ami no discutió con Vanessa. Finalmente se había convencido de que aquel ejército secreto era una fantasía y que su cliente vivía en un estado grave de confusión, pero ¿qué sentido tenía rebatir sus ilusiones en aquellas circunstancias? De modo que se limitó a abrir el maletín, y de él extrajo varios documentos legales.

—He traído la petición de cambio de representante para que la firmes —dijo Ami, acercándole los papeles y una pluma.

—¿No vas a seguir siendo mi abogada?

—No puedo. Recuerda que ya lo hablamos la primera vez. En primer lugar, carezco de experiencia como criminalista, y en segundo lugar, no es ético que un abogado represente a dos personas en el mismo caso. Se trata de un claro conflicto de intereses. Una de las maneras que tiene un abogado de ayudar a su cliente es alcanzar un acuerdo beneficioso con el fiscal del distrito. Si hay dos acusados, es

normal que el abogado de uno de ellos informe al fiscal de que su cliente testificará contra el otro a cambio de que éste obtenga una sentencia más leve. Y eso no podría hacerlo con Cari y contigo si os representara a los dos.

»Además, existe otro problema. Yo os ayudé a esconderos. ¿Eres consciente del problema en el que me metería si saliera a la luz? Os ayudé y encubrí vuestra huida. Si acabo convirtiéndome yo también en acusada, es evidente que tendré que renunciar al caso. Eso por no mencionar que fui testigo de la agresión de Carl a Barney Lutz y al agente de policía durante el partido de béisbol de mi hijo. —Ami esbozó una sonrisa avergonzada—. Estoy entre tantos conflictos de intereses que me siento como la pregunta de un examen de derecho penal. Pero no te preocupes. Ray Armitage sigue dispuesto a representar a Cari, y yo he convencido a Janet Massengill para que sea tu abogada. Según ella, es bastante posible que salgas en libertad bajo fianza.

—No, no —dijo Vanessa, negando una y otra vez con la cabeza —. No estaría a salvo fuera de la cárcel. Aquí me tienen en aislamiento. A menos que soborne a un celador, mi padre no podrá hacerme nada.

Ami se mordió la lengua. Le resultaba triste ver a una mujer fuerte reducida a aquel estado de terror.

—En ese caso, será mejor que se lo comentes a tu nueva abogada. No tiene que pedir fianza si no quiere. Tan pronto como firme el cambio de representante legal, Janet se hará cargo del caso. Hoy estaba ocupada, pero podría visitarte mañana.

Vanessa se echó hacia delante y apoyó la mano en la de Ami.

—No me dejes, Ami.

—¿No me has escuchado? No tengo otra opción.

—Tienes que seguir siendo mi abogada. Es mi única posibilidad.

—¿Tu única posibilidad de qué?

—De desenmascarar a mi padre y salvar a Cari.

—¿Y cómo vas a poder hacer eso, Vanessa? —le preguntó Ami, exasperada al fin ante la negativa de su cliente a aceptar la realidad.

—Puedo solicitar una vista con presencia de público y medios de comunicación. Puedo pedir la presencia de testigos. Puedo exigir la citación de mi padre, y tú podrías lograr un careo bajo juramento, y todo el mundo lo presenciaría.

—No funcionará. Lo negará todo, y el fiscal sacará a relucir tus antecedentes psiquiátricos. Tu abogado no tiene ninguna prueba para refutar lo que afirme el general.

—Cari lo refutará —insistió Vanessa.

—Nadie va a creérselo sin más pruebas. Piensa en cómo quedará ante el público tras ser interrogado por Brendan Kirkpatrick. Existen pruebas abrumadoras que demuestran que ha matado a un congresista, a un general, a varios de los guardias de tu padre y a mi amigo George French.

Vanessa miró fijamente a Ami.

—Cari jura que ni siquiera se encontraba en Estados Unidos cuando el general Rivera fue asesinado, y que no mató a George French. Yo estuve con él desde que lo ayudé a escapar de la zona custodiada del hospital hasta que me secuestraron.

Ami negó con la cabeza.

—Va a costar mucho que se lo crean, Vanessa. Vi las fotografías del lugar del crimen de Lost Lake. A George lo mataron del mismo modo. Si tú eres la única coartada con la que cuenta… —Ami extendió las manos, con las palmas hacia arriba—. ¿No ves que es un problema?

—Sé de una manera de derrotar a mi padre que no depende de Cari, pero para lograrlo debes seguir siendo mi abogada. No confío en nadie más para destapar este caso.

—¿Destapar qué?

—Tal vez exista un modo de demostrar que la Unidad existió y que mi padre estuvo implicado en ella, pero es arriesgado… —Vanessa clavó los ojos en la mesa—. Si no funciona…

Su gesto de derrota resultaba tan conmovedor que Ami no pudo evitar sentir lástima por ella.

—No puedo, Vanessa, ya te he explicado por qué debo mantenerme al margen de tu caso y el de Cari. Exponle tu plan a Janet Massengill. Ella está capacitada para hacer lo mismo que yo e incluso lo hará mejor.

Vanessa alzó la vista y la miró con ojos de enfermiza determinación y un gesto que parecía cincelado en piedra.

—Eres mi única esperanza, Ami, y no vas a abandonarnos ni a Cari ni a mí.

—Vanessa.

—Informaré a la policía de que nos ayudaste a escapar.

La abogada abrió mucho la boca y enrojeció de indignación.

—Eso sería mi ruina —dijo—. Me arrestarían y me inhabilitarían.

—No quería llegar a este punto, pero no me dejas otra opción. Debo detener a mi padre. No puedo permitir que se convierta en presidente de Estados Unidos. Tiene que pagar por lo que le ha hecho a Cari y lo que me ha hecho a mí.

—Por favor, no lo hagas, Vanessa. Yo sólo intenté ayudaros. Nunca he hecho nada que pudiera haceros daño. ¿Por qué quieres tú hacernos daño a mi hijo y a mí?

—No es que quiera, pero lo haré si no tengo más remedio. No olvides que soy hija de mi padre, y que puedo ser tan despiadada como él sí me veo obligada a serlo.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Ami, con la esperanza de que en el plan de Vanessa encontraría algún defecto con el que convencerla de que desistiera.

—Anota este número. Es del teléfono móvil de Victor Hobson. Prepara una reunión con él. Si estoy en lo cierto, existen pruebas que demuestran la existencia de la Unidad, y él puede ayudarme a sacarlas a la luz.

Treinta y cuatro

El celador escoltó a Ami, Brendan Kirkpatrick y Victor Hobson hasta la sala de visitas, y cerró la puerta al salir. Vanessa ya se encontraba sentada a la mesa, a la que habían añadido tres sillas más.

—Ya conoces al señor Hobson —dijo Ami—. Éste es Brendan Kirkpatrick, que ejerce la acusación contra ti. Este dato debe quedarte muy claro.

—No me hago la menor ilusión sobre el interés que el señor Kirkpatrick pueda tener por mí.

—Perfecto —dijo el fiscal mientras colocaba una grabadora sobre la mesa—. Insistiré en grabar todo lo que aquí se diga.

—Ya lo esperaba —dijo Vanessa.

Mientras Kirkpatrick manipulaba el aparato, Victor Hobson tomó asiento frente a la reclusa.

—¡Cuánto tiempo!

—Casi veinte años.

—Siento que tengamos que vernos en estas circunstancias.

—Lo mismo le digo —respondió Vanessa, esbozando brevemente una sonrisa—. Pero usted va a ayudarme a cambiar estas circunstancias.

Brendan, acercándose a la grabadora, enunció la fecha y el lugar donde se celebraba la reunión, así como el nombre de todos los presentes.

—Escúcheme, Vanessa, porque quiero decirle algo antes de proseguir —dijo Victor Hobson apenas el fiscal dejó de hablar—. Yo

pertenezco al FBI, y por tanto soy defensor de la ley y de su cumplimiento, lo mismo que Brendan. Nuestra labor es llevarla a la cárcel.

—No, Victor, su labor es pillar a los culpables. Y ni Cari ni yo lo somos. Aquí el malo de la película es mi padre, y yo voy a ayudar a cazarlo.

Brendan Kirkpatrick meneó la cabeza.

—Esto no me gusta. Yo he venido sólo por la señora Vergano, que no debería estar representándola.

—Asumí la responsabilidad de todo conflicto por escrito.

—Me ha mostrado el papel —dijo Brendan—. Aun así, creo que comete un grave error. ¿Es consciente de que usaré cualquier acusación que pronuncie para incriminarla, y que llamaré al señor Hobson y a su abogada a declarar como testigos para que corroboren todo lo que diga, si lo considero necesario?

—Sí —aceptó Vanessa.

—Si llamo a la señora Vergano a testificar, ya no podrá seguir representándola.

—Eso ya lo sé, pero espero que no sea necesario. —Vanessa se echó hacia delante y miró a Kirkpatrick—. La vista para mi fianza es la semana que viene…

—Y yo me opongo a su petición. Quiero serle franco, señora Kohler. Considero que tanto usted como el señor Rice son criminales peligrosos. No sólo pienso oponerme a que le concedan la libertad bajo fianza, sino que son muy pocas las concesiones que puedo hacer en el caso de que esté pensando negociar declararse culpable a cambio de reducir condena.

—¿Y seguiría pensando del mismo modo si pudiera demostrar que mi padre dirigió una unidad secreta del ejército durante la guerra de Vietnam y, posteriormente, fue responsable de una serie de acciones ilegales en Estados Unidos, incluido el asesinato del congresista Eric Glass, que se perpetró en cumplimiento de una orden emitida por él?

Kirkpatrick suspiró.

—Ya he leído sus declaraciones a las autoridades de California, y el señor Hobson me ha contado lo de su libro. Sus acusaciones contra el general me resultan increíbles y por completo carentes de fundamento. Pero incluso si fueran ciertas, ¿cómo cambiaría el hecho de que ayudara a Rice a escapar de la cárcel a punta de pistola? Creo que deberíamos poner fin a esta reunión antes de que diga algo que complique aún más su situación.

—Mi padre es un asesino sin principios. ¿Quiere que un hombre como él gobierne el país?

—Por supuesto que no, si es que es, en efecto, un asesino sin principios —respondió Kirkpatrick—. Pero usted no puede demostrar sus acusaciones, y yo no consideraría como testimonio independiente nada de lo que dijeran Cari y usted.

Vanessa miró a Victor Hobson y dijo:

—Bueno, podría existir corroboración a lo que digo, y sería usted quien podría proporcionarla, Victor. Si la encuentra, podríamos usar la vista en la que se dirimirá mi fianza para exponer a mi padre. Podemos llamarlo a declarar como testigo y someterlo a juramento.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Hobson.

—Creo que deberíamos dejarlo —intervino Kirkpatrick.

—Vamos a escuchar lo que Vanessa quiere decimos —dijo Hobson.

El fiscal pareció sorprendido, y Vanessa casi sollozó de alivio cuando constató que, al fin, el hombre del FBI iba a hacerle caso.

—Patrick Gorman, que es mi jefe en *Exposed*, vino a verme cuando me encontraba en la cárcel de San Diego. Bromeamos sobre lo mala que es la comida en la cárcel, y yo le dije que, con lo que me pagaba, no podía permitirme nada mejor.

—¿Qué tiene que ver la comida de la cárcel con la demostración de que su padre dirigía un equipo de asesinos? —Quiso saber Kirkpatrick.

—Permítame que se lo explique.

Treinta y cinco

El Palacio de Justicia del condado de Multnomah ocupa toda una manzana frente al parque de Lownsdale, en el centro, de Portland. Construido en 1914, el edificio, de cemento gris y acero, contrasta enormemente con la moderna arquitectura del Centro Judicial, situado en el otro extremo del parque, y promete justicia imparcial a todos lo que no cumplen la ley.

Un pequeño calabozo en la séptima planta del edificio alberga a los presos que deben presentarse en los juicios. El ascensor que los traslada desde el calabozo se detuvo en un rincón del Palacio de Justicia que da a la Quinta Avenida. La sala del juez Rubén Velasco, donde iba a celebrarse la vista en la que se determinaría si Vanessa obtenía la libertad bajo fianza, se encontraba en la parte frontal del edificio, que da a la Cuarta Avenida.

Ami se había puesto un elegante collar de perlas, y llevaba un traje blanco de seda, compuesto de chaqueta y pantalón, uno de sus pocos conjuntos formales, que siempre llevaba cuando tenía citas importantes en los tribunales. Vanessa, por su parte, iba vestida con un traje gris, austero, que Ami le había comprado. De no ser por las esposas, habría pasado por parte del equipo de la defensa. Ami iba unos pasos por detrás de los guardias que escoltaban a Vanessa desde que había abandonado el ascensor al llegar a la quinta planta. Apenas llegaron al pasillo, un enjambre humano se abalanzó sobre ellos.

—No te detengas y no respondas a ninguna pregunta —le advirtió Ami mientras los periodistas y los cámaras de televisión las rodeaban. Los agentes de la autoridad se abrían paso entre la multitud. Ami entrecerró los ojos para protegerse de los focos, sin dejar de seguir a los guardias.

«¿Eran amantes Cari Rice y usted?». «¿Por qué odia a su padre?». «¿Va a votar por el presidente Jennings en las elecciones primarias?».

Las preguntas avanzaban hacia ella como una manada en estampida, pero Vanessa no se arredró. Si Ami evitaba la atención de las cámaras, ella lo consideraba una oportunidad única para hacer llegar al público el mensaje que quería transmitir sobre su padre. De modo que irguió los hombros y miró fijamente a los periodistas.

—Mi padre es un asesino —exclamó Vanessa, ignorando el consejo de su abogada—. Debería estar en la cárcel, y no en la Casa Blanca.

A Ami le preocupaba que las afirmaciones de Vanessa pudieran usarse en su contra, pero eso a Vanessa la traía sin cuidado. Sabía que iba a pasar muchos años entre rejas si Victor Hobson no la ayudaba. Pero no sentía temor. Había sobrevivido al manicomio porque creía en sí misma, y sobreviviría a la cárcel. En cualquier caso, no tenía nada que perder. Si Hobson no lo lograba, no estaría en una situación peor que la que aceptó al rendirse a la policía. Pero tal vez el responsable del FBI encontrara su prueba. Si era así, sería el fin de su padre. Y para destruir a su padre, estaba dispuesta a asumir las consecuencias de haber ayudado a huir a Cari.

Una cola de asistentes pasaba bajo un detector de metales instalado en el exterior de la sala de vistas del juez Velasco. Un agente interrumpió el avance de la gente para permitir el paso a Ami, Vanessa y los guardias que las custodiaban. Brendan Kirkpatrick y Howard Walsh, sentados ya a la mesa asignada a la acusación, se giraron para observar a las dos mujeres, que

avanzaban por el pasillo central. Ami no se fijó en ellos, ocupada como estaba en la observación de los bancos, atestados de gente. Varios periodistas ocupaban un sector reservado a la prensa, en las primeras filas de la sala. Leroy Ganett, citado a declarar tanto por Ami como por el fiscal del distrito, se sentaba, en cambio, en la última fila. El doctor se ruborizó y apartó la mirada al ver a las dos mujeres que lo habían engañado. Victor Hobson, la única persona que Vanessa y su abogada esperaban que se encontrara en la sala, no se veía por ninguna parte.

Con todo, la suya no era la única ausencia destacada. El general Morris Wingate esperaba en la oficina del fiscal, custodiado por un contingente del servicio secreto y por varios hombres de su fuerza de seguridad. Kirkpatrick había llevado al general al edificio antes de que el tribunal lo solicitara para evitar concentraciones de opositores, partidarios y periodistas, que se congregaron frente al Palacio de Justicia cuando se hizo pública su comparecencia en calidad de testigo.

Cuando casi habían alcanzado la barandilla baja que separaba al público de la zona en la que los abogados y el juez llevaban a cabo los procedimientos, Vanessa se fijó en la presencia de un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado, aniñado y vestido con gran pulcritud.

—¿Ves a ese tipo que está sentado junto a la ventana, en la tercera fila empezando por el final? —le susurró Vanessa a Ami—. Pues es Bryce McDermott, el principal asesor político de mi padre. Seguramente va a divulgar todo lo que suceda aquí.

Cuando uno de los guardias le quitó las esposas a Vanessa se oyó un murmullo generalizado, mezcla de hostilidad y compasión. Las dos mujeres tomaron asiento inmediatamente después. Ami trataba de ignorar los retazos de conversaciones que le llegaban del público y se concentraba en el guión que llevaba preparado para los interrogatorios a los testigos, tanto a los que había citado ella como a los del fiscal. Casi había logrado pasar por alto el ruido cuando los

golpes de mazo del alguacil anunciaron la aparición del juez Velasco. Ami se puso en pie e indicó a Vanessa que la imitara, mientras el juez ocupaba su lugar en el estrado.

—Buenos días —Velasco se dirigió a todos los presentes—. Pueden tomar asiento. —El juez esperó a que el alguacil hubiera leído el nombre y el número del caso que se juzgaba antes de proseguir—. Antes de empezar la vista por la fianza, quiero dejar claro a los miembros del público que han gozado del privilegio de presenciar este procedimiento penal que no toleraré ningún comportamiento impropio en este tribunal, bajo ninguna circunstancia. Quien cause alteraciones del orden será expulsado de la sala inmediatamente y deberá hacer frente a sanciones penales, incluida la acusación de desacato.

»Una de las razones por las que hago hincapié en lo dicho es por la posibilidad de que el general Morris Wingate, candidato de su partido a la nominación presidencial, sea llamado a declarar en calidad de testigo. Si ello sucede, además de los agentes encargados de mantener el orden en la sala, tendrán acceso a ella muchos policías y miembros del servicio secreto. Si alguien pretende llevar a cabo algún acto de protesta política durante su declaración, que sepa que ordenaré su ingreso en prisión. Espero que quede claro. —El juez hizo una pausa para dar tiempo a todos de asimilar sus palabras—. Y ahora, al asunto que nos ocupa. ¿Están listas las partes?

—El Estado está listo, señoría —dijo Brendan Kirkpatrick, poniéndose en pie para dirigirse al tribunal.

Ami se levantó.

—Ami Vergano, abogada de la señora Kohler. Estamos preparadas para proceder.

—Muy bien, señor Kirkpatrick, ¿cuál es su posición sobre la fianza de la señora Kohler?

—El Estado desea que se mantenga la prisión preventiva. La acusada usó un arma para ayudar a Cari Rice a escapar del ala

custodiada del hospital del condado. Aterrorizó a cuatro personas durante la huida. Desde que ésta se consumó, el señor Rice ha asesinado y atacado a varias personas. La señora Kohler puede haber asistido en algunos de esos delitos y haberlos encubierto. Una vez juzgada en Oregón, la acusada será enviada a California, donde se enfrenta a las acusaciones de asesinato y allanamiento de la residencia del general Wingate. Sus actos demuestran que se trata de un peligro para los demás y de que existe riesgo de fuga.

»Y algo más. La señora Kohler padece un odio patológico hacia su padre, el general Morris Wingate. Si queda en libertad, supondría un peligro para el candidato presidencial.

Kirkpatrick se sentó, y Ami se puso en pie. Le costaba mucho defender los argumentos que estaba a punto de formular, pero su deber consistía en defender la posición de su cliente, incluso si no creía en ella. Y, lo que era más importante, Vanessa tenía en sus manos la posibilidad de destruir su vida y la de Ryan, si contaba a las autoridades que ella les había ayudado a ocultarse.

—En primer lugar, señoría, la señora Kohler carece de antecedentes. Trabaja en un periódico con sede en Washington. Mi intención es presentar una declaración jurada según la cual su empleador se compromete a mantenerla en su puesto de trabajo. Además, ha mantenido el mismo lugar de residencia durante años. Exceptuando este incidente, la señora Kohler ha sido una ciudadana ejemplar.

»Más importante aún es que la señora Kohler no ayudó al señor Rice por motivos criminales, sino que cree que sus acciones, encaminadas a rescatar a Cari Rice del hospital, estaban justificadas por la teoría de la defensa a un tercero, lo mismo que las de éste en California, cuando fue él quien rescató a la señora Kohler, que había sido secuestrada y atacada por su padre y sus agentes.

»Carl Rice y el general Morris Wingate se conocen desde que mi clienta y el señor Rice coincidieron en el instituto de educación secundaria de California. El señor Rice fue llamado a filas durante su

último año en el centro, y se incorporó al ejército, renunciando a solicitar la prórroga por razón de estudios, a pesar de haber obtenido una beca para estudiar en Dartmouth. Finalmente se convirtió en miembro de las Fuerzas Especiales durante la guerra de Vietnam, y fue entonces cuando su camino y el del general volvieron a cruzarse.

»Durante la guerra, el general era director de la Agencia para la Coordinación de Datos Reservados, que según consta en sus estatutos no está autorizada para disponer de agentes de inteligencia activos. A pesar de esa prohibición expresa, Morris Wingate dirigía una unidad militar pequeña y altamente cualificada, vinculada a esa agencia. La Unidad se financiaba con fondos obtenidos de actividades ilegales, como el tráfico de drogas.

El público asistente murmuró, y el juez ordenó silencio. Cuando la sala recobró la calma, Velasco se dirigió a ella.

—Espero que tenga pruebas para avalar estas sensacionales afirmaciones, señora Vergano.

—He citado a testigos que testificarán sobre la existencia de la Unidad y la vinculación del general con ella.

Velasco se mostró incrédulo, pero pidió a Ami que prosiguiera.

—Poco después de que el señor Rice regresara a Estados Unidos, una vez finalizada su primera misión de combate, el general Wingate preparó un encuentro con él, durante el cual le propuso la incorporación a esa unidad secreta. Desde principios de la década de 1970 hasta 1985 el señor Rice formó parte de la Unidad. Siempre cumpliendo órdenes, llevó a cabo varias misiones, que incluyeron asesinatos en territorio europeo y estadounidense.

»En 1985, Vanessa Kohler vivía en Washington, donde había retomado el contacto con el señor Rice. Una noche, él le confesó haber matado a dos personas en Tejas, en el cumplimiento del deber. Teóricamente, aquellos dos individuos espiaban para el gobierno chino. Aquella acción lo afectó mucho, y comunicó a la señora Kohler sus deseos de abandonar la Unidad.

»La señora Kohler halló pruebas de la existencia de aquel comando secreto del ejército en la caja fuerte del general. Se las mostró al congresista Eric Glass, que se encontraba en su residencia de verano, situada en Lost Lake, California, con la esperanza de que el político pudiera poner al descubierto las actividades de aquella unidad y la implicación de su padre en una actividad ilegal. Cuando descubrió la sustracción de los documentos, el general Wingate ordenó a Rice que asesinara al congresista y los recuperara. Una vez que el acusado hubo eliminado a Glass y recobrado los papeles, el general organizó el asesinato de Rice. Pero éste sobrevivió, sin que el general lo supiera. El señor Rice estuvo desaparecido muchos años, pero su imagen apareció en la televisión, en programas de alcance nacional, cuando lo arrestaron por el caso de la liga infantil de béisbol. Cuando la señora Kohler lo reconoció, supo que su padre no tardaría demasiado en saber que Cari Rice seguía con vida.

»La señora Kohler ayudó al señor Rice a escapar del hospital porque estaba convencida de que el general Wingate lo habría matado para mantener su secreto.

El rumor en la sala aumentó de volumen. El juez usó de nuevo el mazo.

—Por favor, acérquense —ordenó.

El juez se inclinó hacia delante y bajó la voz apenas Ami y Brendan Kirkpatrick se aproximaron al estrado.

—Se lo advierto, señora Vergano. No pienso permitir que mi sala se convierta en plataforma para la destrucción de un candidato político. Sus acusaciones van a aparecer en todos los canales de televisión y en todos los periódicos del país, y podrían afectar el resultado de las elecciones primarias. La denunciaré ante su colegio profesional y la acusaré por desacato si estas acusaciones resultan ser infundadas o no están relacionadas con el objeto de esta vista.

—Lo comprendo, señoría —respondió Ami, sumisa. Le dolía el estómago, y el miedo la aturdía.

—Y usted, señor Kirkpatrick, no le he oído una sola objeción.

—No veo en qué puedo objetar, señor juez. La señora Vergano asegura contar con testigos que testificarán a favor de lo que ha declarado. Personalmente, no considero que tengan la menor credibilidad, pero usted es la única persona de esta sala con autoridad para decidir sobre la credibilidad de un testigo.

—Y eso haré, señor Kirkpatrick y señora Vergano, eso haré. Y si resuelvo que su cliente ha hecho un mal uso del procedimiento judicial, habrá consecuencias.

Incluso ataviado con el uniforme de la cárcel, naranja y demasiado grande, incluso esposado de pies y manos, Cari Rice inspiraba respeto. Avanzaba con un porte digno y, como una pantera enjaulada, irradiaba una sensación de peligro que invitaba a mantener la distancia.

—¿Puede declarar el señor Rice sin esposas? —Solicitó Ami al juez.

—¿Sargento Perkins? —preguntó el juez, dirigiéndose al celador de prisiones de mayor rango.

—Preferiríamos dejárselas puestas, señoría. Cari Rice está considerado un preso de alto riesgo. Según consta, cuenta con formación en artes marciales y fue miembro de las Fuerzas Especiales. El *sheriff* sabía que la petición podía producirse, y opina que las esposas de pies y manos no deben quitársele.

—Seguiré las recomendaciones del *sheriff*, señora Vergano. Quizá me comportara de otro modo de tratarse de otro juicio, pero sé que se trata de un preso, y ese dato no influirá en mi decisión sobre la fianza.

Cari se encogió de hombros para indicar que a él no le importaba. El juez Velasco ordenó al alguacil que tomara juramentó al testigo, y los guardias ayudaron a Rice a sentarse en el banquillo.

—Señora Vergano —dijo el juez—, antes de que interrogue al señor Rice, deseo hacerlo yo.

Ami asintió, confirmando lo que ya esperaba.

—Sí, señor juez.

El juez se volvió hacia el testigo.

—Señor Rice, la señora Vergano ha sido su abogada…

—Y todavía lo es, señoría —respondió él en tono sosegado.

—Eso me preocupa. Normalmente un profesional no representa a dos acusados en el mismo caso.

—La señora Vergano me ha expuesto todos los problemas que pueden surgir a partir de esa doble representación. Y yo asumo el riesgo, porque tanto la señora Kohler como yo creemos que redunda en nuestro interés contar con la señora Vergano como abogada.

—Esa decisión suya me inquieta enormemente, pero accederé a su petición. Con todo, debo abordar otra cuestión con usted. ¿Es consciente de que está testificando bajo juramento y de que todo lo que diga quedará grabado y podrá ser usado en su contra en todos los casos que tengan lugar aquí, en California y en cualquier tribunal federal?

—Sí, señor, ya lo he tratado ampliamente con la señora Vergano.

—Podría estar a punto de confesarse culpable de asesinato, asalto, evasión y no sé cuántas cosas más, usted solo, sin ayuda de nadie.

—Le agradezco la preocupación, señoría, pero estoy dispuesto a arriesgar mi vida para que el pueblo estadounidense conozca la verdad sobre Morris Wingate.

El nerviosismo del juez Velasco iba en aumento, y pareció a punto de apostillar algo, pero en lugar de hacerlo se volvió hacia Ami.

—Adelante, señora Vergano.

Gracias, señoría. Señor Rice, ¿sirvió usted en el ejército de Estados Unidos?

—Sí.

—¿Fue durante la guerra de Vietnam?

—Y también después.

—¿Cuándo se licenció?

—Oficialmente, no creo que me haya licenciado aún, pero yo lo dejé por iniciativa propia en 1985.

—¿Qué circunstancias lo llevaron a abandonar el ejército? —preguntó Ami.

—El general Morris nos envió a mí y a otros miembros de una unidad ilegal que él dirigía, en tanto que responsable de la ACDR, a Vietnam del Norte. Allí, en teoría, debíamos rescatar a unos compatriotas desaparecidos en acto de servicio, pero en realidad se trataba de un montaje, de una trampa. Los vietnamitas del norte sabían que nos dirigíamos a la zona. Hubo una emboscada. Todos murieron menos yo. A mí me capturaron, pero logré escapar. Al cabo de un año, regresé a Estados Unidos y cambié de identidad. Supuse que nadie me buscaría, porque el general creería que había muerto.

—Acaba de testificar que le tendieron una trampa. ¿Quién?

—El general Wingate —dijo Cari con sobriedad—. Él quería eliminar a todos los miembros de la Unidad, y casi lo logró.

Ami pidió a Rice que contara al juez cómo lo reclutaron para formar parte de aquella unidad del ejército, y que expusiera brevemente algunas de sus misiones. Los murmullos del público cesaron, pues Rice cautivó a los presentes con su testimonio de las emboscadas a las recuas de mulas en las colinas de Shan, de los pescuezos de los jefes tribales degollados en el sudeste asiático, en plena noche, y de los asesinatos de los espías en Europa y Estados Unidos.

Ami oía el garrapateo de lápices sobre los cuadernos de notas a sus espaldas, en el sector reservado a la prensa, atestado de periodistas acreditados de todos los periódicos importantes del país, así como de varios representantes de medios extranjeros.

—Señor Rice, ha declarado que lo reclutaron para esa unidad del general Wingate al regresar de su primera misión de combate —dijo Ami.

—Así es.

—¿Lo hirieron durante esa misión?

—Me rozó una bala, pero no fue nada grave.

—¿Lo hospitalizaron como consecuencia de la herida?

—Bueno, me enviaron a un hospital para revisarme la herida, pero me tuvieron en observación menos de un día.

—¿Lo hospitalizaron por estrés relacionado con la acción de combate?

—No, señora Vergano.

—¿Sufrió alguna herida más grave durante la misión de rescate a los desaparecidos en acto de servicio?

—Sí —admitió Cari—, una bomba me estalló cerca y recibí impacto de metralla.

—Pasemos a otro asunto. ¿En qué instituto cursó la secundaria?

—En la Escuela Preparatoria de Saint Martin, California.

—¿Estudiaba la señora Kohler en el mismo centro?

—Íbamos a la misma clase —admitió Cari.

—¿Quién es el padre de la señora Kohler?

—El general Morris Wingate.

—¿Se encontró con el general mientras salía con su hija?

—Sí, en muchas ocasiones, señora.

—¿Rompió con usted la señora Kohler cuando aún estudiaban en el instituto?

—Sí. Así fue.

—¿Por qué? —inquirió Ami.

—Porque me alisté. Ella quería que solicitara una prórroga. Me habían aceptado en la universidad, y me la habrían concedido sin problemas. Se disgustó al saber que no había intentado evitar la incorporación a filas, que había preferido servir en el ejército.

—¿Creía la señora Kohler que su padre era responsable de que le hubieran llamado a filas?

—Sí, ella creía que lo había orquestado todo para interferir en nuestra relación —indicó Cari.

—Una vez terminado el instituto, ¿cuándo volvió a ver a la señora Kohler?

—En 1985.

—¿Dónde se produjo el encuentro?

—En Washington. Yo era profesor en la escuela de idiomas del ejército, en Fort Meyer, y ella estudiaba derecho y trabajaba para Eric Glass, el congresista californiano.

—En cierto momento, después de ese encuentro, ¿confesó usted a la señora Kohler que estaba usted implicado en las misiones dirigidas por su padre?

—Sí, lo hice —concedió Cari.

—¿Supo después qué hizo ella en respuesta a su confesión?

—Sí. Robó los historiales de los diez miembros de la Unidad, custodiados en la caja fuerte de su padre, y se los entregó al congresista Glass, que poseía una residencia de verano en Lost Lake, California.

—¿Le dio Morris Wingate alguna indicación respecto a Eric Glass y esos documentos?

—El general me contó que el congresista era un traidor y que iba a vender aquella información a un gobierno extranjero —explicó Cari —. Me ordenó que me trasladara hasta Lost Lake, recuperara los documentos y torturara al congresista hasta causarle la muerte.

Varios sectores del público reaccionaron con sonoras exclamaciones, y el juez Velasco pidió silencio con la maza. Ami prosiguió con su interrogatorio tan pronto como se restableció el orden en la sala.

—¿Era el asesinato por tortura una práctica poco habitual incluso en su línea de trabajo? —La entereza de Rice se resquebrajó por primera vez. Se pasó la lengua por los labios, y pareció marearse—. ¿Era raro matar a alguien torturándolo? —insistió Ami.

—Sí —respondió Rice en voz apenas audible.

—¿Obedecía usted órdenes del general?

—Sí.

—¿Lo vio alguien matar a Eric Glass?

Rice miró a Vanessa.

—La señora Kohler estaba en la casa. Yo ignoraba que se encontraba en Lost Lake hasta que la vi. El general no me informó de que su hija le había entregado los documentos al congresista.

—¿Qué hizo al ver a la señora Kohler?

—Me dominó el pánico —concedió Cari—. Cuando logré calmarme un poco, llevé aquellos documentos al general y le pedí que me explicara por qué su hija se encontraba en Lost Lake. Él me respondió que Glass la había seducido para lograr que ella sacara los historiales de la caja fuerte. Me dijo que había contado a la policía que yo había matado al congresista. Y entonces me dijo que organizaría mi huida a Vietnam del Norte, donde participaría en una misión en la que debería salvar a unos compatriotas desaparecidos en acto de servicio a los que habían hecho prisioneros. Me prometió que cuando regresara él ya habría pensado en algún plan para que no me detuvieran. Iba a someterme a una cirugía estética y pensaba facilitarme una nueva identidad.

—¿Y eso nunca sucedió?

—No —respondió Rice con amargura—. La misión resultó ser una trampa. Como yo podía demostrar la existencia de la Unidad, lo mismo que los demás hombres que la integraban, tenía que hacemos desaparecer para protegerse a sí mismo. Todos aquellos valientes soldados que habrían dado la vida por su país…

Rice se detuvo. Trataba de mantener la compostura, pero estaba al borde de las lágrimas. Pidió un vaso de agua.

El juez Velasco había abandonado su gesto de escepticismo. Se oían susurros en la sala. Ami miró de reojo a sus espaldas. Los presentes parecían absortos y muy serios.

—¿Cómo sobrevivió? —le preguntó Ami, bajando tanto la voz que el taquígrafo de la sala tuvo que esforzarse para oírla.

—Escapé.

—¿Podría explicar al juez, si es tan amable, cómo sucedió?

Cari se recompuso y expuso los detalles de su captura y las torturas a las que fue sometido, su huida, la supervivencia en la jungla, su difícil camino de regreso hasta Estados Unidos. Mientras hablaba, mantenía la vista clavada en la barandilla que rodeaba el banquillo, y al terminar se sentía exhausto.

—¿Por qué la señora Kohler lo sacó del hospital? —inquirió Ami, tras constatar que su cliente estaba listo para proseguir.

—Creía que el general intentaría matarme tan pronto como supiera que yo estaba vivo.

—¿De modo que lo rescató para salvarle la vida?

—Sí.

—¿Eran fundados sus temores?

—Creo que lo eran.

—Al abandonar el hospital, ¿asesinó usted al doctor French, el psiquiatra al que yo consultaba para esclarecer su caso, y a su esposa?

—No, no lo hice.

—¿Quién los mató?

—El general Wingate y sus hombres mataron al doctor French —dijo Cari con firmeza.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ami.

—Porque esos hombres trataron de matarla a usted también, señora Vergano.

—¿Y usted me rescató?

—Sí, señora. Yo la rescaté.

—¿Por qué cree que el general Wingate mató al doctor French y trató de matarme a mí?

—Porque ustedes eran las dos personas que tenían algún contacto conmigo en el hospital. Temía que les hubiera contado lo de la Unidad y su implicación en ella, y que pudieran usar la información como moneda de cambio en la negociación por reducción de condena.

Ami respiró hondamente y continuó:

—¿Y por qué entró en la mansión que el general posee en California?

—Sus hombres habían secuestrado a Vanessa —recordó Cari—. Yo los vi. Temía por su vida.

—¿De modo que la señora Kohler no acudió voluntariamente a la residencia de su padre?

—No, señora.

—No hay más preguntas, señoría.

Brendan Kirkpatrick se puso en pie despacio y se aproximó al testigo. De camino al estrado, el fiscal entregó a Ami copias de diversos documentos.

—Señoría, acaban de facilitarme copias de las pruebas testificales 1,2 y 3, de las que yo tema conocimiento previo. La señora Vergano está dispuesta a estipular, sólo para efectos de esta vista, que se trata del historial militar del testigo. Pongo en conocimiento público su presentación.

—¿Está dispuesta a estipular, señora Vergano? —le preguntó el juez Velasco.

—Sí, sólo para esta vista, señoría.

—Está bien, se admiten los documentos —dijo el juez.

—Deseo formularle algunas preguntas, señor Rice —dijo Kirkpatrick mientras le alargaba al testigo otras copias de las pruebas—. Ha declarado que formó parte de lo que usted mismo ha denominado «unidad secreta» desde mediados de la década de 1970 hasta 1985, año en el que desertó.

—Sí.

—¿Y participó en numerosas misiones en el extranjero?

—Sí.

—Revise su historial. ¿Figura en el que, tras su primera misión de combate, participara usted en más acciones en el extranjero?

—No, pero este historial es falso. Mis misiones no constaron nunca por escrito durante mi permanencia en la Unidad —apuntó Cari.

—Eso ha declarado, sí. Con todo, su historial militar no avala ese testimonio, ¿no es cierto?

—No.

—¿Cuál era su graduación en 1985?

—Era capitán.

—Pero en su ficha consta que era sargento, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Eche un vistazo a la prueba testifical número 3. Se trata del informe psiquiátrico redactado por el doctor Howard Stienbock.

—A mí ese hombre nunca me visitó. Eso es falso.

—Pero en él se declara que ha sido usted apartado del servicio por pretender ser capitán, y el médico concluye que podría usted experimentar ilusiones como resultado del estrés que sufrió en su única misión de combate.

—Ésa no fue mi única misión de combate. Esos documentos los preparó el general Wingate para ocultar mi pertenencia a la Unidad.

—Entiendo. ¿Se redactaron como parte de la conspiración contra usted? —preguntó Kirkpatrick.

—Se prepararon como parte de una tapadera —respondió Cari.

—¿Y usted ya no cuenta en su poder con los historiales que se llevó de Lost Lake?

—Se los entregué al general.

—Y los demás integrantes del grupo están convenientemente muertos, ¿no es eso? Sus cadáveres se encuentran en Vietnam del Norte.

—Algo nada conveniente para ellos, señor Kirkpatrick. Fueron hombres valientes que tuvieron una muerte muy dura.

—Eso dice usted, pero no puede demostrarlo, ¿o sí puede? —Rice esperó un poco antes de negar con la cabeza—. Debe responder con palabras para que conste en acta, señor Rice. ¿Cuenta usted con alguna prueba que demuestre sus acusaciones contra el general Wingate?

—Más allá de mi palabra, no —musitó Cari.

—En ese caso, el juez ha de contar exclusivamente con su palabra para valorar la existencia de esa unidad secreta, su pertenencia a ella y la falsedad de los documentos militares presentados, ¿no es así? —expuso Kirkpatrick. Rice observó los papeles que sostenía entre las manos, y no respondió. Kirkpatrick no insistió más y, tras una pausa, abordó un nuevo asunto—. Cuando usted y la acusada estudiaban juntos en el instituto, ¿le contó ella alguna vez lo que sentía por su padre?

—Sí.

—¿Sería exacto afirmar que la acusada odia a su padre?

—Sí.

—¿Le reveló alguna vez que creía que el general Wingate había matado a su madre? —indagó Kirkpatrick.

—Sí.

—¿Y qué había formado parte de la conspiración para asesinar al presidente John F. Kennedy?

Un murmullo de asombro recorrió la sala, seguido de algunas risas. El juez Velasco volvió a llamar al orden.

—Nunca me dijo que creyera que su padre estaba relacionado con el asesinato de Kennedy —dijo Cari.

—¿Pero odia a su padre? —insistió Kirkpatrick.

—Sí.

—Y haría cualquier cosa…, cualquier cosa para hacerle daño, ¿no es cierto?

—Protesto, señoría —intervino Ami—. La pregunta se presta a la especulación.

Sin dar tiempo al juez a intervenir, Kirkpatrick habló.

—Retiro la pregunta, y no tengo ninguna otra que formular al testigo.

Los guardias ayudaron a Carl a salir del banquillo. Al pasar junto a la mesa de la defensa, miró a Vanessa, que le sonrió. Él trató de devolverle la sonrisa, aunque no logró componerla con convicción, e instantes después abandonó la sala.

—Llame a su siguiente testigo —ordenó el juez.

—La señora Kohler llama al doctor Leroy Ganett anunció Ami.

El médico se acercó al estrado sin mirar a Vanessa ni a su abogada, y parecía claramente disgustado cuando prestó juramento.

—Doctor Ganett —preguntó Ami tras comprobar las credenciales del médico y su cargo en el hospital del condado—, era usted el médico que trataba a Cari Rice, ¿no es así?

—Sí —respondió él secamente. Era evidente que habría preferido encontrarse en cualquier otro lugar y no allí, en el banquillo de los testigos, interrogado por Ami a instancias de Vanessa Kohler.

—¿Y lo conocía con el nombre de Daniel Morelli?

—Sí —dijo el médico.

—A partir de ahora, refirámonos a él usando su verdadero nombre, Cari Rice. ¿Le parece bien?

—Como quiera.

—¿Por qué trataba usted al señor Rice?

—Lo trajeron al hospital con una herida de bala, y una vez que lo ingresaron en la zona custodiada seguí visitándolo.

—Doctor, le entrego la prueba testifical número 1. Por favor, le ruego que la identifique ante la sala.

—Se trata de mi informe médico sobre el estado de Morelli…, de Rice.

—¿Lo redactó tras examinarlo?

—Sí.

Ami señaló una línea del informe.

—¿Podría leer esta frase al tribunal, por favor?

El doctor Ganett identificó la frase y carraspeó.

—Eh…, en esta frase pone que la placa de abdomen realizada al señor Rice revela fragmentos metálicos compatibles con metralla.

—Y la metralla es un fragmento metálico procedente de una bomba o una granada que explota en una guerra, ¿no es así, doctor?

—No necesariamente durante una guerra, aunque procede de bombas, sí.

—La mayoría de las heridas de metralla se producen durante la guerra —comentó Ami—, ¿no es cierto?

El doctor Ganett pensó antes de responder, y al cabo de unos segundos lo hizo afirmativamente.

—Diría que se ven más heridas de metralla durante las guerras.

—No tengo más preguntas.

—Doctor Ganett —intervino entonces Kirkpatrick, poniéndose en pie—, recurrió usted al término «compatible con metralla» en el informe, ¿no es así?

—Así es.

—¿Por qué no se reitió a escribir que el fragmento metálico «era» metralla? ¿Por qué optó por «compatible con»?

—No podemos asegurar que sea metralla —aclaró Ganett—. Se trata de un fragmento de metal que podría ser metralla, aunque también alguna otra cosa.

—¿Podría tratarse de un fragmento que hubiera penetrado en el cuerpo del señor Rice durante alguna explosión en nuestro país?

—Sí.

—¿En un accidente de automóvil podría producirse un fragmento metálico como el que encontró en el cuerpo del testigo? —preguntó Kirkpatrick.

—Supongo que sí.

—Podría haber explotado un calentador de agua, y como consecuencia de dicha explosión podría haberse creado un fragmento metálico como éste, ¿no es cierto?

—Supongo.

—De modo que no hay manera de saber qué causó la herida del señor Rice, o en qué circunstancias, a partir exclusivamente de la observación de la radiografía, ¿no? —insistió Kirk.

—Supongo que no.

—Suponiendo, sólo suponiendo, que el señor Rice hubiera, en efecto, resultado herido durante un combate, ¿existe algún modo de saber si recibió la metralla en 1985, y no a principios de la década de 1970?

—No, no lo creo —concedió el médico.

—Gracias, doctor.

El alivio inundó las facciones del doctor Ganett cuando Ami declaró que no tenía más preguntas que hacerle. Abandonó la sala.

—¿Algún otro testigo, señora Vergano? —preguntó el juez Velasco.

Ami se puso en pie.

—La señora Kohler llama al comisario Howard Walsh.

Tras prestar juramento, el comisario escuchó a Ami informar a la sala de que él era el oficial encargado del caso de la liga infantil.

—Formule sus preguntas —dijo el juez.

—Comisario Walsh, cuando el señor Rice fue arrestado en relación con el incidente de la liga infantil, ¿le tomó las huellas dactilares?

—Sí.

—¿Es el procedimiento habitual cuando una persona es detenida?

—Así es —afirmó Walsh.

—¿Qué hizo usted con las huellas?

—Cotejarlas mediante el sistema automático de identificación de huellas, para establecer si tenía antecedentes.

—¿Logró el sistema automático encontrar las huellas del señor Rice?

—No.

—El señor Kirkpatrick ha presentado como prueba el historial militar de Rice —expuso Ami—. ¿No figuraban sus huellas en dicho documento? —Walsh vaciló—. ¿Y bien, comisario?

—Parece haberse producido algún error administrativo, porque las huellas no están en poder del ejército —dijo finalmente Walsh.

—Gracias, detective.

—No tengo preguntas —dijo Kirkpatrick.

—Mi último testigo es la señora Kohler, señoría —anunció Ami.

Por fin había llegado el momento que Vanessa tanto había esperado. Aquélla era su oportunidad de decirle al mundo que su padre era el mal en persona. Y, sin embargo, desde que oyó pronunciar su nombre, las dudas la asaltaron. ¿Tendrían razón los demás? ¿Sería la Unidad producto de la imaginación de Cari? ¿La quería realmente su padre?

—Señora Kohler —intervino el juez Velasco—. Por favor, acérquese al estrado y preste juramento.

Vanessa se armó de valor y se levantó. No. Ella tenía razón. Su padre era malvado. Echó hacia atrás los hombros y se acercó al estrado, convencida de que ese día se haría justicia.

Antes de que permitiera a Ami interrogar a su cliente, el juez Velasco advirtió a la acusada de los problemas que podía causarle que su abogada representara también a Cari Rice, y la alertó, como había hecho con Rice, ante la posibilidad de que se incriminara a sí misma. Una vez que Vanessa le dijo que deseaba testificar, el juez permitió a Ami proseguir con el interrogatorio.

—Señora Kohler —preguntó Ami, tras algunas cuestiones preliminares—, en 1985, en Washington D. C., ¿le habló Cari Rice de su pertenencia a una unidad militar secreta que dirigía su padre y que estaba vinculada a la ACDR?

—Sí.

—Después de mantener esa conversación, ¿intentó usted obtener pruebas de la existencia de dicha unidad?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Mi padre poseía una caja fuerte en el despacho de la casa que tenemos en California. Él ignoraba que yo conocía la combinación. En el interior hallé los historiales militares de diez hombres, entre ellos el de Cari Rice.

—¿Qué hizo usted con esos documentos? —preguntó Ami.

—Yo trabajaba para Eric Glass, congresista integrado en una comisión de la cámara dedicada al control de las agencias de datos reservados. Sabía que se encontraba en su casa de veraneo de Lost Lake, una comunidad situada al norte de California, de modo que le llevé los historiales. Quería que viera qué habían hecho aquellos hombres durante la guerra de Vietnam, y en fechas posteriores.

—¿Qué sucedió con esos documentos?

—Se los entregué a Eric —aseguró Vanessa— y convinimos que miembros de su equipo los revisarían. Era tarde. Eric me permitió quedarme en una de las habitaciones de invitados. Un ruido me despertó en plena noche. Me levanté y me dirigí a la planta baja.

Vanessa hizo una pausa. A pesar de los años transcurridos, y de las veces que había contado lo mismo, el horror por lo que había presenciado seguía intacto.

—¿Quiere beber agua, o hacer una pausa breve? —le preguntó Ami.

—No, estoy bien. —Vanessa carraspeó, y aspiró hondo—. Eric estaba atado a una silla. Él…, había sangre por todas partes. Cari estaba de pie, a su lado, con un cuchillo en la mano. Había matado al congresista y se había apoderado de los historiales.

—Pasemos ahora a los hechos que tuvieron lugar en el hospital del condado. ¿Por qué rescató al señor Rice de la zona custodiada?

—Protesto, señoría —interrumpió Kirkpatrick—. No se trató de un rescate. La señora Kohler ayudó a escapar a un preso preventivo y encubrió la huida.

—Eso debe decidirlo su señoría —respondió Ami—. Nuestra posición es que la fianza de la señora Kohler debería rebajarse porque el señor Rice se encontraba en peligro, y ella acudió en su rescate. Creemos que mi cliente no es culpable de ningún crimen si se demuestra que la vida del señor Rice hubiera corrido peligro de haber permanecido en el hospital.

—Protesta rechazada, señor Kirkpatrick. La señora Vergano tiene derecho a sostener su teoría. Que yo la acepte o no es un asunto

completamente distinto.

—Puede responder a mi pregunta, señora Kohler —reiteró Ami.

—Mi padre creía que se había librado de las pruebas que demostraban la existencia de la Unidad. Pero si Cari seguía con vida, podía suceder que sus actos criminales salieran a la luz. E incluso si no existían pruebas suficientes que lo incriminaran desde el punto de vista penal, lo que Cari sabe podría truncar sus aspiraciones políticas. Yo sabía que mi padre haría cualquier cosa para librarse de Cari, de modo que lo rescaté de su arresto.

—¿Y por qué no se limitó a contar a las autoridades el peligro que corría el señor Rice? —sondeó Ami.

Vanessa soltó una carcajada. Señaló a su alrededor.

—Ya ve el crédito que la policía otorga a lo que tengo que decir. Mi padre me encerró en un hospital psiquiátrico después de los hechos de Lost Lake para destruir mi credibilidad. Sabía que nadie me tomaría en serio, y por eso salvé a Cari antes de que los hombres del general lo mataran. Y por lo que se ve, escapamos con el tiempo justo. Los asesinos contratados por mi padre asesinaron al doctor French y a su esposa poco después de que nosotros escapáramos, e intentaron matarla a usted también.

—¿Cómo sabe que el señor Rice no mató al doctor French y a su esposa?

—Porque estuve con él desde que abandonó el hospital hasta que yo fui secuestrada por los hombres de mi padre —argumentó Vanessa.

—¿Conocía usted a alguno de los hombres que la secuestraron?

—A Sam Cutler.

—¿Quién es Sam Cutler?

—No estoy segura de cuál es su verdadero nombre. Cari lo conocía como Paul Molineaux. Trabaja para mi padre, pero eso yo no lo sabía cuándo lo conocí —dijo Vanessa.

—¿Qué relación mantenía usted con el señor Cutler antes de que la secuestrara?

—Era mi pareja —respondió Vanessa amargamente—. Cuando mi padre decidió presentar su candidatura a la presidencia, ordenó a Sam que intimara conmigo para asegurarse de que no causaría problemas durante la campaña. —Hizo una pausa—. Esto lo he sabido hace poco.

—¿Estaba solo el señor Cutler cuando la secuestró? —preguntó Ami.

—No, lo acompañaban varios miembros de la fuerza de seguridad de mi padre. Intentaron matar a Cari, pero se les escapó.

—¿Adónde la llevó el señor Cutler?

—A la casa de mi padre, en California.

—¿Se trata de la casa en la que creció? —dijo Ami.

—Así es, pero ya no voy nunca.

—¿Recurrió el señor Cutler a la fuerza para llevarla hasta la mansión?

—Recurrió a la fuerza física, y me administró drogas —afirmó Vanessa.

—De modo que usted no fue a esa casa por voluntad propia.

—No.

—¿Trataba de secuestrarla el señor Rice cuando irrumpió en la casa?

—No, me estaba rescatando —precisó Vanessa—. Era mi padre quien me retenía en contra de mi voluntad.

—De modo que el señor Rice intentaba rescatarla de los secuestradores cuando irrumpió en la mansión, y usted se habría ido con él voluntariamente.

—Sí.

—Si el juez le rebaja la fianza o la suprime, ¿qué hará?

—Seguiré las instrucciones del tribunal. Si me permite regresar a Washington hasta que se celebre el juicio, regresaré al trabajo. Patrick Gorman, mi jefe, me mantiene el puesto de trabajo. Allí tengo un apartamento, y llevo viviendo casi quince años en la ciudad.

Ami entregó un documento al juez Velasco.

—Se trata de una declaración jurada de Patrick Gorman en la que declara que la señora Kohler ha sido una empleada muy valorada durante años, y que la mantendrá en su puesto de trabajo si queda en libertad condicional. He facilitado otra copia del documento al señor Kirkpatrick, que la ha aceptado como sustituto del testimonio del señor Gorman en esta vista.

—¿Es eso cierto, señor Kirkpatrick? —preguntó el juez.

—Sí, señoría.

—De acuerdo. ¿Alguna otra pregunta a su testigo?

—No, señoría —respondió Ami.

—Puede proceder, señor Kirkpatrick.

Cuando Brendan se acercó al estrado, parecía apagado, como si le entristeciera tener que formularle sus preguntas.

—¿Fueron amantes Cari Rice y usted en el instituto, señora Kohler?

—Sí.

—¿Y rompieron también en el instituto?

—Sí.

—¿Retomaron el contacto en Washington, en 1985?

—Sí.

—¿Recuperaron su relación amorosa en Washington?

—No.

—¿Quién tomó la decisión de no ir más allá en sus encuentros?

—Yo.

—¿Por qué lo hizo? —dijo Kirkpatrick.

—No nos habíamos separado de manera muy amistosa en el instituto, y los dos habíamos cambiado con los años. —Vanessa se encogió de hombros—. No me apetecía volver a salir con Cari.

—¿Y el señor Rice sabía qué sentía usted?

—Sí.

—Y también sabía que usted odiaba a su padre, ¿verdad?

Vanessa se echó a reír.

—Eso lo sabía todo el mundo, señor.

—¿Es cierto que su madre, Charlotte Kohler, murió en un accidente de tráfico cuando usted iba a la escuela primaria?

—No fue un accidente —afirmó Vanessa.

—Cree usted que su padre mató a su madre, ¿no es así?

—Sé que lo hizo.

—Pero no tiene pruebas que demuestren que fue asesinada, ¿verdad? —Puntualizó Kirkpatrick.

—No —respondió Vanessa, mirando desafiante al fiscal.

—Y *las autoridades* dictaminaron que la muerte de su madre había sido accidental, ¿no es cierto?

—Mi padre paga a gente capaz de hacer que toda muerte parezca un accidente.

—En cualquier caso —le recordó Kirkpatrick—, el veredicto oficial fue que la muerte de su madre había sido accidental.

—Sí.

—Ha declarado que Sam Cutler vivía con usted en Washington.

—Así es.

—¿Le dijo usted que creía que su padre podía estar implicado en el asesinato de Kennedy?

—La carrera militar de mi padre despegó poco después de que Kennedy fuera asesinado —respondió ella, con tono beligerante.

—Y usted cree que fue porque estaba implicado en la trama que acabó con su vida…

—Carezco de pruebas al respecto. Es…, la coincidencia es… —balbució, insegura, al darse cuenta de lo insensato que sonaba todo aquello—. Sí.

—Ha declarado que usted y el señor Rice fueron amantes, pero que usted decidió no retomar la relación amorosa cuando volvieron a encontrarse en 1985.

—Acabo de decirlo.

—¿Y si él quería más, señora Kohler? Rice sabía que usted odiaba a su padre, y que se creería cualquier historia descabellada que él le

contara siempre y cuando el malo fuera el general Morris Wingate. ¿No podría haber inventado ese relato del ejército secreto dirigido por su padre para atraerla hacia sí?

—La Unidad existió —insistió Vanessa, testaruda—. ¿Y los documentos de la caja fuerte, qué me dice de los documentos?

—Responda a mi pregunta, por favor, señora Kohler —indicó Brendan, paciente—. Si el señor Rice no le hubiera hablado de su existencia, ¿habría llegado usted a saber de ella?

—No.

—¿En alguno de los historiales que extrajo de la caja fuerte de su padre se hacía mención a la Unidad?

—No, pero el historial militar de Cari se hallaba junto con los otros.

—¿No podría existir otra explicación más inocente, alejada por completo de ese equipo supersecreto de asesinos, que justificara que aquellos documentos se hallaran en poder de su padre?

Con gesto vehemente, Vanessa meneó la cabeza de un lado a otro. Su nerviosismo iba en aumento.

—Mi padre es un asesino. Ordenó a Cari que matara a Eric Glass para recuperar esos documentos.

—No puede presentar dichos documentos ante el tribunal, ¿verdad?

—Los tiene mi padre, si es que no los ha destruido.

Brendan miró al juez.

—¿Le importaría pedir a la señora Kohler que se limite a responder a mis preguntas, señoría?

—No. Señora Kohler: no está usted autorizada para discutir con el fiscal. Si desea aclarar cualquier asunto, su abogada puede interrogarla sobre ello cuando le toque el turno. ¿Entendido?

—Sí —respondió Vanessa a regañadientes.

—¿Quiere que el taquígrafo de la sala le repita la pregunta? —preguntó Kirkpatrick.

—No es necesario. —Vanessa se volvió hacia el fiscal—. No, señor Kirkpatrick, no puedo presentar los documentos.

—Señora Kohler, ¿no se le ha ocurrido nunca que el señor Rice pudo matar al congresista movido por los celos, al creer que Eric Glass y usted eran amantes?

—No lo creo. Usted no conoce a mi padre. No tiene idea de lo que es capaz.

—¿Ha visto alguna vez a su padre matar a alguien? —inquirió Kirkpatrick. Vanessa titubeó—. ¿Lo ha visto?

—No.

—¿Lo ha visto alguna vez ordenar a alguien que cometa un crimen?

—No —respondió Vanessa en voz baja.

—¿Le ha hecho daño su padre alguna vez?

—Ordenó mi secuestro.

—¿O tal vez la rescató de un hombre que es un asesino en serie confeso?

Vanessa clavó la mirada en el fiscal.

—Mi padre me encerró en un hospital psiquiátrico —dijo con los ojos llenos de odio y el cuerpo rígido—. Me tuvo un año sedada para mantenerme con la boca cerrada.

—O para ayudarla. ¿Acaso no fueron los médicos del hospital quienes establecieron el diagnóstico por el que permaneció ingresada?

—Ellos hacían lo que mi padre mandaba.

—¿Eso le dijeron ellos? —Quiso saber Kirkpatrick.

—No.

—¿Oyó alguna vez a su padre impartir alguna de aquellas órdenes?

—Es demasiado listo para hacer algo así. Él siempre me decía lo mucho que me quería, lo mucho que le dolía tener que ingresarme. —Se aseguraba de que siempre hubiera testigos—. Tal vez sea un malvado, pero también es muy inteligente.

—O muy responsable, señora Kohler, o muy responsable. No tengo más preguntas, señoría.

—Me ha puesto en ridículo, he quedado como una idiota —le dijo Vanessa a Ami, que estaba sentada frente a ella, en torno a la mesa de la sala de deliberaciones del jurado, durante la pausa del mediodía.

—Brendan es un fiscal excelente. Sabe que sólo cuentas con la palabra de Cari para demostrar la existencia de la Unidad.

—¿Y qué hay del asesinato del doctor French y su esposa?

—Brendan no os cree, ni a ti ni a Cari. Según él, fue Cari quien mató a los French, y opina que tú lo estás encubriendo.

—Cari te salvó la vida a ti. ¿Qué opina Kirkpatrick de eso? —argumentó Vanessa.

—Cree que los miembros de la seguridad privada de tu padre llegaron a mi casa buscándote a ti, y que Cari los mató, así como a los policías que me custodiaban. La explicación encaja con la teoría que sostiene sobre este caso.

Vanessa negó con la cabeza.

—No hay nada que hacer, ¿verdad?

—Lo siento, pero ya te dije que sucedería esto. Has estado ingresada en un hospital psiquiátrico y tu padre es un héroe nacional. Además, has declarado el odio que sientes por él de forma muy clara. Y eso te da un motivo poderoso para mentir o distorsionar la verdad.

—¿Seguimos sin saber nada de Hobson? —preguntó Vanessa.

—Nada.

—Sabía que jamás lo derrotaría. Siempre gana él. —Vanessa cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Su dolor era tan visible que lastimaba a Ami. Pero la abogada no sabía cómo detener el dolor. Habían perdido, y Vanessa y Cari Rice pasarían una buena temporada entre rejas.

Treinta y seis

Una vez que Ami Vergano hubo llamado a su último testigo, Brendan Kirkpatrick empezó con las pruebas de la acusación interrogando al doctor Ganett y a los otros hombres que quedaron retenidos en el hospital. Poco antes del mediodía, el juez Velasco interrumpió la sesión hasta las dos.

El fiscal se sentía algo desanimado mientras se dirigía a su oficina, situada en la sexta planta del Palacio de Justicia del condado de Multnomah. Por lo general se sentía eufórico tras un interrogatorio, pero desmontar a Vanessa Kohler le había resultado demasiado fácil. Su creencia irracional en aquel mítico ejército secreto del general Wingate era producto del odio y de una enfermedad mental muy arraigada. Y machacar a alguien irracional y enfermo no era algo en lo que se complaciera.

—¡Señor Kirkpatrick! —La recepcionista reclamó su atención—. Tengo un mensaje importante para usted en relación con la vista por la fianza. Es del señor Stamm. Me ha pedido que se lo haga llegar apenas regrese del tribunal.

Jack Stamm, el fiscal del condado, era el jefe de Kirkpatrick. Brendan recogió la nota que le alargaba la recepcionista, y frunció el ceño mientras la leía. Estuvo tentado de acercarse al despacho de Stamm a pedirle alguna explicación por aquellas instrucciones, pero el contenido del mensaje no dejaba lugar a dudas: le ordenaba hacer lo que pedía sin cuestionárselo.

Brendan avanzó por el estrecho pasillo que se iniciaba junto a la mesa de la recepción y terminaba en una zona abierta y espaciosa que albergaba los cubículos de los delegados del fiscal del condado y sus empleados. El general Wingate lo esperaba en la sala de juntas. Dos agentes de los Servicios Secretos custodiaban la puerta, y tras cachearlo y revisar el contenido de su maletín lo dejaron pasar.

Los ojos azules de Wingate se posaron en el fiscal desde el instante mismo en que se abrió la puerta. Sentado a su lado se encontraba Bryce McDermott, asesor político del general. McDermott había regresado a la sala de juntas una vez que concluyó la declaración de Vanessa, para informar al general sobre lo que Cari Rice y su hija habían revelado. En un extremo de la mesa había un hombre corpulento y musculoso ataviado con chaqueta de cuero, que llevaba abierta, y que dejaba asomar un arma de dimensiones considerables. También él clavó la vista en Kirkpatrick tan pronto como éste se personó en la sala.

El general seguía llevando el pelo entrecano cortado a cepillo. Tenía puestos una camisa blanca, de seda, una corbata marrón y los pantalones de un traje gris marengo. La chaqueta, pulcramente doblada, estaba en el respaldo de la silla.

Wingate parecía disgustado.

—Bryce me dice que se ha mostrado usted bastante duro con Vanessa.

—Mi trabajo consiste en ganar esta vista, pero le aseguro que no me he divertido —aclaró Kirkpatrick.

El general suspiró.

—Sé que se limita a hacer su trabajo, pero sufro cuando Vanessa sufre. ¿Tiene usted hijos, señor Kirkpatrick?

—No —respondió Brendan. Su expresión se mantuvo inalterada, pero sintió que se le desgarraba el corazón. Su esposa y él habían hablado de aumentar la familia poco antes de que ella muriera.

—Los hijos son algo increíble, pero juegan a la montaña rusa con nuestras emociones. Todo lo que hacen, por pequeño que sea, te

lleva al éxtasis o al dolor. Por desgracia para mí, los actos de Vanessa a lo largo de todos estos años me han aportado muy poco placer. Y sin embargo no soporto verla sufrir.

—En ese caso, siento comunicarle que necesito qué usted acuda a declarar.

—Seguro que no será necesario —dijo Wingate—, después de lo bien que ha interrogado a Carl y a Vanessa. ¿Qué dudas puede albergar el juez sobre su integridad mental? Debe darse cuenta de que Vanessa es demasiado insensata y no puede quedar en libertad provisional.

—General Wingate, si hay algo que he aprendido en mis años de ejercicio de esta profesión es que no conviene dar por supuesto lo que va a decidir un juez o un jurado en cada caso concreto. He sido testigo de las decisiones más curiosas tomadas en este mismo tribunal, y lo único de lo que estoy seguro es de que todos nos cubrimos las espaldas.

»Además, necesito que cuente al juez por qué ordenó que trasladaran a su hija a casa, y qué sucedió cuando Rice se coló en ella. Y creo que va a ser esencial que niegue las acusaciones de Rice sobre esa unidad secreta que le acusa de haber dirigido cuando se encontraba al frente de la ACDR.

El general se volvió para dirigirse a McDermott.

—¿Qué crees tú, Bryce?

—Estoy de acuerdo con Kirkpatrick. La prensa ha llenado la sala de vistas hasta los topes. Han anotado todas y cada una de las palabras que tu hija y Cari han pronunciado. Debemos desinflar este globo. Si no respondes a sus acusaciones, los medios de comunicación especularán sobre tu silencio. Terminemos de una vez por todas con esta mierda, ahora mismo.

Wingate volvió a suspirar.

—Tienes razón. Lo que sucede es que no me gusta nada la idea de sentarme frente a mi hija a decir cosas que reforzarán su idea de que intento destruir su vida.

—Eso lo comprendo perfectamente, e intentaré que la experiencia resulte lo menos dolorosa posible —dijo Kirkpatrick.

—Supongo que la señora Vergano no comparte su sensibilidad —dijo el general.

—No, señor, no lo creo.

Brendan Kirkpatrick y el general Wingate accedieron a la sala de vistas flanqueados por los guardaespaldas del general y seguidos por Bryce McDermott. Cuando las puertas se abrieron, los asientos traseros se vieron inundados por la luz cegadora de los focos de la televisión y desde el pasillo llegó el rugido de mil voces. Al instante, tras cerrarse el acceso, volvió a reinar el silencio, y el general avanzó hacia el estrado, con la espalda muy erguida y los ojos fijos al frente, como si estuviera desfilando. Al llegar a la altura de su hija, se detuvo y le dedicó una sonrisa triste, que Vanessa recibió con expresión de odio máximo. El gesto de Wingate se borró de sus labios y, disgustado, meneó la cabeza.

Una vez que el alguacil le hubo tomado juramento, el general tomó asiento en el banquillo de los testigos.

—¿Ha estado casado alguna vez? —le preguntó Kirkpatrick apenas terminó de leer una versión resumida de su historial educativo, militar y empresarial.

—Sí, con Charlotte Kohler, una mujer maravillosa.

—¿Qué le ocurrió?

Wingate bajó la mirada.

—Murió en un accidente de tráfico.

—¿Cuándo tuvo lugar?

—A mediados de la década de 1960, cuando Vanessa iba a primaria. La muerte de su madre supuso un golpe muy fuerte para ella.

—Se refiere a la acusada, Vanessa Kohler —dijo el fiscal.

—Sí.

—¿Es la acusada la única hija de su matrimonio?

—Sí.

—¿Cómo definiría la relación con su hija?

—Estábamos muy unidos hasta que su madre murió. A partir de entonces, no sé cómo, se le metió en la cabeza que yo era responsable del accidente de coche que mató a Charlotte. Acababa de entrar en la adolescencia, una edad muy delicada.

»Nuestra relación se hizo más tensa. —El general alzó la mirada y la fijó en el fiscal—. Creo que tengo, y asumo, una gran responsabilidad en ello. Vanessa y yo vivíamos en California, pero yo trabajaba en Washington.

—¿Estaba usted a cargo de la Agencia de Coordinación de Datos Reservados?

—Sí. Debería haber estado más en casa, pero me era imposible, y más aún cuando se inició la guerra de Vietnam. La carga de trabajo era excesiva.

—¿Se produjo algún otro hecho con posterioridad que entorpeciera su relación con la señora Kohler?

Wingate asintió.

—En 1985, Vanessa fue testigo de la muerte de Eric Glass a manos de Carl Rice. Fue un asesinato horroroso, muy desagradable. Sufrió una crisis nerviosa, y tuvo que ser hospitalizada. La ingresé en un centro psiquiátrico privado para que recibiera los mejores cuidados. Pero ella se oponía a su internamiento e insistía en que formaba parte de no sé qué plan en su contra. —Wingate hizo una pausa y dio un sorbo de agua antes de proseguir—. Ingresar a Vanessa en un centro psiquiátrico fue una decisión muy dolorosa para mí, señor Kirkpatrick, pero su estancia en Serenity Manor era del todo necesaria para su salud mental. —Volvió a agachar la cabeza—. Desde que tomé la decisión, dejó de dirigirme la palabra.

—¿Desde cuándo conoce a Cari Rice, general Wingate?

—Creo que la primera vez que lo vi fue en California, en mi casa, en 1969. Era a principios del último curso de secundaria de mi hija.

Cari era su compañero de clase.

—¿Qué impresión inicial le causó?

—Me cayó bien. Era brillante, se expresaba con corrección, y además de atlético era buen estudiante.

—¿En qué deporte destacaba el señor Rice?

—En karate —afirmó Wingate—. Lo practicaba desde niño, y era muy bueno, cinturón negro.

—Usted sabe que el señor Rice lo ha acusado de ser el responsable de una unidad secreta del ejército, y de reclutarlo para formar parte de ella durante la guerra de Vietnam.

—Sí.

—¿Está usted enterado de que, según la declaración de Rice, esa unidad del ejército cometió acciones ilegales, incluido el asesinato, en cumplimiento de órdenes emitidas por usted?

—Sí.

—¿Tiene también conocimiento de que el señor Rice ha testificado que usted le ordenó torturar al congresista Eric Glass hasta causarle la muerte para recuperar unos documentos que su hija habría extraído de la caja fuerte que usted tenía en su casa de California? Unos documentos que supuestamente demostraban la existencia de la mencionada unidad militar secreta —dijo Kirkpatrick.

—Me ha llegado su declaración, sí.

—¿Ordenó usted a Cari Rice que matara al congresista?

—Absolutamente no.

—¿Existió alguna vez esa unidad secreta del ejército?

—No. La Agencia para la Coordinación de Datos Reservados es una organización dedicada a recabar datos que suministran otras agencias de espionaje, como son la CIA y la DIA, la Agencia de Inteligencia para la Defensa. Los estatutos de la ACDR le impiden disponer de agentes propios —aclaró el general.

—¿Y qué hay de esos documentos que su hija asegura haberse llevado de su caja fuerte, y que demostrarían la existencia de esa unidad secreta?: los historiales que, según el señor Rice, éste

sustrajo al congresista Glass después de torturarlo. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Señor Kirkpatrick, esos documentos son producto de la imaginación de mi hija y el señor Rice. Jamás estuvieron en mi caja fuerte, por la sencilla razón de que nunca existieron.

—¿Sabe por qué el señor Rice inventó esa historia de la unidad militar secreta?

El general Wingate vaciló.

—Tengo una teoría —aventuró al fin.

El juez Velasco miró a Ami, a la espera de que expusiera alguna objeción. Pero no lo hizo, y él atribuyó la ausencia de protesta a su inexperiencia.

—Por favor, expóngala ante el tribunal —invitó el fiscal.

—No puedo decir que me sienta especialmente orgulloso de lo que estoy a punto de contar. En aquel momento, me pareció que hacía lo mejor para todos los implicados. —Wingate hizo una pausa para recomponerse. Ami lo veía como a un hombre obligado a cumplir con un deber lamentable pero necesario. Por el silencio que se hizo en la sala, resultaba evidente que había atrapado la atención del público y del juez—. Como he dicho, el señor Rice era un joven extremadamente brillante que causaba una extraordinaria primera impresión. A diferencia de la mayoría de los alumnos de la Escuela Preparatoria de Saint Martin, Cari estudiaba gracias a becas, y yo admiraba su determinación.

»Yo también había nacido en el seno de una familia pobre, y yo también me había educado con becas. Sabía muy bien lo difícil que es para una persona sin dinero vivir rodeado de otros jóvenes que lo tienen todo. Sólo más tarde descubrí que se sentía muy confuso, en especial en su relación conmigo.

»El padre del señor Rice abandonó a su familia cuando Cari era muy joven, y fue su madre quien lo crió. Durante su infancia, en su casa no había figura paterna, y no tardó en resultarme evidente que envidiaba la riqueza de Vanessa y que le habría gustado pertenecer

a nuestra familia. Empezó a relacionarse conmigo como si fuera mi hijo. En aquel momento no me di cuenta de lo que sucedía, de haber sido así me habría distanciado de Cari.

—¿Se produjo algún incidente especial que a usted lo llevara a comprender que existía un problema? —indagó Kirkpatrick.

—Sí. En aquella época yo conocía a un hombre que organizaba peleas entre practicantes de distintas disciplinas en el campo de las artes marciales: boxeadores contra luchadores, judokas contra amantes del boxeo tailandés… Una noche llevé a Carl a uno de aquellos encuentros, porque él era un alumno aventajado de karate.

»Uno de los luchadores era un cinturón negro llamado Torrance que llevaba una escuela de su especialidad, de la que era campeón local. Después de obtener la victoria en aquella ocasión, Cari y yo comentamos la pelea y yo le pregunté si creía que le derrotaría en una pelea entre los dos. Se trató de una conversación casual, y no volví a pensar en ella hasta que, transcurridas unas semanas, recibí un sobre por correo. No llevaba remitente ni nombre alguno. En su interior no había ninguna carta, sólo el recorte de un periódico en el que se hablaba de Torrance. Alguien había entrado en su escuela de judo y le había dado una paliza hasta casi matarlo. No dudé en ningún momento que el agresor había sido Cari, y que me había enviado el recorte para impresionarme, cosa que no logró.

»Me sentí muy mal al pensar que, sin querer, podía haber hecho que Cari atacara a Torrance, y empezó a preocuparme que alguien tan desequilibrado como él se relacionara con mi hija. Pero yo no podía hacer nada para separarlos. En su último año de secundaria, la relación que yo mantenía con mi hija estaba muy deteriorada. Si le hubiera sugerido que dejara de verlo, ella habría hecho lo contrario sólo para molestarme.

—¿Y qué hizo? —le preguntó Brendan Kirkpatrick.

—Pensé en llamar a la policía, pero no tenía pruebas de la implicación de Cari. Además, él había obtenido una beca para estudiar en una de las mejores universidades, y yo sabía que una

detención le impediría llegar a los estudios superiores. También, como ya he dicho, me sentía muy culpable por lo sucedido. Y entonces intervino el destino. Cari recibió la carta de alistamiento, y acudió a pedirme consejo.

—¿Tuvo usted algo que ver con el hecho de que fuera llamado a filas?

—No, ésa es otra de las fantasías de Vanessa —afirmó Wingate.

—Siga.

—Cari quería conocer mi opinión sobre si debía alistarse o solicitar una prórroga por estudios. Yo debería haberlo animado a seguir con sus estudios, pero deseaba alejarlo de Vanessa lo más posible, de modo que lo convencí para que ingresara en el ejército. No debería haberme aprovechado de que él me viera como figura paterna, pero lo hice para proteger a mi hija. También me parecía que pasar un tiempo en el ejército podría ayudar a Carl a madurar.

»Cuando se encontró de nuevo con Vanessa, en 1985, él sabía que mi hija me odiaba. Creo que inventó toda esa historia de la unidad secreta para recuperarla. Tal vez siga enamorado de ella.

—¿Volvió a reunirse alguna vez con el señor Rice entre su último año de instituto y el día en que se coló en su casa?

—No, no tuvimos la menor relación —afirmó el general.

—¿No lo invitó a su casa de Virginia poco después de su primera misión de combate para pedirle que se alistara en esa unidad secreta del ejército?

—No. Él no ha estado nunca en mi casa de Virginia, y como ya he testificado, esa unidad secreta no existió jamás.

—¿Y no se reunió con él en un motel de Maryland, donde le ordenó que torturara al congresista Eric Glass hasta causarle la muerte? —Lanzó Kirkpatrick.

—Por supuesto que no.

—De acuerdo, pasemos a hechos más recientes. Por favor, cuente al juez cómo llegó la acusada a su casa después de que ésta ayudara a escapar del hospital del condado al señor Rice.

—Debe tener presente que Cari había asesinado al congresista Eric Glass en 1985, y además era el principal sospechoso de la muerte de un general del ejército llamado Peter Rivera, que se produjo aproximadamente en las mismas fechas. También estaban los dos hombres a los que casi mató durante ese partido de la liga infantil de béisbol. Por tanto, no hace falta que diga que me horrorizaba que mi hija se hubiera fugado con alguien tan peligroso. De modo que di instrucciones a algunos de mis empleados de Computex…

—¿Es Computex su empresa?

—Sí —aseveró el general—. Cuento con una fuerza de seguridad altamente cualificada, formada por antiguos agentes de los Boinas Verdes, la Delta Force y los Rangers, a los que recurrí para el rescate de empleados míos en Afganistán. Y los envié a buscar a Vanessa porque sabía lo peligroso que podía ser Cari. Afortunadamente dieron con ella antes de que él le hiciera daño. Mis hombres tenían órdenes de traerme a mi hija. Pensaba llamar a la policía una vez resueltas las cuestiones de representación legal y asistencia psicológica. —Wingate se detuvo, pensativo—. Tal vez debería haber pedido a mis hombres que llevaran a Vanessa directamente a la policía, pero he podido hacer tan poco por ella desde la muerte de su madre que… En fin, es posible que no valorara bien la situación, pero seguramente volvería a hacer lo mismo si se presentara la misma ocasión. Si le soy sincero, lo que quería era que mi hija volviera sana y salva a mi lado.

—¿Qué sucedió una vez que supo que habían rescatado a Vanessa? —preguntó Kirkpatrick.

—Yo estaba en Cleveland, pronunciando un discurso de campaña. Tomé un avión y regresé directamente a casa.

—Exponga ante el tribunal qué hizo Cari cuando tuvo conocimiento de que Vanessa se encontraba en su residencia.

—Poco después de mi llegada, Cari irrumpió en mi casa —dijo el general.

—¿Hubo algún muerto durante el asalto?

—Sí, varios de mis guardias resultaron muertos o heridos.

—Y una vez en el interior, ¿qué hizo el señor Rice?

—Entró en el dormitorio en el que Vanessa se encontraba. Yo estaba hablando con ella cuando Cari inició el ataque. Uno de mis hombres distrajo a Cari y yo logré escapar y avisar a los guardias. Lo mantuvimos encerrado hasta que llegó la policía. Mi hija había llamado a un directivo del FBI llamado Victor Hobson, y fue él quien negoció su rendición. Le estoy inmensamente agradecido, pues gracias a él mi hija no sufrió ningún daño.

—No tengo más preguntas para el general Wingate —anunció el fiscal.

El juez miró a Ami.

—Señora Vergano —dijo—, su testigo.

Ami extrajo de su carpeta una lista con diez nombres.

—Gracias, señoría —respondió ella, poniéndose en pie—. General Wingate, ¿quién es Arthur Dombrowski?

—No tengo la menor idea.

—¿Quién es Frederick Skaarstad?

—No creo haber oído nunca ese nombre.

Ami leyó varios nombres más. El general negó el conocimiento de todos ellos.

—¿Pero a Cari Rice sí lo conoce? —preguntó ella, apartando los ojos del último nombre de la lista.

—Sí.

—¿Le sorprendería saber que acabo de leer la lista de los diez hombres cuyos historiales extrajo su hija de la caja fuerte que posee en su residencia de California y entregó al congresista Glass?

—Señora Vergano, esos documentos no existieron nunca más que en la imaginación de mi hija. Supongo que ha sido ella quien le ha facilitado esos nombres, pero yo no tengo ni idea de dónde los habrá sacado.

Ami miró fijamente al general, que parecía dispuesto a resistir el interrogatorio de la defensa. Sin embargo, transcurridos unos segundos, la abogada negó con la cabeza.

—No hay más preguntas, señoría.

El general se mostró sorprendido. Miró a Kirkpatrick y se encogió de hombros.

—¿Llama a declarar a algún otro testigo, señor Kirkpatrick? —preguntó el juez.

—Tal vez a uno más. ¿Podemos interrumpir la sesión para que pueda hablar con él?

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó el juez.

—Veinte minutos, media hora.

—Está bien. Interrumpimos media hora la sesión.

Cuando Wingate y Kirkpatrick iniciaron su avance por el pasillo central, camino de la salida, dos agentes del Servicio Secreto y el guardaespaldas del general formaron un círculo protector a su alrededor. Otros miembros de su fuerza de seguridad esperaban fuera. Kirkpatrick empujó las puertas y los focos de las cámaras lanzaron sus destellos, al tiempo que los periodistas acribillaban a preguntas al candidato presidential.

—El general ofrecerá una rueda de prensa en su hotel, dentro de una hora —anunció Bryce McDermott en voz muy alta, para hacerse oír entre la multitud—. Hasta entonces, no responderá ninguna pregunta.

—Subamos a mi despacho y alejémonos de esta locura —sugirió Brendan.

A paso ligero, tomaron la escalera de mármol que conducía a las oficinas del fiscal, y Kirkpatrick llevó a Wingate hasta la sala de juntas.

—Antes de que se vaya, hay alguien que quiere verlo —le informó Brendan.

—No disponemos de mucho tiempo —objetó McDermott—. El general debe estar en Pittsburg mañana y todavía debemos ofrecer

una rueda de prensa.

—Me temo que es importante —insistió el fiscal, abriendo la puerta de la sala.

—Buenas tardes, general —le saludó Ted Schoonover, «apagafuegos» principal del presidente Jennings, que ya se encontraba sentado a la mesa, junto a Victor Hobson—. Ya conoce al subdirector ¿no es cierto?

McDermott señaló a Schoonover.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó airado a Brendan.

—El señor Kirkpatrick ignora por completo la razón de mi visita —aclaró Schoonover—. Una razón que sólo puedo abordar con el general Wingate en privado. De modo que todos, excepto él y el subdirector Hobson, deben abandonar la sala.

—De ninguna manera —respondió McDermott—. General, no disponemos de tiempo para charlar con el mercenario de Jennings.

—No tiene otra alternativa, señor McDermott —intervino Hobson —. La reunión forma parte de una investigación penal, y yo no hago más que ejercer mi autoridad en tanto que agente federal cuando exijo que desalojen la sala. Usted, el guardaespaldas del general y los miembros del Servicio Secreto deberán esperar fuera.

McDermott habría querido seguir protestando, pero Wingate levantó la mano.

—Espera fuera, Bryce.

—Pero…

—No pasa nada.

Tan pronto como la puerta se cerró tras Kirkpatrick, McDermott y los encargados de velar por la seguridad de Wingate, el general se sentó frente a Schoonover y al subdirector del FBI.

—Tenemos un problema, general. Mejor dicho, es usted quien lo tiene —dijo Schoonover.

—¿Qué problema? —preguntó Wingate.

—Me temo que parte de su declaración bajo juramento no es cierta, y me ha parecido que desearía aclararla antes de que los

medios de comunicación lo averigüen.

—No le sigo —dijo el general.

—Ha testificado que no mantuvo contacto con Cari Rice entre su último año de instituto y el momento en que asaltó su mansión.

—Así es.

—Durante el interrogatorio, la señora Vergano le ha leído una lista con los nombres de los supuestos integrantes de la unidad secreta que usted dirigía con fondos de la ACDR. Y usted ha declarado que no había oído hablar de ellos.

—En efecto —dijo Wingate.

Schoonover extrajo unos papeles de su maletín y se los acercó.

—Entonces ¿cómo se explica esto? —le preguntó.

El general hojeó los documentos un instante. Se componían de cifras y letras que parecían constituir algún tipo de código.

—¿Qué es esto?

—¿Quiere explicárselo usted, Victor? —propuso Schoonover.

—Cómo no. Su hija extrajo de su caja fuerte los historiales de los hombres integrados en su unidad secreta.

Wingate sonrió.

—Esos historiales nunca existieron, señor Hobson. Son…

—Sí, sí, producto de la imaginación de dos personas con serios trastornos mentales, tal como ha declarado, y no me cabe duda de que los originales ya no existen. Habría sido una estupidez conservarlos después de que Cari Rice matara a Eric Glass para recuperarlos, y usted no tiene un pelo de estúpido. Pero su hija tampoco. Vanessa anotó los nombres de los hombres antes de entregar los historiales al congresista, y eso me ha permitido comprobar los documentos que Ted acaba de mostrarle.

—A mí esos papeles no me parecen historiales militares —observó el general.

—No lo son —consintió Hobson—. Ordené una investigación en el centro de documentación del ejército de Saint Louis, Misuri, en busca de los historiales que nos ocupan, y resulta que allí constan

las fichas de todos los hombres que figuran en la lista de Vanessa. Y son similares al historial oficial de Cari. En todos los casos aparece que esos hombres participaron en pocas misiones de combate, casi siempre al inicio de su carrera. Resulta que la mayor parte de sus carreras se ha desarrollado en Estados Unidos, y que ninguno de ellos alcanzó un rango superior al de sargento.

»Con todo, esos historiales militares no eran lo más importante que buscaba. Cari Rice siempre ha manifestado que era capitán. La paga de capitán es considerablemente superior a la de sargento. Vanessa me pidió que buscara los registros de sus nóminas. Curiosamente, ninguna de las nóminas de esos diez hombres se conservaba en los archivos de Saint Louis. El empleado con el que hablé me dijo que un incendio de origen misterioso había destruido muchos archivos en 1973. —Hobson hizo una pausa y observó al general, pero Wingate no mostraba la menor reacción. El subdirector del FBI esbozó una sonrisa—. A mediados de la década de 1990, cuando la información empezó a digitalizarse, se destruyeron muchos más microfilmes —prosiguió—. Creía que había llegado a un callejón sin salida cuando el empleado recordó que el Departamento de Finanzas de la Defensa y el Servicio de Contabilidad, en Indianápolis, conservaban copias microfilmadas de las nóminas.

»Encontrarlas nos supuso muchísimo trabajo. Los micro— filmes se encontraban en cajas viejas y mohosas, llenas de bobinas con kilómetros de película. Mis hombres y yo creímos que íbamos a perder la vista, pero finalmente conseguimos las nóminas de los diez hombres.

—No entiendo el significado de todas estas cifras y estas letras —aclaró Wingate.

—Pero sí reconocerá los nombres que aparecen en la parte superior. Son los mismos que la señora Vergano le ha leído, los nombres que, según ha declarado bajo juramento, no había oído nunca. —Hobson colocó un documento sobre la mesa—. Éste es el archivo de nóminas de Cari Rice correspondiente a sus años en el

ejército, entre 1970 y 1985. Usted debería tener otra copia entre los papeles que acabo de facilitarle.

Wingate encontró la copia y se concentró en ella.

—Ya…

—Yo tampoco lo entendía —admitió Hobson—, pero pedí a un experto en el tema del servicio de contabilidad que interpretara los códigos. Lo importante es el sueldo de cada hombre. Cari recibía el de capitán poco después de que, según su declaración, empezara a trabajar para usted. Y sus nóminas incorporaban conceptos por actos de servicio, lo que no se corresponde con el trabajo de profesor de idiomas.

»Pero, y esto es lo más importante, alguien debía autorizar el ascenso de esos hombres para que pudieran recibir los incrementos salariales. En las nóminas de todos esos hombres figura un código por el que se autoriza el ascenso al grado de capitán, con el consiguiente aumento de sueldo. Los impresos de los ascensos se conservan junto con sus nóminas. —Hobson los dejó sobre la mesa y los empujó, acercándolos al general.

—Todos ellos están firmados por usted, general —sentenció Schoonover. Wingate observó los documentos, pero no los tocó. Schoonover se dirigió a Hobson—: Victor, ¿sería tan amable de ausentarse un momento?

Hobson se puso en pie sin pronunciar palabra. Al rodear la mesa, en ningún momento estableció contacto visual con Wingate. El general estaba muy pálido y parecía desorientado, como alguien que acabara de despertar de un sueño profundo y lleno de pesadillas.

—¿Y qué es lo que quiere Jennings? —preguntó Wingate tan pronto como Schoonover y él se quedaron solos.

—Le encantaría verlo en el corredor de la muerte, esperando su ejecución por el asesinato de Eric Glass. En realidad, eso es algo que nos encantaría a los dos.

—Eso no va a suceder. —Wingate recogió los papeles esparcidos sobre la mesa y los amontonó—. Este galimatías de números y letras

no os llevará ninguna parte, lo mismo que la declaración de mi hija, que es una enferma mental diagnosticada; ni la de Cari Rice, un asesino en serie.

—Cari ha pasado por tres polígrafos desde que se encuentra bajo custodia federal. Y Vanessa ha sido sometida a tests.

—Las pruebas obtenidas mediante polígrafos no se aceptan como tales en los tribunales.

Schoonover sonrió.

—Tiene razón, pero interesan mucho a los periodistas. La vista por la fianza de su hija se halla interrumpida. ¿Qué cree usted que publicarán los periódicos cuando estos documentos sean admitidos como pruebas? Usted ha declarado bajo juramento que nunca había oído hablar de esos hombres, y que no había mantenido contacto con Cari una vez que terminó la enseñanza secundaria. Pero su firma en las nóminas demuestra que mintió.

—Estos documentos son falsificaciones. Lo más probable es que Jennings haya ordenado inventarlos a algún miembro de la CIA.

—Por cierto, la CIA, gracias por recordármela. ¿Recuerda usted haber recibido la visita de un agente de la CIA poco después del asesinato de Eric Glass?

—No.

—Charles me dijo que negaría la existencia de dicho encuentro, y el agente Gregory Sax ya está muerto, a consecuencia de un atraco a mano armada que tuvo lugar poco después de la muerte de Peter Rivera.

—¿Adónde quiere ir a parar, Schoonover?

—Sax era el enlace de la Unidad con la Casa Blanca en 1985. Cuando Vanessa contó a la policía que Rice había matado a Eric Glass, Sax sabía que un miembro de la Unidad había asesinado a un congresista y que vivía una crisis de conciencia. Llevaba tiempo desconfiando de algunas de las misiones de la Unidad, pero siembre había existido cierta justificación en la seguridad nacional que le permitía racionalizar y justificar los asesinatos, el tráfico de drogas y

otras actividades sórdidas en las que los hombres participaban. Pero el asesinato de Glass fue la gota que colmó el vaso. Él fue quien se entrevistó con el presidente Reagan y le habló de la necesidad de acabar con la Unidad. Él es el hombre que cumplió con la orden de Reagan de «cerrar» la Unidad en 1985. Y usted la cerró bien cerrada, ¿no es cierto? Usted envió a aquellos excelentes soldados al encuentro con la muerte. Y después hizo que pareciera que Cari Rice había matado a Peter Rivera por el asunto de los fondos reservados, cuando en realidad fue usted quien lo mató y se quedó con el dinero, ¿no es así?

—A usted le conviene mucho que tanto ese tal Sax como el presidente al que supuestamente reveló la existencia de la unidad secreta estén muertos —contraatacó Wingate—. ¿Adónde lleva todo este cuento de hadas?

—Cuando asesinaron a Sax, el presidente Reagan puso a un joven agente de la CIA, un hombre brillante, al frente de una investigación secreta sobre la Unidad. Ese agente era Charles Jennings.

—Ah, claro, y supongo que ese Charles va a salir por la tele a contarle al mundo entero esa investigación secreta que, mira por dónde, demuestra que el hombre que va a competir con él por la presidencia del país es un asesino y un ladrón.

—Sabe muy bien que no va a ser así. Pero el presidente sabe que es usted un tramposo, Morris Wingate. No hace falta convencerlo de que traicionó a sus hombres en Vietnam, que robó millones de dólares de los fondos reservados y los usó para adquirir Computex, y que está detrás de los asesinatos de Sax, Glass y Rivera. Por desgracia, Rice estaba desaparecido y Sax muerto, y no podíamos demostrar nada. Pero entonces Carl Rice resucitó de entre los muertos. Y ahora contamos con las nóminas de unos hombres a los que usted, bajo juramento, ha negado conocer. Y en ellas aparece su firma autorizando su ascenso a una graduación que, según sus historiales oficiales, jamás alcanzaron.

—Todo esto resulta muy interesante, pero tengo una rueda de prensa que ofrecer a los medios, y un avión esperándome para trasladarme a Pittsburg —argumentó el general.

—Aproveche la rueda de prensa para anunciar su renuncia a la carrera presidencial.

—Está de broma, Schoonover.

—Si no, lo sacaremos todo a la luz, y aportaremos las copias de las nóminas, y el Departamento de Justicia investigará de dónde sacó el dinero para financiar Computex, e indagaremos en el accidente de avión en el que murió Simeon Brown. Con toda la publicidad negativa, tendrá suerte si lo vota alguien en las primarias, y el presidente contará con otros cuatro años para convertir su vida en un infierno.

—Estas cosas suceden en las repúblicas bananeras, Schoonover —le espetó Wingate sin perder la calma—. Los que gobiernan detienen a los miembros de la oposición. Si Charles intenta hacer algo así conmigo, arrasaré en las primarias.

—Y podrá usted contar los votos desde la cárcel, si es que los demás presos deciden ver las noticias en la tele esa noche —contraatacó Schoonover.

Wingate se puso en pie.

—Veo su farol, Schoonover. Si insiste en sus descabelladas propuestas, ofreceré una rueda de prensa, ya lo creo, y en ella denunciaré el chantaje y las amenazas que acabo de recibir de usted. Haré que Brendan Kirkpatrick y los agentes del Servicio Secreto que me custodian declaren al mundo entero que el lacayo del presidente ha insistido en mantener este encuentro privado. Y contrataré a los mejores expertos para que demuestren que estos documentos son falsos.

Schoonover sonrió.

—Cuando estuve en Vietnam teníamos un nombre para los tipos como usted, esos que enviaban a otros a morir en trabajos sucios. Los llamábamos CDR, acrónimo de «cabrones de retaguardia». Los

despreciábamos con todas nuestras fuerzas, lo mismo que yo lo desprecio a usted. Por eso será para mí un honor desenmascararlo.

Sam Cutler ultimaba los detalles del dispositivo de seguridad que había de desplegarse durante el acto de campaña en Madison, Wisconsin, cuando el general irrumpió hecho una furia en la *suite* de su hotel. Wingate mantuvo la calma y la seguridad en sí mismo durante su encuentro con la prensa, pero al fin había explotado.

—Sam —masculló Wingate. Cutler cortó la conversación telefónica que mantenía y lo siguió hasta el dormitorio—, ¿está peinada esta habitación? —preguntó.

—Podemos hablar tranquilos.

Mientras se cambiaba de ropa y se ponía algo más formal, Wingate contó a Cutler lo sucedido durante la reunión con Ted Schoonover.

—Esos documentos pueden hacernos daño —dijo el general—. Pero nuestro principal problema es Cari Rice. Vanessa sólo sabe lo que él le ha contado. Cari es la clave.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó Sam.

Wingate miró con fijeza a su ayudante.

—No seas obtuso.

—Rice va a desaparecer, general. Jennings lo va a meter en una casa acorazada.

—Pues da con él. Recurre a nuestros contactos con Justicia, con la CIA. Paga lo que haga falta, pero encuéntralo. Y recuerda, Sam, yo no soy la única persona en peligro. Tú también tienes mucho que perder mientras Cari Rice siga con vida.

Treinta y siete

Ryan tenía que irse a casa con la madre de Bobby O'Dell, y por eso le sorprendió que su madre fuera a buscarlo a la escuela y le dijera que iban a ir al Palacio de Justicia del condado de Multnomah. La última vez que Ryan había estado en los juzgados fue en la jornada de puertas abiertas dedicada a los hijos de los profesionales. Antes de que se iniciara la sesión, una juez lo había dejado sentarse en su silla y coger el mazo. Luego tuvo que sentarse en la zona reservada al público durante una hora y escuchar la conversación de su madre con otro abogado. A Ryan le había gustado ocupar el asiento de la magistrada, pero lo demás le resultó bastante aburrido. Preguntó a su madre por qué iban al centro de la ciudad. Ami le respondió que era una sorpresa. No quiso revelarle que aquel encuentro había sido una de las condiciones de Cari Rice para ayudar a Ted Schoonover y al presidente Jennings a desenmascarar a Morris Wingate.

El Palacio de Justicia seguía muy concurrido cuando Ami llegó con su hijo, pero las únicas personas que quedaban en el exterior de la sala del juez Velasco eran un hombre de aspecto hosco y una mujer vestida de forma anodina, que ella sospechó que eran agentes del FBI. En el interior de la sala, cerrada a cal y canto, otros dos agentes custodiaban el acceso a los despachos del juez. Ami llamó a una puerta, que daba a la antesala en la que el juez y su secretaria trabajaban. De ella no había ni rastro, y su puesto lo ocupaban dos agentes del FBI que observaron con atención la llegada de Ami y Ryan.

—Entre, señora Vergano —dijo el agente que les había abierto la puerta. Ella le dio las gracias e hizo entrar a su hijo a la oficina del juez, donde Cari Rice esperaba, ya sin esposas, y vestido con unos pantalones beis y una camisa a cuadros.

Al verlo, Ryan vaciló un instante, tímido y dubitativo de pronto.

Cari esbozó una amplia sonrisa.

—Eh, campeón, ¿qué tal va el equipo?

—Bien —respondió el niño en voz baja.

Ami colocó una mano en el hombro de Ryan.

—Han ganado un partido y han perdido dos, pero Ryan, en el último, anotó un simple y un doble.

—No está mal —declaró Cari—. ¿Qué tal te sale el lanzamiento con efecto?

—No lo he practicado mucho —musitó el muchacho.

—Pues eso no está bien. No lo dominarás si no prácticas. Pídele a tu madre que te haga de catcher.

Ryan se encogió de hombros. Cari se arrodilló para ponerse a la altura del chico, y Ami dio un paso atrás.

—Estás disgustado por lo que sucedió durante el partido, ¿verdad?

Ryan volvió a encogerse de hombros, pero seguía sin mirar a Carl a los ojos.

—Lo entiendo, a mí también me afectó —dijo Cari—. No es nada divertido que te disparen, y me siento mal por haber agredido a Barney Lutz y a ese policía. Hice mal. —Ryan se agitó, incómodo. Cari prosiguió—: Pero no le he pedido a tu madre que te trajera hasta aquí para hablar de esto. Hay otra cosa que quiero contarte.

Ryan miró a Carl con gran expectación.

—¿Vuelves a casa?

—Ojalá pudiera. —El gesto de Ryan fue de gran decepción, y Carl le apoyó la mano en el hombro—. Si te cuento un secreto, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie? Es importante que sólo lo sepáis tu madre y tú.

Ryan titubeó. Parecía confundido.

—Sí…

—En realidad yo no soy carpintero, Ryan. Soy espía. ¿Sabes en qué consiste mi trabajo?

—Eres como James Bond.

Carl asintió.

—Trabajo en secreto para nuestro gobierno, y cuando vivía en vuestra casa estaba cumpliendo con una misión. No puedo contarte de qué se trataba, porque es de máximo secreto, pero era algo muy importante. Cuando me dispararon, todo se destapó, pero mis jefes lo han arreglado todo con la policía y ahora ya no tengo más problemas.

—Si todo se ha solucionado, ¿por qué no vuelves a casa?

—Ojalá pudiera. Tu madre me cae muy bien y tú eres genial, pero los espías no podemos instalarnos en un sitio, como las personas normales. —Cari se inclinó y pegó sus labios al oído de Ryan—. Esto es algo que ni siquiera tu madre sabe —susurró—. Trabajo directamente para el presidente, y acaba de darme nuevas órdenes. No puedo contarte de qué se trata, pero es mi misión más importante hasta el momento.

—¿De veras?

Cari asintió.

—Y te contaré algo más, aunque eso no es ningún secreto. Si tuviera un hijo, me encantaría que fuera igual que tú, pero los espías no nos casamos. Debemos ir siempre de un lado a otro y no queremos poner en peligro a nuestros seres queridos.

—¿Y no te sientes solo? —le preguntó Ryan.

—Sí —admitió Cari, que sentía que se le formaba un nudo en la garganta, y tuvo que hacer esfuerzos para ocultar su tristeza al muchacho—. Pero, a partir de ahora, cada vez que me deprima pensaré en lo bien que lo pasé en tu casa, y me animare. Además, podre seguir la pista de tu equipo. Mi agencia me mantendrá informado de cómo os va en la liga infantil. Por eso quiero que

practiques el lanzamiento con efecto. Me encantaría oír que has ganado algún que otro partido gracias al lanzamiento que yo te enseñé. ¿Qué me dices?

—Practicaré el tiro.

—¿Lo ayudarás, Ami?

—Sí, claro —respondió ella, la voz rota por la emoción.

—Y no olvides la escuela. Quiero que te esfuerces al máximo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Ryan en tono solemne, sin poder evitar que una lágrima resbalara por la mejilla.

Cari se incorporó. Tuvo que hacer acopio de todo su control para no perder la compostura.

—Choca esos cinco, entonces. —Ryan alargó la mano y Cari se la estrechó. Tirando de ella, lo atrajo hacia sí y le dio un gran abrazo—. Esté donde esté, siempre seguirás en mi corazón, Ryan. —Buscó a Ami con la mirada—. Tú y tu madre.

—¿Volveremos a verte? —preguntó el niño con lágrimas en los ojos.

—Me encantaría veros de nuevo, algún día. Entretanto, cuida mucho de tu madre, ¿entendido? Ella te necesita, y tú la necesitas a ella. Y a practicar el tiro con efecto. —Despeinó a Ryan con la mano —. Tengo que irme. El presidente me envía un avión especial, y no puedo hacerlo esperar. —Ryan se frotó la cara con la manga—. Cuídate —añadió Cari, que rozó el hombro de Ami antes de salir por la puerta de la sala de vistas. Una vez cerrada, y sin que el muchacho pudiera verlo, consintió que volvieran a ponerle las esposas antes de llevárselo.

—Estará bien, Ryan, no te preocupes —aseguró Ami a su hijo, con los ojos fijos en la puerta de la sala. Pero entonces bajó la vista y lo miró—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Ryan asintió, avergonzado por estar llorando, pero sin poder evitarlo.

Ami se arrodilló junto a él. También ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estar triste es normal, no pasa nada. Cari es un buen amigo. Y tal vez saque algo de tiempo para venir a verte algún día. Lo importante es que sepas que se preocupa mucho por ti. Eso lo entiendes, ¿verdad? —Ryan asintió—. Y también entiendes que debes mantener en secreto lo que te ha contado, ¿no?

—No se lo diré a nadie —respondió Ryan muy serio.

—Yo te ayudaré con el lanzamiento de béisbol, y con los deberes, para que Cari esté orgulloso de ti, ¿quieres?

Ryan asintió.

—Sí, mamá.

—¿Sabes? Ya es un poco tarde para comprar la cena. ¿Qué te parece si nos vamos a Spaghetti Factory? Mañana te van a hacer falta esos hidratos de carbono. El entrenador te pone de *pitcher*, ¿no?

—Sí.

—¿Vas a intentar el efecto?

—No sé si me sale bien del todo —respondió Ryan, y su madre notó que lo decía con preocupación en la voz. Le sonrió y le dio un abrazo.

—Si no lo pruebas, nunca lo sabrás, ¿no?

—Supongo.

—Bueno, vámonos a cenar, y antes de acostarnos practicas el tiro conmigo.

Un agente había permanecido con ellos para cerrar la puerta. Les dejó salir de los despachos del juez y apagó las luces, en el preciso instante en que un coche sin distintivo alguno, con los cristales tintados, abandonaba el garaje subterráneo llevándose a Cari Rice. El vehículo se dirigía al aeropuerto, donde un *jet* del FBI lo esperaba para llevarlo a un destino que no le habían revelado.

Treinta y ocho

Sam Cutler tardó una semana (por no mencionar la fortuna que hubo de pagarle a Robert Bloom, agente cocainómano del FBI) en descubrir dónde había escondido Víctor Hobson a su testigo estrella. Tras estudiar fotografías aéreas de la granja de Nebraska, Cutler comentó a Wingate que el lugar elegido no le gustaba nada. El general le respondió que el FBI había recurrido a aquel lugar remoto para usarlo como escondite porque resultaba difícil de atacar. La granja se encontraba a muchos kilómetros de la autopista, por lo que cualquiera que se aproximara a ella en vehículo llamaría tanto la atención como las Montañas Rocosas recortadas contra las llanuras. Una valla cerrada separaba el camino de tierra que conducía al edificio de la carretera estatal. A ambos lados de la verja, las alambradas se extendían kilómetros y kilómetros. El camino recorría, con la rectitud de una flecha, inmensos campos de maíz, que podían servir de refugio en caso de ataque por tierra, pero éstos terminaban a bastante distancia de la granja en la que Cari vivía con un contingente del FBI, y ese campo abierto entre la casa y los campos no ofrecía la menor protección.

Wingate y Cutler habían discutido las opciones y llegaron a la conclusión de que no había ninguna. Ignoraban cuánto tiempo mantendrían a Rice en la granja. Si Hobson lo trasladaba a otro lugar, tendrían que empezar de nuevo. De modo que Sam Cutler convocó al equipo de seis hombres que había rescatado a Vanessa y los condujo hasta Omaha. Evitaron el avión para que no los grabaran

las cámaras de seguridad y para no dejar ningún rastro escrito de sus nombres, ni nada que pudiera incriminar al general.

No había luna la noche del asalto. Cutler aparcó a algo menos de un kilómetro de la entrada a la granja. Uno de sus hombres abrió un hueco en la alambrada y el equipo se adentró en la protección que les brindaban los campos de maíz, donde los altos tallos frenaban el avance del viento frío que había azotado a los comandos apenas descendieron del vehículo. Mediante un GPS, Cutler avanzaba por entre los maizales, y se detuvo justo antes de alcanzar el campo abierto. Con ayuda de unos prismáticos dotados de visión nocturna escrutó la casa. Un guardia fumaba un cigarrillo en el porche. Otro patrullaba por todo el perímetro. Al hombre de confianza del general le molestó el aspecto descuidado de aquellos agentes del FBI. Dos de sus muchachos habían demostrado siempre poseer una puntería excepcional con el rifle Sniper, y abatirían a los guardias sin hacer ruido, y sin abandonar siquiera el refugio que les proporcionaban los maizales.

¿Cuántos guardias quedarían en el interior? El vuelo de reconocimiento que había proporcionado al equipo las fotos aéreas había registrado marcas de calor correspondientes a seis seres humanos: Cari y cinco guardias. Pero de eso hacía más de veinticuatro horas, y podían haberse incorporado más efectivos.

Cuando Cutler estaba a punto de ordenar a los francotiradores que eliminaran a los guardias, el agente del porche apagó el cigarrillo y entró en la casa. Por su parte, el hombre que patrullaba por el perímetro de la granja desapareció de su vista, tras el edificio.

De pronto, ya nadie vigilaba el campo abierto que se extendía entre la casa y los hombres de Cutler, que en una fracción de segundo tomó su decisión.

—A paso rápido hasta la casa —ordenó.

Si lograban recorrer aquella distancia lo bastante deprisa, contarían con el elemento sorpresa a su favor y los pillarían a todos dentro.

Los hombres habían recorrido la mitad del campo abierto cuando los dos francotiradores fueron abatidos y una luz poderosa iluminó a todo el equipo de asalto. Cutler quedó temporalmente cegado y se llevó un brazo a los ojos.

—Ordene a sus hombres que dejen las armas, Cutler —dijo una voz amplificada por efecto de un megáfono—. Están rodeados y no tienen ninguna posibilidad de escapar.

Unos soldados empezaron a surgir de entre los campos, mientras Cutler empezaba a comprender que a sus hombres heridos les habían disparado desde la casa.

La voz continuó hablando:

—Desde que pagó a Robert Bloom para obtener la localización de este refugio lo tenemos vigilado. Por cierto, a él ya lo han detenido. Le han tendido una trampa, Sam, y para su comando y para usted sólo hay una salida: la cooperación. De modo que arrojen las armas. Nosotros nos ocuparemos de los heridos, y usted y yo conversaremos.

Cutler sabía que sus hombres y él morirían si optaban por iniciar un tiroteo, de modo que pidió a los francotiradores que arrojaran las armas. Varios miembros de un equipo sanitario atendieron entonces a los heridos. El resto de los hombres fue esposado y conducido a un pajar, mientras tres soldados escoltaban a Cutler hasta la granja.

Ted Schoonover lo esperaba sentado en una butaca del salón. En la chimenea crepitaba un fuego. Había lámparas Tiffany sobre mesas de roble, y una funda de ganchillo cubría el respaldo del sofá, estampado con motivos florales. En la pared colgaba el óleo de unas vacas que pacían en un prado. A Cutler no le habría sorprendido lo más mínimo que los apacibles señor y señora de la casa aparecieran por allí. Pero no, en lugar de ellos, quienes acudieron junto al ayudante del presidente fueron Víctor Hobson y Cari Rice.

—Siéntese, Sam —dijo Schoonover, señalándole una silla dura, de madera, con respaldo de piel. Cutler obedeció, y sus guardias lo flanquearon, alerta, a pesar de haber sido desarmado y esposado.

—¿Pueden quitarme estas esposas? —pidió el hombre de Wingate.

Schoonover sonrió.

—Ni hablar, Sam. Usted es peligroso incluso con ellas puestas. Ahora paso a explicarle el plan. Voy a hacerle una oferta. Luego, la acepte o no, se unirá a sus hombres en una de esas ubicaciones secretas en las que interrogamos a los terroristas. Ni piense en realizar una sola llamada telefónica, ni en contactar con su abogado. Sus derechos civiles han dejado de existir. Pero no todo está perdido.

—Lo escucho.

—Se lo expondré de manera sencilla, Sam. Queremos a Morris Wingate. Estoy seguro de que él le ha explicado lo de las nóminas. Combinadas con las mentiras que pronunció durante la vista de su hija y con el testimonio de Cari, existe la posibilidad de que sea condenado por algo. Si no por más, sí por perjurio. Pero le seré sincero; es posible que eso sea todo lo que logremos sacarle…, a menos que consigamos un testigo que corrobore el testimonio de Cari Rice.

—Yo… —Se anticipó Cutler.

Schoonover asintió.

—Alguno de los hombres que acabamos de capturar también podría sernos de utilidad. Pronto lo sabremos. Son tipos duros, pero si deciden no cooperar acabarán por desmontarse. Con todo, usted es el premio gordo, el hombre que ha estado dentro, el teniente de Wingate. —Cutler no dijo nada, pero resultaba evidente que trataba de pensar con rapidez. Schoonover prosiguió—: A partir de ahora, está usted desaparecido, Sam, y el general no va a acudir en su ayuda. No puede. De modo que está usted solo.

—Esto se parece un poco a aquella misión de rescate de los desaparecidos en acto de servicio —intervino Cari—. El general borró a los miembros de la Unidad, y ahora hará lo mismo contigo. A partir del momento en que te capturan, pasas a ser prescindible.

—Gracias por preocuparte por mí, Cari —dijo Cutler.

—No te confundas —le aclaró él—. Después de lo que le hiciste a la Unidad, preferiría verte muerto, pero opto por asistir a la destrucción de «Wingate», y tú eres la clave.

—¿Y bien? ¿Qué dice? —preguntó Schoonover.

—Quiero algo más que pasarme el resto de mi vida en la cárcel, si voy a cooperar —masculló Cutler al fin.

—Debemos saber qué puede hacer por nosotros antes de empezar a hablar de concesiones.

—Puedo hacer mucho, créanme —dijo Sam.

Treinta y nueve

Dos semanas después, Ami Vergano cerró la puerta de una sala pequeña y sin ventanas de un edificio del gobierno federal de San Diego y dejó en el suelo el maletín y un paquete marrón antes de sentarse a la mesa, frente a Cari Rice y Vanessa Kohler. Él llevaba el pelo corto, se había afeitado la barba y vestía con ropa informal. Ella se había puesto unos vaqueros y una camiseta blanca.

—Misión cumplida —dijo Ami, facilitándoles copias de varios documentos—. En los papeles de arriba se os exime de todos los cargos que pesaban contra vosotros, y se os garantiza inmunidad ante cualquier posible imputación a cambio de vuestro testimonio contra Morris Wingate en cualquier acción penal que el estado o el gobierno federal emprendan contra él.

Vanessa la miró, incrédula.

—¿Me estás diciendo que has conseguido inmunidad total para los dos? —le preguntó—. A mí me despojaron de mis derechos al concederme la libertad provisional, y Cari admitió, estando bajo juramento, que había matado a Eric Glass.

—¿Recuerdas que durante el juicio hubo un momento en el que Brendan fue a la oficina del fiscal a buscar al general Wingate y a acompañarlo a declarar en calidad de testigo?

—Sí —respondió Vanessa.

—Victor Hobson me llevó aparte y me explicó qué sucedía. Brendan estaba al corriente de todo. Su misión consistió en lograr que tu padre declarara que no había visto a Cari entre el último año

de instituto y el día en que irrumpió en la mansión de California para rescatarte. Pero necesitaban que yo le sacara la declaración según la cual negaba haber oído hablar de los hombres de la Unidad —Le dije a Victor que, si quería mi cooperación, debía concederme la inmunidad. Le recordé que vosotros dos habíais sido víctimas y habíais corrido un gran riesgo al testificar en contra de tu padre. Es más, sin vosotros dos, no habría caso. Él aceptó lograr la inmunidad a cambio de la cooperación plena de Cari en el caso del «Gobierno contra Wingate».

—No me costó nada aceptar —aclaró Cari.

—¿Y plantearon algún recelo cuando Sam Cutler aceptó declarar contra mi padre? —Quiso saber Vanessa.

—Alguno —respondió Ami—. Pero ya era demasiado tarde. Cari y yo ya nos habíamos salido con la nuestra en nuestra parte del acuerdo. Mira, aquí hay algo más que quiero que leas —le dijo, alargándole un par de documentos—. Estos otros impresos han de servirte para acceder al programa de protección de testigos federales —explicó.

Vanessa empezó a examinar aquellos papeles sin un ápice del entusiasmo que Ami había esperado encontrar en ella.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

—¿Recuerdas la última escena de *El graduado*?

—Creo que sí. La vi por televisión hace un año. Dustin Hoffman huye con la chica de la boda, ¿no?

—La actriz era Katharine Ross —aclaró Vanessa—. Ella y Dustin Hoffman están sentados en el autobús, juntos, pero su expresión es de miedo, porque se dan cuenta de que no tienen ni idea de lo que van a hacer a continuación. Pues yo me siento igual que ellos. Toda mi vida adulta la he dedicado a vengarme de mi padre. Ahora he ganado, pero la vida que me he construido a lo largo de estos veinte años es lo que he tenido que sacrificar para cazarlo. Ignoro totalmente qué voy a hacer a partir de ahora.

—¿Ha valido la pena? —le preguntó Ami.

—Supongo que lo averiguaré, pero no podré respondértelo ni a ti ni a ninguna de las personas que conozco. Tendré que romper todo vínculo con las personas y los lugares que he frecuentado.

—Una vez que tu padre ingrese en prisión, estarás a salvo.

—Ya nunca más estaremos a salvo —objetó Cari—. El general cuenta con una red de influencias que se extiende hasta la década de 1960. Hasta que muera, habrá gente siguiéndonos la pista, e incluso después de muerto nos perseguirá.

—¿Lamentas haber aceptado declarar contra él?

—No tenía alternativa —dijo Cari—. Además, mi vida no va a cambiar tanto. Llevo tanto tiempo ocultándome que no recuerdo otra cosa. Es Vanessa la que me preocupa.

Vanessa se echó hacia delante y le tomó la mano.

—Soy fuerte, Cari. Sobreviví al psiquiátrico. Sobreviví a la sedación. También sobreviviré a esto.

Cari le apretó la mano.

—Lo soportaremos juntos.

Vanessa sonrió a Ami.

—Al menos su vida sí volverá a la normalidad, ahora que todo este asunto se nos ha quitado de encima.

La abogada se echó a reír.

—Mentiría si dijera que no me alegro de que el caso haya terminado. A mí la fama no me gusta. ¿Podéis creer que dos personas me han parado en el aeropuerto esta mañana y me han pedido un autógrafo? —Meneó la cabeza—. Redactar un testamento simple va a ser una bendición después de ser atacada por asesinos y fans.

—Estoy segura de que la gente te pedirá que te ocupes de algo más que de sus testamentos, con toda la publicidad que has obtenido —dijo Vanessa.

Ami se ruborizó.

—Sí, ya me han pedido que me ocupe de casos más importantes.

—¿Y vas a aceptarlos?

—No lo sé. El dinero me vendría bien, pero me preocupa Ryan. No quiero que se convierta en un niño sin madre.

—¿Por qué no contratas un ayudante? Con el dinero que ganarías, podrías permitírtelo.

—Lo estoy pensando —admitió Ami.

Entre los tres se hizo el silencio. Se habían quedado sin temas que abordar. Ami se había prometido que mantendría el tono profesional en todo momento, pero su palabra empezaba a resquebrajarse.

—Voy a echaros de menos —dijo—. Los dos sois personas muy especiales.

—Y yo echaré de menos a Ryan —dijo Cari.

Ami se alegró al oírlo.

—Por cierto, en el último partido probó el lanzamiento con efecto.

—¿Y cómo le fue?

La abogada soltó una carcajada.

—La primera vez eliminó al bateador. Y el siguiente anotó un home run gracias a él. Pero no se desanima. Practica todos los días.

El incómodo silencio volvió a gravitar en la sala. Pero entonces Ami se acordó del paquete.

—He traído algo para los dos —dijo—. Los celadores me han asegurado que os lo harán llegar cuando os hayáis instalado en el nuevo domicilio.

Ami retiró el papel marrón, y ante ellos apareció el paisaje que Cari había admirado en primavera, en la Feria de las Artes de Portland, el día en que se conocieron.

—Es magnífico, Ami, me encanta.

Ami se apoyó en la mesa y tomó de las manos a Carl y a Vanessa. Estaba llorando, y no se esforzaba en ocultarlo.

—Cuídate mucho, Vanessa. Y tú también, Cari.

—Lo haremos.

—Has sido una parte importante de nuestra vida, Ami —dijo Cari —. Nunca te olvidaremos.

Brendan Kirkpatrick se puso en pie cuando la puerta de la sala de visitas se cerró. Ami tenía los ojos rojos, lo mismo que las mejillas. Se notaba que había llorado, y le ofreció su pañuelo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Lo estaré. Pero me preocupan Carl y Vanessa.

—Ellos son unos supervivientes, Ami. No olvides que Cari escapó de un campo de prisioneros en Vietnam del Norte, sobrevivió en la jungla y regresó a Estados Unidos por sus propios medios. Y Vanessa tuvo el valor de desafiar a su padre, un millonario con aspiraciones a la Casa Blanca. Son personas muy duras, y también sobrevivirán a esto.

Brendan pulsó el botón y las puertas del ascensor se abrieron. Ami entró en él.

—Sé que tienes razón —dijo—. Todo lo sucedido me ha desbordado un poco. No estoy acostumbrada a ver mi cara en la portada de los periódicos. No me gusta ser el centro de atención.

—Ya lo sé, pero has estado magnífica.

Ami se ruborizó.

—Gracias, Brendan, pero yo no me siento nada magnífica. Yo me siento…, no sé…, agotada, supongo.

—No lo dudo, pero también eres una de las mujeres más valientes que conozco. —Se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le preguntó Ami.

—Me estaba acordando de tu bravata en el hospital, cuando me impedías una y otra vez que le preguntara a Carl si eras su abogada. No sabes lo furioso que me puse.

—Algo sé, algo sé. Lo que tú no sabes es lo aterrada que estaba yo. Apenas te fuiste, me derrumbé. Estaba tan atemorizada ante la posibilidad de que me detuvieras que no dejaba de temblar.

El ascensor se detuvo en la planta baja y Ami constató con sorpresa que ya había oscurecido.

—¿Todavía te aterro? —le preguntó Brendan, esbozando una sonrisa.

—No. Perro ladrador, poco mordedor.

—Hablando de morder, tengo hambre. Hace un año estuve trabajando en San Diego, en un caso de drogas, y uno de los abogados del caso me llevó a comer a un restaurante de marisco extraordinario, en el centro histórico. ¿Me acompañas? Pago yo.

—No tengo mucho apetito —dijo Ami.

Brendan meneó la cabeza y se rió.

—Debes de estar agotada, sí.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Ami, recelosa.

—Quiero decir que normalmente eres más rápida captando las cosas. Te estoy proponiendo una cita, Vergano. El marisco no me interesa tanto…, aunque me encanta, como pasar un rato más contigo.

—¡Ah! —Ami permaneció unos instantes en silencio—. Está bien, cenaré contigo. Especialmente si invitas tú.

—No serás una cazafortunas, ¿verdad?

Ami se agarró del brazo de Brendan y esbozó una sonrisa traviesa.

—Eso tendrás que averiguarlo tú solito.

Agradecimientos

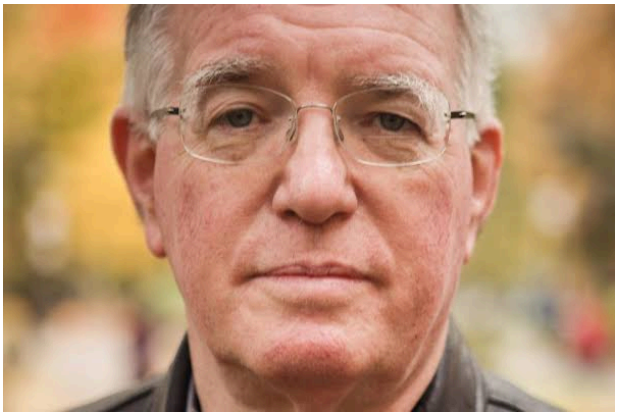
La ayuda de las siguientes personas me ha resultado inestimable a la hora de escribir *Lost Lake*, libro que no habría sido posible sin ellas: Ami Margolin, Andy Rome, Earl Levin, el doctor Howard Weinstein, el doctor Jim Boehnlein, Bryan Hubbard, Nicole Dalrymple, Don Nash, Richard Meeker, Steve Perry, Bridget Grosso y Robin Haggard.

Gracias a Dan Conaway, Jill Schwartzman, Marie Elena Martinez, y a todos los integrantes de Harper Collins. Un agradecimiento especial es para Tim Vert, que hace de mi página web un lugar extraordinario.

Quedo en deuda con Jean Naggar, Jennifer Weitz y el resto del equipo de la Agencia Literaria Jean V. Naggar, que han hecho posible mi carrera literaria. Es todo un placer trabajar con ellos.

No habría podido escribir este libro sin el apoyo de mi familia, de mi fabulosa mujer, Doreen, mis maravillosos hijos, Daniel y Ami, y de Chris, la esposa de Daniel, también maravillosa.

Finalmente, gracias a todos los lectores y libreros que me han apoyado durante todos estos años. Me encanta escribir, y vosotros me permitís vivir de lo que escribo.



PHILLIP M. MARGOLIN (1944 Nueva York). En 1965, se graduó en la Universidad de Washington, DC en una licenciatura en Ciencias Políticas. De 1965 a 1967, fue voluntario del Cuerpo de Paz en Liberia, África Occidental. En 1970, se graduó en la Universidad de Nueva York en la escuela de leyes (New York University School of Law). Se especializó en derecho penal y como abogado criminalista ha intervenido en importantes casos de asesinatos en serie.

Desde 1996, ha estado escribiendo a tiempo completo. Todas sus novelas han sido *best-sellers* de *New York Times. Heartstone*, su primera novela, fue nominada para un Edgar a la mejor edición de bolsillo de misterio original en 1978 por los *Mystery Writers of America*. Su segunda novela, *The Last Innocent Man*, se convirtió en una película de HBO. Asimismo, es autor de numerosos relatos de misterio.

Actualmente vive en Portland, Oregón, con su esposa y dos hijos. A partir de 2007 hasta el presente, ha estado en el Consejo de las Artes Literarias, que patrocina el Premio del Libro de Oregón, y organiza conferencias y cursillos de escritores en las Escuelas de Artes en Portland.

Índice de contenido

- Lost Lake
- Lost Lake
- Prólogo
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
- Doce
- Trece
  - 1
  - 2
- Catorce
- Quince
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7

Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Agradecimientos
Sobre el autor